

A crown of thorns is arranged in a heart shape, centered in the upper half of the image. The background shows a dense urban area with many small, colorful buildings, likely a favela, situated in a valley. In the distance, there are green hills and mountains under a blue sky with scattered white clouds. The overall scene is a mix of urban poverty and natural beauty.

Escuchando, el
CORAZÓN
de **DIOS**

Por Michael Neelley

Escuchando el corazón de Dios

Michael Neelley

© 2024. Todos los derechos reservados.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Reina-Valera 1960* © por Sociedades Bíblicas Unidas, 1960. Las citas usadas bajo la sigla BTX han sido tomadas de *La Biblia Textual*, 3ª edición © por Sociedad Bíblica Iberoamericana, 2000; las usadas bajo la sigla NVI, de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © por Biblica, Inc, 1979, 1984, 1995, 2015; las usadas bajo la sigla NBLA, de *La Nueva Biblia de las Américas* © por The Lockman Foundation, 2020; las usadas bajo la sigla PDT, de *La Palabra de Dios para Todos* © Biblica, Inc., 2004, 2015. Todas estas Biblias tienen los derechos reservados y son usadas con permiso bajo los lineamientos de citación permitidos por sus casas editoriales.

ISBN de la versión digital: 979-8-218-59359-9

Tabla de contenido

Reconocimientos.	v
Prólogo, <i>por Bradley Jersak</i>	viii
Introducción	xiii

I. Hacia adentro

1. La casa del corazón.	2
2. Invitación a la intimidad.	10
3. El camino hacia el corazón de Dios	30
4. Teología del corazón.	50
5. Jesús revela el corazón del Padre.	68
6. La sanidad del corazón y el perdón	87

II. Hacia arriba

7. Tu corazón ya escucha.	106
8. Un corazón más grande de lo que imaginas	129
9. Prestando atención a Dios	151

10.	Escuchando el corazón de Dios en favor de los demás	170
11.	Discerniendo el corazón de Dios.	198
12.	Oyendo el corazón de Dios por el mundo . .	227
III.	<i>Hacia adelante</i>	
13.	Obstáculos para escuchar el corazón de Dios	250
14.	Tentaciones al escuchar el corazón de Dios	271
15.	Profundizando nuestro deseo por el corazón de Dios.	288
	<i>Epílogo: La casa del corazón revisitada</i>	310

Reconocimientos

A medida que descubro más de la bondad de Dios en Jesús a través del Espíritu Santo, ha sido vital para mí aprender a escuchar, discernir y seguir la voz de Dios. Esta interacción viva con Jesús es el aliento de vida en mi relación con Dios. Si pudiera transmitir este aprendizaje a los demás, estaría haciendo aquello para lo que fui creado. También estoy agradecido por las muchas personas que me han transmitido este aprendizaje a lo largo de los años.

Estoy profundamente en deuda con la tutoría y las enseñanzas de Brad Jersak, especialmente con su libro, *Can You Hear Me? Tuning in to the God Who Speaks* [¿Puedes oírme? Entra en sintonía con el Dios que habla], que ha sido fundamental para mi comprensión y práctica de escuchar a Dios. He regalado su libro a más personas de las que puedo recordar. Cuando sentí que el Espíritu Santo me invitaba a escribir sobre este tema, me di cuenta de que las enseñanzas de Brad se han arraigado tan profundamente en mi

pensamiento y en mi práctica que me resulta difícil saber dónde terminan sus pensamientos y dónde empiezan o difieren los míos. A veces comparto ideas que escuché por primera vez de él y, sin embargo, la forma en que Dios ha interactuado conmigo a través de ellas es única para mí. Hablé con Brad sobre esto, y él gentilmente me dijo: “Sólo dilo. ¡Adelante!”

También me han marcado profundamente el ministerio y la tutoría de Bob y Gracie Ekblad y otros miembros del personal de Tierra Nueva, la organización cristiana internacional sin fines de lucro fundada por los Ekblad, que busca compartir las buenas nuevas de la total liberación, sanidad y transformación de Dios en Jesús con personas marginadas de la sociedad, especialmente aquellas afectadas por la inmigración, el encarcelamiento y la adicción. El flujo de la obra de Dios en Tierra Nueva es lo que Bob llama “Palabra, Espíritu, Calle”. Esta expresión única de ser iglesia en Norteamérica combina el énfasis en temas de justicia social, las Escrituras y el empoderamiento del Espíritu Santo para la sanidad interior y la transformación, la sanidad física, la liberación de ataduras espirituales y escuchar la voz de Dios. Si bien este libro es el fruto de más de cuarenta años de mi vida con Jesús, los trece años y medio que trabajé en Tierra Nueva han dado forma dramática a esa relación.

También quiero reconocer con gratitud la enseñanza, las experiencias y el aliento que he recibido a través de *Presbyterian Reformed Ministries International* (PRMI). Desde mi introducción a esta corriente del Espíritu Santo

en 2002, mi participación en PRMI ha crecido como participante, intercesor, miembro del equipo de oración, líder de adoración y maestro. Las conferencias PRMI Dunamis han sido un terreno fértil para mis encuentros con el corazón de Dios.

Gracias a mi esposa, Susan, que continuamente me animó a hacer espacio para este proyecto y celebró mis pequeñas victorias a lo largo del camino. Este libro no habría visto la luz sin tu ayuda.

Gracias a la larga lista de queridos amigos que leen mis actualizaciones quincenales y me mantienen cubierto con oración. Gracias a Cari Armbruster, Heidi Basley, Libby Chapman, Kitsy Gregory, Eric Stelter, James Kearny, Cathy Owens, Scott Sund, Jennie Spohr, Jeff Keuss, Jon Epps y Matt McCoy por leer mis borradores, darme su opinión y orar por este libro juntamente conmigo.

Y una enorme deuda de gratitud con mi editora, Karen Hollenbeck Wuest, que tomó esta tosca cuchara de madera, la pulió y ayudó a hacerla hermosa.

Prólogo

“Si me aman, obedezcan mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre, y él les dará otro Abogado Defensor, quien estará con ustedes para siempre. Me refiero al Espíritu Santo, quien guía a toda la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo busca ni lo reconoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque ahora él vive con ustedes y después estará en ustedes. No los abandonaré como a huérfanos; vendré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán. Dado que yo vivo, ustedes también vivirán. Cuando yo vuelva a la vida, ustedes sabrán que estoy en mi Padre y que ustedes están en mí y yo, en ustedes. Los que aceptan mis mandamientos y los obedecen son los que me aman. Y, porque me aman a mí, mi Padre los amará a ellos. Y yo los amaré y me daré a conocer a cada uno de ellos”.

Judas (no Judas Iscariote, sino el otro discípulo con el mismo nombre) le dijo: “Señor, ¿por qué te darás a conocer sólo a nosotros y no al mundo en general?”.

Jesús contestó: “Todos los que me aman harán lo que yo diga. Mi Padre los amará, y vendremos para vivir con cada uno de ellos”.

— JUAN 14:15-23

Michael (Mike) Neelley me ha concedido el gran honor de enmarcar su libro con un prólogo sobre el misterio más hermoso que conozco: la realidad de Dios—Padre, Hijo, y Espíritu Santo—viviendo *dentro de nosotros* para revelar el infinito e íntimo amor del Dios trino. Mike se refiere acertadamente a ese hogar como una “casa del corazón”, y yo me he permitido citar extensamente la “última voluntad y testamento” de Jesús en Juan 14, porque sitúa explícitamente al Espíritu (14:17), al Hijo (14:20) y al Padre (14:23) *dentro de cada uno de nosotros*. Individual y colectivamente, nuestros corazones son la “casa de Dios”, el templo en el que el Señor vivo ha decidido instalarse [...] ¡para siempre!

Las hermosas palabras de Cristo en “la última cena” (recogidas en Juan 13 – 17) confirman el testimonio de Pablo a los Corintios, según el cual el Dios que vive en cada uno de nosotros *no* es un “ídolo mudo” (1Co 12:2), sino que es amoroso, atento, perdonador, personal y receptivo. Cuando clamamos a este Dios personal, podemos

esperar una respuesta (Jer 33:3). En aquella fatídica noche de “la última cena”, los verbos de la comunicación divina brotan de Jesús: el Espíritu *estará con nosotros para siempre* (Jn 14:16); *nos guiará a toda verdad* (14:17); nosotros lo *conocemos* y *vive con nosotros* (14:17); estamos *en él* y *él en nosotros* (14:20). Por el Espíritu, Cristo continuará dándose a conocer a nosotros, enseñándonos, guiándonos, aconsejándonos, abogando por nosotros, testificándonos, tanto a través de nuestros oídos espirituales (oír) como de nuestros ojos (ver).

Dado que los pensamientos de Dios acerca de cada uno de nosotros superan en número a la arena a la orilla del mar (Jer 33:22), ¿deberíamos sorprendernos mucho más cuando Dios parece estar en silencio que cuando habla! Después de todo, Pentecostés es la celebración de un Espíritu que *derrama* (no *gotea*) revelación a *toda* carne: personas de toda edad, sexo, color y posición social. ¡Y lo que el Espíritu revela son las *buenas nuevas* de Jesús *en cada uno de nosotros!*

Como Mike demuestra a partir de las Escrituras, de su experiencia en el ministerio y de su propio caminar, el río de Dios fluye desde un manantial en el centro mismo de nuestro ser: la casa de nuestro corazón. Mike lleva mucho tiempo siendo practicante y facilitador de la “oración de escucha”, y ha aplicado esos dones en ministerios pastorales, proféticos, de sanidad interior y de justicia comunitaria. Puedo dar testimonio de primera mano de las prácticas saludables que generaron este libro. Mike también es experto en ayudar a quienes tienen dificultades para acceder

a la casa de su corazón o para escuchar a Dios, así que si te encuentras con obstáculos en el camino, ¡has encontrado al maestro adecuado!

Algunos podemos tropezar con las palabras de Jesús en Juan, cuando dice: “Si me aman”. ¿Sugiere esto que sus promesas son condicionales? ¿Acaso las condiciones no fueron cumplidas plenamente por Cristo mismo en su pasión, resurrección, ascensión y en Pentecostés? Por supuesto que sí. Entonces, ¿cómo podemos entender estas afirmaciones de “*si me aman*”?

Yo propongo que la *verdad* del pacto se convierte en la *experiencia* de sus promesas en nosotros a medida que el *Amor* abre nuestros ojos, oídos y corazones individuales para decir sí a ese río incondicional de amor que fluye por nuestras vidas. El mismo Juan dijo: “Nos amamos unos a otros, porque él nos amó primero” (1Jn 4:19). Al amar a Dios *en respuesta* al amor que Él nos mostró *primero*, nuestros corazones se ablandan, nuestros oídos se abren y nuestros ojos se limpian para que podamos *experimentar* más claramente la voz viva de Cristo.

Te animo a que te dejes acompañar por Mike Neelley mientras te invita a escuchar a Dios en la propia casa de tu corazón. Puesto que Mike ama a Jesús de todo corazón, te inspirará a amar a Jesús también. Aunque el mundo profético (como todo mundo moldeado por la cultura humana) se ha corrompido por los egos y las agendas, no necesitamos volvernos cínicos sobre lo profético en el ámbito personal, ni sentirnos amenazados por la justicia profética de la Biblia, porque la devoción sencilla y sincera de Mike a

Jesús puede devolvernos al corazón de amor de Dios por *todas* las personas. Les recomiendo su gentil sabiduría sin reservas ni vacilaciones. ¡Que lo disfruten!

Bradley Jersak

La Fiesta de la Ascensión, 2022

Introducción

La verdad central y la convicción de este libro es que Jesús nos ama y quiere compartir con nosotros lo que hay en su corazón.

Cuando esperamos que Dios hable y anticipamos que podemos oírle, entramos en un lugar de amor e intimidad permanentes en el corazón de Dios. También se nos invita a un viaje vivificante de colaboración con el Espíritu Santo.

Cuando hablo de *escuchar* a Dios, me refiero a la realidad vivida día a día de nuestra relación con Dios. No hablo de señales aleatorias que recibimos de una voz desconectada o de una fuente de poder espiritual impersonal o de algo que sólo pueden hacer los cristianos maduros, sino de una conversación con *alguien* a quien amamos, cuyo nombre es Jesús. Jesús nos lleva al corazón del Padre¹ y nos da su

1 A lo largo del libro, me referiré a Dios a través de la lente trinitaria de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Como Jesús vino en forma de hombre humano y habló de Dios como Padre, los pronombres utilizados a lo largo del libro con respecto a Dios son masculinos. Reconozco que, a medida que las personas sienten una nueva libertad

Espíritu para que podamos experimentar los anhelos del Padre por nosotros.

A menudo he oído que la fe se describe como “creencia con expectativas”, y yo utilizaba mucho esa frase hasta que Brad Jersak, el autor de *Can You Hear Me? Tuning in to the God Who Speaks* [¿Puedes oírme? Entra en sintonía con el Dios que habla], me sugirió que sustituyera la palabra “expectativa” por “expectación”. Explicó que “expectativa” puede tener connotaciones negativas sobre cómo *esperamos* que Dios responda a oraciones específicas. Si esas oraciones no son respondidas, podemos sentirnos decepcionados, desilusionados o incluso resentidos. “La expectación, por otro lado, es una confianza genuina en que Dios se moverá (incluso poderosamente), pero la palabra se centra en mi apertura, acogida y gratitud a Dios específicamente, como un Padre bueno con buenos dones, sin exigir un resultado concreto (aunque soy libre de hacer peticiones específicas)”.²

A menudo creemos todo tipo de cosas sobre Dios o estamos intelectualmente de acuerdo con ciertas afirmaciones

para examinar con más detenimiento lo que creen e identificar el dolor de sus experiencias, se alejan de una lente que ha sido matizada por una jerarquía eclesial y una teología construida en torno al patriarcado masculino blanco. En este sentido, un libro que hace referencia a la idea de Dios como Padre puede ser provocador. Puede ser útil y revelador tener en cuenta que la palabra hebrea para Espíritu es femenina en hebreo. Esto ha llevado a algunas personas a referirse al Espíritu Santo como *ella*, aunque, predeterminadamente, las traducciones siguen refiriéndose al Espíritu como él. Al explorar el corazón de Dios, a quien Jesús se refirió como Padre, es importante tener claro que Dios no está limitado por el género. Dios no es ni hombre ni mujer. En Génesis 1:26-27 se nos dice que Dios creó a la humanidad a su imagen, *hombre y mujer*. Así que, aunque Dios no es engendrado, ni hombre ni mujer, hay algo en las mujeres y los hombres juntos que revela la imagen de Dios. Y como Dios no está limitado al género, Dios como padre divino no está limitado a ser *Padre*.

2 Conversación por correo electrónico con Bradley Jersak (3 de junio, 2022).

teológicas. Sin embargo, para utilizar el término de Brad, nuestras creencias no nos llevan necesariamente al terreno de la *expectación* vibrante sobre nuestra relación con Dios.

Mi amigo Drew señala que la invitación a “gustar y ver” que Dios es bueno no es una invitación a “pensar y estar de acuerdo”, sino a *experimentar* a Dios. Si nunca probamos, vemos o experimentamos a Dios, puede ser difícil vivir con expectación. Si no vivimos con expectación (o fe), no estamos buscando a Dios o anticipando que Dios se moverá, por lo que nos podríamos perder lo que Dios ya está haciendo justo delante de nosotros. La buena noticia es que Dios es el iniciador: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó” (1Jn 4:10). En última instancia, no depende de nosotros, porque Dios nos persigue, nos habla y nos alcanza *primero*, antes de que nosotros hagamos nada.

Durante veintiún largos años, luché mientras creía en Jesús y tenía la esperanza del cielo, tratando continuamente de ser bueno a través de mis propios esfuerzos –una obediencia seca sin sentido de la bondad o presencia tangible de Dios. A menudo sentía que tropezaba en la oscuridad. Pero después de experimentar cierta sanidad interior y liberación espiritual de ataduras y falsas creencias sobre Dios y sobre mí mismo, empecé a tener la expectativa (y la experiencia) de que Dios compartiría su corazón conmigo en mi vida diaria. ¡Lo anhelaba con ansias! Amaba a Jesús y no podía esperar a estar con él. Después de este cambio dramático, empecé a encontrarme con la bondad de Dios

mientras buscaba con gozo estar cerca de aquel que ya se acercaba a mí.

Poco después de entrar en esta época de nuevo gozo y libertad al acercarme a Jesús, me pidieron que me encargara del ministerio de oración en mi iglesia y luego me invitaron a predicar sobre la oración. Me sumergí en libros sobre la oración y empecé a escribir mi sermón, pero una mañana, después de escribir en una cafetería, me di cuenta de que había estado leyendo y escribiendo sobre la oración, pero en realidad no había orado. Sentado en mi automóvil, oré: “Jesús, ¿qué quieres decirle a tu pueblo?”. Inmediatamente, oí: “Diles que los amo y que deseo pasar tiempo con ellos”.

Jesús nos ofrece a *cada uno* de nosotros esta invitación a venir a su presencia y a pasar tiempo con quien nos ama y nos llama “amados”.

Escuchar la voz de Dios es un viaje de aventura al corazón de Dios, que nos ama. Por el camino, nos sentiremos humildes ante la gracia y la bondad de Dios al hablarnos e invitarnos a todo lo que está haciendo. También nos sentiremos desafiados cuando Dios ponga de relieve las partes de nosotros que se resisten a su invitación y no confían en su amor. Puede que también nos sintamos frustrados cuando no podamos oír con claridad o cuando haya largos ratos de silencio. Y puede que nos sintamos decepcionados cuando no escuchemos las respuestas que deseamos.

Al emprender este viaje, quiero reflexionar sobre el icono que aparece en la portada de este libro, que representa una escena de la Última Cena, en la que el Evangelio

de Juan describe el discípulo, “al cual Jesús amaba” como “reclinado” contra el “pecho” de Jesús (Jn 13:23, BTX). En esta escena íntima, el discípulo amado no sólo oye lo que Jesús dice, sino que también siente los latidos del corazón de Jesús. Esta misma palabra se utiliza antes en Juan para describir la relación íntima del Hijo con el Padre en términos de que está “en el seno del Padre” (Jn 1:18). Esta es la invitación y nos llevará más profundo de lo que imaginamos.

Poco después de su conversión, San Agustín oró: “Oh Dios, permíteme conocerte a mí mismo; permíteme conocerte a Ti”, pues estaba convencido de que el descubrimiento de Dios estaba relacionado con el descubrimiento de uno mismo y de que el descubrimiento de uno mismo estaba relacionado con el descubrimiento de Dios.

Al tratar de escuchar el corazón de Dios, llegaremos a conocer a Dios más íntimamente, lo que nos llevará a conocer también más íntimamente la verdad sobre nosotros mismos. En esta jornada, descubriremos un sentido más profundo de nuestro quebrantamiento y nuestra condición de ser amados.

Este libro tiene sus raíces en mi propia experiencia de profundización en la intimidad con Dios, por lo que es en parte testimonio y en parte enseñanza. No es tanto un “cómo” sino un “vengan y vean”. Está lleno de historias sobre mis encuentros con Dios y mis experiencias de escuchar el corazón de Dios, así como mis obstáculos y preguntas y lo que Dios me ha enseñado en esos lugares. Espero

que estas historias y preguntas te animen a profundizar en tus expectativas sobre el encuentro con Dios.

Mientras lees, es posible que pienses: “Yo no soy así. Dios no me habla. Nunca podría tener encuentros así con Dios”. Pero en lugar de leer mis historias desde un punto de vista de comparación, te invito a dejar que te guíen hacia nuevas posibilidades y formas de experimentar a Dios.

A lo largo del libro, te animo a que vuelvas una y otra vez a la invitación inicial de este libro: *Jesús nos ama y quiere pasar tiempo con nosotros para que podamos conocer íntimamente el corazón de Dios y escuchar su voz.*

Que nuestros corazones y nuestra imaginación estén abiertos y expectantes para escuchar la invitación de Jesús a encontrarnos con el corazón de Dios, para que podamos confiar más profundamente en su bondad y en su amor por nosotros. Que vivamos con vibrante expectación mientras descubrimos que Dios se deleita en nosotros, nos ama generosamente y sin condiciones, y desea compartir su corazón con nosotros.

Te animo a que te tomes tu tiempo en esta jornada. Dios no tiene prisa. Las activaciones de oración al final de cada capítulo crean un espacio para que *actives* lo que has leído. Esta jornada no se trata de obtener más información sobre Dios, sino de encontrar la bondad de Dios en Jesús vivo, para que podamos permanecer en el corazón de Dios y conectarnos con lo que sucede en nuestro propio corazón.

Oro para que el Padre de gloria, el Dios de nuestro Señor Jesucristo, les imparta las riquezas del Espíritu de sabiduría y del Espíritu de revelación para conocerle a través de la profundización de su intimidad con Él. Oro para que la luz de Dios ilumine los ojos de la imaginación de ustedes, inundándoles de luz, hasta que experimenten la plena revelación de la esperanza de su llamado, es decir, la riqueza de las gloriosas herencias de Dios que Él encuentra en nosotros, ¡sus santos! Oro para que experimenten continuamente la grandeza incommensurable del poder de Dios puesto a su disposición por medio de la fe. Entonces, ¡sus vidas serán un anuncio de este inmenso poder que actúa a través de ustedes! (Ef 1:17–19).³

Oro para que, a medida que profundizamos en el corazón de Dios, tengamos encuentros vivos con Jesús y oigamos el latido del amor sin límites de Dios por nosotros, mientras tratamos de percibir los anhelos más profundos de Dios por nuestras vidas.

3 Nota del Traductor: esta es una traducción de este pasaje tomado de *The Passion Translation*



Hacia adentro



La casa del corazón

*[...] conforme a las riquezas de su gloria [el Padre]
les conceda ser fortalecidos con el poder por su
Espíritu en el hombre interior, para que Cristo
habite en sus corazones por medio de la fe [...]*

— EFESIOS 3:16-17

Cuando rondaba los cuarenta años, empecé a luchar contra miedos conocidos y desconocidos, junto con ansiedad, actitud defensiva y formas poco saludables de protegerme. Con el tiempo, estas luchas comenzaron a causar lo que mi esposa describió como “estrés desgarrador”. Me sentía atascado en mi relación con Dios y con los demás, así que empecé a buscar consejería y a orar por sanidad.¹

¹ La *oración de sanidad* es un espacio intencional con otras 2-3 personas que están allí para escuchar a la persona que recibe la oración y escuchar al Espíritu Santo acerca de cualquier asunto que la persona presenta. Aquí cooperamos con el Espíritu Santo para liberar el poder y el amor de Dios para que la persona que recibe la oración pueda crecer en libertad del pecado, la enfermedad y la opresión espiritual y entrar más en la gloriosa libertad que Dios tiene para sus hijos.

Una tarde lluviosa de diciembre, hice un viaje de dos horas en automóvil para reunirme con una amiga para tomar té y conversar en oración.

Después de hablar durante un rato sobre los muchos lugares en los que me sentía atascado, entramos en oración y ella pidió al Espíritu Santo que me guiara hacia un lugar concreto en el que podría estar atascado. Me hallé volviendo a un recuerdo de mis años de adolescencia que conllevaba mucha vergüenza y oscuridad, una época en la que me despreciaba a mí mismo por lo que había sucedido y me sentía impotente por haber permitido que sucediera.

Invitamos a Jesús a este recuerdo y le pedimos que me mostrara su presencia y su amor. Tuve la impresión de que estaba de pie en un rincón de la habitación y, mientras seguíamos orando, sentí que Jesús se arrodillaba y daba forma a algo con sus manos. En mi imaginación, me acerqué al rincón y vi una pequeña estructura en el suelo. Las manos de Jesús la envolvían y parecía que estaba construyendo un muro a su alrededor.

“¿Qué es eso?” Pregunté.

“Es tu corazón”, dijo él.

Me pregunté en silencio por qué estaba construyendo un muro alrededor de mi corazón, pero mientras seguíamos orando y escuchando, sentí un fuerte anhelo de pedirle a Jesús que restaurara todo lo que me había sido robado a través de mi memoria llena de vergüenza. Mientras pronunciaba esta oración, lloré por todo lo que había perdido y sentí una profunda seguridad de que Jesús respondería a mi oración de restauración.

Sentado con una mano sobre el corazón y otra en la cabeza mientras oraba con los ojos cerrados, me vi caminando por un ancho camino empedrado. A mi izquierda había una casa oscura y lúgubre de dos pisos en una gran propiedad. A mi derecha, un alto seto rodeaba el espacioso patio. La casa parecía una casa de playa, aunque no podía ver el océano. Unas escaleras conducían desde el camino de grava hasta el amplio pórtico delantero de la casa, que estaba completamente cerrado, con todas las persianas bajadas.

Fui consciente de que participaba en esta visión y a la vez la observaba. Mientras estaba en el camino de entrada mirando la casa, me preguntaba: “¿Qué es esto? ¿Por qué estoy viendo esto?”

Entonces escuché: “Este es tu corazón”.

Mientras describía esta visión a mi amiga, me preguntaba cómo esta casa oscura, sucia y cerrada era de alguna manera una representación de mi corazón.

Durante los meses siguientes, busqué periódicamente esta visión en oración y seguí viéndome de pie delante de aquella casa que, de alguna manera, era mi corazón, pero nunca me sentí impulsado a entrar.

*Selah*²

Aproximadamente seis meses después, me reuní para orar con otra amiga sobre otros lugares en los que me sentía estancado en mi relación con Dios. Mientras oraba a través de las dificultades que habían surgido, mi amiga me guio a orar:

2 Se trata de un término hebreo que se encuentra en los Salmos y que sugiere una pausa musical o una pausa significativa, una invitación a detenerse y escuchar.

Espíritu Santo, quiero hacer espacio, para que todos los lugares en mí que antes eran autosuficientes, ahora dependan de Dios. Están abiertos a ti. Gracias por querer consolarme, nutrirme y enseñarme. Quiero conocerte de esa manera. Te invito a expandir tu influencia en mí, a aumentar tu efecto en mí y a ocupar todo el espacio que quieras en mí. No quiero ser autosuficiente. No quiero autoprotegerme.

Te doy la bienvenida a mi vida. Abre todas las puertas de los lugares que han estado cerrados o bloqueados. Cada lugar donde he sido feliz con lo que he tenido, muéstrame cómo es experimentar más. ¡Toma mi mano, bienvenido! Todas mis ventanas están abiertas, llenas de luz.

Mientras oraba con mi amiga, de repente me encontré de nuevo en mi visión, pero ya no estaba de pie en el camino de entrada, ¡estaba dentro de la casa de mi corazón!

No le había contado a mi amiga sobre la visión de la casa del corazón que había tenido medio año antes y cómo mi corazón había estado cerrado hasta aquel mismo momento, pero me encontré orando: “Gracias, Espíritu Santo por esperar a que estuviera dispuesto a invitarte a entrar. Gracias por el increíble corazón que me has dado, por querer mudarte a él, por abrir todas las puertas y ventanas, por ayudarme a quitar todo el polvo de los muebles. Ahora es el momento de que tú y yo exploremos esta casa”.

Mientras el Espíritu Santo me guiaba a través de la casa de mi corazón, observé las molduras de madera oscura y

los techos con vigas de madera. En el comedor, me fijé en una larga ventana que daba al patio. En el dormitorio del segundo piso, me sentí impulsado a pedir al Espíritu Santo que me ayudara a remodelar la habitación, que me parecía pequeña y sencilla. Una pared se derrumbó, creando una sala de estar con enormes ventanales, dos sillas y una mesa pequeña. Desde la ventana del segundo piso, podía ver por encima del seto que rodeaba la casa y me encantó ver las dunas de arena que descendían hasta una extensa playa y luego el océano. ¡Mi corazón era una casa de playa que Dios había diseñado y decorado *conmigo!*

Oré: “Gracias, Padre, por mi casa del corazón, que es tan hermosa y tranquila. Gracias, Espíritu Santo, por este lugar para encontrarme contigo y que tiene una vista tan hermosa”.

Mientras le describía a mi amiga todo lo que estaba viendo, me comentó que el océano podría representar el inmenso amor de Dios y que la arena de la playa podría reflejar el número de los pensamientos de Dios hacia mí (Sal 139:17-18). Ella me invitó a pedirle a Dios que me revelara esos preciosos pensamientos en los días y semanas venideros.

“Algunos días, podrías decir: ‘Padre, ¿qué habitación quieres visitar hoy?’ Y cuando te lleve a un espacio nuevo, podrías preguntarle: ‘¿Por qué estamos aquí? ¿Qué quieres enseñarme de esta habitación?’”.

Más tarde, esa misma noche, me senté en la oficina de mi casa y anoté este encuentro de oración en mi diario. Cuando llegué a esta invitación de mi amiga, me detuve y pregunté al Padre qué habitación quería visitar.

Inmediatamente, me encontré en el sótano de la casa de mi corazón, que estaba acondicionado como un taller con varias máquinas. No reconocí la mayoría de las máquinas, pero algunas eran muy grandes y nuevas y parecían tener una función específica, mientras que otras parecían antigüedades que estaban en excelentes condiciones. Aunque no sabía cómo utilizar esas máquinas, intuí que todas eran para los proyectos de construcción que iba a hacer con el Padre. En este espacio dentro de mí, ¡ya tenía lo que necesitaba para crear y construir con mi Padre!

Impresionado por la función creativa de cada máquina, oré: “Padre, ¿me enseñas a utilizar estas herramientas? No sé cómo”.

“Por supuesto”, dijo Dios, “mi hijo, Jesús, es carpintero”.

“¿Hay algún trabajo en particular que quieras mostrarme?”, pregunté.

En la esquina, vi una mesa de trabajo con un pequeño tornillo de banco montado, similar a una que mi papá tenía en su espacio de trabajo en nuestro garaje cuando yo era joven. Sujeto al tornillo de banco, pude ver un trozo de madera largo y delgado, tallado como una canoa en miniatura.

“¿Qué es esto?” Pregunté.

Mientras miraba, la canoa se convirtió en un barco vikingo con una proa en forma de dragón, varias velas grandes y numerosos remos a cada lado.

Sentí que la simple canoa era algo que yo podía construir por mi cuenta, pero el hermoso barco que Dios estaba construyendo era impulsado por el viento de Su Espíritu junto con una comunidad de muchos remeros.

Conclusión

El viaje a la casa de mi corazón me ha ayudado a encontrarme con Jesús vivo en mi propio corazón, donde me encuentro regularmente con Dios para escuchar y discernir algo de su corazón y sus propósitos para mí. Estos encuentros se han convertido en parte de “las superabundantes riquezas de su gracia, por su bondad hacia [mí] en Cristo Jesús” (Ef 2:7).

Al final de cada capítulo, propondré una pregunta o un ejercicio de oración para ayudarte a establecer una conexión con lo que estás leyendo. Te animo a que realices cada una de estas actividades antes de pasar al siguiente capítulo. También te animo a que no compares tus experiencias con las mías ni con las de nadie. Simplemente, deja que los relatos te ayuden a *activar* tu sentido de expectación ante el encuentro con Dios.

Activación

En Juan 14:23, Jesús dice: “Si alguno me ama, mi palabra guardará. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él”. El Padre y el Hijo desean establecer un hogar en *tu* corazón a través del Espíritu. Tómate un tiempo ahora para hacer espacio en tu corazón y establecer conexión con tu deseo de pasar tiempo con Dios. Luego concéptate con el deseo de Dios de pasar tiempo *contigo*.

Relájate y permanece quieto. Respira lenta y profundamente, centrándote en la verdad de que Dios está aquí contigo, ahora mismo. Nunca te ha abandonado y ha creado un hogar en tu corazón. Haz una pausa y tómate un momento para dar gracias a Dios por haber hecho morada en ti.

Ahora invita a Dios a guiarte al lugar de encuentro de tu corazón.

Al entrar en este espacio, puedes repetir una frase sencilla, como: *Jesús, te doy la bienvenida a mi corazón.*

Después de instalarte en este espacio, tómate un momento para prestar atención a su aspecto. ¿Notas algún rasgo inusual o distintivo? Ahora pídele a Jesús que te guíe en un recorrido por este espacio.³

A lo largo de la siguiente semana, vuelve a este espacio y espera encontrarte con Dios allí. Anota en tu diario las imágenes y percepciones de estos encuentros con Dios.

3 Véase Brad Jersak, *Can You Hear Me? Tuning in to the God Who Speaks* (Abbotsford, BC: Fresh Wind Press, 2003), 148.



Invitación a la intimidad

*Permanezcan en mí, y yo permaneceré en ustedes.
Pues una rama no puede producir fruto si la cortan
de la vid, y ustedes tampoco pueden ser fructíferos
a menos que permanezcan en mí. Ciertamente,
yo soy la vid; ustedes son las ramas. Los que
permanecen en mí y yo en ellos producirán mucho
fruto porque, separados de mí no pueden hacer nada.*

— JUAN 15:4–5, NTV

Hace varios años, estuve en el vecindario Downtown Eastside de Vancouver, Columbia Británica, con el programa de certificación de Tierra Nueva para el Ministerio de Transformación en los Márgenes,¹ que pretende formar a obreros ministeriales en contextos marginados. Mi papel era orar con las personas y ayudar a dirigir el culto, pero entonces Bob Ekblad, fundador y líder principal de Tierra

¹ www.peoplesseminary.org/about-ctmm.

Nueva, me pidió que enseñara una sección sobre “el corazón del Padre” de Dios.

Mientras esperaba la sesión que iba a impartir, Gracie, la esposa de Bob, habló de su complicada relación con su padre, lo que me hizo reflexionar sobre cómo yo había criticado y herido a mi padre durante años porque no había buscado una relación conmigo. Siempre había sido yo quien tomaba la iniciativa para hacer una llamada o escribir una carta. Si quería tener una relación con mi padre, tenía que buscarlo, y a menudo yo resentía aquello. Pero al escuchar a Gracie, me di cuenta de que, durante mucho tiempo, también había tenido la sensación de ser yo quien buscaba una relación con Dios. Aunque sabía que esto no era teológicamente cierto, me había estado relacionando con Dios a través del filtro de mis experiencias negativas con mi padre terrenal, y de mi juicio hacia él. Si bien relacionarme con Dios a través del filtro paterno no era algo nuevo para mí, esta comprensión específica de sentirme como el perseguidor en la relación era totalmente nueva.

Más tarde esa noche, mientras me dormía, de repente me di cuenta de que necesitaba perdonar a mi papá por no buscarme y luego liberarlo de mis juicios contra él. Este tipo de trabajo relacionado con el perdón forma parte habitual del ministerio de oración de Tierra Nueva.² Acostado en la cama, expresé cómo me sentí agraviado por mi padre y luego lo perdoné y se lo entregué a Jesús. Luego confesé y me arrepentí de relacionarme con Dios a través

2 Esto se analizará con más detalle en el capítulo 6: “La sanidad del corazón y el perdón”.

de este mismo filtro, diciendo que Dios, el padre de Jesús, no es como mi padre terrenal, pues su amor siempre me busca primero *antes* de que yo haya hecho algo para buscarlo. Terminé diciéndole a Dios que esperaba con impaciencia las formas extravagantes en que me revelaría cómo me buscaba en amor.

Durante las semanas siguientes, mientras anticipaba estos cambios extravagantes en la forma en que experimentaba la búsqueda de Dios por mí, empecé a reconocer que mi búsqueda de Dios no era en realidad tan sincera como me la había imaginado.

Aquel invierno, cuando nos preparábamos para entrar en el nuevo año, mi esposa, Susan, sugirió que nos tomáramos un tiempo para reflexionar sobre el año anterior y soñar con el año que teníamos por delante. Mientras pensaba en esto, me di cuenta de que no recordaba mucho de mi jornada del año anterior. Busqué en mi diario pistas sobre dónde había estado y qué había hecho en los doce meses anteriores. A través de la niebla que había en mi memoria, empecé a ver un camino, parecido a un sendero alpino por encima de la línea de árboles, marcado por mojones de roca cada vez que el camino no estaba claro. Cada seis u ocho semanas, encontraba una entrada en mi diario que reflexionaba sobre la invitación de Juan 15:4-5 a permanecer en Jesús.

También me di cuenta de que, tras estas reflexiones sobre la invitación a permanecer, me confesaba y pedía disculpas por *no poder* hacerlo. Al orar sobre esto, me di cuenta de que Dios me había estado llamando a *permanecer* en Él, pero yo había estado ocupando mis días con la

obra “espiritual” y el ministerio profesional. Aunque oraba y leía las Escrituras como preparación para ciertas tareas, no cultivaba una relación con Jesús. Le pedía perdón a Dios por mi distancia, por no permanecer en su presencia y por no guardar silencio ante Él. Quería la ayuda de Dios en mi trabajo y en mi vida, pero no me conectaba con el corazón de Dios, ni con mi propio corazón. Mi tiempo con Jesús a menudo parecía más utilitario que íntimo.

A la mañana siguiente, mientras oraba, volví al pórtico de la casa de mi corazón y me di cuenta de que había un añadido en la parte sur de la casa. Al rodear el pórtico por la derecha, me encontré con dos puertas francesas que daban a una biblioteca o estudio. Me asomé por las ventanas, pero no pude ver a Dios Padre. Al mirar detrás de mí, vi a lo lejos dos sillas Adirondack, situadas en la cresta de las dunas, junto a una mesita con dos tazas de café humeante. Mi Padre me esperaba en una de las sillas.

Caminé en medio del aire costero de la mañana, salado y húmedo, fresco y cálido al mismo tiempo, y luego me senté en la silla junto a mi Padre mientras la luz temprana emergía a nuestras espaldas, iluminando la espuma de las olas. Contemplamos en silencio el horizonte más allá del oleaje y Dios hizo un gesto hacia las vastas aguas. Inmediatamente, pensé en el océano como una imagen de la anchura, la longitud y la profundidad del amor de Dios.

En mis pensamientos, escuché a Dios decir:

Mike, te encanta describirle a la gente el océano de mi amor. Lo observas, lo estudias y cantas sobre él,

pero tú mismo no te has aventurado muy lejos en él. Caminas por la playa, escuchando el estruendo de las olas. Te sumerges hasta las rodillas, a veces incluso hasta la cintura, pero ¿cómo puedes *conocer* realmente la profundidad de mi gran amor si no vas más allá de las olas cercanas a la orilla?

Sabía que Dios tenía razón, pero no sabía *cómo* alejarme de la seguridad de la orilla y adentrarme en el océano de su amor.

No tienes idea de lo amplio y profundo que es mi amor por ti —continuó Dios—. Sigues pensando que está lleno de condiciones, que tienes que cumplir. Pero mi amor es insondable.

Anhelaba encontrarme con ese amor insondable, pero me sentía impotente para lograrlo.

En las semanas siguientes, intenté imaginarme en medio del océano, lejos de tierra, sin poder ver la orilla. O intentaba sumergirme en las profundidades del agua, pero seguía saliendo a la superficie. Así que intentaba imaginarme con equipo de buceo, sumergiéndome en la oscuridad del vasto mar del amor de Dios, pero mi imaginación flaqueaba y me encontraba a salvo fuera del agua, de vuelta en la orilla.

Finalmente, me rendí y oré: “Padre, no puedo explorar las profundidades de tu amor yo solo. Vas a tener que llevarme hasta allí”.

Poniéndonos a disposición de Dios

En *Sacred Rhythms* [*Ritmos sagrados*], Ruth Haley Barton escribe sobre su experiencia de agotamiento en el ministerio debido a su búsqueda constante por estar a la altura. En respuesta a su crisis, escribe: “¿Estoy dispuesta a reorganizar mi vida según lo que mi corazón más desea?”³ Al reflexionar sobre estas palabras poco después de rendirme e invitar a Dios a llevarme a las profundidades, se despertó mi propio cansancio y anhelo. Sus palabras me desafiaron a expresar mi “disposición a Dios directamente, reconociendo el misterio de la transformación espiritual y [mi] *impotencia para lograrla*”.⁴ Estas palabras me invitaron a una nueva libertad, ayudándome a percibir que “la transformación espiritual a este nivel es un puro don al ponernos a disposición de Dios”⁵.

Poco a poco, durante los meses siguientes, empecé a “reorganizar mi vida”, reservando intencionalmente tiempo para dedicar a Dios toda mi atención. Aunque a veces me sentía abrumado sobre cómo o por dónde empezar, Barton me ayudó a despejar el desorden invitándome a practicar la “oración respiratoria” como “una expresión del anhelo más profundo de [mi] corazón junto con el nombre de Dios que [era] más significativo e íntimo para [mí] en [ese] momento”⁶. Empecé a levantarme más temprano para poder dedicar veinte minutos a estar en quietud y presente ante Dios, inspirando y espirando en oración. A

3 Ruth Haley Barton, *Sacred Rhythms* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2006), 151.

4 Barton, *Sacred Rhythms*, 151, énfasis añadido.

5 Barton, *Sacred Rhythms*, 151.

6 Barton, *Sacred Rhythms*, 70.

medida que practicaba la permanencia en Cristo⁷, mi oración respiratoria se convirtió en: *Padre, llévame más profundamente en Tu amor.*

Voy a inspirar, *Padre.*

Luego, espirar, *acógeme más profundo en tu amor.*

Sabía que necesitaba liberar este espacio de oración de cualquier expectativa de que Dios *hiciera* algo, *dijera* algo, *resolviera* algo o *apareciera* de alguna manera tangible. Necesitaba desprenderme de las expectativas transaccionales y mantener un espacio de quietud y saber que Dios es Dios⁸, recibiendo todo lo que el Padre quisiera darme por fe, fuera o no consciente de cualquier *experiencia* tangible.

Con el tiempo, permanecer con Dios de esta manera se convirtió en una práctica regular, en la que no buscaba lograr o producir nada por mi propio esfuerzo. No intentaba realizar mis prácticas devocionales para que Dios “apareciera” y me ayudara a manejar las circunstancias de mi vida. No buscaba crear una experiencia espiritual o marcar la casilla de oración de mis logros religiosos.

Sentado en ese espacio silencioso, a menudo me distraía y a veces me quedaba dormido. Pero mientras seguía inspirando, “Padre”, y espirando, “acógeme más profundamente en tu amor”, sentí que mi corazón prestaba más atención al corazón de Dios. De vez en cuando, algo surgía de las profundidades que parecía provenir del corazón de Dios, ya fuera para mí o para otra persona. De vez en

7 Ruth Haley Barton, *Sacred Rhythms* (Downers Grove, IL, InterVarsity, 2006), 70.

8 Salmo 46:10.

cuando, el Espíritu Santo mencionaba en mi corazón el nombre de una persona en la que no había pensado.

La primera vez que esto sucedió, estaba haciendo una corta caminata después de veinte minutos de oración silenciosa, regocijándome en el día, y el nombre de una amiga vino a mí como un pequeño y sutil susurro. Tal vez mi tiempo de oración en silencio me había hecho más sensible a escuchar este nombre en mis pensamientos, como un brote tierno que surge de tierra preparada. No había tenido ninguna interacción con esta amiga durante algún tiempo, así que supuse que este impulso provenía del Espíritu Santo, así que oré: “Padre, haz que ella esté más profundo en tu amor”. Después de esta oración, me sentí impulsado a orar específicamente por su situación laboral.

Cuando regresé de mi caminata, le envié un correo electrónico para decirle que Dios la había puesto en mi mente. Rápidamente me respondió: “Una de mis oraciones de esta mañana era que Dios me recordara su amor por mí y que le importo. Tu correo electrónico es definitivamente una respuesta a esa oración” y pasó a describir algunas luchas que estaba teniendo en su trabajo.

Este tipo de *mención de nombres* se ha convertido en una forma habitual en la que Dios se comunica conmigo y me busca, el fruto de la tierra preparada por mi tiempo de permanecer con él. El Espíritu Santo también ha traído a mi mente lugares donde necesito hacer un trabajo más profundo de arrepentimiento en mí mismo o extender el perdón hacia otras personas. Estas interacciones con Dios han sido tan alentadoras y vivificantes.

Después de una larga temporada orando: “Padre, acógeme más profundo en tu amor”, me sentí atraído a regresar a la casa de mi corazón, y Jesús me guió hasta una puerta en el centro del piso principal que no había visto antes. Jesús abrió la puerta y me asomé hacia una escalera larga y empinada que supuse conducía al sótano. Juntos comenzamos a bajar las escaleras, que conducían hacia abajo y hacia abajo, más y más. No hablamos, sino que seguimos descendiendo. Me di cuenta de que las paredes y las escaleras estaban talladas en piedra, y el espacio estaba bien iluminado, aunque no pude ver ninguna fuente de luz perceptible.

Como estaba con Jesús, confiaba en que me guiaba por esta escalera interminable, y por eso no me sentía preocupado ni claustrofóbico. Finalmente, me sentí libre de salir de esta oración imaginativa, aunque todavía no habíamos terminado el descenso ni habíamos llegado a ningún destino.

Durante las semanas siguientes, volví periódicamente a la casa de mi corazón en oración y me encontré con Jesús, que seguía bajando por aquella larga escalera.

Por fin, una mañana de primavera, llegamos al final de las escaleras de piedra, que se abrían a una gran cámara redonda de piedra. El techo estaba a unos quince pies (cuatro metros) por encima de nosotros y en las paredes de la cámara podía ver una docena o más de puertas de colores. Me quedé mirando las puertas, preguntándome adónde llevarían, mientras Jesús permanecía de pie a mi lado. Ninguno de los dos se movió.

Durante las semanas siguientes, cada vez que volvía a mi casa del corazón en oración, me encontraba de pie con Jesús en medio de esta cámara de piedra, mirando fijamente estas puertas de colores. Entonces, un día, di un paso adelante, una de las puertas se abrió y sentí que Jesús decía: “Esta es la habitación llamada Fingir”.

Inmediatamente pensé: *“Esta es la habitación donde guardo todas las máscaras y personalidades que me pongo para caerle bien a las personas y ser aceptado. Esta es la habitación donde escondo todas las formas en que he aprendido a actuar y a presentarme ante los demás.* Sabía que esta habitación reflejaba lo que yo había fingido ser, todas las personalidades que había proyectado durante tanto tiempo que ya no podía distinguir mi yo fingido de mi yo auténtico, el yo que ha sido creado a imagen de Dios.

Vi las personalidades que me había probado de adolescente para que me aceptaran y caer bien a mis amigos. Vi las partes de mí mismo que había ocultado a mis amigos, porque tenía miedo de no encajar.

Vi las partes de mí que habían experimentado rechazo escondidas para evitar más vergüenza.

Vi al amigo de mi compañero de habitación de la universidad, que podía recitar todas las frases más graciosas del cómico Steve Martin, imitando su tono y sus gestos. Recordé cómo nos habíamos reído hasta llorar y cómo yo había querido ser tan gracioso como aquel chico para hacer reír a las personas.

Al recordar a ese chico que intentaba ser como Steve Martin, pensé: “¿Qué tan lejos me apartaría de mi

verdadero yo? ¡Intentaba ser como una persona que intentaba ser como otra persona!”.

También vi las veces que había fingido estar de acuerdo con las personas sólo para evitar conflictos y no sentirme rechazado o aislado. Vi todas las maneras en las que había intentado aparentar ser bueno cuando en realidad sabía que mi corazón estaba lleno de juicios, resentimiento, orgullo, superioridad, agresión pasiva, apatía, lujuria, temor e ira. Había encerrado todas estas cosas porque temía que demostraran que yo no era una buena persona.

Cuando me di cuenta de que todos esos recuerdos estaban apiñados en cajas que se apilaban unas encima de otras, sobrecargando unas estanterías rebosantes de años y años de basura acumulada, me quejé: “Jesús, esta habitación es abrumadora. ¿Qué hago con todas estas cosas?”

Me sentía expuesto e incómodo y me costaba respirar. Quería hacer algo y estaba ansioso por ponerme manos a la obra y empezar a limpiar esta habitación para estar más presentable ante Dios.

Pero, entonces, por la gracia de Dios, me detuve y dije: “Jesús”. Respiré hondo, llenando mis pulmones. Luego exhalé y oré: “Mientras me llevas más profundamente en tu amor, ¿te sentarás conmigo en este espacio abrumador?”.

Selah

Esa misma tarde, leí *The Gift of Being Yourself* [El regalo de ser tú mismo] del psicólogo cristiano David Benner, que ilumina la relación entre el viaje del autodescubrimiento y

el conocimiento de Dios. El siguiente pasaje, en particular, iluminó la página:

El yo que Dios ama con persistencia no es mi yo fingido, sino mi yo real, mi verdadero yo. Pero como soy un maestro del engaño, me cuesta penetrar en mi red de engaños y conocer mi verdadero yo. Lo confundo continuamente con un yo ideal que me gustaría ser.⁹

Cuando la palabra “fingir” volvió a resonar en mí, sentí la invitación a “estar quieto y reconocer que Yo Soy Dios” (Sal 46:10).

Luego de permanecer en quietud durante varios minutos, volví a Benner, quien escribe: “El verdadero conocimiento de nosotros mismos sólo puede producirse cuando estamos convencidos de que se nos ama profunda y precisamente como somos”.¹⁰

Sentí una profunda conciencia en mi espíritu, un anhelo de conocer el profundo y amplio amor de Dios por *mí*: el *verdadero* yo, no el que había imaginado para mí, o pretendido ser, o proyectado para que todos los demás lo vieran. Clamé a Dios para que despertara en mí tanto la profundidad de mi quebrantamiento como la profundidad de mi condición de ser amado.

En lo más profundo de esa cámara subterránea, en la habitación llamada “fingir”, me di cuenta de que durante

9 David G. Benner, *The Gift of Being Yourself* (Downers Grove, IL: IVP Books, 2015), 57.

10 Benner, *Gift of Being Yourself*, 60.

meses había estado orando: “Padre, llévame más profundo en tu amor”, y esta oración me había llevado a una habitación llena de toda mi basura sin arreglar, que es precisamente donde Dios quería revelar las profundidades de su amor por mí. Todas mis otras experiencias del amor de Dios habían sucedido cerca de la superficie, observando desde la orilla, caminando en aguas poco profundas, jugando en las olas, y yo había asumido que había hecho algo para merecerlas. Sin embargo, mi trayectoria hacia esta habitación me había llevado mucho más allá de las olas, a las aguas profundas del amor inmerecido de Dios. Al final de la larga escalera de la casa de mi corazón, despojado de todas mis máscaras, descubrí que incluso mi verdadero yo era verdaderamente amado.

Más profundo en su amor

Mi viaje con Jesús no siempre ha sido en ese lugar de un conocimiento más profundo de mi verdadero yo o de querer que Jesús se siente conmigo allí. Muchos años antes de esta imaginativa experiencia de oración, había ido a ver a un nuevo director espiritual,¹¹ y él me preguntó sobre mi viaje con Dios. Había estado aprendiendo mucho sobre el poder del Espíritu Santo para traer sanidad y liberación, así que le hablé de las áreas en las que buscaba sanidad y liberación.

11 *La dirección espiritual* es una práctica que forma parte de la iglesia cristiana desde hace siglos. En las comunidades históricas de fe, un director espiritual era un *anam cara*, o amigo del alma comprometido que ofrecía acompañamiento espiritual, que ayudaba al creyente a prestar atención a su alma y al mover de Dios en su vida. En resumen, un director espiritual es un amigo del alma, un compañero de camino, que confía en el Espíritu Santo para que sea Él quien lo dirija.

Entonces mi director espiritual me hizo una pregunta que me inquietó: “¿Qué pasaría si le pidieras a Jesús que viniera a sentarse contigo en tu desorden? ¿Como sería eso?”

No me gustó esa sugerencia. No quería que Jesús se sentara conmigo; ¡quería que él me arreglara! Si bien la verdadera sanidad es parte del reino de Dios, y la liberación puede sacarnos de lugares donde nos sentimos atascados en nuestra relación con Dios y con los demás, a menudo necesitamos comprometernos en un trabajo largo, profundo y lento sobre los hábitos y formas de pensar que nos llevaron a nuestros lugares de estancamiento en primer lugar.

Poco después de aquel encuentro con mi director espiritual, estaba leyendo un devocional de Adviento que incluía el pasaje de los evangelios sobre las tres negaciones de Pedro a Jesús, de Lucas 22. En el momento de la tercera negación, el gallo canta y Jesús se vuelve a mirar a Pedro que está al otro lado del patio. El escritor del devocional comenta: “En ese momento Pedro fue plenamente conocido y plenamente amado”. Y entonces Pedro llora amargamente.

Mientras leía estas palabras, sentí que la presencia de Dios entraba en la habitación donde estaba sentado, una enorme presencia invisible que pesaba sobre mí. Sentí como si Dios estuviera habitando cada átomo de la habitación, y la atmósfera se sentía pesada como si yo estuviera en el fondo del mar, y no hubiera lugar donde pudiera esconderme. Me sentía totalmente expuesto, lleno de vergüenza y fracaso, y no quería que Dios se acercara a mí,

pero la presencia seguía llenando la habitación, y yo seguía sintiendo la terrible incomodidad de la santa presencia de Dios, totalmente *otra*, pero sin juzgar, en medio de mi yo no limpiado, no arreglado, no sanado, no liberado, donde era plenamente conocido y plenamente amado.

Mientras reflexionaba sobre esta incómoda experiencia, leí una reflexión de Thomas Ashbrook sobre los escritos de Teresa de Ávila: “Él ama tu verdadero yo, no la persona que desearías ser. Si buscas su amor ahí, lo perderás. Realmente no podemos conocer el amor de Dios por nosotros hasta que conozcamos a quién ama ÉL”.¹²

Me di cuenta con incomodidad de que mi deseo de intimidad con Dios era en realidad muy superficial. Quería sentirme cerca de Dios, lo cual pensé que me llenaría de una dulzura y bondad que me reconfortaría, animaría y edificaría. En lugar de eso, me había sentido desnudo e incómodo, una intimidad cruda que ha sido descrita como “en-mí-tú-ves”. En este lugar, sentí que Dios decía: “Estoy aquí contigo. Lo veo todo y me quedo aquí contigo”.

David Benner ayuda a enmarcar estos encuentros crudos y vulnerables con Dios señalando: “Un conocimiento completo de nuestro yo en relación con Dios incluye conocer tres cosas: nuestro yo como profundamente *amado*, nuestro yo como profundamente *pecador*, y nuestro yo como en un proceso de ser *redimido* y *restaurado*”¹³ (énfasis añadido).

12 R. Thomas Ashbrook, *Mansions of the Heart* (San Francisco: Jossey-Boss, 2009), 157.

13 Benner, *Gift of Being Yourself*, 67, el énfasis es mío.

Ahora, en la profunda cámara de piedra de la casa de mi corazón, en la habitación llamada “Fingir”, Jesús vino a sentarse conmigo. En lugar de escandalizarse o juzgarme, Jesús no me pidió que limpiara mi desastre y tampoco lo limpió por mí. Tampoco me dejó porque fuera demasiado santo para ver todo aquello. Más bien, se sentó conmigo y esperamos juntos, igual que habíamos esperado al pie de la escalera. Muy abajo, en mi habitación subterránea de yoes fingidos, sabía que era profundamente *pecador*. Con Jesús a mi lado, también me supe que era profundamente *amado* y pude empezar a creer que estaba en proceso de ser *redimido* y *restaurado*. Al ser más consciente de lo que realmente hay en mi corazón y luego acoger a Jesús en estas áreas ocultas de vergüenza, confío en que muy lentamente estoy siendo transformado a la imagen de Jesús.

Nuestro camino hacia lo más profundo para escuchar el corazón de Dios es también un camino hacia lo más profundo de nuestros propios corazones, para que podamos llegar a saber que somos plenamente amados justo en medio de nuestros lugares más vergonzosos, ocultos y sin sanar, a pesar de todas nuestras estrategias y fracasos no transformados. Como dice Pablo: “Dios muestra su amor para con nosotros en que, *siendo aún pecadores*, Cristo murió por nosotros; aun *siendo nosotros débiles*, aun cuando *éramos enemigos*” (Ro 5:8, 6, 10; énfasis añadido). La buena nueva que nos trae Jesús no es que Dios nos amará una vez que hayamos limpiado todo y hayamos arreglado, gestionado o escondido todo lo malo.

Más bien, la buena nueva es que el Padre nos ama inconmensurablemente tal como *realmente* somos (nuestro yo enemigo, profundamente imperfecto, pecaminoso, débil y quebrantado), y por eso envió a su Hijo a las profundidades del infierno (que incluye nuestros infiernos personales) para rescatarnos de los poderes de las tinieblas y llevarnos al reino del Amado, donde podemos llegar a ser *verdaderamente* nosotros mismos.

Conclusión

Creo que es importante comenzar nuestra jornada con estas reflexiones, porque nuestro objetivo final no es simplemente escuchar la voz de Dios para que responda a nuestras preguntas u oraciones o aliente nuestra fe. Más bien, buscamos escuchar a Dios y conocer su corazón para que su amor nos transforme. Nuestra jornada en procura de escuchar el corazón de Dios tiene que ver con la comunicación que se produce cuando experimentamos una relación de amor auténtica y vulnerable con Dios para que “[conozcamos] plenamente así como [somos] plenamente conocidos” (1Co 13:12).

Si profundizar en el corazón de Dios y en el tuyo propio te parece desalentador, déjate animar por Ruth Haley Barton, quien dice: “La decisión de entregarnos a la experiencia de [escuchar a Dios] nos lleva al borde mismo de lo que conocemos y nos deja mirando hacia lo desconocido”.¹⁴

14 Barton, *Sacred Rhythms*, 12.

Sin embargo, ¿cómo podemos saber lo que no podemos saber? ¿Cómo podemos hacer lo que no sabemos hacer?

Barton señala que “el despertamiento del deseo espiritual indica que *el Espíritu de Dios ya está actuando en nosotros*, atrayéndonos hacia Él... Buscamos a Dios porque Dios fue el primero en alcanzarnos a nosotros. Nada en la vida espiritual se origina en nosotros”¹⁵ (énfasis añadido). El deseo de conectarnos más profundamente con Dios *ya* está siendo suscitado en nosotros por el Espíritu Santo para que podamos empezar a oír la voz de Dios y conocer su corazón.

Si bien me he enfocado en mi quebrantamiento en esta invitación a la intimidad, es importante saber que profundizar en el amor del Padre no consiste sólo en revelar las profundidades de nuestro quebrantamiento para que podamos conocer el amor de Dios en esos lugares. En este recorrido, también descubriremos las partes hermosas, poderosas y misteriosas de nosotros mismos que han estado enterradas en lo más profundo de esos lugares ocultos. Estas cosas pueden parecer demasiado buenas para ser verdad, pero aquí es donde encontraremos nuestro llamado. “Nosotros somos hechura suya; hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas” (Ef. 2:10). Dios ha puesto cosas hermosas en nosotros para que las vivamos y puede que hayamos enterrado algunas

15 Barton, *Sacred Rhythms*, 25, el énfasis es mío.

de ellas en lo más profundo de los recovecos de piedra escondidos de nuestro corazón.

Activación

Oración de respiración

Reserva diez o veinte minutos. Luego busca un lugar que te resulte cómodo y seguro, donde no te distraigas demasiado y puedas dejar espacio para Dios. Siéntate en silencio durante unos instantes. Respira profundamente varias veces por la nariz y exhala por la boca. Presta atención a tu respiración y a lo que sientes en tu cuerpo. Si sientes tensión, pon una mano en el lugar donde la sientes. Inspira la paz de Dios. Libera la ansiedad al espirar. Dedicar un poco de tiempo a prestar atención a la respiración y a lo que sientes en el cuerpo.

Puedes usar la oración de respiración: *Padre, llévame más profundamente en tu amor*. O puedes crear tu propia oración de respiración.

Inspira, *Padre* o *Abba*.

Espira, *llévame más profundamente en tu amor*.

En este espacio, libera tu deseo de hacer que algo suceda durante este tiempo. Invita a Dios a estar contigo. Reconoce tu deseo de mantener el espacio para dedicar tu atención a Dios. Acepta la presencia de Dios dentro de ti y a tu alrededor.

Cuando notes que estás pensando en un evento pasado, regresa a tu oración de respiración. Cuando empieces a pensar en tensiones futuras, vuelve a tu oración de respiración. Cuando te distraigas con los pensamientos del día, vuelve a tu oración de respiración. “Si tu mente se distrae 1.000 veces en 10 minutos de oración silenciosa, son

1.000 oportunidades para volver a la presencia amorosa de Jesús”.¹⁶ Sé amable contigo mismo mientras intentas *regresar* tu atención al abrazo amoroso de Dios. *Regresar* es un hábito que llevará tiempo construir.

Después de cinco o diez minutos, dedica un tiempo a escribir sobre tu experiencia. Deja que tu redacción surja como una conversación con Jesús.

16 Paráfrasis de Rich Villodas del Padre Thomas Keating.



El camino hacia el corazón de Dios

*Concédeme, Señor, que me conozca
a mí para conocerte a Ti.*

— SAN AGUSTÍN, *CONFESIONES*

Si bien Dios se comunica con nosotros en diversos momentos de nuestro camino (a menudo incluso antes de que seamos conscientes de que esa jornada ha comenzado), la invitación a ir al corazón de Dios nos llama a acercarnos a Jesús. Como señalamos en la introducción, vemos esta intimidad en la descripción que hace Juan de la Última Cena, donde dice que “uno de sus discípulos (al cual Jesús amaba)” está “reclinado en el pecho de Jesús” (Jn 13:23, BTX). En otras palabras, tiene la cabeza sobre el pecho de Jesús. Esta imagen sugiere que el discípulo no sólo está escuchando las *palabras* de Jesús, sino también su *corazón*. Cuando prestemos atención al corazón de Dios,

tendremos que acercarnos a Jesús y buscar una intimidad más profunda con él, pues es él quien nos revelará el corazón del Padre.

Puede que hayas asumido que leer este libro te daría algunos consejos y herramientas para poder escuchar mejor a Dios. Puede que hayas pensado que oír la voz de Dios es como acceder a una fuente de energía, algo que podemos utilizar a voluntad para servir a nuestros propósitos religiosos, o para validarnos de alguna manera. Sin embargo, este camino para escuchar el corazón de Dios consiste realmente en cultivar una relación íntima con Jesús y rendirse a los propósitos de Dios para que nuestros corazones puedan escuchar la voz apacible y pequeña de Dios. El teólogo y escritor de devocionales A.W Tozer describe cómo Dios anhela estar en relación con nosotros, escribiendo que “Dios es persona, y en las profundidades de su poderosa naturaleza piensa, tiene deseos, goces, sentimientos, amor y padecimientos como puede tenerlos cualquier otra persona.”¹ Por eso, nuestra invitación no es sólo a escuchar la voz de Dios, sino a acercarnos a su *corazón*. Como escribe Juan en su evangelio: “Y esta es la vida eterna: *que te conozcan a ti*, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado” (Jn 17:3; énfasis añadido).

Dios siempre busca comunicarse con nosotros, en cada etapa de nuestro camino. Incluso antes de que conociéramos a Dios o nos propusiéramos seguir el camino de Jesús, Dios nos estaba invitando a una relación de amor,

1 A. W. Tozer, *The Pursuit of God* (Camp Hill, PA: Christian Publications, 1982), 13. En español véase: Tozer, A. W. *En la búsqueda de Dios* (Miami: Editorial Peniel, 2018), 4.

no para que pudiéramos conocer más información *sobre* Dios, sino para que pudiéramos experimentar una relación íntima *con* Dios. En la carta de Pablo a los Efesios, ora para que el “Padre de gloria, les dé espíritu de sabiduría y revelación en el pleno conocimiento de él” (Ef 1:17). Más adelante, Pablo ora para que puedan “conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo entendimiento” (Ef 3:19). Sólo podemos conocer algo que sobrepasa nuestra capacidad de conocimiento si nos es *revelado*. Dios nos creó para que estuviéramos en relación con Él, para que pudiéramos *conocer* a Dios y Dios pudiera *revelarnos* su amor.

Este conocimiento es fundacional y fundamental para nuestra madurez cristiana. No se trata de adquirir más información sobre Dios, ni de conocer y cumplir todas las reglas de comportamiento religioso y moral, ni de conocer la teología “correcta”. Si bien estas cosas forman parte de la revelación de Dios a través del tiempo y de la historia, la invitación a cada uno de nosotros es a crecer en un conocimiento íntimo y experiencial de Dios, el Padre de la gloria, para que nuestros corazones y nuestras vidas se transformen en semejanza de Jesús (*cf.* 2Co 3:17-18), su hijo amado, que está cerca del corazón del Padre (*cf.* Jn 1:18).

A medida que conozcamos más profundamente el corazón de Dios, Dios también nos revelará más sobre nuestro propio corazón.

Como se ha señalado en la introducción, San Agustín y muchos otros hablan de la necesidad de esta doble revelación. El psicólogo David Benner observa que “ninguna de las dos puede avanzar mucho sin la otra. Paradójicamente,

llegamos a conocer mejor a Dios no mirando exclusivamente a Dios, sino mirando a Dios y luego mirándonos a nosotros mismos, luego mirando a Dios y luego mirándonos a nosotros mismos[...] . Tanto Dios como el yo se conocen más plenamente en relación el uno con el otro”.²

Este camino hacia el descubrimiento de la bondad del corazón de Dios, junto con nuestro propio quebrantamiento y condición de ser amados, nos llevará a luchar con el doloroso descubrimiento de que no todo en nosotros se transforma en el momento en que pedimos a Jesús que entre en nuestras vidas. De hecho, la misma presencia de Jesús en nosotros desafiará y provocará todas las cosas en nosotros que no están alineadas con su corazón.

Pero el camino siempre comienza con la búsqueda amorosa de Dios hacia nosotros. Sólo podemos amar porque Dios nos amó primero. Sólo podemos buscar a Dios porque Él nos buscó primero. Dios siempre nos persigue, incluso en medio de nuestro pecado y quebrantamiento. En las siguientes secciones, describo algunos de mis primeros pasos hacia el corazón de Dios, mi propio quebrantamiento *después* de encontrar a Jesús, y mi experiencia de la búsqueda continua de Dios, que me ha llevado a una libertad más profunda y a un conocimiento más profundo de mí mismo, así como del amor de Dios.

2 Benner, *Gift of Being Yourself*, 27.

Mi primera jornada: Entrando—y saliendo—de la gracia de Dios

Pasé mis primeros veintiún años como cristiano creyendo que era una decepción para Dios, lo que parece extraño ya que el evangelio pretende ser *buenas nuevas*.

Cuando entré en esta nueva y extraña relación con Jesús a la edad de quince años, mis padres se habían divorciado recientemente. Me habían educado en la iglesia católica, pero hacía unos años que la había abandonado. El caos de la adolescencia rugía a mi alrededor y dentro de mí. Aunque entonces no podía articularlo bien, deseaba desesperadamente pertenecer a algún sitio, encajar, saber que me aceptaban. Estaba lleno de confusión y me sentía totalmente perdido.

Mi introducción a cómo podía tener una relación con Dios no hizo más que aumentar mi confusión. Durante dos años, un puñado de compañeros de clase cristianos me invitaron a su iglesia y a diversos actos religiosos, diciéndome que tenía que pedirle a Jesús que entrara en mi vida para poder tener una relación personal con él. Como ex-católico, este concepto era nuevo para mí, pero estas conversaciones me resultaban intrigantes, así que asistía a sus reuniones pero me resistía a su presión de “invitar a Jesús a mi vida”.

Gran parte de la teología popular durante esta época, en los años setenta, se centraba en el “fin de los tiempos” o los “últimos días”. Esta enseñanza escatológica fue popularizada por los libros de Hal Lindsay: *Late, Great Planet Earth* [*La agonía del gran planeta tierra*] y *Satan is Alive*

and Well on Planet Earth [*Satanás, vivo y activo en el planeta tierra*], junto con películas apocalípticas cristianas, como: *A Thief in the Night* [*Como ladrón en la noche*] y *A Distant Thunder* [*Un trueno distante*], que describen los últimos días del planeta Tierra, cuando el enemigo de Dios, el Anticristo, se levantará y perseguirá a los cristianos durante siete años y Dios derramará sus copas de ira sobre la tierra para castigar al diablo y a los que no creen en Jesús. El mensaje que recibí fue que Dios se estaba preparando para castigarnos y que Jesús iba a volver cualquier día para llevarse a los fieles con él al cielo, y que quien fuera dejado iba a sufrir bajo el reinado del Anticristo.

Aunque la popular historia cristiana seguía proclamando que Dios nos amaba y que Jesús había muerto por nosotros para que pudiéramos tener una relación *correcta* con Dios, el mensaje se centraba en cómo nos *salvaríamos* del Anticristo y de la ira de Dios poniendo nuestra fe en Jesús y pidiéndole que nos perdonara y entrara en nuestros corazones. Después de escuchar este mensaje durante dos años, finalmente quise asegurarme de estar en el lado correcto cuando la ira del “fin de los tiempos” se desatara.

En retrospectiva, puedo ver que mi nueva fe se parecía mucho a contratar una póliza de seguro contra incendios para asegurarme de que no sufriría la ira candente de Dios, que iba a derramarse sobre la tierra cualquier día. Sin embargo, esta ira estaba expresada en el lenguaje del amor salvador de Dios. Así, el mensaje que me llevé fue que el amor y el perdón de Jesús me salvarían de la ira de Dios, el Padre. Aunque ahora considero que esta teología es muy

problemática, estos amigos me ayudaron a abrir los ojos a la posibilidad de tener una *relación* con Dios.

Recuerdo que, mientras mis compañeros cristianos me presionaron durante esos dos años para que me hiciera cristiano, les decía que el cristianismo me parecía una especie de lastre, un montón de cosas que hacer y no hacer. Aunque no sabía muy bien qué era lo que había que hacer, estaba bastante seguro de que la larga lista de lo que no debía hacer incluía muchas de las cosas que yo hacía. También sabía que me costaría cambiar, y no estaba seguro de estar dispuesto a pagar el precio.

Entonces, un día, mis amigos me dieron un tratado religioso, “Las cuatro leyes espirituales”, y la oración al final decía: “Si realmente deseas que Jesús sea el Señor de tu vida, haz esta oración y Él vendrá a tu vida como lo prometió”.³

Ya sentía que no me hallaba a gusto en casa ni en la escuela, y estaba bastante seguro de que si decía “sí” a Jesús, me desvincularía de todo lo último que me ofrecía estabilidad en el caos de mi joven vida. Entonces pensé que si Dios era real, podía ocuparse de mis miedos. Y si Dios *no era* real, entonces nada cambiaría realmente si yo hacía esa oración. Así que, ¿por qué no intentarlo y ver qué pasa? Oré y le pedí a Jesús que “se sentara en el trono” de mi vida, como sugería el tratado. Mientras estaba en medio de la calle, cerca de mi escuela secundaria, orando esta oración,

3 Accedido en línea: https://knowgod.com/en/fourlaws/0?utm_source=4laws&utm_medium=website&utm_campaign=4laws-visit&utm_content=english&cid=dp-website-4laws-gds-qq-4lawsref-en-822060579823. Para más información, véase el Apéndice al que lleva este enlace.

miré hacia arriba y me pareció que todo a mi alrededor se iluminaba y se enfocaba, como si el sol saliera de detrás de una nube. También me di cuenta de que estaba sonriendo de oreja a oreja.

En los días siguientes, me di cuenta de que la presencia de Dios me seguía. No buscaba a Dios, pero empecé a notar su presencia en todas partes, lo cual era a la vez inquietante y estimulante.

Unas semanas después de pedirle a Jesús que morara en mi corazón, estaba en la costa de Oregón pasando el fin de semana con mi madre y mis hermanas. Mientras paseaba por la ciudad costera con el hijo de la familia con la que nos alojábamos, tuve la fuerte e incómoda sensación de que algo me seguía y también estaba *dentro* de mí. Sentí esta presencia, extraña y distinta, en un lugar que antes había estado vacío. Si bien la presencia no parecía oscura, me inquietaba. Si bien le había pedido a Jesús que viniera a hacer su morada “en [mi] hombre interior por el Espíritu Santo” (cf. Ef 3:16-17), no había entendido cómo se *sentiría*.

Durante las semanas siguientes, sentí esta Presencia a menudo y llegué a comprender que Dios no sólo estaba extrañamente dentro de mí, sino también a mi alrededor en mi habitación por la noche cuando intentaba orar. Me sentaba en la cama y hablaba en voz alta y Dios parecía estar conmigo, comunicándose conmigo. Esto me daba una inexplicable sensación de seguridad y consuelo en medio del caos de mi vida. Cuando intentaba describir estas conversaciones nocturnas a mis compañeros, parecían pensar que yo era tan extraño como ya de todas formas me sentía.

Si bien sentí que Jesús seguía en pos de mí, no cambié muchos de mis hábitos anteriores, aunque sabía que probablemente estaban en la lista de Dios de cosas para “no hacer”.

Aproximadamente un año después, una noche estaba fumando marihuana con un amigo en el estacionamiento trasero de una iglesia que estaba situada al final de una calle secundaria de nuestro pequeño pueblo, rodeada de árboles, sin tráfico regular, y sin ninguna persona en la iglesia durante las noches de la semana. Mientras fumábamos en su automóvil, empecé a sentirme convencido de que estaba mal que yo consumiera marihuana.

Mientras estaba sentado en la puerta del automóvil de mi amigo, apoyado en el techo, mirando al cielo nocturno, oré: “Si esto está mal, Dios, dame una señal”.

Esperé. No hubo nada, ni siquiera una estrella fugaz.

“No lo creo”, pensé.

Entonces aparté los ojos de la inmensidad de las estrellas y miré por encima del automóvil una señal de alto roja y blanca. A.L.T.O.

Había pedido una señal, así que tiré el cigarrillo.

Aunque pueda parecer una curiosa coincidencia, desde entonces he vuelto varias veces a este lugar y *no* hay ninguna señal de alto en el estacionamiento. Nunca la ha habido. Es sólo un terreno de grava detrás de una pequeña iglesia de pueblo y no hay ninguna señal de alto visible en ninguna de las calles. Ya sea que Dios puso una señal ahí o que yo estaba tan drogado que me lo imaginé, Dios usó esa

señal para comunicarme que me estaba siguiendo y que quería que confiara en él.

Después de graduarme de la escuela secundaria y de ir a la universidad, esta comunicación con Dios pareció agotarse. Aunque me involucré en un grupo universitario en una gran iglesia presbiteriana y devoré las enseñanzas sobre Dios, y amaba el sentido de pertenencia con mis amigos cristianos, no conversamos sobre cómo Dios podría comunicarse con nosotros en tiempo real o de formas reales. Parecía que Dios sólo podía comunicarse con nosotros a través de la Biblia y la iglesia. Debido a que había tan poca anticipación sobre cómo podríamos experimentar la presencia tangible de Dios en nuestra vida diaria, mi fe parecía depender de mí y de mis propios esfuerzos por vivir una vida moral basada en los valores bíblicos.

Con el tiempo, volví a caer en mi forma predeterminada de pensar sobre el cristianismo como una lista religiosa de lo que se debe y no se debe hacer. Si podía mantener feliz a Jesús siguiendo todas las reglas, me quedaría en el lado “correcto” de la ira de Dios cuando llegara el día del juicio. Estas reglas se basaban tanto en la Biblia como en las reglas religiosas expresadas y tácitas de la cultura de mi iglesia.

Aunque me aferraba a la esperanza de que era “salvo” y perdonado y que algún día estaría en el cielo, cada vez me daba más miedo la idea de presentarme ante el trono del juicio de Dios en el cielo. Mientras imaginaba una pantalla gigante transmitiendo mis pecados a todos los que estaban mirando, el amor incondicional de Dios comenzó a sentirse como una “táctica engañosa”. Aunque había sido

salvado *del* pecado y perdonado *de* mi pecado como un regalo de la gracia incondicional de Dios, mi relación continua con Jesús parecía consistir en esforzarme por no pecar y ser bueno a través de *mis propios* esfuerzos. Sin embargo, me sentía completamente impotente para cambiar algo en mí. Leía mucho la Biblia, iba a la iglesia con regularidad, oraba todos los días y hacía todo tipo de cosas religiosas para cumplir y ser un buen cristiano ante los ojos de Dios y de la comunidad eclesíástica. Pero en el fondo, sentía una tremenda culpa por mis fracasos, además de temor, condena e inutilidad.

Esto me llevó a deprimirme cada vez más, ya que me sentía atrapado en un ciclo de pecado-confesión-pecado-confesión-vergüenza. El cristianismo que vivía no me había traído libertad, pues sólo experimentaba momentos de gozo fugaz cuando creía que me iba “bien”. Las historias de cristianos maduros que caminaban en victoria sólo me hacían sentir más fracasado. Practicaba lo que uno de mis amigos llamaba *gestión del pecado*, en la que aislaba áreas de mi vida con la esperanza de que no se desbordaran o se me fueran de las manos. Me medía duramente en ciertas áreas de la vida mientras descuidaba muchas otras. Y estaba seguro de que Dios estaba tan decepcionado de mí como yo mismo. Aunque decía que amaba a Dios y que él me amaba a mí, no *quería* acercarme a Dios, porque tenía miedo de lo que podría pedirme si realmente me entregaba a él.

Estaba seguro de que, si me acercaba a Dios, no haría más que confirmar la condena que yo mismo me infligía con tanta regularidad. Así que me acercaba a Jesús en público,

pero evitaba acercarme a Dios en privado. Aunque oraba porque orar era parte de ser un buen cristiano, la idea de acercarme a Dios en oración me aterrizzaba. Mis oraciones eran como conducir hasta un autoservicio de comida rápida: hacía mi pedido y seguía mi camino, sin acercarme a Dios ni quedarme para sentarme y disfrutar del banquete. Ciertamente, ¡nunca apoyaba mi cabeza en el pecho de Jesús!

Como la religión era a la vez mi salvavidas y un severo capataz, cuando me juzgaba a mí mismo, me llenaba de juicios hacia los demás. El juicio se convirtió en una especie de adicción para mí, una forma de consolarme y recuperar una sensación de poder en mi impotente vida espiritual. Si podía juzgar a otra persona, me sentiría mejor conmigo mismo por un tiempo. Juzgaba a la gente por sus acciones pecaminosas, aunque a menudo yo era culpable de las mismas cosas. Y juzgaba a las personas por no leer sus Biblias, o por no ir a la iglesia, o por no participar en las reuniones religiosas en las que yo participaba. No les expresaba estos juicios, pero los juzgaba dentro de mi corazón. Como dijo Jesús de los fariseos, yo era como “un sepulcro blanqueado, que por fuera parece hermoso, pero por dentro está lleno de huesos de muertos” (Mt 23:27).

Durante este tiempo, también me involucré en el ministerio juvenil de la iglesia a tiempo completo y eventualmente fui al seminario para poder convertirme en pastor. Intentaba enseñar a jóvenes y adultos sobre Jesús, pero como dice Rob Reimer en su libro sobre sanidad interior, *Soul Care [Cuidado del alma]*, “enseñas lo que sabes pero

reproduces lo que eres”.⁴ Así que hablaba de una relación de amor con Jesús, pero enfatizaba el comportamiento y las creencias. Por lo tanto, estaba reproduciendo todo el mismo bagaje religioso que yo vivía: esforzándome por ser bueno, por hacer las cosas religiosas “correctas” y por creer en la teología “correcta”.

Este enfoque en el comportamiento correcto y las creencias correctas resumía el corazón fariseo dentro de mí. Así, mi creencia en Jesús no era una *buena nueva*, sino que se había convertido en una forma tóxica de religión para mí y para aquellos a los que enseñaba. Cuando nuestra fe se mide por creencias y comportamiento, no vivimos en la libertad y el gozo de una relación íntima con Cristo, sino que nos hemos vuelto hacia una religión vacía que no tiene nada que ver con la gracia de Cristo.

El apóstol Pablo lo critica duramente en su carta a los Gálatas:

Me maravillo que ustedes hayan abandonado a Aquél que los llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente [...] Miren, yo, Pablo, les digo que si se dejan circuncidar, Cristo de nada les aprovechará [...] De Cristo se han separado, ustedes que procuran ser justificados por la ley; de la gracia han caído” (Ga 1:6; 5:2, 4, NBLA).

4 Rob Reimer, *Soul Care* (Franklin, TN: Carpenter’s Son Publishing, 2016), 78.

La frase, “de la gracia han caído”, se utiliza a menudo para describir a alguien que ha caído en la inmoralidad desde una posición prominente. Sin embargo, Pablo no habla de inmoralidad en este pasaje, sino de legalismo religioso. Cuando nos medimos a nosotros mismos o a los demás por una serie de reglas prescritas, *caemos* de la libertad de la gracia de Dios a través de Jesús a una religión legalista, basada en el desempeño, que deja de ser *buenas nuevas* para el mundo.

Definitivamente había caído de la gracia en mis primeros encuentros con la presencia de Dios en aposentos altos y estacionamientos. Esta trayectoria de legalismo y mis continuas luchas con el pecado me llevaron al límite. Me había convertido en un cristiano deprimido y conflictivo. Si bien proclamaba el amor incondicional de Dios a los que me rodeaban, yo mismo no experimentaba esa bondad o incondicionalidad. Sin embargo, de alguna manera, no podía desecharlo todo. Así que clamé como Pedro después de que muchos discípulos dejaron de seguir a Jesús: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6:66-69).

Mi camino posterior: el encuentro con las *Buenas Nuevas* de la libertad y el amor ilimitados de Dios

Unos veinte años después de entregar mi vida a Jesús por primera vez, cuando tenía unos treinta y tantos años, dirigí un viaje misionero de jóvenes a la Reserva India Crow, al este de Montana. Una tarde, mientras caminaba por el

santuario de la iglesia donde nos alojábamos, encontré un folleto en el púlpito que hablaba de “fortalezas espirituales”. A medida que leía el folleto, varios encabezados parecían destacarse: el temor, el pecado sexual y el control.

Respiré profundamente y oré: “De acuerdo, Dios. Confío en que me estás mostrando estas cosas. Por favor, ayúdame a hacer algo al respecto”.

Durante las semanas siguientes, estas áreas parecieron convertirse en un campo de batalla más que en un lugar de conquista victoriosa. Lleno de un profundo sentimiento de inutilidad por mi continuo fracaso, me hundí aún más en la desesperación.

Entonces un amigo me sugirió que leyera *Rompiendo las cadenas: Venciendo pensamientos negativos, sentimientos irracionales, costumbres pecaminosas* de Neil Anderson. Cuando leí las palabras del subtítulo, pensé: *Comprobado. Comprobado. Comprobado.*

Este libro me ayudó a reconocer muchas de mis creencias poco sanas acerca de Dios y las falsas maneras en que había llegado a sentirme aceptado, importante y seguro. Me enseñó que mi nueva identidad en Cristo se basaba únicamente en la obra de Jesús, y que eso no tiene nada que ver con lo que yo haga o deje de hacer, haya hecho o no haya hecho. Aunque pude haber escuchado estas cosas en el pasado, por la gracia de Jesús, ahora podía recibir-las. Detrás de mi auto-condena en el campo de batalla de mi mente, comencé a escuchar la verdadera voz de Cristo, quien tiene completa autoridad sobre el diablo, nuestra carne y el mundo. Como si fuera un cirujano, este libro me

abrió de tajo. A través de la oración continua, extirpó los tumores cancerosos que habían crecido en mi corazón y en mi mente. Devoré sus buenas nuevas como un hambriento.

Cuando Anderson habló de “llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2Co 10:5), fui dolorosamente consciente de que no había llevado cautivo ningún pensamiento ni un solo día de mi vida. Al contrario, era cautivo de mis pensamientos. Mi mente era como un campo abierto, recibiendo cualquier semilla que cayera allí, que parecían ser en su mayoría malas hierbas negativas.

En la parábola del sembrador (Mt 13:3-9, 18-23), Jesús describe a un agricultor que siembra generosamente la semilla en todo tipo de suelos: en un camino empedrado, donde los pájaros llegan rápidamente para arrebatarse la semilla; en un terreno pedregoso, donde crece rápidamente pero no dura porque no tiene raíz; en un terreno descuidado, donde crecen las malas hierbas y ahogan la planta de modo que no puede dar fruto; y en un terreno bueno que se cuida con esmero, donde produce una gran cosecha.

Mientras leía *Rompiendo las cadenas* y oraba siguiendo las oraciones al final del libro, Dios comenzó a arrancar las malas hierbas que habían crecido en mi corazón y mi mente para que las buenas plantas que ya estaban creciendo en mí pudieran finalmente florecer y comenzar a dar fruto. No se trataba de que yo intentara limpiarme para que Dios plantara cosas buenas en mí o decidiera finalmente que yo era lo suficientemente bueno para derramar su amor sobre mí. Más bien, a través de la oración, entré en una asociación con el Espíritu Santo para que Dios pudiera comenzar

a eliminar los obstáculos que me impedían experimentar el amor que Dios *siempre* había estado derramando sobre mí.

Estas *buenas nuevas* me dieron una mentalidad completamente nueva.

Al entrar en esta nueva etapa de mi vida con Dios, comencé a enamorarme de Jesús y a experimentar su bondad. En lugar de tener miedo de Dios y estar lleno de auto-condena, no podía esperar a estar con él. Me liberé del temor de que Dios estuviera decepcionado de mí y ya no tenía miedo de lo que Dios pudiera decirme. Mi vida de oración ya no era como un autoservicio de comida rápida, donde hacía mi pedido y luego me iba rápidamente, devorando con hambre cosas que no me nutrirían verdaderamente en la intimidad de mi propio automóvil. En lugar de eso, empecé a reclinar me en la mesa del banquete con mi Amado, apoyando mi cabeza en su pecho y escuchando su corazón mientras digería las cosas nutritivas y hermosas que me preparaba. Después de tropezar en la oscuridad durante veintiún años, temeroso de acercarme al corazón de Dios, entré en una conversación viva con Jesús, y esta relación se ha convertido en luz y vida para mí.

Conclusión

He compartido la primera mitad de mi camino con Dios en este capítulo para resaltar cómo a menudo llegamos a nuestra relación con Dios con semillas de malas hierbas de quebrantamiento y confusión ya sembradas en nuestros corazones. Estas malas hierbas no desaparecen automáticamente cuando venimos a Jesús y siguen determinando

cómo nos percibimos a nosotros mismos, nuestro quebrantamiento y nuestra capacidad para recibir nuestra condición de ser amados. Estas malas hierbas deben ser arrancadas de raíz para que podamos escuchar a Dios y recibir lo que Dios nos está diciendo acerca de sus propósitos para nuestra vida.

Si bien escuchar el corazón de Dios puede ser tan sencillo como saber que Jesús es nuestro Buen Pastor, y que como ovejas tuyas podemos reconocer su voz, también tenemos que aprender a discernir lo que viene de Jesús y del corazón de Dios, y lo que viene de nuestras experiencias de heridas y quebrantos, y de otras voces. Parte de ese discernimiento consiste en aprender a escuchar nuestro propio corazón y tratar de colaborar con la obra profunda del Espíritu Santo para que podamos experimentar más la libertad y la plenitud que Dios quiere para nosotros como sus hijos amados.

Jesús continúa llevándome más profundamente a lugares ocultos dentro de mi propio corazón para que pueda descubrir las partes de mí que no han sido completamente restauradas a la bondad y misericordia de Dios. Este camino continúa a medida que el Padre me lleva más profundamente a su amor.

Activación

Antes de comenzar la activación, busca un lugar donde puedas hacer espacio para Dios. Siéntate reposadamente, respirando profundamente varias veces por la nariz y exhalando por la boca. Después, tómate unos minutos y centra tu atención en nuestra oración de respiración. *Padre, llévame más profundamente en tu amor.*

Mientras descansas en este espacio donde eres *amado*, invita al Espíritu Santo a traer a tu mente algo que hayas creído que se opone al amor que Dios quiere comunicarte.

Espera en silencio, volviendo a tu oración de respiración, en la medida que este miedo, herida, decepción o falsa creencia surja dentro de ti. Mientras respiras, preséntalo ante el corazón amoroso de Dios.

Mientras continúas respirando, *Padre, llévame más profundamente en tu amor*, invita a Dios a revelarte cómo esta decepción, falsa creencia, miedo o herida ha influido en lo que crees sobre Dios y lo que Dios siente por ti.

Mientras continúas respirando, invita a Dios a que te guíe en tu respuesta.

Tómate unos momentos para anotar en tu diario cualquier cosa que Dios te haya revelado.

Concluye invitando al Espíritu a revelar una verdad de las Escrituras que pueda contrarrestar esta falsa creencia, herida, decepción o temor.



Teología del corazón

*Madre es el nombre de dios en el corazón
y en los labios de todos los niños.*

—ALEX PROYAS, *THE CROW*

En la película de 1994 *The Crow* [*El cuervo*], el protagonista (Eric Draven) se enfrenta a la madre adicta a la heroína de una joven de la que se ha hecho amigo. Mientras el Cuervo (Draven) se sitúa detrás de la madre en el cuarto de baño, sacándole la heroína del brazo, hace que se mire en el espejo y luego le dice: “Madre es el nombre de dios en el corazón y en los labios de todos los niños”.¹

Nuestras creencias sobre Dios determinan cómo nos relacionamos con Él y cómo creemos que Dios se relaciona con nosotros, así como lo que pensamos que Dios tiene en su corazón para nosotros. Los mensajes y las experiencias que recibimos de nuestros padres o cuidadores son los

¹ Alex Proyas, *The Crow* (New York: Dimension Films, 1994), 0:42:28.

que más influyen en estas creencias, ya que ellos fueron los principales formadores y figuras de autoridad en nuestros primeros años de vida. En *The Deeply Formed Life* [*La vida formada desde lo profundo*], el pastor Rich Villodas llama a estos mensajes “guiones”, que describe como “los mensajes que recibimos, los papeles que se nos asignan y las formas en que creemos que debemos vivir que nos han sido transmitidas conscientemente o interpretadas subconscientemente por nosotros”.²

Estos guiones a menudo permanecen enterrados en lo más profundo de nosotros, y sin embargo determinan lo que en este capítulo describo como nuestra *teología del corazón*. En *Evangelizing the Depths* [*Cómo evangelizar el interior*], Simone Pacot enmarca dicha teología y el camino interno hacia la sanidad y la intimidad con Dios en términos de evangelismo, señalando que hay algunas partes de nosotros mismos que todavía necesitan ser ganadas a la bondad de Dios. Ella escribe: “La pregunta es si las buenas nuevas del mensaje de vida de Cristo han llegado a nuestros impulsos más profundos, a las dificultades más profundas y agudas, a nuestros deseos de muerte, a nuestros instintos de destrucción y autodestrucción”.³

Con todo lo que sucede dentro de nosotros y moldea nuestro pensamiento, podemos preguntarnos: ¿cómo podremos saber alguna vez que estamos escuchando desde el corazón de Dios?

2 Rich Villodas, *The Deeply Formed Life* (Colorado Springs: Waterbrook, 2020), 115.

3 Simone Pacot, *Evangelizing the Depths*, (Eugene, OR: Cascade Books, 2018), 1.

Aunque la relación con mi madre también ha moldeado mi teología del corazón, a lo largo de este capítulo hago hincapié en el modo en que la relación con mi padre influyó en mi percepción de la implicación relacional de Dios en mi vida. Obviamente, nuestra teología del corazón se ve impactada por nuestros padres y madres, por lo que es importante sacar a la luz los mensajes y experiencias que hemos recibido de ambos progenitores.

Un ejemplo de ello procede de *sozo* (palabra griega que significa “salvado, sanado, liberado”), un ministerio de sanidad interior de la iglesia Bethel de Redding (California) que trata de llegar a la raíz de las cosas que obstaculizan nuestra relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Este ministerio suele equiparar la dinámica de nuestra relación con Dios Padre con nuestras relaciones con nuestros padres, y nuestra relación con el Espíritu Santo con nuestras relaciones con nuestras madres.

¿Qué es la “Teología del corazón”?

Cuando llegamos por primera vez a la fe en Jesús, a menudo estamos respondiendo a una invitación enmarcada en una comprensión teológica de *quién* es Jesús (por ejemplo, “el autor y consumidor de nuestra fe” [Heb 12:2]), qué ha *hecho* (por ejemplo, murió por nuestros pecados en la cruz), y *cómo* es (por ejemplo, el Buen Pastor [Jn 10:11] o el Camino, la Verdad y la Vida [Jn 14:6]). Tiene sentido que Jesús sea el Camino hacia esta relación.

Tomamos este nuevo marco de creencias sobre Jesús (y el Padre, y el Espíritu Santo, dependiendo de nuestra

tradición teológica), y lo extrapolamos sobre los mensajes interiorizados y en gran medida inconscientes que recibimos de nuestros padres.

Estas nuevas creencias pueden versar sobre las buenas nuevas del amor de Jesús, o sobre la fidelidad de Dios, o sobre cómo Dios es digno de confianza y nunca nos abandonará. Todas estas cosas son buenas, verdaderas y bellas, y podemos estar muy de acuerdo intelectualmente con ellas, pero nuestra *teología del corazón* determina lo que creemos en el fondo sobre nuestra relación íntima con Dios: cómo interactuamos con el Padre y cómo creemos que Dios se relaciona con nosotros. A primera vista, estamos recibiendo y creyendo nueva información, mientras que nuestros corazones siguen conduciendo nuestras vidas. Como insta Simone Pacot, necesitamos “tomar conciencia de la desconexión entre lo que decimos creer y lo que realmente creemos en el fondo. Justo aquí, para muchos de nosotros, hay una verdadera lucha espiritual”.⁴

Vemos esta lucha con el pueblo de Dios en el libro de Éxodo. A través de Moisés, Dios rescata a los israelitas de cuatrocientos años de esclavitud en Egipto con “mano poderosa y brazo extendido”. Una vez que el pueblo es libre, Dios les invita a seguirle en el desierto, pero en lugar de acercarse a Dios, el pueblo tiene temor y pide a Moisés que les sirva de intermediario. Aunque sus cuerpos son libres y ya no viven en la tierra de su opresión ni bajo el sistema de trabajos forzados, están atados por una mentalidad

4 Pacot, *Evangelizing the Depths*, 29.

generacional que se formó durante siglos a través de las experiencias de trauma y autoridad opresora que sufrieron como pueblo. Por lo tanto, ven a Moisés como un capataz y esclavista, que impone la voluntad de Dios, y entienden a Dios como el Faraón cruel y castigador. Debido a que la *teología del corazón* de los israelitas sigue estando moldeada por la larga historia de opresión y trauma en Egipto, toda una generación no puede entrar en la Tierra Prometida y nunca llegan a la plenitud de su relación con Dios.

Del mismo modo, cuando tratamos de escuchar el corazón de Dios para nosotros, es posible que lo estemos haciendo a partir de nuestras primeras relaciones con nuestros padres y madres terrenales u otras figuras de autoridad. Aunque podamos hablar, cantar y enseñar sobre el amor de Dios, muchos no pueden experimentar ese amor porque nuestros corazones están atados por viejas narrativas y no pueden recibir esta buena y nueva historia. Nuestra teología del corazón funciona como un sistema operativo inconsciente en lo más profundo de nuestro ser, que determina nuestra forma de relacionarnos con Dios. Este sistema necesita ser sanado y liberado antes de que podamos entrar en la plenitud de la promesa y la esperanza de Dios para nuestras vidas.

Pero si queremos entrar en contacto con nuestra teología del corazón, primero debemos estar dispuestos a enfrentarnos a la dinámica con la que crecimos en nuestros sistemas familiares.

Cuando era joven, a menudo sentía la ira de mi padre hirviendo a fuego lento bajo la superficie, como un volcán

latente que siempre temía que algún día hiciera erupción. Percibía un poder temible y por eso me retraía. No creo que mi padre quería que le tuviera miedo, pero yo temía decepcionarle y experimentar su desagrado. Nunca me maltrató ni física ni verbalmente, pero la ira que yo percibía en él o que él expresaba a menudo controlaba la atmósfera de mi infancia. A veces era tierno y otras difícil de complacer. A veces me avergonzaba y otras me reafirmaba. A medida que crecía, frecuentemente me sentía confundido y presionado por nuestro ritual nocturno, en el que se esperaba que les diera abrazos a él y a mi madre y les dijera “te amo”, porque mi experiencia del “amor” parecía estar condicionada y relacionada con mi actuación de ese día.

Como no me sentía seguro discrepando de él o teniendo una opinión diferente, mi estrategia era callar y consentir. Una vez, ya de adulto, se quejó de que ninguno de sus hijos compartiera nunca nada importante con él. En un momento de valentía, le pregunté si quería saber la razón. “Sí”, respondió. Le dije que cuando algo que valorábamos entraba en conflicto con sus valores, él terminaba la conversación. Contuve la respiración y, tras una pausa, admitió: “Tienes razón. Lo hago.”

Otra estrategia que tenía era intentar cumplir las reglas lo suficiente como para ser el buen hijo y evitar así que él se decepcionara. Pero como me distancié de forma dolorosa y mi incapacidad para estar a la altura de sus expectativas provocó precisamente lo que yo había estado intentando evitar, a los veinticinco años me escribió una carta en la que enumeraba todas las formas en que le había hecho daño o

le había defraudado. La lista era precisa e incluía el dolor que le había causado al no visitarle mientras recibía tratamiento contra el cáncer. Concluyó la carta diciendo: “Yo seguiré con mi vida sin un hijo y tú seguirás sin un padre”.

Esta frase final resume bastante bien la teología del corazón que heredé de mi sistema familiar.

Aunque llegué a la fe en Jesús oyendo hablar del amor incondicional de Dios, mi corazón se relacionaba con Dios a través de reglas y condiciones que yo no cumplía muy bien. Intenté relacionarme con Dios a través de mis acciones, tratando siempre de ser lo bastante bueno, pero también mantuve las distancias y nunca me sentí seguro para acercarme. *Creía* en Dios, pero no quería estar en la misma habitación que Dios. Caminaba sobre cáscaras de huevo, sin saber nunca si iba a encontrarme con el Dios amoroso o con el Dios enfadado. En algún momento, creí que Dios me daría una lista de las formas en que le había fallado y cortaría cualquier relación futura conmigo.

Sin embargo, todavía quería creer en Dios, quería seguir a Jesús, quería ser un “buen” cristiano y un buen hijo. Sabía que debía orar, pero tenía miedo de acercarme a Dios porque temía lo que pudiera decirme. Estaba seguro de que Dios estaba tan decepcionado de mí como yo mismo, así que mi oración se convirtió en una lista de peticiones. Como en un autoservicio de comida rápida, hacía mi pedido y seguía adelante rápidamente, porque no quería oír a Dios decir algo sobre mis muchos fracasos.

Pero es imposible escuchar el verdadero corazón de Dios si estamos convencidos de que los únicos mensajes de

Dios son condenatorios y negativos, lo que nos hace tener tanto miedo que mantenemos las distancias. Para acercarnos al corazón de Dios, primero tenemos que ver las formas nocivas en que pensamos y nos relacionamos con Dios y de dónde proceden. Simone Pacot nos orienta diciendo que: “La sanidad nos llama a volver a las relaciones paternas y maternas, tomando conciencia del modo en que se han podido infectar las heridas. Sólo entonces es posible reconocer que Dios es diferente de nuestro padre o madre, renunciar a las falsas ideas y dejar espacio para recibir lo que Dios dice”.⁵

Pero antes de que podamos embarcarnos en este camino de sanidad de nuestra teología del corazón, tenemos que enfrentarnos a varios otros obstáculos, porque a veces la teología que está conectada con nuestra experiencia de salvación refuerza la teología negativa del corazón que recibimos de nuestros padres, lo que crea una sopa tóxica.

Teología tóxica

Como compartí en el capítulo anterior, me convertí al cristianismo cuando era adolescente, después de varios años de escuchar a mis compañeros de clase cristianos hablarme de Jesús y enseñarme sobre el “fin de los tiempos”. Mi teología fundamental como cristiano en los primeros años era que Dios iba a derramar su ira sobre la tierra, pero si ponía mi fe en Jesús, sería perdonado y salvado de la ira de Dios.

5 Pacot, *Evangelizing the Depths*, 23.

Aunque me dijeron que Jesús me amaba y me había “salvado”, me dio miedo acercarme a un Dios tan airado. Sabía que el momento antes de haber dicho “sí” a Jesús, Dios habría estado listo para arrojarme, junto con todos los demás pecadores, a los tormentos del infierno. Así que, ¡Jesús no solo me estaba salvando del pecado, la muerte y el diablo, sino que también me estaba salvando de Dios!

Ciertamente no quería ser castigado por mi pecado en el fuego del infierno, así que acepté la oferta de Jesús de salvarme, pero acabé con una teología que decía que *Jesús es el Hijo bueno y amoroso*, y que *Dios es un Padre iracundo y castigador*.

Esta confusa combinación de amor y castigo, unida a mi teología del corazón, me hacía reacio a acercarme al corazón de Dios, ¡porque lo último que quería oír era lo que Dios tenía en su corazón para mí!

Con el tiempo, aprendí y recibí noticias verdaderamente buenas, y es que ésta *no* es la historia que Jesús revela sobre el Padre. Volveremos sobre esto en el próximo capítulo, pero aquí quiero fijarme en lo que Jesús revela en su parábola del hijo pródigo. Jesús narra:

Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos le dijo a su padre: “Papá, dame lo que me toca de la herencia”. Así que el padre repartió sus bienes entre los dos. Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la

región, y él comenzó a pasar necesidad. Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba. Por fin recapacitó y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros”.

Así que emprendió el viaje y se fue a su padre. Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: “Papá he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo”.

Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado’. Así que empezaron a hacer fiesta” (Lc 15:11–24, NVI)

En esta parábola, Jesús nos dice que su Padre está lleno de *gracia* y *aceptación*. Cuando el hijo rebelde desea que su padre esté muerto y pide su herencia (alguien tiene que

morir para recibir una herencia), el padre accede sin preguntas ni condiciones. A continuación, el hijo se rebela, malgastando toda la herencia en las peores cosas. Cuando por fin toca fondo, tiene un momento de lucidez al darse cuenta de que lo mejor para él sería ser un humilde sirviente en casa de su padre. Así que prepara su discurso de disculpa por no ser digno y se dirige a casa.

Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio...

Tal y como me lo imagino, *todos* los días desde que el hijo se fue, el padre va al punto más alto del pueblo para ver si su hijo vuelve a casa. *Todos* los días. Cuando el hijo por fin regresa, el padre lo está buscando, como siempre, ¡y está tan emocionado de verlo que *corre* hacia él! Jesús cuenta esta parábola a sus seguidores para que sepamos que *así* es su padre: persistente, incluso desesperante, en su anhelo y amor por nosotros.

En Romanos 1, Pablo describe la ira de Dios como el hecho de que Dios nos entrega, accede o permite que experimentemos las consecuencias de nuestras elecciones (cf. R 1:18, 24, 26, 28).⁶ En la parábola de Lucas del hijo pródigo, el padre *permite* que el hijo tenga la herencia, y *permite* que el hijo vaya y despilfarre todo lo que el padre le ha dado. Pero después de que el padre *permite* que su hijo toque fondo y, luego, cuando regresa a casa, el padre no

6 Para más recursos sobre la “ira de Dios”, véase Brad Jersak, *A More Christlike God*, esp., “Unwrathing God,” and *A More Christlike Word*, esp., “Thus Quoth the Fathers: God’s ‘Wrath’ as Anthropomorphism,” junto con Brian Zahnd, *Sinners in the Hands of a Loving God*, esp. “Closing the Book on Vengeance.”

responde con ira o castigo, distancia o juicio, sino que “se compadeció de él”, y corre hacia su hijo, lo abraza y lo besa.

Cuando el hijo empieza a pronunciar el discurso que ha preparado, el padre le interrumpe e inmediatamente le devuelve la filiación entregándole el anillo y la túnica. Sin preguntas, sin condiciones, sin castigos, sin sermones. Sólo quiere “celebrar” el regreso de su hijo.

Melissa Helser nos invita a experimentar este encuentro con el amor del Padre en el canto espontáneo, “Running Home” [“Corriendo a casa”]:

Tú eres el que siempre corre por mi camino.

Tú eres el que siempre corre por mi camino.

Cubriéndome de afecto y revistiéndome
de misericordia[...]

No es una vez, ni dos, ni cien veces.

Son miles y miles y miles y miles y miles de veces.⁷

¿Le creemos a Jesús cuando nos dice que *así* es su padre? A pesar de todas las veces que oí y leí sobre el amor de Jesús en mis primeros veintiún años como cristiano, no penetró en mi corazón ni transformó mis creencias sobre el corazón de Dios hacia mí. En la teología de mi corazón, el Padre Dios nunca correría por el camino para darme la bienvenida a casa. En lugar de eso, se quedaba de pie en la casa con los brazos cruzados sobre el pecho,

7 Jonathan David and Melissa Helser, “Running Home (Spontaneous),” *The Land I’m Living In* (Redding, CA: Bethel Music, 2021), track 2. Accedido en línea: <https://www.jonathanelser.com/the-land-im-livin-in-1>

observándome; y mientras avanzaba con cautela por el camino de entrada, me diría: “Bueno, me alegro de que estés en casa, pero las cosas van a cambiar antes de que te deje volver a entrar. Vas a tener que seguir algunas reglas”.

Pasé tantos años teniendo temor de este Dios Padre, pero Jesús nos dice que su padre está lleno de compasión, deleite (¡corrió!), y bienvenida (¡abrazó y besó a su hijo!).

Para quienes no han tenido padre (o madre), o un mal padre (o madre), o un padre (o madre) normal, tenemos que superar los obstáculos y fortalezas que las falsedades han construido alrededor de nuestros corazones, para poder confiar en el corazón amoroso de Dios para nuestras vidas. Mientras nos adentramos en la bondad del corazón de Dios para con nosotros, Dios anhela sanarnos para que podamos entrar de lleno en la promesa de vida que tiene para nosotros.

Nuestro primer paso en este camino es tomar *conciencia de nosotros mismos*. Tenemos que volver a esos primeros años y recordar los mensajes que recibimos, cómo los interpretamos y cómo nos afectaron y moldearon nuestras experiencias.

En nuestro trabajo en Tierra Nueva con personas en recuperación hemos utilizado un material conocido como *The Genesis Process [El proceso de Génesis]*.⁸ En *Genesis*, es esencial tomar conciencia de los mensajes que recibimos para descubrir y sanar las raíces nocivas que producen malos frutos en nuestras vidas. Una de las herramientas que

8 Michael Dye and Patricia Fancher, *The Genesis Process* (1998/2007).

utiliza *Genesis* tiene que ver con las falsedades que hemos construido alrededor de nuestros corazones mediante el descubrimiento de sistemas de creencias basados en *mentiras proyectadas* y *mentiras de supervivencia*.

Las *mentiras proyectadas* son aquellos mensajes que nos han dicho y nos han dirigido personas con autoridad en nuestras vidas. Pueden ser expresiones como: “Eres estúpido”, “nunca llegarás a nada”, “eres una víctima”. Nuestros jóvenes oyen estas expresiones con bastante frecuencia y llegan a creer que deben ser ciertas, y vivimos de acuerdo con esas creencias.

Las *mentiras de supervivencia* son esos mensajes que nos hemos dicho a nosotros mismos para intentar darle sentido a nuestras experiencias negativas. Pueden ser cosas como: “Siempre me rechazarán”, “Nunca me sale nada bien”, “soy un fracaso”, “no puedo confiar en Dios”. Si hemos experimentado rechazo, fracaso y traición suficientes veces, nuestra mente desarrolla estas creencias para ayudarnos a dar sentido a esas experiencias.

Todas estas *mentiras* contribuyen a nuestra teología del corazón.

Mi teología del corazón, moldeada por algunos de los mensajes negativos que recibí de mi papá, incluía la idea de que Dios era un juez enojado y decepcionado, y yo no me sentía seguro acercándome al corazón de Dios porque temía que me dijera lo decepcionado que estaba conmigo. Nunca cuestioné o examiné este temor, pero cuando el Espíritu Santo comenzó a mostrarme estos lugares ocultos

en mi corazón, comencé a romper muros y largos patrones de cómo me relacionaba con los demás y con Dios.

Nuestro segundo paso en este camino es recibir una nueva revelación de Jesús sobre lo que el Padre siente por nosotros. Exploraremos este paso en el capítulo 5, “Jesús revela el corazón del Padre”.

Eventualmente, nuestra sanidad y libertad abrirán espacio dentro de nosotros para que podamos expresar el dolor y la ira que hemos almacenado dentro de nuestros corazones y luego elegir perdonar a nuestros padres. Entraremos en este trabajo en el capítulo 6, “La sanidad del corazón y el perdón”. Cuando no perdonamos a los demás, escuchamos los mensajes que nuestro dolor nos está diciendo, lo cual deforma lo que estamos escuchando del corazón de Dios.

Simone Picot señala acertadamente que “este viaje de la verdad sólo puede recorrerse en compañía de la misericordia; su meta es un despertar a las áreas de nuestra vida que necesitan conversión”.⁹

Empecemos por dar el primer paso en nuestro camino hacia la autoconciencia.

9 Pacot, *Evangelizing the Depths*, 2.

Activación

Reserva algo de espacio y tiempo para reflexionar sobre la dinámica relacional que tuviste con tu padre y/o madre (u otro cuidador).

Busca un lugar tranquilo y seguro. Empieza en silencio, concentrándote en tu respiración. Reconoce la presencia de Jesús, que siempre está contigo y nunca te dejará ni te abandonará. Continúa concentrándote en tu oración de respiración.

Cuando esté preparado, piensa en tu padre, madre u otro cuidador importante. Tómate un momento para imaginarte a esa persona. Observa los sentimientos que afloran en ti. Mientras sigues respirando larga y profundamente, invita al Espíritu Santo a revelarte algunas de las dinámicas relacionales de este cuidador que podrías haber transferido a Dios.

Tómate un momento para escribir estas cosas en tu diario. Mientras reflexionas, considera cada uno de los siguientes atributos positivos y negativos y piensa en qué lugar se encuentra tu cuidador. Recorre la lista lenta y reflexivamente.

<i>Atributos positivos</i>	<i>Atributos negativos</i>
Presente	Ausente
Afectuoso/a	Distante
Involucrado/a	Desinteresado/a
Atento/a	Indiferente

<i>Atributos positivos</i>	<i>Atributos negativos</i>
Seguro/a	Abusivo/a
Cumplidor/a de promesas	Rompedor/a de promesas
Generoso/a	Tacaño/a
Alentador/a y aprobador/a	Crítico/a e insatisfecho/a
Fuerte y asertivo/a	Pasivo/a y débil
Consistente	Impredecible
Bondadoso/a	Implacable
Misericordioso/a	Condenador/a
Fomenta la libertad, el crecimiento y el aprendizaje	Controlador/a
Genuino/a y sincero/a	Manipulador/a ¹⁰

Ahora dirige tus pensamientos hacia tu experiencia con Dios. Al volver a la lista anterior, considera cómo te relacionas con Dios y cómo crees que Dios se relaciona contigo. Intenta no precipitarte. Cuando estés preparado, invita a Dios a revelarte algunas de las cosas “tóxicas” que has tomado de tu cuidador terrenal y has proyectado en él. Tómame un momento para anotar estas cosas en tu diario.

Oración

Padre celestial, Confieso que he proyectado en ti muchas cosas nocivas. Confío en que me conoces y que me

10 Desconozco la fuente original de esta lista, pero la he adaptado para esta activación.

has creado en amor. Quiero creer que eres diferente de mi padre (madre) terrenal. Espíritu Santo, por favor siembra la verdad del amor de Dios en lo profundo de mi corazón para que pueda crecer en el amor que Dios tiene por mí. Por favor, libérame de los falsos mensajes que he recibido y ayúdame a entrar en la plenitud de la vida que estás concibiendo para mí.



Jesús revela el corazón del Padre

*A Dios nadie lo vio jamás; quien lo ha dado a conocer
es el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre.*

— JUAN 1:18 (RVC)

En una conversación reciente con mi director espiritual, me preguntó: “¿Crees que Dios es tan duro contigo como tú contigo mismo?”

A veces sigo pensando que sí, incluso después de toda la sanidad y libertad que he experimentado. Pero la mayor parte del tiempo, creo que Dios es más clemente, misericordioso y bondadoso. Si bien he llegado a saber que Dios es mucho mejor de lo que me habían dicho, todavía estoy en el camino de recibir la plenitud de la compasiva bondad de Dios.

Ese camino me ha llevado a ser consciente de la teología de mi corazón y de cómo mi visión de Dios ha sido

moldeada por mis principales cuidadores. El camino también ha incluido una reforma de las teologías que sientan las bases de mi fe, ya que algunas de estas teologías eran tóxicas.

Al contribuir todo esto a nuestra visión de Dios, surgen preguntas sobre cómo podemos saber realmente si estamos escuchando del corazón de Dios, porque ¿cómo podemos decir con confianza *cómo* es Dios?

Quizá pienses: “Sé cómo es Dios por la Biblia, porque revela la verdad. ‘Dios lo dijo. Yo lo creo. Eso lo resuelve’”.

Sin embargo, a lo largo de la historia, la iglesia cristiana ha justificado cosas horrendas utilizando la Biblia, como la esclavitud, el racismo, el genocidio, las guerras, la violencia y la opresión de la mujer. Además, la Biblia está llena de imágenes paradójicas de Dios: algunas son violentas, airadas y llenas de juicio, mientras que otras son misericordiosas, compasivas y llenas de acogimiento y sanidad.

Dado que nuestros corazones y mentes han sido moldeados por tantas voces y experiencias tempranas en nuestras vidas, esas cosas inevitablemente influirán en cómo escuchamos e interpretamos la Biblia, y el corazón de Dios revelado allí. Cuando leemos las Escrituras, podemos sentirnos confusos sobre cómo es Dios o qué pensamos que Dios quiere decirnos. Al tratar de escuchar el corazón de Dios para nuestras vidas, podemos preguntarnos cómo podemos saber qué imágenes aceptar como verdaderas y cuáles dejar de lado porque no reflejan el verdadero corazón de Dios. Aunque aceptemos la Biblia como nuestra principal fuente de revelación sobre Dios, podríamos

seguir preguntándonos: “Pero, ¿cómo es Dios en realidad y qué siente Dios por *mí*?”

En este capítulo exploraremos cómo podemos llegar a conocer y confiar en que el corazón del Padre se *parece*, *suen*a y se *siente* como Jesús.¹

Porque Jesús no sólo vino a inaugurar el reino de Dios, a liberarnos de las tinieblas, a rescatarnos del camino del pecado y de la muerte, a sanar nuestros “malos corazones y caminos quebrantados”,² y a mostrarnos el camino del perdón y de la nueva vida, sino que Jesús también vino a *revelar* al mundo el corazón de su Padre. Como dice el evangelio de Juan: “A Dios nadie lo vio jamás; quien lo ha dado a conocer es el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre” (Jn 1:18).

Un pastor, autor y teólogo que ha influido profundamente en mi forma de pensar sobre cómo podemos saber cómo es Dios es Brian Zahnd. Como él dice:

Dios es como Jesús.

Dios siempre ha sido como Jesús.

Nunca ha habido un tiempo

en el que Dios no fuera como Jesús.

No siempre hemos sabido cómo es Dios —

Pero ahora lo sabemos.³

1 Véase también el capítulo 3, “Jesus is What God has to Say,” en Brian Zahnd, *Sinners in the Hands of a Loving God* (New York: Waterbrook, 2017).

2 De Mateo 1:2: “You will call his name Creator Sets Free [Jesus] because he will set his people free from their bad hearts and broken ways” (*First Nations Version: An Indigenous Translation of the New Testament*). Nota del traductor: A continuación, se encuentra una traducción de este versículo a partir del texto que se encuentra anteriormente. A saber: “Llamarán su nombre Creador que Libera, porque liberará a su pueblo de sus malos corazones y de sus caminos quebrantados”.

3 Zahnd, *Sinners in the Hands of a Loving God*, 11.

Jesús revela cómo es Dios

Cuando mi esposa y yo llegamos a Tierra Nueva en la primavera de 2008, yo me encontraba en un momento de transición importante. Durante los últimos años, había sentido como si Dios me hubiera introducido en una habitación de fe expectante que parecía más grande que cualquier cosa en la que hubiera estado o que hubiera creído posible. Ahora, mientras Dios despertaba en mí un deseo más profundo de conocer su corazón y un anhelo de experimentar más del Espíritu Santo, parecía que me estaba introduciendo en una habitación tan grande que no parecía tener paredes ni techo. En este enorme espacio, mi comprensión de Dios se sentía sin ataduras.

Cuando Bob Ekblad me entrevistó acerca de venir a Tierra Nueva, le dije: “No estoy seguro de saber qué es el evangelio en este momento. Está en pedazos en el suelo a mi alrededor, y puedo coger un pedazo y decir: ‘Creo que esto es parte de él’ pero no sé cómo encaja todo”. Aunque no recomiendo una respuesta así para una entrevista para un puesto pastoral, Bob respondió: “Me siento muy seguro contigo”.

En aquellos primeros años en Tierra Nueva, me sentía como si tuviera una crisis teológica cada dos meses. Mis bonitas y ordenadas ideas sobre cómo era Dios y cómo actuaba en el mundo se veían desafiadas y derribadas. Antes de eso, si me hubieran preguntado qué pensaba del cristianismo, habría respondido con una frase que quizá hayas oído: *el cristianismo no es una religión, es una relación*. Con esto quería decir que el cristianismo no consiste en cumplir

una lista de reglas, sino en conocer a Jesús. El Evangelio de Juan lo aclara cuando dice: “la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo” (Jn 1:17).

Pero cuando quité las capas de lo que realmente creía, descubrí que debajo de mi relación con Jesús, había un montón de reglas sobre creencias y comportamientos correctos que gobernaban esa relación. Esto me reveló que yo tenía más el corazón de Moisés, que guardaba la Ley, que el corazón de gracia y verdad de Jesús. Mi comprensión de Dios seguía arraigada en la teología de mi corazón, que había sido moldeada por las teologías de mis años formativos.

Experimentaba estas crisis teológicas cada vez que me encontraba con otros miembros del personal o con personas de nuestra comunidad con las que no estaba de acuerdo desde el punto de vista teológico o moral. Aunque sus *creencias* no coincidían con lo que yo pensaba sobre Jesús u otros aspectos de la teología, podía ver al Espíritu Santo obrando a través de ellos de forma hermosa y poderosa, liberando a las personas y trayendo sanidad. También trabajé con personas encarceladas y adictas que amaban a Jesús, pero que su *comportamiento* les había llevado a la cárcel y a patrones de adicción. Sin embargo, cuando oraba por ellos, sentía un manantial de amor de Dios por ellos que no se ofendía por sus comportamientos.

Estas experiencias me hicieron preguntarme si Dios no estaba tan preocupado como yo por las creencias y comportamientos de las personas. Empecé a pensar: *quizá*

Dios no es tan duro conmigo como yo creo. Para mi sorpresa, estaba descubriendo (como decía a menudo mi compañero de trabajo, Chris) que “Jesús es mejor de lo que nos han contado”.

Aun así, me resultaba difícil deshacerme de las imágenes paradójicas de Dios que encontraba en la Biblia, donde parecía como si el Dios del Antiguo Testamento y Jesús en el Nuevo Testamento fueran dos Dioses diferentes: un Padre enfadado en el Antiguo Testamento y un Jesús amoroso en el Nuevo Testamento.

Durante nuestros estudios bíblicos en la cárcel, Bob Ekblad nos pedía a menudo que pensáramos en qué se diferencia el Dios que nos presenta Jesús del Dios que nos presentan los fariseos (u otro representante religioso del Antiguo o del Nuevo Testamento). Al reflexionar sobre esta cuestión, me di cuenta de que mi forma de pensar se parecía más a la de los fariseos que a la de Jesús, y esto me ayudó a empezar a darme cuenta de que *Jesús* revela cómo es Dios en realidad.

El Evangelio de Juan nos dice esto mismo, afirmando que “nadie ha visto jamás a Dios”, excepto “el unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a *conocer*” (Jn 1:18, NBLA), énfasis añadido). Así pues, si queremos saber cómo es Dios y que nos explique su corazón, basta con que miremos a Jesús, que es plenamente Dios y es la plena expresión del corazón inmutable de Dios.

Esta asombrosa proclamación no se limita a los Evangelios. El apóstol Pablo, que inicialmente persiguió a los cristianos porque decían que Jesús era Dios, comenzó a

proclamar la divinidad de Cristo tras su misterioso encuentro con Jesús en el camino a Damasco (Hechos 9:3-6). En la carta de Pablo a los filipenses, escribe que, Cristo Jesús:

Existiendo en forma de Dios, él no consideró el ser igual a Dios como algo a que aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! (Fil 2:6-8).

Este pasaje, al que se hace referencia como la *kenosis* (despojarse de sí mismo) de Dios, no es simplemente una explicación de lo que Dios *hizo* en Jesús al renunciar a todas las ventajas de ser Dios (como ser omnipotente, omnisciente y omnipresente en todas partes al mismo tiempo). Por el contrario, Jesús revela la naturaleza misma de Dios en su amor humilde y abnegado y en su voluntad de dar la vida por los demás. Porque el amor abnegado de Dios no sólo se expresó una vez en la cruz o sólo en la encarnación de Jesús; más bien, el amor abnegado es fundamental para lo que Dios es, siempre ha sido y será por toda la eternidad.

En la carta de Pablo a los Colosenses, describe a Jesús como la “imagen del Dios invisible” (Col 1:15) y subraya que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9). Antes de su conversión, Pablo habría considerado blasfemas tales afirmaciones y habría ejecutado a quienes las pronunciaran. Sin embargo, tras su conversión

en el camino a Damasco, Pablo no sólo creía que Jesús era la revelación singular y espectacular de Dios, sino que estaba dispuesto a ser encarcelado e incluso condenado a muerte por esta asombrosa verdad.

Tenemos que asimilar estas verdades vitales para que nuestras teologías, ideologías, experiencias y mentalidades puedan ser transformadas por el conocimiento cada vez más profundo de que la expresión más plena de Dios se revela en el amor abnegado de Cristo.

Jesús es la revelación plena de Dios

A menudo actuamos como si creyéramos que el corazón del Padre tiene que ver en realidad con la Ley, con cumplir y obedecer las reglas, absteniéndonos y castigándonos cuando no lo hacemos. Desde esta perspectiva, imaginamos al Padre como un juez que mantiene la ley y el orden en el universo.

Por el contrario, como nos dice el Evangelio de Juan, Jesús revela el corazón del Padre *con la gracia y la verdad* en contraposición a la Ley que vino a través de Moisés (Jn 1:17), lo que sugiere que, en última instancia, Moisés (y la Ley que trajo) no revela el corazón de Dios.

Uno de nuestros estudios bíblicos regulares en Tierra Nueva de Marcos 9 destaca esta diferencia entre la Ley de Moisés y la gracia y la verdad de Jesús:

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y les hizo subir aparte, a solas, a un monte alto, y fue transfigurado delante de ellos. Sus

vestiduras se hicieron resplandecientes, muy blancas, tanto que ningún lavadero en la tierra las puede dejar tan blancas. Y les apareció Elías con Moisés, y estaban hablando con Jesús. Entonces intervino Pedro y dijo a Jesús: “Rabí, es bueno que nosotros estemos aquí. Levantemos, pues, tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Pues él no sabía qué decir, porque tuvieron miedo. Vino una nube haciéndoles sombra, y desde la nube una voz decía: “Este es mi Hijo amado; a él oigan”. Y de inmediato, mirando alrededor, ya no vieron a nadie más con ellos sino solo a Jesús” (Mr 9:2-8).

Este pasaje identifica a Moisés como representante de la Ley del Antiguo Testamento y a Elías como representante de la tradición profética del Antiguo Testamento. Pedro debió de quedarse boquiabierto al ver que su maestro se transfiguraba junto a estas dos cumbres de la creencia judía: ¡la Ley y los Profetas! Convencido de que Jesús era realmente el Mesías, Pedro empezó a hacer planes para construir tres tiendas en honor a estos tres grandes líderes.

Pero el Padre interrumpe las grandiosas ambiciones de Pedro, pues de repente una nube los cubre, y entonces una voz del cielo dice: “Este es mi Hijo amado. ¡a él oigan!”⁴ (énfasis añadido). En lugar de situar a Jesús al mismo nivel que Moisés y Elías, el Padre ordena a Pedro que escuche a Jesús *por encima* de la Ley y los Profetas. Si bien la Ley y

4 Énfasis añadido.

los Profetas apuntan hacia Jesús, no son la revelación del Padre, pero Jesús sí lo es.

El autor de Hebreos afirma algo parecido al escribir que “Dios, [...] habló en otros tiempos a nuestros padres por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio del Hijo”, quien “es el resplandor de la gloria de Dios. Es la imagen misma de lo que Dios es” (Heb 1:1-3). Además, la revelación de Dios en el Hijo es mucho mayor que cualquier revelación anterior, pues Jesús es superior a los ángeles (1:4-14; 2:5), y superior a Moisés (3:3-6), y es el sumo sacerdote de un pacto superior (8:6-7).

Antes de realizar este estudio bíblico sobre Marcos 9 con mis amigos de Tierra Nueva, había leído la Biblia como un documento teológico plano, donde toda la verdad era igual y todas las Escrituras tenían el mismo peso. Similar a las afirmaciones de libros sagrados como el Corán o el Libro de Mormón (donde se dice que un autor recibió todo el texto como revelación de Dios), yo había leído la Biblia como si hubiera caído del cielo en una sola pieza, cada palabra infalible y sin error, cada palabra con el mismo peso de verdad.

Pero si leemos la Biblia como un texto plano, donde toda la verdad es igual, entonces podríamos ver las imágenes paradójicas de Dios como revelaciones iguales del Padre, y oímos todas las voces paradójicas como si cada una de ellas latiera con el corazón de Dios. Pero cuando vemos a Jesús como la revelación más completa de Dios, debemos entender todo lo demás a la luz de Él.

Como nos recuerda Brian Zahnd:

Dios es como Jesús.
Dios siempre ha sido como Jesús.
Nunca ha habido un tiempo
en el que Dios no fuera como Jesús.
No siempre hemos sabido cómo es Dios —
Pero ahora lo sabemos.⁵

Hay un término teológico que describe a Dios como *inmutable*, lo cual significa que *no cambia*. Eso significa que Jesús no reveló algo nuevo que no estuviera ya en Dios, como si el “Dios airado” del Antiguo Testamento *cambiara* de repente a un “Jesús amoroso” en el Nuevo Testamento.

Aunque Dios no cambia, es posible que nuestras teologías deban ser cambiadas y que nuestras interpretaciones nocivas deban ser sanadas antes de que podamos recibir el amor inmutable y generoso de Dios. Esto ha sido fundamental para mí al tratar de discernir si algo que escucho proviene de Dios o de alguna otra fuente. He empezado a preguntarme: “*¿Se parece, suena y se siente como Jesús?*”

Me había perdido los textos que destacan la supremacía de Jesús como la “imagen del Dios invisible”, en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col 1:15; 2:9) por encima de muchas imágenes del Antiguo Testamento. Y me había perdido las formas en que el propio Jesús revocó, amplió y corrigió las interpretaciones del Antiguo Testamento sobre la naturaleza de Dios.

5 Zahnd, *Sinners in the Hands of a Loving God*, 11.

Jesús echa por tierra interpretaciones nocivas sobre Dios

Dios sigue hablándonos a través del Antiguo Testamento, pues eran las Escrituras sagradas de la iglesia primitiva. Cuando Pablo dice a Timoteo que “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2Ti 3:16), se refiere a lo que llamamos Antiguo Testamento. Estas eran las Escrituras autoritativas para Jesús, pero él nos da una nueva lente para interpretarlas, como hizo con los discípulos de Emaús en la mañana de Pascua: “Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les *interpretaba* en todas las Escrituras lo que *decían de él*” (Lc 24:13-35; énfasis añadido). Esa nueva lente es Jesús mismo.

Jesús reinterpretó radicalmente las Escrituras para sus discípulos, diciendo: “Han oído que fue dicho: ‘Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo’. *Pero yo les digo: ‘Amen a sus enemigos, y oren por los que les persiguen’*” (Mt 5:43-44; énfasis añadido). Cuando Jesús enseñaba, re-dirigía sus seguidores de la rígida obediencia a la Ley judía al corazón esencial de Dios, diciendo: “Moisés les permitió hacerlo porque ustedes tienen muy duro el corazón, pero al principio no fue así” (Mt 19:8).

Una teología común en Israel durante la época de Jesús era que Dios bendecía a los justos y maldecía a los pecadores. Vemos esto en el concepto que los discípulos tenían de Dios en Juan 9: “Mientras pasaba Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron diciendo: ‘Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que

naciera ciego?” (Jn 9:1-2). Los discípulos interpretan la ceguera del hombre como una maldición, que debe ser el resultado del castigo de Dios por el pecado (ya sea suyo o de sus padres).

Para los israelitas, esta teología estaba arraigada en Deuteronomio 28, que dice que si haces el bien, serás bendecido, pero si haces el mal, serás maldecido. Cualquier cosa que parezca ser una maldición tiene que significar que has hecho algo mal y Dios te está castigando. Vemos a otros escritores bíblicos luchando con esta teología en el libro de Job y en el Salmo 73. Todavía luchamos con esta línea de pensamiento cada vez que preguntamos: “¿Por qué les pasan cosas malas a las personas buenas?”

Los fariseos (la secta religiosa que intentaba seguir todas las normas de la Ley de Moisés) marcaron la pauta religiosa en Israel durante la vida de Jesús, y su teología se basaba en Deuteronomio 28. Creían que Israel no podía recibir la bendición de Dios a menos que hiciera lo correcto, siguiera las reglas y ofreciera todos los sacrificios apropiados cuando no lo hubieren hecho. También creían que el tan esperado Mesías no vendría hasta que todos siguieran las reglas y dejaran de pecar. A la luz de esto, cada enfermedad, aflicción e infestación demoníaca era interpretada como castigo de Dios por el pecado, evidencia flagrante de que Israel seguía siendo maldecido por Dios por su desobediencia. Y así, los fariseos trataron de seguir los 613 mandamientos de la Torá (*Mitzvot*) y desarrollaron 39 categorías adicionales de actividades (*Melakhot*) prohibidas en el Sabbath, para permanecer en la bendición de Dios.

Pero dondequiera que Jesús iba, desafiaba, socavaba y echaba por tierra esta teología. Cada vez que Jesús quebrantaba el sábado, sanaba a alguien, expulsaba un espíritu maligno o comía con “pecadores” y marginados, revelaba el verdadero corazón de su Padre. Si la enfermedad, la demonización y el ser impuro y marginado fueran la voluntad de Dios como castigo por el pecado, entonces las acciones de Jesús se habrían opuesto a la voluntad del Padre. Pero Jesús y el Padre son *uno* (Juan 10:30). Jesús echo por tierra la teología que dice: “el pecado nos separa de Dios, porque Él es demasiado santo para contemplar el pecado o acercarse a él.” En lugar de decir que el pecado debe ser castigado, Jesús reveló que Dios se *acerca* al pecado y a los pecadores porque “son los enfermos los que necesitan médico” (Mr 2:17). ¡Todo el ministerio de Jesús fue una corrección a la teología de su tiempo!

Me reorienté hacia esta verdad en la cárcel, donde formé parte de un equipo de capellanía durante trece años, donde a menudo oía una versión de Deuteronomio 28 que decía que *todo sucede por una razón*. Por lo general, lo que querían decir es que, como Dios tenía el control y hacía que todo ocurriera, lo que estábamos experimentando debía venir de Dios y ocurrir para darnos una lección o castigarnos por nuestros pecados. Por debajo de esto, percibí un deseo de que el universo tuviera algún tipo de sentido y de responder a la pregunta “¿por qué?”, pero también había un fatalismo subyacente y una teología de Santa Claus.

Entonces Bob interrumpía esta línea de pensamiento y preguntaba: “Si los fariseos representan cómo es Dios,

¿cómo describirían ustedes a Dios?” Decían: “juez”, “fiscal”, “oficial de policía”, “oficial de libertad condicional”. Pero, luego veíamos a Jesús pasando tiempo con los “pecadores” y acercándose a los marginados, perdonando y extendiendo gracia con tanta libertad que le llamaban burlonamente “amigo de pecadores”.⁶ Y Bob preguntaba: “Si Jesús nos muestra cómo es Dios, ¿cómo describirías tú a Dios?”

En la cárcel y en las calles, mis teologías empezaron a cambiar drásticamente.

En el libro de Bob, *Reading the Bible with the Damned* [*Cómo leer la Biblia junto con los condenados*], encontré la idea de que es fundamental que leamos la Biblia con personas marginadas para nuestra *mutua liberación*. En otras palabras, a medida que salgamos de nuestras burbujas y veamos las Escrituras a través de los ojos de personas que son diferentes a nosotros, especialmente personas cuyas vidas se parecen más a las personas con las que Jesús pasó la mayor parte de su tiempo, veremos la Biblia y a Jesús con nuevos ojos.

En el proceso de facilitar este cambio de pensamiento con reclusos y adictos, que a menudo estaban convencidos de que estaban siendo castigados por Dios, mis propias creencias (como “Dios es tan duro conmigo como yo conmigo mismo”) empezaron a ser derribadas por la bondad y la misericordia de Jesús.

6 Mateo 11:19; Lucas 7:34

Cuando vemos a Jesús en los evangelios, vemos al Padre. Y cuando tratamos de escuchar el corazón de Dios en Jesús, “que está en el seno del Padre”, en nuestras vidas e historias, él derribará falsas imágenes y derribará teologías para poder darnos a conocer “al Padre” (Jn 1:18). Jesús es mejor de lo que nos han contado.

Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas

A menudo me he preguntado sobre la declaración inaugural de Jesús: “El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!” (Mr 1:15). La mayoría de las enseñanzas que he escuchado sobre el arrepentimiento se centran en la necesidad de dejar de pecar y vivir de forma diferente. “Arrepiéntanse” se describe a menudo como una orden de alejarse de algo y volverse hacia otra cosa, un giro de 180 grados. Si bien es cierto que yo lo he hecho con respecto a cuestiones de pecado en mi vida, me pregunto si Jesús está invitando a las personas a tener una *nueva mentalidad* acerca de su Padre y una *nueva imaginación* para su reino. La palabra griega para “arrepentirse” es *metanoia*, que a menudo se entiende como: “tener una nueva mentalidad o pensar de forma diferente” sobre algo. Tal vez el mandato de Jesús de arrepentirse sea una invitación a una nueva comprensión de Dios y a nuevos conocimientos sobre lo que Él quiere revelar en Jesús.

Sólo viviremos de forma diferente cuando empecemos a pensar o creer de forma diferente. Creo que Dios quiere que nos arrepintamos de creer en un “Jesús amoroso, Padre enojado”, para que podamos recibir las buenas

nuevas de que Dios es uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y lleguemos a conocer el amor del Padre, que se expresa plenamente en Jesús y es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Dios es como Jesús.

Dios siempre ha sido como Jesús.

Nunca ha habido un tiempo

en el que Dios no fuera como Jesús.

No siempre hemos sabido cómo es Dios —

Pero ahora lo sabemos.⁷

Mi camino hacia el Padre

Ya he compartido cómo mi relación con mi papá impactó mi relación con Dios. A medida que mi teología empezó a reformarse estudiando la Biblia con los presos de la cárcel, mi relación con mi Padre celestial también empezó a cambiar. Durante este tiempo, escuché una enseñanza sobre Juan 14, donde Jesús dice que “nadie viene al Padre sino por mí” (Jn 14:6-7). Al final del culto, el orador nos invitó a orar y a pedir a Jesús que nos llevara al Padre.

Cuando empecé a pedirle a Jesús que me llevara a su Padre durante mi tiempo de oración cada día, me sentí atraído a confiar más en el corazón del Padre.

Varios meses después, mientras mi esposa Susan y yo orábamos por una joven con profundas heridas de infancia en su familia, comencé a orar por primera vez a Dios

7 Zahnd, *Sinners in the Hands of a Loving God*, 11.

Padre en lugar de a Jesús. Cuando terminamos de orar, me di cuenta de que algo había cambiado en mí, porque cuando pensaba en las cosas que amaba de Jesús, ahora también experimentaba el amor del Padre por esas cosas.

Cuando empecé a sentirme impulsado a dirigir mis oraciones al Padre, le pregunté a Jesús si le importaba. Tuve la sensación de que se reía, y pensé: “¡Por supuesto, no hay celos en la Trinidad!” Luego pensé: “todo lo que le digo al Padre, se lo estoy diciendo a Jesús”.

Jesús y el Padre son Uno.

Activación

Sigo recorriendo este camino, pues todavía hay lugares *huérfanos* dentro de mí que necesitan el amor sanador del Padre. Debido a tu propia formación y heridas, y también a tu teología, puede que sientas que no sabes cómo acceder a un lugar de intimidad con el corazón del Padre. En la siguiente activación, invita a Jesús a que te lleve de la mano y te conduzca a su Padre. Este camino ya ha sido recorrido por Jesús y por eso está cubierto con sus huellas de gracia.

Busca un lugar tranquilo donde te sientas seguro y cómodo. Mientras te aquietas, respira lenta y profundamente y luego exhala. Inhala de nuevo y agradece a Jesús que está contigo. Exhala y agradece a Jesús que nunca te dejará ni te echará fuera.

Cuando estés listo, respira, *Jesús*.

Exhala, *llévame al Padre*.

Respira, *Jesús*.

Exhala, *llévame al Padre*.

Durante las próximas semanas, busca formas de incorporar esta oración de respiración a tu rutina habitual. Además, presta atención a las personas que Jesús trae a tu vida para que te ayuden a guiarte en esta área.



La sanidad del corazón y el perdón

*Perdonar es liberar a un prisionero y
descubrir que el prisionero eras tú.*

— LEWIS B. SMEDES, *FORGIVE & FORGET*

Aunque he experimentado mucha sanidad y libertad en mi vida interior, a veces todavía me siento desconectado de Dios, y puedo interpretar el silencio de Dios como distancia, diciéndome a mí mismo que Dios está callado porque he hecho algo mal, o no he hecho lo que Él quiere, o no estoy totalmente entregado. Asumo que Dios me está dando el tratamiento del silencio hasta que me ponga en línea.

Aunque en mi cabeza sé que esos mensajes vienen de *mí*, no de Dios, mi corazón no siempre establece esa conexión.

Cuando siento esta desconexión, a menudo recorro a los Salmos. La lectura del Salmo 42 despierta mi propio anhelo: “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo iré para presentarme delante Dios?” O al orar por el Salmo 27, siento un dolor que surge en mí cuando leo: “Cuando dijiste: ‘Busquen Mi rostro’, mi corazón te respondió: ‘Tu rostro, Señor, buscaré’. No escondas Tu rostro de mí; no rechaces con ira a Tu siervo... No me abandones ni me desampares” (Sal 27:8-9). Esta oración refleja a menudo mis sentimientos y se ha convertido en el clamor de mi corazón.

Durante uno de esos periodos de desconexión silenciosa, mientras leía el versículo 10, “porque aunque mi padre y mi madre me hayan abandonado, el Señor me recogerá”, mi corazón se afligió por la forma en que mi padre me había abandonado. Aunque creía que el Señor me había recogido, en algún lugar de mi interior seguía temiendo a ese Dios que acabaría por abandonarme y darme la espalda.

Cada vez que me doy cuenta de cómo mi relación con mi papá sigue impactando mi relación con Dios, sé que tengo que esforzarme más por perdonar, poner al descubierto otra fase más, lugares huérfanos en lo más profundo de mí que siguen necesitando el amor sanador de nuestro Padre.

Selah

Al tratar de escuchar el corazón de Dios, nos encontraremos una y otra vez con este obstinado obstáculo. Como dice Simone Pacot: “La sanidad nos llama a volver a las relaciones paternas, a tomar conciencia del modo en que

se han podido infectar las heridas. Sólo entonces es posible reconocer que *Dios es diferente de nuestro padre o de nuestra madre*, renunciar a las falsas ideas y dejar espacio para recibir lo que Dios nos dice”.¹

Como ya he señalado, mi forma de ver a Dios fue moldeada por la relación con mi padre terrenal, así como por las teologías fundamentales de mi formación espiritual. Mientras crecía, imaginaba a Dios como un juez que me medía por mi rendimiento y, a menudo, se sentía decepcionado conmigo. No me sentía seguro acercándome a Dios, porque estaba bastante seguro de que iba a decir todo lo negativo que yo ya creía sobre mí mismo. Estaba tan seguro de que me castigaría que no cuestionaba ni examinaba esta creencia. Funcionaba como mi sistema operativo.

Si hemos sido heridos por sistemas de creencias torcidos a causa de nuestros padres imperfectos y de nuestras experiencias en la primera infancia, ¿cómo podemos vislumbrar a nuestro verdadero Padre, que se parece, actúa y siente como Jesús?

En el capítulo 4, “Teología del corazón”, sugerí que empezáramos siendo honestos sobre la dinámica con la que crecimos y mencioné al pastor Rich Villodas, que describe esta dinámica temprana como guiones. Como escribe en *The Deeply Formed Life* [*La vida formada desde lo profundo*]:

¹ Simone Pacot, *Evangelizing the Depths* (Eugene, OR: Cascade Books, 2018), 23; énfasis añadido. Véase el capítulo 4, “Teología del corazón”.

Los guiones son los mensajes que recibimos, los papeles que se nos asignan y las formas en que creemos que debemos vivir que nos han sido transmitidas conscientemente o interpretadas subconscientemente por nosotros [...] Al examinar las formaciones de nuestra familia de origen, la identificación de los guiones nos proporciona una revelación interior y nos posiciona para los nuevos guiones del evangelio.²

No sólo tenemos trabajo interior que hacer, sino que también necesitamos ponernos en contacto con “los nuevos guiones del evangelio”, para que lo que Jesús revela sobre su Padre pueda transformar nuestra comprensión de Dios y de lo que siente por nosotros (como se ha comentado en el capítulo anterior).

Pero llega un momento en que avanzar significa que tenemos que perdonar a nuestros padres y madres.

El sistema operativo de mi teología del corazón incluía un profundo sentimiento de fracaso y vergüenza, que a veces me llevaba a la depresión y la desesperación, pues creía que Dios estaba tan decepcionado de mí como yo mismo. No quería quedarme en ese tipo de sistema y, sin embargo, todavía tenía una fe profunda dentro de mí que decía: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (*cf.* Jn 6:68). Pero al mismo tiempo, esa vida “eterna” no parecía buenas nuevas.

2 Rich Villodas, *The Deeply Formed Life* (Colorado Springs: WaterBrook, 2020), 115.

Al igual que con mis otros amigos en recuperación, mi movimiento hacia la verdad, la salud y la libertad no llegó hasta que toqué fondo, profundamente atascado en el fango, y el dolor de permanecer en mi situación era peor que el dolor del trabajo necesario para el cambio.

Como mencioné en el capítulo 3, “El camino al corazón de Dios”, durante el verano del año 2000, un amigo me sugirió que leyera *Rompiendo las cadenas*, de Neil Anderson. Este libro me ayudó a empezar a cambiar mi forma de pensar y me guió por el camino de la sanidad, la liberación y la libertad. A medida que se eliminaban los obstáculos en mi relación con Dios, empecé a experimentar la bondad de Dios y a sentir que tenía una amistad tangible con Jesús. El apéndice del libro de Anderson incluye una tarea de oración guiada, que él llama “Siete pasos hacia la libertad en Cristo”. Esa tarea incluye orar por una variedad de temas, culminando en una sección sobre perdonar a aquellos que nos han hecho daño.

Jesús habla específicamente del perdón en la oración que enseñó a sus discípulos: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt 6:12). Sin embargo, por mucho que orara la “oración del Señor”, nunca había pensado mucho en perdonar a los que me habían ofendido. Tendía a pensar en el pecado en términos de mis propios errores, no en los de los demás contra mí.

Mientras buscaba establecer una conexión con Dios y conocer su corazón para mí, me di cuenta de que perdonar

a mi padre era una pieza fundamental para sanar y transformar mi teología del corazón.

Lo que *no* es el perdón

A pesar de esta toma de conciencia, varias cosas me impidieron perdonar a mi padre durante algún tiempo.

En primer lugar, sentía que si perdonaba a mi padre (o a cualquier otra persona), estaba dejándole libre de culpa, como diciendo que lo que había hecho estaba bien, o estaba escondiendo la situación debajo de la alfombra. ¿Con qué frecuencia alguien se disculpó conmigo y yo respondí: “No te preocupes, está bien”? Sin embargo, cuando observaba a Jesús, veía que su perdón tomaba el pecado muy en serio. Él fue a la cruz por su gran amor por nosotros *siendo aún pecadores* (cf. Ro 5:8). En lugar de esconder el pecado bajo la alfombra, la obra de perdón señala el mal y el daño, pero nos elimina como jueces y entrega a Dios a la persona que nos ha ofendido. Paul Young pinta un vívido cuadro de esto en su novela, *The Shack* [*La cabaña*], cuando su protagonista lucha por perdonar a un abusador. “Papá”, le dice Dios, “se trata de soltar la garganta de otra persona”.³

En segundo lugar, me sentía atascado porque pensaba que tenía que convencer a mi padre (o a otra persona) de que me había hecho daño para poder perdonarle. Esperaba que me pidiera perdón o que confesara de qué manera me había hecho daño para perdonarlo. Pero si esperamos este tipo de reconocimiento, puede que nunca seamos libres.

3 Wm. Paul Young, *The Shack* (Los Angeles, Windblown Media, 2007), 224.

Es posible que quienes nos han hecho daño nunca lo admitan, sobre todo si han muerto, si nos hemos distanciado de ellos o si no nos sentimos seguros a su lado.

Pero, como descubrí, la obra inicial del perdón consistía simplemente en llevar tanto a mi padre como a mi experiencia de dolor ante Jesús en mi corazón. Pasar del perdón a la reconciliación exigiría que tanto yo como mi padre reconociéramos nuestros errores, nos perdonáramos mutuamente e hiciéramos las paces. Pero yo podía perdonar a mi padre, aunque él nunca se disculpara ni reconociera las formas en que me había herido.

Mientras consideraba la obra de perdón, no *tenía ganas* de perdonar a mi papá, pero sabía que tenía que *optar* por perdonarlo si quería experimentar sanidad y libertad. El perdón no es un sentimiento, sino un acto de mi voluntad para orar: “Jesús, elijo perdonar a mi papá por...”.

Durante mucho tiempo, intenté “perdonar y olvidar”. Mi papá me decía a menudo que el tiempo curaría todas las heridas, pero el tiempo nunca nos había sanado ni a él ni a mí. Sólo enterraba el dolor hasta que el siguiente incidente lo desenterraba de nuevo. No olvidamos. Reprimimos.

Después de hacer la tarea inicial de perdonar a mi padre, seguía recordando incidentes dolorosos, y entonces los viejos sentimientos de dolor volvían a surgir dentro de mí. Así que volvía a pasar por el proceso de perdonarlo una y otra vez. Cada vez, el proceso llevaba menos tiempo y suponía menos esfuerzo.

Lin Button, que enseñaba en una Escuela de Oración de Sanidad en Tierra Nueva, dijo una vez: “El perdón es

lo más poderoso y, quizá, lo menos satisfactorio a lo que Jesús nos llama. Puede que tengamos que perdonar a la misma persona por una cosa 490 veces antes de que ese perdón se sienta completo en nosotros”.⁴ (El número 490 se refiere a que Jesús le dijo a Pedro que tenía que perdonar a alguien siete veces setenta).

En *Experiencing Healing Prayer* [*Experimenta la oración de sanidad*], Rick Richardson habla de este proceso continuo de perdón, señalando que “a medida que maduramos y profundizamos con Dios y con los demás, descubrimos nuevas dimensiones de nuestra necesidad de perdonar y ser perdonados. El perdón, pues, es un proceso con momentos cruciales a lo largo del camino”.⁵

Lo que es el perdón

La obra de perdón es una especie de cirugía espiritual y, con el fin de eliminar los tumores de resentimiento y amargura que nos mantienen en la esclavitud, es importante ser lo más específico posible acerca de las formas en que hemos experimentado heridas de los demás en términos de *pecados reales*, *pecados percibidos* y *deudas* que sentimos que alguien nos debe.

Los *pecados reales* son las palabras y acciones de alguien que nos hieren de alguna manera. Estas palabras y acciones son obvias, y con los padres y las personas cercanas a nosotros, pueden incluir cosas que *no hicieron*, que

4 Lin Button, Healing Prayer School (Tierra Nueva, Mount Vernon, WA, 2013)

5 Rick Richardson, *Experiencing Healing Prayer: How God Turns Our Hurts to Wholeness* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2005), 156.

necesitábamos que hicieran. Es posible que hayamos experimentado falta de consuelo, apoyo o presencia.

Los *pecados percibidos* se producen cuando creemos que alguien ha dicho o hecho algo que nos hiere y más tarde descubrimos que estábamos equivocados. Hasta que descubramos la verdad, experimentamos una herida que debemos tratar mediante el perdón. Del mismo modo, podemos contarnos historias sobre experiencias con nuestros padres que no recordamos con exactitud. Puede que no tengamos ni idea de lo que les pasaba a nuestros padres en ese momento o de cuáles eran sus verdaderos motivos. Aunque nuestras interpretaciones sean incorrectas, nuestro corazón sigue sufriendo heridas, que deben sanarse con el perdón.

Perdonar *deudas* puede ser a veces más difícil que perdonar el pecado, porque las deudas están relacionadas con la idea de justicia. Una deuda es lo que creemos que nos *debe* quien nos ha hecho daño. Crecí sabiendo que el Padre Nuestro dice: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, mientras que el evangelio de Mateo dice: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Algunas deudas podrían incluir: “Me debes una disculpa”, “tienes que arreglar esta situación” o “tienes que cambiar”. Rick Richardson profundiza aún más en la lista de deudas, animándonos a “soltar la deuda que teníamos, ya sea una deuda de amor, de apoyo, de afirmación o de protección”.⁶

6 Richardson, *Experiencing Healing Prayer*, 155.

Cuando he hecho el trabajo de perdonar en mi corazón a los demás, es posible que todavía me aferre a la sensación de que necesitan cambiar. Si bien el cambio puede ser necesario para la salud de nuestra relación y para la reconciliación, no es necesario para el perdón. Cuando me doy cuenta de que estoy atascado, dispuesto a perdonar el pecado pero no la deuda, siento que Jesús me pregunta: “¿Cómo te está funcionando eso?” Porque cuando elijo perdonar tanto el pecado como la deuda, tengo la sensación de liberación y nueva libertad. Quizá cuando liberamos de la deuda a quienes “nos deben” algo, los liberamos para que avancen hacia la reconciliación que deseamos.

Cuando acompaño a personas que están orando mientras hacen el trabajo de perdonar, muchas dudan en nombrar los males que les hicieron sus padres. Para algunos, esto puede estar relacionado con el quinto mandamiento, “honra a tu padre y a tu madre” (Dt 5:16), donde nombrar los pecados se siente como si los deshonrara. Otros excusan las acciones de sus padres, diciendo que sus padres no querían hacerles daño o que estaban haciendo lo mejor que podían con lo que tenían en ese momento. Si bien estas cosas pueden ser ciertas, si tus padres pecaron contra ti, tendrás que perdonarlos.

Como he acompañado a personas que proceden de contextos de abusos horribles, llega un momento en que su propia sanidad y libertad tendrán que pasar por perdonar a quienes abusaron de ellos. Richardson describe este proceso así: “Cuando perdonamos los pecados cometidos contra nosotros, por terribles que sean, dejamos de estar

controlados por sus efectos. Jesús empieza a liberar[nos] del poder destructivo de la persona que [nos] ha hecho daño”.⁷

¿Cómo es el perdón?

Hace varios años, un joven me preguntó si podía orar con él sobre los problemas que tenía con respecto a la ira, que estaba teniendo un impacto desastroso en su matrimonio y en la relación con sus hijos. Hablamos un rato y luego oramos para que el Espíritu Santo nos mostrara la raíz de su ira. Empezó a hablarme de la relación con su papá y me contó que, mientras crecía, su padre le pegaba físicamente casi todos los días.

Después de escucharle y hacerle algunas preguntas, me atreví a decir: “Sólo puedo imaginar lo que eso fue para ti y puede que no estés preparado para esto, pero me pregunto si alguna vez has sido capaz de perdonar a tu padre por sus abusos.” Me dijo con toda naturalidad que sí.

Reconocí la dificultad de ese proceso y le pregunté si alguna vez había imaginado el perdón en términos de llevar a su padre a un tribunal, leerle la lista de cargos que tenía contra su él y decirle cómo le hacían sentir sus acciones.

Me miró, con los ojos muy abiertos, y me dijo: “No, no he hecho nada parecido”.

Lo invité a imaginar a su padre ante él en un tribunal.

“Eso no me parece muy seguro”, dijo.

7 Richardson, *Experiencing Healing Prayer*, 158.

Luego invité al joven a imaginar a Jesús como su abogado, interponiéndose entre él y su padre.

Después de unos momentos, le invité a que dijera lo que su padre había hecho (o dejado de hacer) para herirle y a que dijera cómo se *sentía* en respuesta a ese daño. El joven lloró al expresar su dolor y su rabia hacia su padre.

Cuando terminó su lista de cargos, lo invité a que *optara*, como un acto de voluntad, perdonar a su padre y entregárselo a Jesús. Después de perdonar a su padre, el joven confesó su propia ira y violencia hacia su esposa e hijos.

Identificar los errores y *el dolor* trajo sanidad a este hombre y a su familia, y me recordó lo importante que ha sido para mí ir más allá de las palabras de perdón hacia mi padre y expresar el impacto emocional. Si bien podemos pronunciar palabras de perdón, eso no cambiará nada en nuestro paisaje interior, porque no toca nuestros corazones heridos. Pero, como Richardson describe la obra de perdón en el corazón, cuando “vemos a Jesús sobresaliendo por encima de [nuestros] padres [...] más grande que ellos, más grande que cualquier problema que [nosotros] enfrentamos,”⁸ podemos expresar libremente nuestro dolor y enojo, y entonces podemos “optar por perdonar, dejar ir la deuda que [nos] deben [...] [y] confesar las formas pecaminosas en que [nosotros] respondimos”.⁹ Esta obra sigue formando parte de mi proceso.

8 Richardson, *Experiencing Healing Prayer*, 157.

9 Richardson, *Experiencing Healing Prayer*, 159.

Selah

Cuando abordé por primera vez mi propia tarea de perdón, después de seguir los pasos hacia la libertad en el apéndice de *Rompiendo las cadenas* de Anderson, no estaba pensando en mi papá, pero sabía que estaba atascado y necesitaba perdonar a algunas personas si quería ser libre. Preparé mi lista de las personas a quienes iba a perdonar mientras estaba sentado en una cafetería y, al mirar la larga lista que tenía delante, vi el primer nombre al principio era: “Papá”, y rompí a llorar. Rápidamente salí de la cafetería y caminé hasta un parque cercano, y durante las siguientes horas, oré y lloré a lo largo de dos páginas de nombres mientras perdonaba a todos los que sentía que me habían hecho daño a lo largo de mi vida.

Hacer este trabajo en el corazón trajo una liberación inmediata en mi relación con Jesús y comenzó a transformar cómo me relacionaba con Dios y cómo creía que el Padre se relacionaba conmigo. Sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima, como si hubieran hecho rodar una piedra de la prisión de mi corazón. Un prisionero había sido liberado y ese prisionero era yo.

A Rusia con amor

En 2015, viajé con Bob y Gracie Ekblad a Krasnoyarsk, Rusia, donde enseñamos y ministramos a una reunión de iglesias y casas de recuperación sobre sanidad interior, sanidad física y libertad espiritual. En nuestra primera noche, Maxim, el obispo de estas iglesias, describió a Rusia como un país de huérfanos e informó que más de 20

millones de hombres habían muerto en la Segunda Guerra Mundial, dejando atrás generaciones de niños sin padres, que habían criado a la siguiente generación sin haber ellos mismos tenido un padre.

Al día siguiente, mientras oraba y reflexionaba sobre Rusia como país de huérfanos, pensé en cómo Dios había salido a mi encuentro en mi propia experiencia de orfandad. Esa misma mañana, Bob me pidió que enseñara sobre el corazón del Padre para Rusia y esa noche compartí lo que Dios había estado formando en mí sobre el corazón del Padre para nosotros. Dije que uno de los principales obstáculos es la falta de perdón hacia nuestros padres terrenales, e invité a todos a iniciar el proceso del perdón.

Al día siguiente, Maxim me pidió que hablara y ministrara en una reunión de oración en una de las casas de recuperación. Después de esa reunión, se me acercó una mujer de unos treinta años. A través de un traductor, explicó que su padre nunca la había querido y que había intentado matarla mientras su madre estaba embarazada porque no quería que un bebé le arruinara la vida. Cuando ese intento no tuvo éxito, la abandonó a ella y a su madre. Años más tarde, cuando ella tenía treinta años, lo buscó. Él la rechazó y no quiso saber nada de ella porque no quería que le arruinara la vida. Ella no sabía cómo perdonarlo y hablaba de él con total naturalidad, como si hubiera acallado el dolor que llevaba dentro.

Inquietado por el Espíritu Santo, me ofrecí a ponerme en el lugar de su padre, para que pudiera ver y hablar con una persona. Luego oré para que el Padre me permitiera

representar a su padre y la invité a exponer su lista de cargos: su rabia, su dolor, sus sentimientos de rechazo y cómo le hacía sentir todo aquello. Se desahogó conmigo y, como representante de su padre, admití los errores y le pedí perdón. Luego la invité a que decidiera perdonarme y entregarme a Jesús. Después de que me perdonó, mientras yo seguía de pie en el lugar de su padre, sentí que el Espíritu me impulsaba a pronunciar una bendición sobre ella. La bendije en términos de que había sido un embarazo deseado y una hija deseada. La bendije en términos de una joven que llega a la edad adulta como una persona de belleza, valor y dignidad. La bendije en términos de una adulta dotada y capaz que me enorgullecía. La bendije para que floreciera y prosperara como hija de un padre que la quiere, la ama y se deleita en ella.

Todos estábamos llorando cuando terminó la velada y, aunque no la volví a ver después de esa noche, sigo orando para que Dios traiga sanidad a los lugares heridos de su corazón y la restaure a su plena identidad como hija amada.

Activación

Esta activación es un ejercicio de oración más complejo que nos llevará a través de la tarea de perdón. Te animo a que reserves un espacio seguro y tranquilo y dediques mucho tiempo a este ejercicio. Si sientes que no estás listo para hacer esta tarea en este momento, siéntete libre de volver más tarde.

Si te sientes atascado en las formas en que imaginas y te relacionas con Dios y quieres experimentar libertad y recibir la abundancia que Dios tiene para ti, necesitarás deshacerte de los obstáculos de la falta de perdón y de las deudas que sientes que tus padres te deben.

Cuando estés preparado para escuchar más claramente lo que Dios tiene en su corazón para ti, tómate un momento para tranquilizarte y reconocer la presencia de Dios en ti y contigo mientras haces la oración de respiración: *Padre, llévanos más profundamente en tu amor.* Ora esto varias veces hasta que te sientas satisfecho.

Cuando estés preparado, invita a Dios a que te guíe en una conversación sobre el perdón. Podrías hacer la siguiente oración, adaptándola según sea necesario:

Espíritu Santo, conoces las maneras en que he pecado contra mis padres. No los estás defendiendo al pedirme que perdone. Tomas muy en serio lo que ha sucedido para que yo pueda sanar. Te invito a que me reveles las cosas por las que necesito perdonar a mis padres y

te pido tu gracia, ya que no puedo hacer este trabajo por mí mismo.

Escribe todo lo que te venga a la mente, sin excusar a tus padres. Las cosas que hicieron o dejaron de hacer te perjudicaron, por lo que es importante que las identifiques claramente y que trates los efectos de esos pecados en tu vida.

Cuando hayas terminado de hacer tu lista, entra en tu imaginación en oración y lleva a tus padres ante Jesús. Imagina que Jesús se eleva sobre ellos, pronuncia sus nombres y lee la lista que has escrito. Podrías decir: *Mamá / papá, hiciste _____*. Después de cada error, expresa tu dolor y tu enojo. Este doloroso trabajo da inicio a la sanidad de tu corazón.

Cuando hayas expresado todo lo que tenías que decir, opta por perdonar a tus padres, aunque no se lo merezcan. Podrías orar: *Te perdono por todas estas cosas. Perdono la deuda que he sentido que tienes conmigo. Te entrego a Jesús.*

Ahora invita al Espíritu Santo a que te muestre tus respuestas pecaminosas y quebrantadas a los pecados de tus padres. Reconoce que estos pecados son verdaderos y pídele a Jesús que te perdone y que entre en tus lugares con heridas y te traiga sanidad y restauración. Cierra los ojos y concédete espacio para que visualices a Jesús limpiándote y brindándote plenitud.

Para terminar, renuncia a la mentira de que tu Padre celestial actúa de las formas dañinas que has identificado y renuncia a cualquier creencia tóxica sobre el Padre que

esté arraigada en estos lugares lastimados, que están obstaculizando tu relación con Dios. Puedes orar lo siguiente:

Dios Padre, Confieso que he creído mentiras sobre ti. Renuncio a la creencia de que eres _____ por la forma en que me trataron mis padres. Declaro la verdad de que no eres como mis padres.

Jesús, llévame al Padre. Espíritu Santo, dame un corazón abierto para ver a Dios como el Padre misericordioso y compasivo revelado en Jesús. Gracias por ayudarme a conocerte, a confiar en ti y a amarte.

Descansa en este espacio de quietud y oración, y recibe lo que el Espíritu Santo quiera traerte durante este tiempo.



Hacia arriba



Tu corazón ya escucha

*Ya estás escuchando a Dios
de muchas maneras y todas cuentan.*

— BRADLEY JERSAK

En capítulos anteriores, nos hemos adentrado en nuestro interior para ser más conscientes del desorden que puede filtrar *lo que* escuchamos del corazón de Dios. Puede que nos sintamos intimidados al intentar despejar todo ese desorden, pero Dios nos ayudará.

En Hebreos se nos dice que “la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que las espadas de dos filos, pues penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4:12). La “Palabra de Dios” que se describe aquí no es la Biblia, sino Jesús, la Palabra viva. El Jesús vivo divide nuestra alma (mente, voluntad, emociones e

interpretaciones de nuestras experiencias) de nuestro espíritu (donde recibimos la revelación del Espíritu Santo) para ayudarnos a *discernir* los pensamientos y las intenciones de nuestros corazones, de modo que podamos escuchar y comprender más claramente el corazón de Dios. Más adelante hablaremos del papel del discernimiento en la escucha del corazón de Dios¹, pero en este capítulo exploraremos *cómo* podemos escuchar el corazón de Dios.

Selah

Recientemente, un amigo y yo estábamos caminando por su barrio boscoso, y se paró frente a una casa y me dijo que quería enseñarme la pareja de mapaches que frecuentaba la zona. Miró a su alrededor, pero no los encontró. “Deben de haberse ido”, supuso. Entonces levanté la vista y los vi a diez metros por encima de la casa, en un pino, colgados de una rama expuesta. “¡Ahí están!” señalé. Mi amigo levantó la vista, pero seguía sin verlos. Dirigí su mirada con mi dedo y finalmente los vio. “Por lo general, pasan el rato debajo de la terraza de la casa”, explicó. Le había costado mucho verlos porque no estaban donde *esperaba* que estuvieran.

De forma similar, cuando buscamos escuchar el corazón de Dios, podríamos *esperar* escuchar a Dios hablando de cierta manera o en un lugar particular. Podríamos pensar que Dios sólo nos hablará en lugares religiosos, cuando estemos haciendo cosas religiosas y podríamos pensar

1 Véase capítulo 11, “Discerniendo el corazón de Dios”.

que todo lo que Dios diga sonará religioso. O podríamos esperar que Dios nos hable sólo de maneras obvias o familiares, una repetición predecible de lo que ocurre a otras personas. Pero si nos limitamos a buscar en un solo lugar una palabra concreta de parte de Dios, podríamos perdernos todas las demás formas en que Jesús, la Palabra viva, nos habla.

También podríamos esperar que cuando “oigamos” a Dios, escuchemos una voz clara y perceptible con nuestros oídos físicos. Dios me ha hablado de muchas maneras a lo largo de los años, pero sólo he tenido la sensación de que me habló con fuerza y claridad en dos ocasiones, y todavía no estoy seguro de cómo describir lo que ocurrió. Puesto que oír a Dios de forma audible parece ser algo que sucede con muy poca frecuencia, quizá sea más útil decir que Dios *se comunica* con nuestros corazones de alguna manera y nosotros recibimos esa comunicación.

Al considerar algunas de las diferentes maneras en que Dios se comunica con nosotros, podemos guiarnos por las Escrituras, que nos dicen que Dios habla y que podemos oírle. Quiero empezar por arraigar nuestro camino en una promesa fundamental de Jesús:

Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. A él le abre el portero, y las ovejas oyen su voz. A sus ovejas las llama por nombre y las conduce afuera. Y cuando saca fuera a todas las suyas va delante de ellas; y las ovejas le siguen porque conocen su voz.
(Jn 10:2-4)

Si Jesús es el Buen Pastor, nosotros somos sus ovejas, y nos llama a *cada uno* por nuestro nombre, entonces todos pueden oír su voz. En, *Can You Hear Me? Tuning in to the God Who Speaks* [*¿Puedes oírme? Entra en sintonía con el Dios que habla*], Brad Jersak señala que “Jesús no dice: ‘Mis profetas oyen mi voz’. Tampoco dice: ‘Mis pastores oyen mi voz’. Y tampoco dice: ‘Sólo los espirituales oyen mi voz’. Sino más bien: ‘Mis ovejas oyen mi voz’”.² ¡Eso significa que tú también!

Hace varios años, estaba pasando el rato con mi amigo Ryan, que vivía en el edificio del ministerio de Tierra Nueva en ese momento. Nuestro amigo, Marco,³ un exmiembro de una pandilla latina, se nos unió y luego dijo: “Me siento más cerca de Jesús y he estado pensando que debería deshacerme de mi arma. ¿Creen que debería desecharla o venderla?”.

Ryan sonrió y respondió con otra pregunta: “¿Por qué no le preguntamos a Jesús qué deberías hacer?”. Entonces Ryan oró: “Jesús, Marco tiene un arma. Quiere saber si debe desecharla o venderla. ¿Qué quieres decirle?”.

Después de un momento, Marco exclamó: “¡Vaya!”.

“¿Qué?”, preguntamos.

“Jesús dijo: ‘Deséchala’”.

Mientras hablábamos sobre cómo sería “desecharla”, hice otra pregunta. “Me pregunto si Jesús quiere darte algo

2 Brad Jersak, *Can You Hear Me? Tuning in to the God who Speaks* (Abbotsford, BC: Fresh Wind, 2012), 20.

3 No es su verdadero nombre.

en lugar del arma”. Entonces oramos y le preguntamos a Jesús.

“¡Vaya!”, Marco volvió a exclamar.

“¿Qué?”, preguntamos.

Dijo: “No es mota”.

Tras una pausa, nos echamos a reír. Marco había estado pensando en vender su pistola para poder comprar marihuana, pero Jesús le habló directamente. Marco no usó jerga religiosa sino que habló honestamente sobre lo que pasaba en su corazón y Jesús lo encontró allí.

Cuando escuchamos a Dios, nuestras oraciones se convierten en encuentros vivos y dinámicos, en lugar de prácticas religiosas estáticas. Si bien no siempre obtenemos respuestas inmediatas, nuestras oraciones se vuelven interactivas. En lugar de sentir que estamos dejando mensajes en algún buzón de voz en el cielo o hablando con el techo de una habitación vacía, Jesús puede convertirse en alguien con quien estamos hablando ahora mismo, alguien a quien podemos pedir cualquier cosa. La oración se convierte en una conversación real que mantenemos con un amigo vivo y activo, Jesús, la Palabra viva.

Dios se comunica siempre

La Biblia nos dice que Dios siempre está hablando y que le oiremos si estamos atentos. Esa promesa no se limita a lo que Jesús dijo en Juan 10, pues Dios se comunica en todas las Escrituras, aunque no todos presten atención. Como dice Eliú en su reprimenda a Job y a los tres consejeros de Job:

¿Por qué contiendes contra él, siendo que él no da cuenta de ninguna de sus palabras? Porque Dios habla de una manera y de otra, pero nadie lo nota. Habla por sueños, en visión nocturna... (Job 33:13-14)

Cuando la palabra del Señor llega al profeta Jeremías, Dios le invita a participar en la conversación, a preguntar y a escuchar: “Clama a mí y te responderé; y te daré a conocer cosas grandes y ocultas que tú no sabes” (Jer 33:3).

Como promete Jesús a sus discípulos: “Pero el Consolador, el Espíritu Santo que mi Padre enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que yo les he dicho” (Jn 14:26).

Y más adelante, Jesús continúa: “Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las pueden sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y les hará saber todas las cosas que habrán de venir.” (Jn 16:12-13).

Todos estos pasajes sugieren que Dios tiene más que decirnos que sólo las palabras escritas en la Biblia, aunque cualquier revelación será coherente con la revelación de Jesús. Como explica Brad Jersak: “Cristo mismo... el Revelador del Padre continúa revelando al Padre en el poder del Espíritu en formas existencialmente frescas para cada generación de creyentes”.⁴

4 Jersak, *Can You Hear Me?*, 23.

Si Dios ha prometido hablarnos, entonces necesitamos abrir nuestros oídos para que podamos empezar a reconocer cómo podríamos haber estado oyendo a Dios de maneras que aún no hemos percibido. Como dice Brad Jersak: “¡Ya estás oyendo a Dios de muchas maneras *y todas cuentan!*”.

Revelación a través de la invitación

La primera forma en que muchos de nosotros escuchamos a Dios es a través de la invitación de Dios a decir “sí” a la vida con Jesús. Porque como enseña Jesús a los judíos (que empiezan a quejarse después de que Jesús dice que ha “descendido del cielo”): “Nadie puede venir a mí a menos que el Padre que me envió lo traiga” (Jn 6:44). Si has llegado a una fe viva por medio de Cristo, ¡ya estás oyendo a Dios!

La invitación a entrar a una vida con Jesús puede haber llegado a través de una persona, algo que leímos, o alguna otra experiencia, pero fue Dios quien nos atrajo y respondimos en nuestros corazones.

Cuando estaba en la escuela secundaria, mis amigos me invitaron a varios eventos de la iglesia durante más de dos años, alentándome a tener una relación con Jesús. Les seguí la corriente, pero continué resistiéndome. Finalmente, me paré ante la puerta abierta de esa invitación a entrar a una vida con Jesús y pensé: “Si Dios es real, él puede manejar mis miedos. Si no es real, entonces esta oración no cambiará nada, así que ¿por qué no arriesgarse y orar?” Aquella primera decisión consciente de cruzar el

umbral hacia la vida con Jesús llegó después de muchas invitaciones, todas ellas originadas en el corazón del Padre.

Brad enmarca esta invitación inicial a la vida con Jesús como un canal preconfigurado en la radio de nuestro corazón, que capta la comunicación divina. Cuando queramos, podemos volver a ese canal y preguntar a Jesús si tiene una invitación para nosotros hoy.

Revelación por medio de la Biblia

La iglesia en la que participé durante mis años veinte describía al Espíritu Santo como la parte silenciosa de la Trinidad, cuyo trabajo consistía en señalarnos a Jesús y ayudarnos a entender la Biblia, una idea que parecía sugerir que el Espíritu Santo estaba en silencio fuera de la Biblia. Aunque Dios puede hablarnos de muchas maneras, que exploraremos a lo largo de este capítulo, necesitamos fundamentar todo lo que oímos en la narrativa bíblica y en la revelación de Cristo. La palabra escrita de Dios no es sólo un testimonio de lo que Dios dijo e hizo hace miles de años, pues Dios sigue hablándonos hoy a través de la Biblia. Pablo lo subraya cuando escribe a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprensión, para la corrección, para la instrucción en justicia [...]” (2Ti 3:16).

El versículo de Hebreos citado antes dice que cuando la Palabra de Dios (Jesús) nos habla a través de la Palabra de Dios (la Biblia), es una palabra *viva* del corazón de Dios para nosotros hoy. Cuando nos acercamos a la Biblia con expectación, puede convertirse en una palabra viva y eficaz

que puede hablarnos de nuevo. Puesto que Dios la inspiró cuando se escribió por primera vez, podemos pedirle que vuelva a inspirarla cuando la leamos hoy.

Lo experimentamos cada vez que leemos un pasaje conocido de la Biblia y, de repente, una palabra o una frase salta de la página o habla a un lugar profundo dentro de nuestro ser. En esos momentos, Dios se comunica con nosotros.

O cuando pensamos en alguien o en una situación, y recordamos un versículo bíblico concreto, o pensamos en un pasaje de la Biblia sin saber lo que dice, Dios nos está hablando. Tengo un amigo que escucha a Dios de esta manera todo el tiempo. Va en automóvil a una reunión y “oye” algo como “Joel 2:29”, pero no sabe lo que dice ese versículo. Cuando llega a la reunión, busca el versículo y siempre se refiere a algo que se siente impulsado a compartir en la reunión. De este modo, Dios se comunica y mi amigo escucha.

A veces la Biblia puede parecer difícil de manejar e inaccesible, un libro antiguo que es difícil de entender, y por eso la evitamos, o solo leemos nuestros versículos favoritos o cualquier cosa que encontremos en publicaciones inspiradoras de Instagram. Sin embargo, cuando esperamos que Jesús, la Palabra Viva, hable, prestamos atención a la manera en que Dios puede comunicarse con nosotros ahora mismo.

En capítulos posteriores exploraremos algunas formas en las que podemos ser más intencionales a la hora de hacer espacio para escuchar a Dios a través de las Escrituras.⁵

Revelación por medio de personas

Cuando alguien dice algo que habla directamente respecto a una situación personal, como si esa persona hubiera leído nuestras mentes, Dios nos está hablando a través de esa persona. Por ejemplo, siempre que preparo un sermón, invito a Dios a que comparta su corazón con las personas que van a escucharme. A menudo, después de predicar un sermón, alguien se me acerca y me pregunta si he estado leyendo su diario, porque he hablado de un tema de lucha personal o he respondido a preguntas que me habían planteado. Estos encuentros son mutuamente alentadores, porque tengo la sensación de que Dios está compartiendo su corazón por los demás conmigo, y ellos se sienten alentados de que Dios está escuchando sus oraciones y respondiendo a sus preguntas.

También podemos oír a Dios fuera de las reuniones religiosas o de las prácticas religiosas. En Números 22, ¡Dios habla incluso por medio de un burro! Podemos oír a Dios en cualquier lugar en el que nos relacionemos con otras personas: conversaciones en una cafetería, llamadas telefónicas, correos electrónicos, mensajes de texto, etcétera. El escritor James Martin describe cómo escucha a Dios en las conversaciones cotidianas con sus amigos. “Un amigo

5 Véase el capítulo 9, “Prestando atención a Dios”; y el capítulo 15, “Profundizando nuestro deseo por el corazón de Dios”.

puede decir algo tan perspicaz que es casi como si se acabara de abrir una ventana a tu alma: puedes sentir como si las palabras de tu amigo fueran una forma en que Dios se está comunicando contigo”.⁶

Revelación por medio de libros, música y arte

Podríamos tomar la cita anterior de James Martin y sustituir la palabra “amigo” por cualquier cosa que abra “una ventana a [nuestra] alma”, como la música, los libros y el arte.

Cuando leemos un libro, escuchamos música o vemos una obra de arte que nos conmueve profundamente, que toca nuestro anhelo o que fluye hacia un lugar de dolor o gozo, haciéndonos llorar, el Espíritu está abriendo nuestros corazones a la obra de Dios en nuestras vidas. En lugar de hacer a un lado esos momentos, es bueno quedarse quieto y sumergirse en la presencia de Dios. Es posible que Dios esté tratando de hablarnos y, al hacer espacio para escuchar, podemos invitarlo a que nos revele su corazón.

Durante muchos años, mientras luchaba contra el temor en mi vida, Dios me habló a través de un personaje de la novela de ciencia ficción de Ursula Le Guin, *La mano izquierda de la oscuridad*. Los dos personajes principales del libro escapan de un encarcelamiento tipo “Gulag” y viajan a través de una vasta extensión ártica de un planeta helado. Habían planeado cuidadosamente su ruta y sabían que apenas tenían comida suficiente para sobrevivir, pero

6 James Martin, *The Jesuit Guide to (Almost) Everything* (New York: Harper Collins Publishers, 2010), 128.

en medio de su viaje se encuentran con una enorme pared de acantilado, de miles de metros de altura y kilómetros de ancho, que les bloquea el camino. A ambos les aterrorizan las alturas, pero mientras contemplan otras rutas que evitarían el acantilado, saben que éstas les llevarían demasiado lejos de su camino, y morirían de inanición y expuestos a la intemperie. Una mañana, el narrador observa que su compañero “prefiere el riesgo”, “jugarse la vida en la cruel y rápida prueba del precipicio”, y reflexiona:

Fuego y temor, buenos siervos, malos señores. Él hace que el temor le sirva. Yo habría dejado que el temor me guiara por el camino largo [...] ¿De qué sirve buscar el camino seguro en un viaje como éste? Hay rumbos insensatos, que no tomaré; pero no hay ninguno que sea seguro.⁷

Cuando leí esta novela por primera vez, no me di cuenta de que Dios me estaba hablando, pero escribí esta frase en mi diario casi a diario durante más de un año: “Habría dejado que el temor me guiara por el camino largo”. Estas palabras se convirtieron en una especie de confesión habitual, que me recordaba que no hay “camino seguro” en el viaje desde el temor y la esclavitud hacia la libertad y la nueva vida. Aunque el camino pudiera ser peligroso, podía

7 Ursula K. LeGuin, *The Left Hand of Darkness* (New York: Ace Books, 1969), 246. En español puede verse: Le Guin, Ursula K. *La mano izquierda de la oscuridad* (Barcelona, España: Planeta, 2023).

hacer del temor mi siervo en vez de dejar que me llevara por “rumbos insensatos”.

Revelación por medio de una carga para orar o actuar

Cuando invito a Dios a que me revele su corazón, intento prestar atención a los pensamientos que dan vueltas cerca de mi conciencia. A veces el pensamiento parece tan simple que podría descartarlo, pero si sólo busco algo profundo o milagroso, puedo perderme lo que Dios está diciendo.

Poco después de que empecé a preguntarle a Dios qué había en su corazón para con las personas, una pareja vino a mi mente cada mañana mientras preparaba café. El esposo estaba pasando por tratamientos contra el cáncer y después de llevarlos a Jesús en mi corazón, les envié un correo electrónico para hacérselo saber.

Respondieron, “¡Oh, Mike! ¡Esto es muy alentador para ambos! [Mi esposo] quiere que te diga cuánto apreciamos que nos contaras sobre el impulso del Espíritu Santo y de tus oraciones. De alguna manera, ahora es mucho más personal y poderoso”. Continuaron compartiendo lo que Dios estaba haciendo mientras seguían orando por sanidad.

Cuando estemos pensando en alguien, en lugar de dejar que ese pensamiento se aleje, podemos incorporar esa persona a nuestra conversación con Dios.

Esos pensamientos momentáneos pueden tener un impacto mucho mayor de lo que podríamos anticipar, yendo más allá del estímulo a la intervención divina.

En mi trabajo con Tierra Nueva, acompañamos a personas afectadas por el encarcelamiento y la adicción. Había estado caminando con un hombre que estaba luchando con su nueva fe y su recuperación, pero se había retirado de nuestra comunidad, y yo sabía que se sentía aislado y deprimido.

Una noche, mientras conducía a casa desde el trabajo, pensé: “Llama a David”.⁸ Estaba cansado y quería tener un rato de tranquilidad a solas, así que me dije que lo llamaría más tarde. Pero el pensamiento volvió, con más insistencia: “¡LLAMA A DAVID!”.

Así que marqué su número y, cuando contestó, su voz sonaba lejana.

“David, ¿qué hay de nuevo?” Le pregunté. “Jesús me dijo que te llamara”.

“¡Oh, Dios mío! ¡Me voy a suicidar!” murmuró y colgó.

Intenté devolverle la llamada muchas veces, pero no contestaba. Así que llamé al 911 y empecé a llamar a diferentes personas para pedirles que oraran. Llamé al personal que conocía a David para que se pusieran en contacto con él. Finalmente, me llamó un agente de policía y me dijo que había podido ponerse en contacto con David, pero que David colgó y bloqueó su número. Al menos sabía que seguía vivo.

Unas horas más tarde, estaba en una reunión de oración en línea y, mientras orábamos por David, él me envió un mensaje de texto: “Cuando llamaste, me había

⁸No es su verdadero nombre.

armado de valor para poner fin a mi vida y tenía el machete en la garganta. Tú y Jesús me detuvieron. Ya estoy bien”. Terminamos enviándonos mensajes de texto hasta altas horas de la noche mientras Dios empezaba a sanarlo y restaurarlo.

Más tarde, David me recordaría que, antes de este encuentro, nunca lo había llamado para decirle que *Jesús me había dicho* que lo llamara. Ese fragmento de la comunicación de Dios fue fundamental para restablecer su relación con el Jesús vivo, ya que se dio cuenta de que Jesús no era simplemente un poder superior distante, sino que se preocupaba por él y quería estar íntimamente involucrado en su vida.

Revelación por medio de la convicción de pecado

En otra ocasión, mientras mi amigo Ramón y yo conducíamos por nuestro valle, haciendo mandados, se volvió hacia mí y me dijo: “He estado pensando en cómo es que Dios me convence”. Lo invité a compartir más. “Creo que cuando Dios nos convence, no nos señala y nos dice: “¡Metiste la pata!” (el lenguaje de mi amigo era más colorido de lo que es apropiado aquí). “Creo que Dios está señalando algo en nosotros y diciendo: ‘¡Quiero perdonar eso!’”.

Ramón me mostró una manera fresca de entender cómo Dios no busca la forma de condenarnos o avergonzarnos, sino de perdonarnos y restaurarnos.

A menudo confundimos *convicción* con *condenación*. Dios nos convence para dirigirnos hacia la reconciliación y la restauración, la sanidad y la libertad, para que podamos

llegar a ser aquello para lo que fuimos creados en Jesús. Pero la *condenación* nos destroza al avergonzar nuestra identidad. Si nos decimos a nosotros mismos: “Soy un fracaso”, eso es condenación. Pero la *convicción* del Espíritu identifica algo específico en nuestras vidas que necesita sanidad y restauración. Cuando somos convencidos, podemos decir: “Fracasé de esta manera y Dios lo está haciendo ver para que pueda reconocerlo y recibir perdón”.

Dios me convence regularmente cuando me trae a la mente, con firmeza pero con ternura, áreas en las que necesito arrepentimiento: juicios en mi corazón, situaciones en las que el resentimiento ha tomado lugar o lugares de resistencia en mí. Sé que Dios quiere liberarme y llevarme a un mayor gozo y conexión con Él, y el Espíritu Santo quiere eliminar cualquier obstáculo en ese camino, que podría dar al enemigo un punto de apoyo en mi vida. Cuando confieso estas áreas a Dios, el Espíritu crea más espacio en mí para experimentar el amor de Dios.

Revelación por medio de la naturaleza

Siempre que experimentamos asombro ante la belleza y majestuosidad de la tierra, Dios nos está hablando. Dios me habla a menudo de su naturaleza a través del océano: su inmensidad y profundidad me recuerdan “la anchura, la longitud, la altura y la profundidad” (*cf.* Ef 3:18-19) del amor de Dios. El salmista también oye la voz de Dios en la creación:

Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de Sus manos. Un día

transmite el mensaje al otro día, y una noche a la otra noche revela sabiduría. No hay mensaje, no hay palabras, no se oye su voz. Pero por toda la tierra salió su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras. (Sal 19:1-4)

Cuando nos encontramos con lugares de gran belleza: montañas escarpadas, océanos sacudidos por la tormenta, amaneceres rojizos, atardeceres de color ocre, cielos otoñales brillantes llenos de luz, paisajes invernales impresionantes, vastas llanuras ondulantes, coníferas de montaña doradas, y nos quedamos atónitos ante el peso de la gloria de la tierra, Dios se está comunicando con nosotros, dándonos corazones para regocijarnos por todo lo que estamos recibiendo.

Revelación por medio de las emociones y los sentimientos

James Martin explora nuestra “Amistad con Dios”, destacando cómo Dios puede hablarnos a través de nuestras emociones, como la felicidad, la ira, “o la aflicción por la situación de los pobres”.⁹

En las reuniones de adoración,¹⁰ a veces se me escapan las lágrimas cuando experimento asombro ante el nombre

⁹ Martin, *The Jesuit Guide to (Almost) Everything*, 130.

¹⁰ La adoración es más que cantar, es toda la vida entregada y enfocada en Dios. La mayor parte del tiempo en este libro, sin embargo, utilizo el término *adoración* como atajo para referirme a la alabanza musical, la acción de gracias, el lamento y la escucha. He descubierto que la alabanza y la adoración musical toman toda mi vida cotidiana vivida hacia Dios, se centra y me abre un espacio en el que yo me “acercó a Dios y él se acercará a (mí)” (Sant. 4:8) y se produce un intercambio de amor, dando y

de Jesús, o siento una sensación tangible del profundo amor de Dios, o me conecto con la aflicción de Dios ante una situación. A veces no sé con qué están conectadas mis lágrimas, pero no lloro con frecuencia, y por eso, cuando lo hago, siento que Dios se está comunicando conmigo de alguna manera. He experimentado una sensación de gozo líquido derramado sobre mi cabeza y me ha sobrecogido la risa del Espíritu. También he sentido cosas inquietantes que parecían estar asociadas con una presencia más oscura de la que Dios quería que yo fuera consciente en un determinado espacio. He sentido también un gran dolor por las muchas injusticias y desastres que ocurren en el mundo.

Por medio de estos sentimientos, Dios se comunica continuamente conmigo.

Al principio de mi camino de fe, me enseñaron que no debíamos fiarnos de nuestros sentimientos, sino vivir sólo por la fe. Desde entonces, he llegado a comprender que los sentimientos son un medio importante para que Dios se comunique con nosotros. También, a veces, he puesto demasiado énfasis en sentir al Espíritu Santo, lo que podría hacerme pensar que el Espíritu Santo no está presente, o activo, o hablándome cuando no estoy “sintiendo” algo. El Pastor Rich Villodas ofrece un correctivo útil al delinear claramente las siguientes tres verdades acerca del Espíritu Santo y nuestros sentimientos: “1) El Espíritu Santo no puede reducirse a nuestros sentimientos. 2) El Espíritu Santo a menudo nos habla a través de nuestros

recibiendo, adorando y siendo adorado. Aquí siento de manera única la presencia de Dios mientras ofrezco mi corazón en comunión con el suyo.

sentimientos. 3) El Espíritu Santo está presente incluso cuando no podemos sentir su presencia”.¹¹

Revelación por medio de percepciones y recuerdos

Volviendo a James Martin, él nos ayuda a prestar atención a la variedad de formas en que Dios se comunica con nosotros: “Tal vez estés orando por claridad y recibes una percepción que te permite ver las cosas bajo una nueva luz [...] o puede que, en un instante, percibas algo sorprendente sobre Dios [...] Los recuerdos también afloran en la oración”. Luego pregunta: “¿Qué te está diciendo Dios a través de esos recuerdos consoladores?”¹²

En 2005, la iglesia en la que trabajaba en Seattle albergaba un salón de oración veinticuatro horas al día, siete días a la semana.¹³ Durante cuarenta días, las personas oraron cada hora del día en un espacio de oración designado en nuestro edificio. Durante este tiempo creativo y poderoso, derramamos nuestros corazones a Dios mientras orábamos por nuestros hogares y nuestra ciudad, buscando el corazón de Dios para nosotros individualmente y como comunidad. En un momento dado, recibimos a un grupo de otra iglesia de nuestra ciudad y dos jóvenes compartieron que Dios les estaba diciendo que yo iba a ser “pastor de una iglesia sin paredes”.

11 Rich Villodas, May 27, 2022. Instagram. https://www.instagram.com/p/CeEI_mZOD5B/, May 31, 2022.

12 Martin, *Jesuit Guide to (Almost) Everything*, 130.

13 Pete Greig and Dave Roberts, *Red Storm Rising: How 24-7 Prayer is Awakening a Generation* (Eastbourne, England: Relevant Books, 2005).

No sabía qué podía significar aquello en el contexto en el que me encontraba y cuando le pregunté a Jesús al respecto, no oí nada más. Escribí sobre esta experiencia en mi diario y luego la olvidé.

Quince años después, un sábado por la mañana del otoño de 2020, esta frase, “serás pastor de una iglesia sin paredes”, surgió de lo más recóndito de mi memoria. Todavía no estaba seguro de lo que significaba, pero a medida que oraba durante las semanas siguientes, empezaron a surgir fragmentos de claridad.

Ese otoño, el mundo estaba en medio de la pandemia de COVID y la mayoría de los lugares de reunión se habían cerrado. Los lugares de reunión en línea se habían disparado y las personas se conectaban fuera de las paredes de la iglesia. Desde entonces, Dios me ha llevado a una nueva etapa de ministerio con personas de todo el país y del mundo. Ahora estoy pastoreando “una iglesia sin paredes” y ahora puedo ver que al recordar aquella palabra, Dios me estaba aclarando la forma que iba a tener este tiempo y los cambios que estaban por venir.

Cada uno oímos de forma diferente

Al considerar las muchas maneras en que Dios ya está comunicando su corazón a nosotros, es importante tener en cuenta que no todos oímos de la misma manera. En lugar de compararnos con los demás, podemos recordar que cada uno de nosotros somos creaciones únicas de Dios, y por eso Dios nos hablará a cada uno de manera única.

Tengo una amiga que “oye” a Dios principalmente a través de dibujos, imágenes, analogías y metáforas. Cuando se enteró de que su hijo tenía una crisis de fe porque no “oía” a Dios de la forma que ella lo describía, le ayudó a entender que su forma de oír no tenía por qué ser igual a la suya. Dios habla de muchas maneras, ¡y podemos oír su voz de muchas maneras!

Havilah Cunningham, fundadora de *Truth to Table* [*Verdad a la mesa*], quiere llevar a la mesa de cocina herramientas para descubrir quiénes somos según Dios. Una de esas herramientas tiene que ver con aprender a oír a Dios, y ella describe cuatro maneras en las que podemos oír la voz de Dios:

El Conocedor es intuitivo. Puede que sepa que tiene que ir a algún sitio o hacer algo, pero no tiene una “palabra” o un encuentro que confirme esa impresión. Es probable que *el Oyente* oiga a Dios decir cosas concretas. Tal vez sea un versículo, una palabra o una frase lo que le venga a la mente. *El Vidente* es un visionario. Dios le da representaciones e imágenes, algunas de las cuales pueden ser tan grandes como para cubrir toda una vida. *El Sensitivo* a menudo siente la comunicación de Dios a través de la emoción.¹⁴

Al considerar las formas en que Dios ya te está hablando, puede ser útil reflexionar sobre estas categorías para

14 Accedido en línea: Havilah Cunningham, Millennialswithmeaning.com, July 30, 2018.

ver si principalmente oyes, pero no te limites a una sola. Si bien yo soy principalmente un oyente, también he experimentado a Dios comunicándose a través de otras vías.

A veces podemos tener un encuentro profundo con Dios, pero a menudo oímos la voz de Dios como un débil susurro. Sea como sea que Dios nos hable, ¡nos estamos encontrando con Jesús vivo!

Activación

En este ejercicio, reflexionaremos sobre las formas en que ya hemos estado escuchando a Dios. Si hay otras personas que están en este camino, te animo a completar este ejercicio en un grupo pequeño donde las formas en que estamos oyendo pueden ser afirmadas y agudizadas.

Tómate un momento para aquietarte y acoger la presencia de Dios que *siempre está contigo*.

Presta atención a las formas concretas en que has oído a Dios en el pasado. Luego, invita al Espíritu Santo a que te ayude a recordar momentos concretos en los que Dios te habló de esa manera. Cuando recuerdes esos momentos de revelación, da gracias a Dios por cada uno de ellos. Cuando damos gracias, regamos las semillas de la revelación de Dios que ya están creciendo en nuestro interior.

Al retener estas semillas de revelación, pregunta al Espíritu Santo si hay un modo principal en que Dios se comunica contigo, un canal preestablecido de comunicación divina. Invita a Dios a hablarte de nuevo de esta manera y a que te ayude a tomarte tiempo para escuchar y prestar atención a su voz.



Un corazón más grande de lo que imaginas

El ministerio sobrenatural es extraño por definición.

— JORDAN SENG, *MIRACLE WORK*

Ahora que nos hemos tomado el tiempo para notar las formas relativamente “normales” en que Dios se comunica con nosotros: pensamientos, sentimientos, recuerdos, música, naturaleza, personas, la Biblia, quiero explorar algunas de las formas sobrenaturales en que Dios habla. Algunas de ellas pueden poner a prueba nuestras creencias o nuestra idea de lo que podemos esperar de Dios.

Sin embargo, el libro de Jordan Seng, *Miracle Work: A Down-to-Earth Guide to Supernatural Ministries* [*Obras milagrosas: una guía práctica sobre los ministerios sobrenaturales*], ofrece un importante correctivo a la idea de que lo sobrenatural está más allá de nuestra creencia, argumentando que “el mayor problema entre los creyentes no es

que pensemos que los ministerios sobrenaturales son demasiado extraños; es que intentamos hacer que Dios parezca normal”.¹ Seng prosigue diciendo:

Piénsalo. Creemos en un ser invisible sin principio que creó el universo con su palabra; que vive fuera del espacio y del tiempo con criaturas angelicales fantásticas; que está en todas partes, lo sabe todo y puede hacer cualquier cosa; que envió a su Hijo Dios-hombre a nuestro mundo, lo resucitó después de que cuidadosamente lo mataran y luego lo devolvió al cielo; y que nos resucita para que podamos vivir eternamente. Una vez que te tragas todo eso tan abrumadoramente sobrenatural, sólo hay que dar un paso minúsculo para aceptar las sanidades sobrenaturales y las liberaciones demoníacas: una gota en un cubo lleno de cosas extrañas.²

“Solo” tu imaginación

Para prepararnos para sumergirnos en ese “cubo de cosas extrañas”, nuestro primer paso fuera del camino “normal” es considerar cómo utiliza Dios nuestra imaginación. La idea de que podemos usar nuestra imaginación para interactuar con Dios podría ser un obstáculo para algunas personas, ya que a menudo crecemos escuchando que tenemos que hacer una distinción entre lo que es real o

1 Jordan Seng, *Miracle Work: A Down-to-Earth Guide to Supernatural Ministries* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2013), 15.

2 Seng, *Miracle Work*, 15.

verdadero y lo que es “sólo nuestra imaginación”. En algún momento de mi vida, adquirí la idea de que no debía confiar en mi imaginación porque no estaba basada en la fe y en la verdad de las Escrituras.

A.W. Tozer, uno de mis autores favorito de devocionales, critica el uso de la imaginación, argumentando: “El imaginar no es un acto de fe. Las dos cosas no solo son diferentes sino que se oponen la una a la otra. La imaginación proyecta imágenes ficticias, y trata de asignarles realidad. La fe no crea nada: sencillamente reconoce lo ya está ahí”.³

Si bien no estoy de acuerdo con Tozer, comprendo su preocupación por tratar de discernir si lo que oímos o experimentamos procede verdaderamente de Dios. Si utilizamos nuestra imaginación para inventar cosas, ¿cómo puede ser una plataforma veraz en la que interactuemos con Dios?

En mi camino hacia una *imaginación llena de fe*, tuve que volver a una idea fundamental de la narrativa bíblica: que hemos sido creados a imagen de Dios (Gn 1:26-27). Esto significa que Dios nos creó con la capacidad de *crear*, no sólo de duplicar o imitar. ¡Nuestra imaginación es el manantial de la creatividad del Creador, a cuya imagen hemos sido creados! A diferencia de Dios, el Creador, que creó *ex nihilo* (de la nada), nosotros somos cocreadores con Dios, pues recibimos comunicación del Espíritu Santo. Una de las vías que utiliza el Espíritu para comunicarse

3 A. W. Tozer, *The Pursuit of God* (Camp Hill, PA: Christian Publications, 1982), 55. En español véase: Tozer, A. W. *La búsqueda de Dios*. (Medley, Florida: Unilit, 2018), p. 19.

con nosotros es nuestra imaginación, ya que no proviene de ninguna otra fuente, sino que forma parte de lo que significa ser hechos a imagen de Dios.

Jesús utilizó intencionadamente la imaginación de sus oyentes a través de parábolas para revelar verdades sobre el reino de Dios. Nos dijo: “si no [cambiamos] y [nos] volvemos como un niño, no [podremos] entrar jamás al reino de Dios” (Mt 18:3, PDT). Junto con la confianza sencilla de los niños, seguro que esto también incluye una invitación al compromiso infantil de nuestra imaginación.

Sabemos que nuestra mente racional ni siquiera puede abarcar la plenitud del universo creado y visible, y mucho menos el invisible. Sin nuestra imaginación, no podríamos, como nos invita Pablo a: “no poner nuestra vista en las cosas que se *ven*, sino en las que *no se ven*. Porque las cosas que se *ven* son temporales, pero las que *no se ven* son eternas” (2Co 4:17–18; énfasis añadido). Brad Jersak sugiere que la palabra *contemplar*, que aparece más de mil veces en la Biblia, es una invitación a mirar con los ojos espirituales de nuestro corazón o imaginación.

Morris Dirks, fundador de Soul Formation en Portland, Oregón, utiliza antiguas prácticas cristianas de oración cuando trabaja con líderes para ayudarles a conectarse más profundamente con los movimientos de Dios en sus vidas, de modo que puedan operar desde un lugar en el que se saben plenamente amados, en lugar de actuar *por* amor. En su exposición de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, Morris señala que “Ignacio creía que un camino primario hacia los textos bíblicos y el encuentro vivencial con Cristo

era a través del uso de la imaginación[...] . [El] uso activo de su imaginación se desarrolló plenamente como herramienta para encontrarse con Jesús”.⁴

Aunque a veces usamos nuestra imaginación para cosas cuestionables, eso no es culpa de nuestra imaginación, como tampoco es culpa de nuestros televisores por lo que vemos en ellos. Dios nos creó con voluntad y con la capacidad de elegir el bien o el mal, la vida o la muerte.

Podríamos pensar en nuestra imaginación como una pantalla que recibe mensajes del mundo (nuestros filtros familiares, culturales, políticos, raciales y económicos), de la carne (nuestros temores, fantasías, mentiras, autodefensas y falsas creencias sobre nosotros mismos y sobre Dios), del diablo, el “padre de la mentira” (voces de acusación, desesperación, vergüenza, condenación) y del Espíritu Santo.

Nuestra imaginación nos fue dada por nuestro Creador para que podamos interactuar creativamente con él. Si Dios está haciendo cosas que van mucho más allá de lo que podemos pensar con la parte racional de nuestro cerebro, nuestra imaginación puede ser una vía a través de la cual Dios nos revele su corazón. En algunos de mis encuentros más profundos y enriquecedores con Dios, he utilizado mi imaginación para crear un espacio intencional de encuentro con Jesús.

En *Experiencing Healing Prayer*, Rick Richardson señala la importancia de la imaginación en su caminar con Dios: “Cuando empecé a comprender y a acoger el lugar

4 Morris Dirks, *Forming the Leader's Soul* (Portland: Soul Formation, 2013), 116.

crucial de mi imaginación a la hora de adorar y escuchar a Dios, mi relación con Dios experimentó un gran salto hacia adelante”.⁵

Pablo alaba: “Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos *imaginarnos* o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros, ¡a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos! Amén” (Ef 3:20–21, NIV; énfasis añadido).

Puesto que nuestros pensamientos no pueden captar todo lo que Dios quiere hacer en nosotros y a través de nosotros, ¡*necesitamos* nuestra imaginación! Anteriormente en esta carta, Pablo ora para que a la iglesia de Éfeso “los *ojos* de su corazón les sean *iluminados*” (Ef 1:18; énfasis añadido). Pablo está hablando de *ver* con nuestros ojos llenos del Espíritu para que podamos contemplar cosas que están más allá de lo que podemos pedir o imaginar. En esta manera de ver, el Espíritu de Dios se comunica con nuestro espíritu, y lo que vemos por el Espíritu se proyecta a través de nuestra imaginación, que está llena de la luz de Dios.

Por poner un ejemplo de nuestro trabajo de capellanía en las cárceles, a menudo hablamos con los reclusos sobre la manera en que Dios quiere sanarlos. Preguntamos si alguien está experimentando algún dolor y cuando nos indican sus diversas dolencias, les invitamos a extender las manos como instrumentos del Espíritu Santo para la sanidad. Confesamos a Dios que nuestras manos han sido usadas para cosas cuestionables y le pedimos que limpie

5 Rick Richardson, *Experiencing Healing Prayer* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2005), 64.

nuestras manos y las aparte para sus propósitos. Luego pedimos que la presencia del Espíritu Santo esté sobre nuestras manos e invitamos a los internos a poner sus manos en los lugares de dolor de sus cuerpos. Dios suele traer sanidad de esta manera.

Del mismo modo, podemos orar y ofrecer nuestra imaginación al Espíritu Santo. Podemos pedir a Jesús que limpie nuestra imaginación de cosas impuras y luego invitarle a compartir su corazón sobre la situación que le estamos presentando.

Discernir lo que procede verdaderamente de Dios y lo que procede de otras fuentes es un trabajo crítico que trataremos más adelante, en el capítulo 11. Por ahora, me basaré en una imagen de mi amiga Libby, que divide la tarea de escuchar a Dios en tres recipientes:

Si oyes, “te amo”, “quiero estar contigo” o “te aprecio tanto”, puedes recibirlo sin más. Si oyes algo que suena acusatorio, algo que te destroza, algo que te avergüenza, eso hay que desecharlo -o al menos procesarlo- porque algo está deformando lo que oyes. Y luego está todo lo que hay en medio. Aquí es donde queremos hablar un poco más con Jesús y con los demás.⁶

6 Conversación personal, 15 de Diciembre, 2022.

Una puerta abierta

Cuando participamos en prácticas espirituales que activan nuestra imaginación, a veces puede parecer que la interacción es autogenerada o fabricada, porque yo soy el iniciador, el que prepara el escenario. El deseo de mi corazón es tener una interacción real con el Dios vivo, una interacción a la que pueda hacer referencia y decir con confianza: “Dios me dijo [...] Dios me mostró [...] Dios me reveló su corazón”. Pero a menudo tengo que empezar siendo intencional en mi imaginación para “purgar la bomba”.

Y a veces, después de ocuparme de mi imaginación con mis propios pensamientos y voluntad, llego a un punto en el que queda claro que ya no soy yo quien está en control. Algo ha cambiado, y ya no estoy imaginando cosas por mi cuenta, sino que el Espíritu Santo se está comunicando con mi espíritu.

Por poner un ejemplo, durante una enseñanza en Tierra Nueva sobre la oración de escucha, Brad Jersak nos estaba guiando a través de un ejercicio que él llama “las Puertas Perladas”, que se basa en la imagen de Apocalipsis 4:1: “Vi una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que yo había oído, como sonido de trompeta, decía: Sube acá”.

Nos invitó a imaginar en oración cómo sería esa puerta abierta. Mientras intentaba entrar en quietud y abrir mi imaginación a Dios, vi un gran libro abierto en el suelo y pensé: “Esto no puede estar bien; no es una puerta o un portón”. Así que *intenté* imaginar otra cosa, pero entonces Brad me dijo: “Puede que no parezca un portón o una puerta”. Así que volví a la imagen del libro abierto. Entonces

Brad nos invitó a imaginarnos a Jesús encontrándonos allí. *¿Dónde estaría él? ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo te saluda?*

Vi a un hombre (que supuse que era Jesús) inclinado sobre un gran libro que le llegaba casi a la cintura y que estaba abierto en el suelo. Se volvió cuando me acerqué y una sonrisa se dibujó en su rostro mientras decía: “¡Me alegro tanto de que estés aquí! ¡Tengo mucho que enseñarte!” Pensé que el libro era la lista de nombres del libro de la vida en el cielo (cf. Fil 4:3; Ap 3:5; 13:18; 20:15; 21:27), pero sentí que estaba viendo la Biblia.

En mi imaginación guiada por el Espíritu, Jesús tomó mi mano y nos subimos sobre el libro. Era como si estuviéramos de pie sobre una superficie clara, mirando un paisaje de palabras e imágenes. Mientras mirábamos, empezamos a hundirnos. Observé cómo esto se desarrollaba en mi imaginación con la fe y la curiosidad de un niño. Luego escuché a Brad invitarnos a “imaginar la mano herida de Jesús y pedirle que la ponga sobre un lugar donde haya una herida en ti”. Inmediatamente, vi una mano con un agujero frente a mí, y la mano se cerró sobre mi corazón. Empecé a llorar, con dificultad para respirar. Durante varios minutos, sentí que Jesús realizaba una profunda sanidad en mi corazón. Aunque el ejercicio comenzó en mi imaginación, Dios intervino para llevarme a un punto de sanidad del corazón.

¿Qué ves?

A lo largo de la Biblia, Dios utiliza imágenes o escenas para comunicarse con su pueblo. Le pregunta al profeta Jeremías: “¿Qué ves tú?” (Jer 1:11-14; énfasis añadido).

Jesús le dice a Natanael: “Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te *vi*” (Jn 1:48; énfasis añadido). Mientras estaba exiliado en la isla de Patmos, Juan escribe: “Después de esto *miré*, y *vi* una puerta abierta en el cielo” (Ap 4:1; énfasis añadido).

En otro ejercicio sobre cómo escuchar la voz de Dios, nos sentamos con un compañero de oración. Mientras mirábamos a nuestro compañero, se nos invitó a ver el cajón de la cocina en el que se acumulan todas las cosas varias, lo que en mi familia llamábamos “el cajón de los trastos viejos”. Luego se nos invitó a pensar en nuestro compañero y a prestar atención a cualquier cosa que nos viniera a la mente.

Imaginé nuestro cajón de los trastos y me di cuenta de que tenía un montón de imanes de refrigerador. Nuestro nuevo refrigerador estaba hecho de un tipo de metal al que no se pegaban los imanes, por lo que faltaban los dibujos, las notas y las fotos que otras familias suelen poner en un refrigerador. Se lo conté a mi compañero de ejercicios, reflexionando sobre cómo los imanes que veía en el cajón me recordaban a las fotos de familiares o amigos en el ministerio que veía colgadas en los refrigeradores de otras personas como recordatorios para orar por ellos. Me pregunté si los imanes del cajón estarían invitando a mi compañero a entrar en un período de oración e intercesión por las personas que trabajan en el ministerio. Mi compañero me dijo que esto confirmaba lo que había estado sintiendo que Dios le decía.

Interpretando sueños

A lo largo de la Biblia, Dios se comunica con las personas a través de sueños. En el libro de Génesis, José es conocido como un soñador que también interpreta sueños. Cuando dos compañeros de prisión le piden a José que les ayude a interpretar sus sueños, él responde: “¿No pertenecen a Dios las interpretaciones? Les ruego que me lo cuenten” (Gn 40:8). Más tarde, cuando es llevado ante el Faraón, dice: “No depende de mí; Dios dará al Faraón una respuesta propicia” (Gn 41:16). En Daniel, el rey Nabucodonosor tiene un sueño, y Daniel ora y recibe la interpretación para el rey (Dn 2). En cada caso, Dios se comunica tanto a través del sueño como de la interpretación.

En el Nuevo Testamento, un ángel del Señor se aparece a José en sueños, dándole instrucciones: “no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo” (Mt 1:20). Más tarde, José es advertido en sueños de que debe ir a Egipto (Mt 2:13-15). El Espíritu Santo advierte en sueños a los Magos para “que no volvieran a Herodes” (Mt 2:12). Y cuando el Espíritu Santo es derramado sobre todas las personas en Hechos, Pedro describe la interpretación del acontecimiento como un cumplimiento de Joel (Jl 2:28-32), diciendo: “y sus hijos y sus hijas profetizarán, sus jóvenes verán visiones, y sus ancianos *soñarán sueños*” (Hch 2:17; énfasis añadido).

Varios amigos me han contado que Dios se comunica regularmente con ellos a través de sueños muy vívidos. Yo no suelo recordar mis sueños, pero a menudo recuerdo detalles que parecen tener un componente espiritual

y he llegado a creer que proceden de Dios. Sin embargo, estos detalles pueden ser muy extraños y requieren discernimiento.

Cuando empecé a trabajar en Tierra Nueva, soñé que estaba en un gran almacén vacío y vi a dos personas que venían hacia mí. No podía ver sus caras, pero oí una voz que decía: “Estas personas traen consigo dioses egipcios”. Entonces las dos personas se pararon justo frente a mí y comencé a bailar *breakdance*. (¡Ése fue un detalle aún más extraño que lo de los dioses egipcios!) De repente me encontré en una gran cocina industrial, limpiando grandes ollas. Entró un amigo y le describí la primera escena de mi sueño.

En otros sueños, he descrito la primera parte de un sueño a alguien más adelante en el mismo sueño. En todos los casos, he soñado con algo que está ocurriendo o que va a ocurrir. Así que compartí este sueño con Bob Ekblad, y una semana después, más o menos, varios de sus amigos de Francia vinieron a Tierra Nueva para dar clases sobre liberación de espíritus malignos.⁷ Bob me pidió que les contara sobre mi sueño y ellos compartieron que habían estado involucrados en la oración de liberación en Francia con personas de Egipto, que habían traído entidades demoníacas cuando emigraron a Francia. Su liberación había sido muy desordenada y todavía necesitaba limpieza (por

7 Una introducción útil y completa a este tema es *Deliverance from Evil Spirits: A Practical Manual* [Liberación de los espíritus malignos: un manual práctico], de Francis MacNutt.

lo tanto, en mi sueño, yo estaba limpiando ollas en la cocina). Una gota más en un cubo lleno de cosas extrañas.

Todavía no tengo idea de lo que significan algunos de mis sueños. Pero siempre que tenemos un sueño vívido, ya sea reciente o de hace mucho tiempo, Brad Jersak sugiere que podemos: “Volver al sueño y encontrar a Cristo allí. Pídele que te diga qué representa cada persona y cada símbolo del sueño. Pregúntale cómo le gustaría resolver el sueño y luego observa lo que hace”.⁸

Visiones

Dios también se comunica con nosotros a través de visiones, que son la pantalla de nuestra imaginación, pero eluden nuestra intervención creativa. Las visiones se parecen a los sueños en que no las creamos conscientemente, sino que ocurren cuando estamos despiertos.

En Hechos 10, Pedro está en el techo de una casa, orando y esperando a que le prepararan la comida, cuando cae en trance y ve abrirse los cielos y bajar una gran sábana llena de animales. Después de la visión, “Pedro estaba perplejo pensando en lo que significaría la visión que había visto” (Hch 10:17). Al igual que los sueños, las visiones son una comunicación inicial de Dios, que requiere discernimiento para su comprensión.

Mi encuentro original con la Casa del Corazón fue una visión que tuve mientras oraba. Las visiones me han llegado a veces en el espacio entre la vigilia y el sueño, donde he

⁸ Brad Jersak, *Can You Hear Me? Tuning in to the God Who Speaks* (Abbotsford, BC: Fresh Wind, 2003), 144.

estado semiinconsciente, casi a la deriva. En este espacio liminar, parece que estoy más abierto a recibir lo que Dios quiere comunicarme.

En 2018 formé parte de un equipo que dirigía una conferencia *Dunamis* sobre sanidad.⁹ Una noche, mientras terminaba el culto, me senté al fondo del salón porque me sentía cansado y desinteresado. Empecé a quedarme dormido y, en el espacio liminar entre el sueño y la vigilia, experimenté una visión. Alguien se me acercó y me dijo que le dolían los pies. Entonces se sentó en el suelo y otros se reunieron a su alrededor para orar.

De repente me desperté de golpe, preguntándome qué se suponía que debía hacer con esa visión.

Al frente de la sala, el pastor preguntó si alguien sentía que Dios estaba haciendo o diciendo algo para el grupo, así que me levanté, fui al frente y compartí la visión. Me pregunté si Dios querría sanar a alguien con problemas en los pies, en particular la *fascitis plantar*, un término que me vino a la mente en el momento que lo dije. Seis personas levantaron la mano, así que invité a los demás a reunirse a su alrededor para orar. Cuando nos pusimos de acuerdo en oración para que Dios obrara sanidad, cuatro personas recibieron sanidad inmediata, entre ellas una mujer que había sufrido anteriormente la rotura del tendón de Aquiles y que empezó a saltar de puntillas, algo que no había podido hacer desde la lesión.

⁹ Las conferencias Dunamis son parte del ministerio del Espíritu Santo de Presbyterian Reformed Ministries International (www.primi.org).

El contenido de una visión como esta se denomina comúnmente *palabra de conocimiento*, que procede de 1 Corintios, donde Pablo enumera los dones del Espíritu Santo (1Co 12:8). Una palabra de conocimiento es una comunicación de Dios que contiene información específica sobre una persona o una situación, abriendo la puerta para que esa persona responda en fe. En este caso, la palabra de conocimiento se refería al dolor en los pies de las personas. La guía dada por la visión en cuanto a que las personas se reunieran a su alrededor para orar por sanidad podría considerarse *palabra de sabiduría*.

Mensajeros divinos

La Biblia está llena de relatos en los que Dios se comunica con las personas a través de visitas de ángeles. Los ángeles aparecen a lo largo de todo el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, los ángeles comunican la concepción y el nacimiento de Jesús (Lc 1:8-20; 1:26-38), y ministran a Jesús después de ser tentado en el desierto (Mt 3:11). En el libro de los Hechos se producen varios encuentros con ángeles, por ejemplo, cuando liberan a los apóstoles de la cárcel (Hch 5:19-20), entregan un mensaje a Cornelio (10:1-8) y liberan a Pedro de la cárcel (12:6-11). Además, los ángeles son mensajeros habituales en el libro del Apocalipsis. Dios sigue comunicándose con las personas a través de los ángeles en la actualidad.

Hace varios años, la hija menor de unos amigos míos estaba luchando contra el cáncer y su hija mayor tuvo una visión de un ángel que entraba en la casa, llevando

un cuerno de la abundancia, y derramando algo sobre su hermana menor. En la visión, vio que el pelo de su hermana volvía a crecer rápidamente. Luego el ángel se acercó a la hermana mayor y derramó algo que sabía, como ella lo describió, “a melocotón y salsa picante”. Poco después de esta visión, su hermana se recuperó y lleva muchos años sin padecer cáncer. Compartí esta historia con mi grupo pequeño y pregunté: “¿Qué clase de ángel vierte melocotones y salsa picante?”. Mi amiga hispana se rio: “¡Un ángel mexicano!”

Otro amigo me ha contado sobre encuentros extraordinarios que ha tenido con mensajeros angélicos, que le han dado indicaciones explícitas sobre la oración y la guerra espiritual. Aunque esto ciertamente extiende los límites de lo que podemos pensar que es “normal”, no se ha salido del terreno que encontramos en la Biblia.

Sólo he tenido unos pocos encuentros con lo que sentí que eran mensajeros divinos. Pero una vez, cuando estaba llegando a un punto de agotamiento en mi trabajo con Tierra Nueva, no podía imaginarme continuar y quise renunciar. Había intentado orar y tomarme un tiempo libre, pero nada cambiaba. Durante esa temporada, empecé a visitar una sala de oración¹⁰ cerca del aeropuerto de Bellingham, Washington, para recibir oración enfocada.

En una de estas visitas, mientras me dirigía a la sala de espera para las citas de oración, pasé junto a una cruz nueva de dos metros, que estaba montada en la pared y

10 Parte de *Healing Rooms Ministries International*.

retroiluminada por una cadena de luces. Mientras la miraba, extendí la mano para tocar el travesaño de madera de la cruz y sentí paz y quietud. Permanecí allí unos minutos, sin querer abandonar aquel lugar de descanso.

Finalmente, me sentí impulsado a arrodillarme al pie de la cruz y, mientras lo hacía, tuve una visión de mí mismo arrodillado con la cara pegada al suelo y dos ángeles vinieron hacia mí. Uno me cubrió con una manta y el otro sacó algo de un frasco y me lo pasó por la boca.

Me acordé de la historia del profeta Elías, que huye para salvar su vida y sufre un ataque espiritual (1R 19:4-8). Agotado por su ministerio, pide a Dios que le quite la vida. Tras dormirse agotado bajo un enebro, es despertado por un ángel, que le dice que se levante y coma. Come la torta y bebe el agua que le ha preparado el ángel, y vuelve a dormirse. El ángel le despierta por segunda vez y le dice que coma porque el camino ha sido demasiado para él. Así que se levanta, come y bebe, y con la fuerza de esa comida caminó durante cuarenta días y cuarenta noches, hasta que llega a una cueva en la cima de una montaña, un lugar seguro donde se encuentra con Dios.

Después de recordar la historia de Elías, me levanté del suelo y me sobresalté al ver a una mujer de pie en el pasillo, observándome. “No sé qué pensarás de esto”, comenzó diciendo, “pero acabo de ver un gran ángel de pie *en* la cruz, y tú estabas arrodillado *en* el ángel”. No me sorprendió, ya que sus palabras confirmaban lo que yo había sentido, así que le di las gracias y me dirigí a la sala de espera. Después

de escribir un rato en mi diario, volví a sentarme bajo la cruz y fui lleno de una paz sobrenatural.

Cuando por fin el equipo de oración me llevó a una sala para orar por mí, me di cuenta de que mi desesperación y mi agotamiento habían desaparecido. Entonces les dije: “Tal vez puedan bendecir lo que Dios ya está haciendo”.

El autor de la carta a los Hebreos describe a los ángeles como “espíritus ministradores, enviados para servir por causa de los que heredarán la salvación” (Heb 1:14).

Por experiencia propia, sé que esto es cierto.

Una voz audible

Dios se comunica con nosotros de muchas maneras, a veces a través de una voz que oímos con nuestros oídos físicos, como si estuviéramos hablando con un amigo. Dios habla con una voz audible a lo largo de la Biblia, como cuando Dios habla a Moisés a través de la zarza ardiente (Éx 3:2-7), y Dios sigue hablándonos hoy.

He oído una voz audible hablándome en dos ocasiones. En la primera, estaba en mi primer año de universidad y asistía a la reunión semanal de mi iglesia, en la que un par de chicos muy simpáticos nos hablaron de las misiones de verano. Mi concepto de los misioneros era bastante estrecho y rígido, y estos chicos desafiaron esas ideas.

Mientras los escuchaba hablar, oí una voz que preguntaba: “Mike, ¿harías eso por mí?”. Me di la vuelta, pero no había nadie sentado detrás de mí ni cerca de mí. *¿Me estaba pidiendo Dios que fuera a un viaje misionero?* me pregunté. Este encuentro me lanzó a un viaje de fe que duró más de

un año y medio. A lo largo de ese camino, a veces me desesperaba, creyendo que le había fallado a Dios, pero esta pregunta audible me llamaba una y otra vez. Dios no me había dado una orden, pero me había hecho una pregunta. Sentí que Dios me estaba invitando a una conversación. No quería simplemente mi obediencia, sino una amistad.

Lugares de reunión

A lo largo de la Biblia, las personas se encuentran con Dios en todo tipo de lugares de reunión.¹¹ El libro del Éxodo describe cómo “Moisés acostumbraba tomar la tienda, y la levantaba fuera del campamento a buena distancia de éste, y la llamó la *tienda de reunión*. Y sucedía que todo el que buscaba al Señor salía a la tienda de reunión, que estaba fuera del campamento” (Ex 33:7; énfasis añadido). Podemos imaginarnos entrando en una tienda para reunirnos con Dios, como Moisés, o podemos imaginar otro lugar de reunión propio.

Mi Casa del Corazón, que me fue dada por el Espíritu Santo, se ha convertido para mí en un *lugar de reunión* primordial con Jesús. Uno de mis amigos suele imaginar que se encuentra con Jesús en una barca en un lago. A veces, ni él ni Jesús dicen nada. Simplemente disfrutan de estar juntos.

La práctica del *lugar de reunión* pone de relieve la manera en que Jesús es el Buen Pastor y cada una de sus ovejas puede oír su voz, independientemente de la edad, la formación teológica o la experiencia en la oración.

11 Jersak, *Can You Hear Me?*, 129–155.

Cuando empecé a reunirme con Jesús regularmente de esta manera, cené con unos amigos que me contaron que su hija de trece años se estaba preparando para pasar de la educación en casa a la escuela secundaria pública y se sentía ansiosa. Le pregunté si le gustaría escuchar lo que Jesús podría decirle sobre el cambio y me dijo que sí. Cuando le pedí que pensara en su lugar favorito para encontrarse con Jesús, se imaginó en la casa isleña de sus abuelos, y a Jesús sentado con ella en un tronco mirando el agua. Cuando se apoyaba en él, sentía mucha paz.

Después de descansar allí, la invité a preguntarle a Jesús si había otro lugar en el que quisiera reunirse con ella.

Me dijo que ahora volaba con Jesús. Mientras se adaptaba a este nuevo lugar, la invité a preguntarle a Jesús por qué volaba con ella y qué quería que viera o supiera a través de esta experiencia. Admitió que tenía miedo a las alturas y dijo que sintió que Jesús le decía: “Quiero que confíes en mí”. Esta interacción le dio una nueva confianza a medida que avanzaba en sus estudios.

Como nos anima Brad: “Si has invitado a Dios a entrar en tu vida, una Persona preciosa te está esperando allí incluso ahora. Aunque te hayas alejado de él, nunca ha abandonado su hogar en tu corazón [...] Él llama a todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír a que se acerquen, a contemplar y ser acogidos”.¹²

12 Jersak, *Can You Hear Me?*, 154.

Para concluir este capítulo, practicaremos el uso de la pantalla de nuestra imaginación para crear un *lugar de reunión* donde podamos encontrarnos con Jesús.

Activación

Las siguientes preguntas pretenden guiarte mientras tratas de imaginar tu propio lugar de reunión con Jesús. Tómate unos momentos para quietarte, agradeciendo a Dios su *presencia siempre contigo*. Al igual que con la activación del capítulo anterior, éste es un buen ejercicio para que un grupo pequeño de personas experimente con Dios y discernan juntos lo que Dios está diciendo.

*¿Dónde te sientes atraído a encontrarte con Dios?
Tómate unos momentos para imaginarte en ese lugar.
¿Qué edad tienes? ¿Qué estás haciendo?*

Ahora imagina que Dios viene a tu encuentro. ¿Cómo llega? ¿Qué aspecto tiene? ¿Viene a ti como Jesús, como un padre, como un amigo? ¿Dónde está él en tu lugar de reunión? ¿Qué hace?

¿Qué expresión tiene en la cara? ¿Qué ves en sus ojos?

¿Qué es lo primero que te dice? ¿Qué le dices tú?

Cuando termine la conversación, invítale a que te diga lo que siente por ti.

Cuando sientas que el tiempo va a concluir, pregúntale a Jesús si tiene una promesa o bendición para ti.¹³

13 Jersak, *Can You Hear Me?*, 155.



Prestando atención a Dios

*Dios desea comunicarse contigo todo el tiempo,
pero cuando te abres intencionadamente a la voz de
Dios, a menudo puedes oírla con mayor claridad.*

— JAMES MARTIN¹

Hace varios años, mi esposa asistió a una conferencia en San Antonio y yo la acompañé. Pensé que podría aprovechar el largo fin de semana para estudiar y prepararme para una clase que iba a impartir sobre la “búsqueda del tesoro”, que consiste en escuchar y seguir la guía del Espíritu Santo. Kevin Dedman describe esta práctica en su libro, *The Ultimate Treasure Hunt: A Guide to Supernatural Evangelism through Supernatural Encounters* [La búsqueda del tesoro definitiva: Una guía para la evangelización

¹ James Martin, *The Jesuit Guide to (Almost) Everything* (New York: Harper Collins Publishers, 2010), 151.

sobrenatural a través de encuentros sobrenaturales].² La búsqueda del tesoro consiste en escuchar quién está y qué hay en el corazón de Dios y luego *ir* a buscar a esa persona para compartirlo. La idea que detrás de la búsqueda del tesoro es que *todas las personas* son un tesoro de Dios, pero muchos aún no son conscientes de ello. Si bien podemos estar de acuerdo en que todos somos tesoro de Dios, no podemos interactuar con *todas* las personas, por lo que invitamos a Dios a hablarnos sobre personas específicas que Él quiere que encontremos. Luego podemos ir a buscarlas y bendecirlas con lo que Dios les está compartiendo: ¡sencillo, pero arriesgado!

Comenzamos pidiendo al Espíritu Santo pistas que nos guíen hacia la persona específica que Dios quiere revelar como su tesoro. Podríamos empezar preguntando: “Espíritu Santo, ¿me darás pistas que me lleven a las personas que quieres bendecir hoy a través de mí?” Después de pedir pistas al Espíritu Santo, escribimos algunas notas, que podríamos ordenar en cinco categorías: apariencia, ubicación, necesidades específicas, nombres y palabras proféticas.

Antes de comenzar este ejercicio, le sugiero que lea el capítulo 10, “Escuchando el corazón de Dios para los demás”, en el que destaco algunas directrices importantes sobre la mejor manera de compartir con los demás lo que Dios comparte con nosotros.

2 Kevin Dedmon. *The Ultimate Treasure Hunt: A Guide to Supernatural Evangelism through Supernatural Encounters* (Shippensburg, PA: Destiny Image, 2007).

En mi primera mañana en San Antonio, pasé un rato en silencio. Mientras oraba, pedía pistas al Espíritu Santo, anotando las cosas que me venían a la mente. Luego caminé por el barrio en dirección a una cafetería. No vi a nadie que coincidiera con las pistas que había anotado y no me esforcé por desviarme, así que pasé el día leyendo y escribiendo en la cafetería.

A la mañana siguiente, lo intenté de nuevo. Mientras oraba y escuchaba, me imaginé sentado en la cafetería, en la misma mesa que el día anterior. En la imagen, vi a un hombre de piel morena, pelo negro y camisa azul sentado a la mesa junto a mí. Pensé: “Juan”, y luego: “brazo derecho”. Así que anoté estas pistas, guardé el trozo de papel en mi mochila y me puse en marcha.

Mientras estaba sentado en la cafetería tomando mi café y escribiendo, las personas iban y venían de la mesa de al lado. Entonces levanté la vista y vi que un hombre de piel morena, pelo oscuro y camisa azul entraba y se sentaba en esa mesa. Unos instantes después, otro hombre entró para reunirse con él. El hombre se levantó y se presentó como *Juan*. Tras un breve encuentro, el segundo hombre se marchó y Juan se quedó.

Me arriesgué. “Discúlpame. ¿Te oí decir que te llamas Juan?”

“Sí”.

“Esto probablemente va a sonar extraño”, comencé a decir (mi introducción estándar), “pero estaba orando esta mañana y le pedí a Dios pistas sobre la persona a la que Él quería bendecir y, bueno, déjame mostrártelo”.

Busqué en mi mochila, saqué el papel con las pistas y se lo entregué. Lo examinó y dijo: “Pareciera que soy yo”. Le pregunté si tenía algún problema en el brazo derecho. “No”, respondió. “Es mi pie derecho. Pero es una extremidad, ¿eso cuenta?”.

Nos reímos y le dije que lo primero que Dios quería que supiera era que él era un hijo amado de Dios y que Dios estaba encantado con él. Sus hombros cayeron mientras suspiraba y decía: “Eso es realmente difícil de creer”.

“¡Yo sé!”, respondí. “Estamos programados para el desempeño en todas las relaciones. Conseguimos un trabajo por la manera en que nos hemos desempeñado en otros lugares. Mantenemos ese trabajo o conseguimos un ascenso por nuestro desempeño en él. Incluso nuestras relaciones más cercanas tienen un elemento de desempeño. Pero nuestra relación con el Padre es una relación en la que somos amados por Él antes de que hayamos hecho nada, ¡nada de desempeño!”.

Pasamos la siguiente hora y media hablando de todas las formas en que estaba luchando, incluyendo las luchas que su esposa estaba teniendo. Ella estaba enfadada con Dios desde que sufrió un aborto. El médico le había dicho que no tendría más hijos y desde entonces sufría dolores de cabeza crónicos. Después de escucharlo, le dije que un nombre muy parecido al suyo había estado en mi lista desde el día anterior, junto con *dolores de cabeza*. Me ofrecí a orar por él y por la sanidad en el corazón de su esposa hacia Dios y también en su cuerpo.

Unos meses más tarde, me envió un correo electrónico y me dijo que su esposa estaba embarazada. ¡Ambos nos sentimos muy animados!

Siendo intencionales en la oración

Me ha resultado útil prestar atención a Dios de forma intencionada, dejando espacio para escucharle a través de diversas prácticas espirituales. El autor James Martin nos ofrece una visión útil, recordándonos que “Dios desea comunicarse con [nosotros] todo el tiempo, pero cuando [nos] abrimos intencionalmente a la voz de Dios, a menudo podemos oírla con más claridad”.³

Si bien es importante cultivar ese espacio intencionalmente, podríamos sentirnos tentados a intentar que algo suceda, como si Dios estuviera a nuestra entera disposición. Ser intencional consiste más bien en prestar atención y abrir nuestros corazones para recibir lo que Dios ya está haciendo e imaginando, no en intentar que Dios haga algo.

Rich Villodas habla de esta intencionalidad en términos de *contemplación*:

Contemplar algo es fijar la atención en ello de forma curiosa y deliberada. La contemplación es lo que ocurre cuando te enamoras. Es lo que ocurre cuando se contempla una hermosa puesta de sol. Es lo que nos embarga al contemplar una obra de arte exquisita. Estamos hechos para contemplar. Pero he aquí la

3 James Martin, *The Jesuit Guide to (Almost) Everything*, 151.

cuestión: la contemplación no es realmente posible sin un prolongado sentido de la atención. Nuestro ritmo debe ralentizarse. Esto es especialmente difícil en una cultura de hojear y desplazarse.

Villodas desarrolla la idea, observando la manera en que, “la oración contemplativa no tiene que ver solo con nuestro ritmo, sino con el espacio, en particular, nuestro espacio interior. La persona que contempla no es sólo un sujeto que observa un objeto, sino un sujeto que se *encuentra* con otro Sujeto (Dios). En este acto de *contemplación* mutua, las defensas que hemos construido lentamente se derrumban a medida que abrimos nuestro “espacio interior” a la gracia y el amor de Dios”.⁴

Me encantan las imágenes en las que Dios nos encuentra y nos contemplamos mutuamente. James Martin preguntó una vez a su madre sobre lo que sucedía cuando ella oraba, y ella dijo: “Bueno, me tranquilizo. Y luego miro a Dios, y Dios me mira”.⁵

En *Guerrilla Gospel: Reading the Bible for Liberation in the Power of the Spirit* [*Evangelió de guerrilla: Leer la Biblia para liberarse en el poder del Espíritu*], mi amigo y mentor Bob Ekblad habla de seis prácticas que aprendió del libro de Habacuc para ayudarlo a buscar intencionadamente a Dios y ser encontrado por él.⁶ Estas seis prácticas incluyen:

4 Rich Villodas, Instagram post, December 13, 2021, énfasis añadido. Accedido en línea: https://www.instagram.com/p/CXbSuUQO0VD/?utm_source=ig_web_copy_link.

5 Martin, *Jesuit Guide to (Almost) Everything*, 144; énfasis añadido.

6 Véase el capítulo 6, “Revolutionary Hearing: Tuning Our Ears to Divine Intelligence,” en Bob Ekblad, *Guerrilla Gospel* (Seattle: CreateSpace Independent Platform, 2018).

aquietarse, enfocarse en Jesús, hacer preguntas (expresando quejas y peticiones), buscar una visión, sintonizarse con pensamientos e impresiones espontáneas y, por último, escribirlo todo. A continuación exploro brevemente estas seis prácticas.

Aquietarse

Como a menudo estamos distraídos y nuestras vidas están llenas de ruido, puede que no nos demos cuenta de que Dios nos habla. Esto ha sido cierto durante siglos, cuando el salmista escucha a Dios que le dice: “Estén quietos y sepan que Yo soy Dios” y observa: “En Dios solamente espera en silencio mi alma” (Sal 46:10, 62:1; énfasis añadido). Jesús nos indica que entremos en nuestro aposento (un espacio apartado para estar con Dios) y cerremos la puerta para poder estar en un lugar secreto con Dios, nuestro Padre, que nos recompensará (Mt 6:6). Una de esas recompensas es simplemente saber que Dios está con nosotros, sintamos o no su presencia. Nos abrimos a escuchar a Dios cuando intencionadamente apartamos espacio y tiempo para estar con Él.

Cultivar la quietud y el silencio suelen ser las disciplinas espirituales más difíciles, ya que no nos resultan naturales ni fáciles. Más bien, como *discípulos*, tenemos que aprender estas *disciplinas* a través de la práctica, ya que tratamos de desarrollar la memoria muscular en torno a ritmos sagrados regulares. Nuestro propósito al cultivar estas prácticas no es convencer a Dios de que haga algo a través de nuestros esfuerzos, sino crear un espacio dentro

de nosotros para recibir lo que Dios ya está haciendo, de modo que estemos preparados para notarlo.

Como mencioné en el capítulo 1, en la introducción a la oración de respiración, cuando empezamos a practicar la quietud, es inevitable que nos distraigamos. Pero cuando nos damos cuenta de que estamos distraídos, podemos simplemente reconocerlo y volver al centro de nuestra quietud. Aunque a veces tengo la sensación de que no avanzo mucho, mi esposa me recuerda que nos estamos entrenando para *volver* (o arrepentirnos) de nuestros andares por el lejano país de nuestros pensamientos y regresar al abrazo del Padre. Esta es la memoria muscular que estamos construyendo a largo plazo.

Enfocarse en Jesús

Puede que tengas una oración sencilla que te ayude a conectarte con Jesús, como: “Ayúdame, Jesús” o “Señor Jesús, ten piedad de mí”. Si bien mis intentos por enfocarme incluyen estas oraciones, también me ha ayudado dedicar tiempo a la adoración musical, la alabanza y la acción de gracias como una forma de ser más consciente del corazón de Jesús, de manera que pueda dirigir mi atención hacia el recuerdo de todo lo que él ha hecho en mi vida y darle gracias. Mediante esta práctica, mi corazón, mi mente y mi espíritu se centran más en Jesús. Como escribe el salmista: “En el glorioso esplendor de Tu majestad y en Tus obras maravillosas meditaré” (Sal 145:5).

A veces podemos orar o cantar las palabras “Engrandecemos tu Nombre”, como una manera de

expandir intencionalmente nuestra visión, pensamientos, corazones y mentes en Jesús. Me doy cuenta de que cuando hay algo negativo o estresante en mi vida, si me centro en ello, parece que se hace aún más grande. ¡Lo *engrandezco*! Pero en lugar de *engrandecer* nuestro estrés, ¡podemos tratar de *engrandecer* a Jesús!

Hacer preguntas, expresando quejas y peticiones

Cuando venimos a Jesús, no tenemos que fingir que estamos “bien” o que el mundo está “bien”, porque tenemos que ser completamente honestos con Dios sobre lo que hay en nuestros corazones, especialmente cuando estamos agobiados, luchando o afligidos. Dios ya conoce nuestros corazones, así que no debemos fingir que estamos bien en nombre de la fe. Como clama el profeta Habacuc: “¿Hasta cuándo, oh Señor, pediré ayuda, y no me escucharás?” (Hab 1:2).

Independientemente de cómo te acerques a Jesús, puedes empezar compartiendo lo que sientes en tu corazón y luego pedirle a Dios que comparta su corazón sobre la situación. Podrías orar: “Jesús, ¿qué hay en tu corazón acerca de esta persona o situación? ¿Qué quieres que sepa?” Hablando con el profeta Isaías, el Señor describe a un pueblo que “se acerca a mí con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; el temor que de mí tiene no es más que un mandamiento humano, que le ha sido enseñado” (Is. 29:13). Dios no quiere que nuestra alabanza sean palabras desconectadas de nuestro corazón.

Buscar una visión

Al enfocarnos en Jesús y dar voz a nuestras quejas y preguntas, es importante fijarnos en cualquier cosa que nos llame la atención. ¿Qué pensamientos surgen en nosotros? ¿Qué parece curioso? Como dice el profeta Habacuc: “*Velaré para ver lo que Él me dice*” (Hab 2:1-2). ¿Qué *ves* que te *dice* Dios?

Durante su exilio, como aspirante a libertador, Moisés trabaja como peón de campo para sus suegros durante cuarenta años. Mientras cuida ovejas, Moisés *ve* arder una zarza que no se consume (Éxodo 3). Cuando se aparta y *ve* lo que sucede, tiene un encuentro con Dios, que le habla y le hace un llamado que cambia el curso de la historia de Israel.

El profeta Jeremías declara que la palabra del Señor vino a él y le hizo dos veces la misma pregunta: “¿Qué ves tú, Jeremías?” (Jer 1:11, 13). Después de la primera pregunta, Jeremías ve una vara de almendro, posiblemente con sus ojos físicos. Luego el Señor le dice: “Bien has visto [...] porque Yo *velo* sobre mi palabra para cumplirla” (1:12). Nótese que en hebreo, la palabra “almendro” es muy parecida a la palabra “velar”. Después de la segunda pregunta, Jeremías ve una olla hirviendo que se inclina hacia él desde el norte. No sabemos si se trata de una visión natural o sobrenatural, pero Dios declara que el desastre vendrá del norte (1:14-16).

Nuestra invitación es a seguir *mirando* para *ver* lo que Dios nos *dirá* en nuestro tiempo y en nuestras situaciones particulares.

Mientras escribía este libro, sentí que Jesús me llamaba a una nueva etapa.

Mientras esperaba en silencio durante esta temporada de transición, Dios me *mostró* las camas de jardín elevadas que yo había plantado en el callejón detrás de nuestra casa, llenas de cebollas, col rizada, lechuga, rúcula, guisantes, tomates, papas, pepinos y calabacines. Mientras miraba para *ver* qué *diría* Dios de esta imagen, reflexioné sobre el exceso de celo con el que planto cada año. Las semillas y los brotes son tan pequeños que parece que no ocupan espacio cuando los planto por primera vez, y siembro demasiados para que las camas parezcan llenas, pero ahora las camas están desbordadas, y las plantas se apiñan unas a otras, y algunas están ahogadas y son menos fructíferas.

Mientras seguía mirando para ver qué diría Dios, sentí que Dios me invitaba a no ser demasiado celoso en mi plantación en esta nueva temporada. Reconocí mi tentación de decir “sí” a demasiadas cosas para parecer y sentirme productivo, y sentí que Dios me invitaba a esperar su guía sobre qué y cuándo plantar, prestando cuidadosa atención a cómo está creciendo cada pequeña planta y qué tipo de espacio requiere antes de plantar cualquier otra cosa.

Sintonizarse con pensamientos e impresiones espontáneas

Cuando prestamos atención a Dios, es importante fijarse en las imágenes, figuras o palabras que nos vienen a la mente. Si descartamos lo primero que nos viene a la mente porque parece demasiado sencillo (como, *Jesús te ama*), es

posible que no escuchemos la palabra concreta que Dios quiere revelar a nuestros corazones.

Por poner otro ejemplo, si resulta que estás mirando fijamente el hombro de alguien, puede que Dios esté intentando llamar tu atención porque quiere que ores por esa persona. O si te sientes intranquilo por una decisión que has tomado, puede que Dios te esté sugiriendo que lo reconsideres. Dondequiera que nos lleven nuestros pensamientos, es importante pedir a Dios más información sobre la manera en que nos está guiando.

Una noche, mientras iba por mi vecindario en una caminata de oración silenciosa, me vino a la mente el nombre de una amiga y sentí una oleada de ansiedad que no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo en mi vida. Presté atención a aquello y empecé a orar para que mi amiga estuviera “arraigada y cimentada en el amor del Padre”, especialmente en torno a cualquier ansiedad. Después de mi caminata, envié un mensaje a mi amiga, quien respondió que había estado experimentando una sensación de pánico en torno a un posible problema de salud y me dio las gracias por enviar el mensaje, ya que la hizo sentir que estaba en el radar de Dios.

Escribirlo

Llevar un diario puede ayudarnos a crecer en escuchar y reconocer la voz de Jesús, el Buen Pastor. Después de dedicar tiempo a mirar y escuchar, podemos tomarnos un momento para escribir lo que “vemos” u “oímos”. Mi diario es un lugar de lucha, de mayor conversación y de

discernimiento. También es un lugar de aliento, porque al repasar el registro de mis experiencias en las que Dios habló, crece mi expectativa de que Dios continuará hablando en mi vida. Como dice el Señor al profeta Habacuc: “*Escribe la visión y grábala en tablas, para que corra el que la lea. Porque es aún visión para el tiempo señalado; se apresura hacia el fin, no defraudará. Aunque tarde, espérala; porque ciertamente vendrá, no tardará*” (Hab. 2:2–3, énfasis añadido). Hablaré más sobre llevar un diario de reflexión en la próxima sección sobre escuchar a Dios en las Escrituras.

Oír a Dios por medio de las Escrituras

Dios nos promete que se comunicará con nosotros cuando escuchemos intencionadamente lo que Él nos dice en la Biblia. Las tres prácticas siguientes han facilitado mi capacidad de escuchar a Dios en las Escrituras.

Llevar un diario

En primer lugar, podemos escuchar a Dios a través de las Escrituras escribiendo un diario sobre lo que estamos leyendo. Mientras leemos, podemos invitar al Espíritu Santo a interactuar con nosotros orando: “Espíritu Santo, haz de esta palabra tu palabra viva. Necesito escucharte hoy”.

Mientras leemos, también podemos hacerle preguntas a Dios y darle gracias y alabanza. Podemos escribir un diario sobre lo que nos molesta de los pasajes que estamos leyendo, lo que nos confunde o las cosas con las que tenemos dificultades en el texto. Presta atención a lo que surge

en ti mientras te expresas. Imagina que mantienes una conversación con Jesús y pregúntale qué quiere que *veas* y *oigas* mientras lees.

Una vez, cuando estaba leyendo la historia del paralítico en Marcos 2:1-12, le escribí a Jesús en mi diario: “Sabes que me encanta este pasaje. He dirigido estudios bíblicos y he predicado sobre él. Ya sé lo que pienso de este pasaje. ¿Qué quieres que sepa que me está haciendo falta?”

Inmediatamente tuve el pensamiento: “Me han llamado blasfemo”. Esto me detuvo en seco. Jesús había hecho algo asombroso al sanar al paralítico, pero sus enseñanzas y acciones estaban fuera de las prácticas religiosas aceptadas, y por eso los líderes religiosos lo *cancelaron*. Mientras Jesús me revelaba esto en mi diario, me di cuenta de mis propias cajas religiosas. Al pensar en mis propios juicios sobre quién estaba “dentro” o “fuera”, me di cuenta de que yo también podría haber llamado blasfemo a Jesús.

Contemplación imaginativa

Una segunda manera de abordar las Escrituras intencionadamente es leer un texto en oración y con imaginación. Mi supervisor de dirección espiritual es un antiguo jesuita, y encuentro útil su visión sobre el enfoque evangélico común de la Escritura: “Los evangélicos estudian la Palabra para *aprender sobre Dios*. Pero la Escritura debe ser *experimentada* para que podamos *encontrarnos* con Dios”.

Ignacio de Loyola, fundador del movimiento jesuita, describió estos encuentros experienciales como *contemplación imaginativa*. Instruía a sus discípulos a visualizar

los textos del evangelio de ese modo. En el Reino Unido, el ministerio jesuita “Pray-As-You-Go” (Ora sobre la marcha) ofrece encuentros guiados grabados en un puñado de historias del evangelio, explicando que “la contemplación imaginativa es una manera de conocer e incluso encontrar a Cristo en los Evangelios. El objetivo final es el encuentro personal con Él. Tómate tu tiempo con este tipo de oración. Dios no tiene prisa. Ahora puedes orar sobre la marcha. Ora sobre la marcha.”⁷

Lorie Martin describe un enfoque similar en su libro *Invited: Simple Prayer Exercises for Solitude and Community* [*Invitados: Ejercicios sencillos de oración para la soledad y la comunidad*].⁸ Nos invita a leer un texto y convertirlo en un lugar de encuentro con Jesús. Mientras leemos, nos anima a prestar atención a los personajes y a preguntarnos con quién nos identificamos más en ese momento y por qué conectamos con ese personaje en particular.

Luego nos invita a leer el pasaje por segunda vez e imaginarlo desde la perspectiva de ese personaje, reflexionando sobre lo que surge en nosotros al identificarnos con él y cómo sus experiencias se relacionan con nuestra propia vida.

Finalmente, nos invita a leer el pasaje una tercera vez y a reflexionar sobre dónde sentimos a Dios en esta historia. ¿Cómo se siente Dios hacia nosotros? ¿Cómo nos sentimos nosotros? ¿Qué quiere Dios decirnos, mostrarnos o

7 “Imaginative Contemplation,” *pray-as-you-go*, Jesuits in Britain, May 2022. Accedido en línea: <https://pray-as-you-go.org/article/imaginative-contemplation-exercises>.

8 Lorie Martin, *Invited: Simple Prayer Exercises for Solitude and Community* (Abbotsford, BC: Fresh Wind Press, 2011).

dar a conocer a nuestro corazón? Al compartir nuestro corazón con Dios, ¿cómo responde Dios? Concluye animándonos a descansar en Dios y a recibir todo lo que Él tiene para nosotros, y luego dar gracias.

Lectio Divina

Una tercera forma en que podemos relacionarnos con las Escrituras es a través de la antigua práctica de la *Lectio Divina*, que consiste en leer lentamente un pasaje breve varias veces y escuchar lo que el Espíritu nos dice. Se ha escrito mucho sobre esta práctica, pero a mí me ha resultado especialmente útil el esquema de Ruth Haley Barton.⁹

Prepárate: Comienza tomándote un momento para aquietarte y estar plenamente consciente de la presencia de Dios contigo. Expresa tu disposición de escuchar a Dios. Afirma que vive en ti y que siempre está contigo. Dedicar un tiempo a dar gracias como forma de sintonizar tu corazón para escuchar su voz.

Lee y oye: Mientras lees el pasaje elegido, lee despacio, haciendo pausas entre frases y oraciones, prestando atención a una palabra o frase que se destaque y parezca dirigida a ti. Concédete un momento de silencio, repitiendo la palabra o frase. No la juzgues ni la analices.

9 Ruth Haley Barton, *Sacred Rhythms* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2006), 56-61. En español, véase: Haley Barton, Ruth, *Momentos sagrados: alineando nuestra vida para una verdadera transformación espiritual* (Miami, Florida: Vida, 2008).

Reflexiona: Mientras lees el pasaje por segunda vez, pregúntate: “¿Qué parte de mi vida necesita ahora mismo escuchar esta palabra?”. Deja varios momentos de silencio para reflexionar y explorar pensamientos, imágenes e impresiones sensoriales.

Responde: Lee el pasaje una tercera vez, sintiendo cómo respondes a lo que oyes. Entra en conversación con Dios, hablando de lo que surge en ti. Derrama tu corazón con total sinceridad.

Invita: Mientras lees el pasaje por última vez, invita a Dios a responder a lo que has compartido. Pregúntale al Espíritu Santo: “¿Cuál es la invitación que me haces con esta palabra?”. Continúa escuchando esta invitación a lo largo del día, invitando al Espíritu a que te lleve a profundizar en ella.

Hace unos meses, mientras me preparaba para entrar en esta nueva temporada, me sentí atraído hacia la *Lectio Divina* y le pedí a Jesús que me guiara hacia un pasaje. Inmediatamente pensé en Juan 3, pero me resistí porque ya conocía ese pasaje (¡como si ya supiera todo lo que se puede saber!). Quería leer algo nuevo, pero sólo oía silencio, así que confié en que Jesús tenía algo que decirme a partir de Juan 3.

Elegí los versículos del 5 al 9 y los leí despacio. Luego volví a leerlos. La frase que más me llamó la atención fue: “Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido

del Espíritu, espíritu es” (Jn 3:6). Estaba al comienzo de una nueva temporada de trabajo, empezando de cero, y me sentía ansioso por ponerme a trabajar y parecer productivo. Mientras leía este versículo por tercera vez, hablé con Jesús sobre mi ansiedad y sentí que me decía que mi deseo de estar ocupado nacía de mi carne y no produciría el fruto del Espíritu. Mientras me detenía con este pasaje, confesé mi tentación de parecer productivo y agradecí a Jesús su paciencia y su deseo de ver fruto nacido del Espíritu a través de mi trabajo. Le pedí gracia para esperar su guía.

Mientras practicamos escuchar el corazón de Dios a través de las Escrituras, tenemos que darnos permiso para “equivocarnos”, porque todavía somos *aprendices*, por lo que no siempre escucharemos “perfectamente”. Como señalé en los primeros capítulos, nuestros corazones pueden matizar lo que creemos oír: a veces podemos oír el corazón de Dios, a veces podemos oír reflejos de nuestro propio quebrantamiento, y a veces podemos oír voces de nuestra cultura y de otras fuentes. Pero cuando *escribimos* lo que oímos, podemos volver a ello más tarde para discernir lo que viene de Dios y lo que viene de nuestro quebrantamiento o de nuestra cultura.¹⁰ ¡Concédete mucha gracia y confía en que Dios quiere compartir su corazón contigo!

10 Para más información sobre esto, véase el capítulo 11, “Discerniendo el corazón de Dios”.

Activación

Este capítulo está lleno de varias activaciones que pueden ayudarte a ser más intencional a la hora de escuchar el corazón de Dios. Antes de pasar al siguiente capítulo, te invito a que realices al menos una nueva práctica de este capítulo y veas cómo Dios te habla. ¡Acuérdate de escribirlo! Aunque la *Lectio* y la contemplación imaginativa se pueden hacer por tu cuenta, son prácticas estupendas para hacer en grupo.



Escuchando el corazón de Dios en favor de los demás *Colaboración y profecía*

*“Todo creyente es capaz de profetizar a
un nivel inspirador, porque todos hemos
sido llenos del Espíritu de Dios.”*

— GRAHAM COOKE, *PROPHECY & RESPONSIBILITY*

Hace varios años, mi esposa y yo estábamos en la boda de unos amigos que se conocieron en sus años maduros en la vida, y terminamos sentados junto a una amiga que yo había conocido en la universidad pero que no había visto en muchos años. Sabía que había estado involucrada en el ministerio cristiano, pero que luego se había alejado de él, así como de su relación con Dios.

Mientras estábamos sentados juntos, invité a Jesús a que me mostrara su corazón por ella, e inmediatamente tuve el pensamiento: “Dile que la amo tal como es”.

Me resistí porque me preocupaba que si se había distanciado de Dios, desestimaría una simple declaración como “Jesús te ama”. Así que le pedí a Jesús algo más. “¡Dame algo que yo no podría saber para que ella sepa que viene de ti!” Esperaba que “los secretos de su corazón quedaran al descubierto, y [ella] se postrara y adorara a Dios, declarando que en verdad Dios está entre [nosotros]” (1Co 14:25).

Pero obtuve un silencio rotundo por parte de Jesús y por eso no le dije nada a mi amiga de la universidad.

Más tarde, en la recepción, estábamos sentados en la misma mesa y después de que todos los demás se levantaran para ir a por comida, quedamos sentados juntos a solas. Pensé en la palabra de Jesús para ella y la miré.

“¿Qué?, preguntó.

Le confesé que durante la ceremonia le había preguntado a Jesús qué tenía en el corazón para ella.

“¿Ah, sí?”, dijo con sarcasmo. “¿Y qué dijo?”

“Dijo: ‘Dile que la amo tal como es’.

Sus ojos se pusieron muy grandes y entonces se abalanzó sobre mí y me abrazó. En un susurro desesperado, me dijo: “¡No sabes cuánto necesitaba oír eso!”

Ella tenía razón. Yo no tenía ni idea. Había pensado que tenía que decir algo más llamativo y específico que atravesara su corazón, pero Jesús sabía exactamente lo que ella necesitaba oír.

De vez en cuando, Dios sigue trayendo a mi corazón el nombre de esta amiga de la nada, y por eso oro por ella. Si tengo algo en particular por lo que debo orar, le envío un mensaje, y ella me responde que el contenido del corazón de Dios fueron muy específicos e importantes.

Cuando tratamos de escuchar el corazón de Dios *para con los demás*, nos adentramos en lo que la Biblia llama *profecía*. En este capítulo, me enfocaré en la profecía personal o inspiradora, que consiste en compartir el corazón de Dios hacia una persona. Pablo describe esto como el *don* de profecía (1Co 12:8–11; 14:1–25), que es distinto de la *función* o *llamado* de un profeta (1Co 12:29; Ef 4:11).

Sea cual sea tu experiencia con la profecía personal, que algunas personas describen como una “palabra del Señor”, se trata de *oír el corazón de Dios para con los demás*. Podemos oír lo que Dios nos dice hacia los demás de la misma manera que podemos oírlo para con nosotros mismos.

Al ejercer el don de profecía, Dios nos invita a asociarnos con él en la búsqueda de sus ovejas perdidas, proclamando su corazón de amor cuando trata de rescatar a las personas del dominio de las tinieblas, proclamar las buenas nuevas a los pobres y liberar a los cautivos. A nuestro alrededor, las personas están desesperadas por escuchar al Jesús vivo, por saber que son vistas, conocidas y amadas. Cuanto más he buscado escuchar el corazón de Dios para mí y acercarme a él, más ha compartido su corazón por las personas que sufren a mi alrededor.

El amor y el poder que brotan del corazón de Dios no son simplemente para nuestro propio deleite y estímulo

personal, porque Dios quiere sacarnos de nosotros mismos para que amemos a nuestro prójimo así como nosotros mismos somos amados. Como dice Jesús: “lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente” (Mt 10:8, NVI). La intención de Dios siempre ha sido llenarnos de su Espíritu y enviarnos hasta los confines de la tierra *en favor de los demás*. Como he oído decir al pastor Bill Johnson, de la iglesia Bethel de Redding, California: “El Espíritu Santo está *en mí* por mi bien, pero *sobre mí* por el de ustedes”.

En la profecía, estamos hablando de que el Espíritu Santo se derrama *sobre* nosotros *por* el bien de los demás. Como dijo Jesús: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, como ha dicho la Escritura: ‘De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva’. Pero Él decía esto del Espíritu, que los que habían creído en Él habían de recibir” (Jn 7:37-39). El Espíritu Santo es una corriente de agua viva que debe brotar *de nosotros* y fluir *hacia* los demás.

Consideremos la declaración de misión de Jesús:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para proclamar el año agradable del Señor.
(Lc 4:18-19)

Las Escrituras dicen que el Espíritu estaba *sobre* Jesús y le dio poder para hablar y actuar de tal manera que liberó

a los cautivos, sanó a los ciegos y puso en libertad a los oprimidos. El Espíritu Santo empoderó a Jesús durante todo su ministerio terrenal y luego Jesús lo transmitió a todos sus seguidores, diciendo: “Como me ha enviado el Padre, así también yo los envío” (Jn 20:21).

Tenemos la misma misión que Jesús (aparte de morir en la cruz para vencer al pecado, a la muerte y al diablo), y el mismo Espíritu que estaba *sobre* Jesús nos capacita para hacer las mismas obras que él hizo. Porque como proclama Jesús:

De cierto, de cierto les digo que el que cree en mí, él también hará las obras que yo hago. Y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre. (Jn 14:12)

Estamos destinados a actuar desde el mismo lugar que Jesús, plenamente rendidos al Padre, plenamente empoderados por el Espíritu Santo, plenamente comprometidos en traer el reino de Dios a la tierra como lo es en el cielo. Cuando colaboramos con Dios, se proclamarán las *buenas nuevas* a los quebrantados, a los hambrientos, a los cautivos, a los ciegos y a los oprimidos. Una de las maneras en que podemos proclamar esta buena nueva es escuchando el corazón de Dios en favor de los demás y luego *compartirlo*. ¡Esto es profecía!

Todos juegan

Creo que a menudo nos descalificamos a nosotros mismos para colaborar con Dios porque pensamos que el

ministerio es algo que los cristianos “profesionales” hacen al frente durante un servicio de la iglesia los domingos. Esta separación entre el “ministerio eclesiástico” y los llamados no eclesiásticos en el lugar de trabajo no es bíblica, porque Dios está obrando constantemente en el mundo de muchas maneras diversas, no sólo a través de ministerios y eventos aprobados por la iglesia que se celebran en edificios eclesiásticos.

Covid nos ha revelado a todos que la iglesia no es un edificio ni lo que ocurre en él. Más bien, *nosotros* somos la iglesia, y *todos* estamos invitados a participar en el ministerio de Dios, estemos donde estemos. Somos templos del Espíritu Santo y el mismo Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos sigue viviendo en nosotros. Ese Espíritu quiere fluir como un río a través de nosotros hacia las personas hambrientas y sedientas con las que nos relacionamos a diario, estemos donde estemos. La iglesia post-Covid es una iglesia sin paredes.

A lo largo del Antiguo Testamento, Dios suscitó líderes que desempeñaron diversos aspectos del “ministerio” para el pueblo: jueces, profetas, sacerdotes y reyes. Aquellos que fueron empoderados (o ungidos) por el Espíritu estaban llamados a comunicar el corazón de Dios al pueblo y a guiarlo según los caminos de Dios. Sin embargo, si nos limitamos a estos ejemplos del Antiguo Testamento sobre la obra del Espíritu Santo, es posible que nos descalifiquemos rápidamente a nosotros mismos, asumiendo que tenemos que desempeñar ciertas funciones en la iglesia, o

vivir una buena vida, o alcanzar un cierto nivel de madurez con el fin de ser empoderados por el Espíritu.

Sin embargo, Dios promete al profeta Joel: “Derramaré mi Espíritu sobre toda *carne*; y sus hijos y sus hijas profetizarán, sus ancianos soñarán sueños, sus jóvenes verán visiones. Y aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en esos días” (Jl 2:28–29; énfasis añadido).

Esta profecía se cumplió en Hechos 2 cuando el Espíritu es derramado sobre *todos* los que estaban reunidos para la fiesta de Pentecostés (Hch 2:3-4). En el Antiguo Testamento, líderes *particulares* fueron elegidos por Dios para ser empoderados por el Espíritu, pero ahora se nos invita a formar parte de un “Todos juegan”.¹ *Todos* estamos invitados a escuchar al Espíritu Santo y a recibir el corazón de Dios en favor de los demás, no sólo los líderes, los iniciados, los creyentes maduros o los que ya han limpiado sus vidas. De hecho, Dios dice al profeta Joel que su Espíritu se derramará sobre *toda* carne, lo que incluye a los siervos, junto con los que no tienen voz y *todos* los que han sido excluidos y marginados por los sistemas y estructuras políticas, culturales y religiosas.

Durante un retiro de otoño para el personal del ministerio de Tierra Nueva, participamos en una lectura reflexiva de las Escrituras (*Lectio Divina*) y luego nos sentamos juntos en silencio. Después de varios minutos, el director de nuestra Capellanía de Migrantes compartió que Dios

1 “Todos juegan” es una referencia al juego de dibujo *Pictionary*, en el que *todos* los “dibujantes” dibujan una palabra simultáneamente a sus respectivos equipos al inicio del cronómetro.

le había dado una referencia de las Escrituras esa mañana mientras conducía hacia el retiro. No estaba seguro del contenido del pasaje, pero el versículo que escuchó era Joel 2:29. Lo buscamos: “Y aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en esos días”.

A través de este versículo, Dios puso de relieve su corazón para derramar su Espíritu *sobre las siervas y los siervos*: los marginados, los que no tienen derechos, ni voz, ni lugar ni valor en la sociedad, a los que a menudo se considera desechables. En el contexto de nuestro ministerio, identificamos a estas personas como reclusos, adictos, miembros de pandillas, indigentes, prostitutas, trabajadores migrantes, pueblos indígenas, indocumentados y refugiados. Sobre estas personas desheredadas y marginadas, Dios derrama su Espíritu. ¡*TODOS JUEGAN!*

Un domingo de Pentecostés, conocí a una mujer llamada Lorinda en el jardín que hay detrás de nuestro edificio ministerial. Lorinda había llegado a nuestra iglesia a través de New Earth Recovery, una casa de recuperación local, después de sufrir una larga jornada de adicción y recuperación, recaída y volverse a recuperar. Ella había pasado tres años viviendo en una casa de drogas, y mientras vivía en la casa de recuperación, escuchó a su nuera, Jessica, hablar de Jesús y entonar cantos de adoración. Lorinda sabía que aquello había sido un cambio radical para Jessica, cuya vida había sido transformada dramáticamente. Con el tiempo, Lorinda fue a la iglesia con Jessica, recibió a Jesús en su vida y fue bautizada en el río local.

Aquel domingo de mayo, mientras hablábamos de lo que significaba para los discípulos de Hechos estar llenos del Espíritu y “hablar en lenguas” (Hechos 2:4), le conté algunas historias sobre cómo había visto al Espíritu Santo usar este don y le pregunté si ella había tenido alguna experiencia al respecto.

“No,” respondió ella.

“¿Te gustaría?” le pregunté.

“¡Sí!” respondió entusiasmada.

Oramos y el río del Espíritu Santo comenzó a fluir de ella con este don. Estaba tan emocionada cuando empezó a orar por personas y situaciones con este lenguaje inspirado por el Espíritu, especialmente cuando su mente no sabía qué orar o se quedaba sin palabras. A medida que ha continuado ejercitando este don, Dios ha puesto su corazón en favor de los demás en el corazón de ella, y al compartir esas palabras con otras personas, ¡se ha convertido en una colaboradora de Dios!

La fe implica R-I-E-S-G-O

La idea de asociarse con el Espíritu Santo para compartir el corazón de Dios en favor de los demás puede sonar arriesgada, ¡y lo es! Cada vez que hablamos de lo que Dios podría estar diciendo, estamos corriendo un riesgo, porque no queremos tergiversar a Dios (señal de humildad) y no queremos equivocarnos (reflejo de nuestro orgullo).

La mayoría de las veces, cuando invito a Dios a compartir su corazón conmigo, recibo una palabra o una frase para personas con las que tengo algún nivel de relación. O,

a veces, alguien a quien no conozco se acerca a mí durante la oración y expresa su deseo de escuchar a Dios. Cuando alguien se me acerca para recibir oración, siento más libertad para compartir y aun así quiero ser cuidadoso. Así que suelo comenzar diciendo: “Mientras oro, me viene este pensamiento...”. Luego, después de compartir lo que he oído, pregunto: “¿Significa algo para ti?”

Cuando presto atención a un nombre que Dios pone sobre mí, a menudo oro: “Padre, llévalos más profundamente en tu amor”. A veces, siento que esta oración es suficiente. Pero otras veces, un pensamiento posterior me lleva a orar en una dirección en particular.

Cuando siento algo en particular, a menudo envío un mensaje, haciendo saber a la persona que el Espíritu Santo “puso” su nombre sobre mí y comparto la oración específica que me vino a la mente. Un amigo respondió diciendo: “Realmente no sé qué pensar acerca de esos impulsos, pero acabo de recibir la primera oración genuina que necesitaba para empezar a enfrentar algunos temores realmente grandes —para salir de la negación— en mucho tiempo. Gracias por seguir estos impulsos, son un salvavidas para mí en momentos esenciales”.

Aunque enviar estos mensajes siempre parece arriesgado, es a la vez humilde y emocionante asociarse con Dios para alentar a alguien y experimentar al Espíritu Santo como una corriente de agua *viva* que se derrama sobre alguien que tiene sed.

¡Compartir con personas que no conocemos es aún más arriesgado! Sin embargo, estamos rodeados todo el día de

personas que tal vez no tengan a nadie que escuche el corazón de Dios en su nombre. ¿Cómo van a saber lo que Dios tiene en su corazón para ellos si no nos tomamos el tiempo de escucharlos y si no estamos dispuestos a arriesgarnos a compartir lo que escuchamos del corazón de Dios?

Por poner un ejemplo de compartir con un desconocido, hace varios años fui al dentista a hacerme una limpieza dental. Mientras me recostaba en la silla, le pregunté a Dios qué había en su corazón para la higienista dental. El pensamiento que me vino fue: “Ella no es su madre”.

Me quedé allí sentado, dándole vueltas, preguntándome qué se suponía que debía hacer con esa palabra. Sabía que no podía descartarla, porque nunca se me habría ocurrido a mí por mi cuenta, pero tenía miedo de arriesgarme a decir algo. Cuando la higienista terminó mi limpieza, tuvimos que esperar a que viniera el dentista a revisarme los dientes, y empecé diciéndole: “Probablemente esto le va a sonar muy raro, pero soy cristiano, y mientras me limpiaba los dientes, le pregunté a Dios qué tenía en su corazón para usted, y el pensamiento que me vino fue: ‘Ella no es su madre’. ¿Significa eso algo para ti?”

Se quedó pensativa y luego dijo: “No, la verdad es que no. Me dicen que me parezco mucho a mi mamá y creo que eso es bueno”.

Intento fallido. El dentista entró y la conversación terminó.

Seis meses después, volví a la consulta para otra limpieza. Estaba en una sala diferente, pero tenía la misma higienista. Mientras me recostaba, le pregunté a Jesús qué

tenía en el corazón para ella y el pensamiento que me vino fue: “Ella no es su madre”.

Intenté señalar que el Espíritu se había equivocado seis meses antes, pero Dios no cedió. “Ella no es su madre”.

La higienista terminó de hacer la limpieza y sintiéndome tonto le dije: “No sé si te acuerdas de mí, pero hace seis meses...”.

“Oh, sí, te recuerdo”, respondió.

“¿Significa algo ahora la frase ‘Ella no es su madre?’”.

“No, la verdad es que no”.

“¡Pero por favor, Jesús!” pensé.

En aquel incómodo silencio, miré alrededor de la habitación y noté varias fotografías de un niño colgadas en los gabinetes. “Esas son fotos geniales”, dije. “¿Es ese tu hijo?”.

“Sí”, sonrió. Hizo una pausa y bajó su mirada.

“Sabes, mi mamá no era muy buena mamá. No estaba muy presente y pasaba mucho tiempo en el trabajo”.

Me aventuré a decir: “¿Te preocupa que, por ser una madre trabajadora y no estar tanto tiempo como te gustaría, no seas una buena madre? Creo que Jesús quiere que lo sepas: ‘Tú no eres tu madre’. Eres una buena mamá”.

Le salieron lágrimas y, varias semanas después, recibí la única nota de agradecimiento que he recibido de una higienista dental.

Pautas para compartir el corazón de Dios con los demás

Ahora que hemos hablado del riesgo que implica compartir el corazón de Dios con las personas, es importante

hablar de *cómo* compartimos lo que está en el corazón de Dios. Dios nos ha dado una guía útil en las Escrituras.

Dios es amor

Mientras aprendía más sobre los dones del Espíritu Santo con un grupo de personas, leímos la primera carta de Pablo a los cristianos de Corinto. El capítulo 12 habla de las formas sobrenaturales en que el Espíritu Santo empodera a la iglesia y también aborda los problemas que la comunidad de Corinto encontró debido a su pecado y quebrantamiento. Luego, el capítulo 14 habla de algunos dones más controvertidos, como la profecía y las lenguas, y de cómo deben funcionar de manera saludable en cualquier reunión del pueblo de Dios.

El capítulo 13, que yo solía considerar el “capítulo de las bodas” de la Biblia, se sitúa justo entre estos capítulos sobre los dones del Espíritu en la iglesia. Pero en lugar de ser un desvío de las cosas sobrenaturales, 1 Corintios 13 destaca el amor como el fundamento de nuestra asociación con el Espíritu Santo:

Si tengo profecía y entiendo todos los misterioso y todo conocimiento; y si tengo toda la fe de tal manera que traslade los montes *pero no tengo amor*, nada soy. (1Co 13:2; énfasis añadido).

Pablo dice que si el amor de Dios por los demás no es la fuente de nuestra profecía o de cualquier otro don, no somos *nada* y sería mejor que *no dijéramos nada*. De hecho,

dice que si el amor de Dios no es la fuente de nuestra comunicación, sólo estamos haciendo mucho ruido: “Si yo hablara en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, he llegado a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe” (1Co 13:1).

Es más, continúa diciendo que el amor de Dios no guarda registro de las injusticias (13:6). Y el amor de Dios no es ni orgulloso, como cuando decimos “vean lo que Dios dice a través de mí”, ni envidioso, como cuando nos esforzamos por obtener una palabra de Dios para validarnos en comparación con los demás (13:4). Además, el amor de Dios, como nos dice Jesús, debe extenderse incluso a nuestros enemigos (Mt 5:44).

Graham Cooke, una voz profética carismática en los Estados Unidos, destaca la necesidad del amor como nuestro fundamento: “Para liberar adecuadamente el don profético en nuestras vidas, debemos permanecer en el amor de Dios. Tenemos que aprender a ver a las personas como Dios las ve. Luego tenemos que aprender a hablarles de la manera en que Dios les hablaría”.²

El amor es nuestra guía principal. El corazón de Dios está lleno de un amor incontenible e incondicional por el pecador, el débil, el enemigo (Ro 5:6–10). El amor de Dios recorre el camino para recogernos en sus brazos acogedores como el padre del hijo pródigo, una y otra vez. El amor de Dios no condena y nunca está contra nosotros, sino siempre a *nuestro favor*. ¿Está fluyendo este amor a través

2 Graham Cooke, *Approaching the Heart of Prophecy* (Vacaville, CA: Brilliant Books, 2009), 9.

de nosotros mientras escuchamos? ¿Nos alimentamos de este amor antes de hablar? ¿Qué ocurre en nuestros corazones cuando intentamos compartir el corazón de Dios con los demás? A veces, puede que tengamos que permanecer en silencio, porque sin amor, cualquier palabra que compartamos sólo hará mucho ruido.

Dios edifica, exhorta y consuela

Como escribe Pablo en 1 Corintios 14:3: “Pero el que profetiza habla a los hombres para *edificación, exhortación y consolación*” (énfasis añadido). Estos tres pilares deben guiarnos cuando tratamos de compartir el corazón de Dios con los demás. Podríamos preguntarnos: *¿Lo que comparto edificará a esta persona (la fortalecerá)? ¿La exhortará (animará)? ¿La consolará?* A veces puede que sólo veamos una imagen o tengamos una sensación sobre algo en lugar de recibir palabras específicas. Pero incluso si lo que oímos no está muy claro, estas preguntas pueden guiarnos.

Cuando recibimos información específica sobre lo que ocurre en la vida de una persona, se denomina *palabra de conocimiento* (cf. 1Co 12:8). Si recibimos información negativa, como algo con lo que la persona está luchando, Graham Cooke nos da una orientación importante: “Nunca des lo primero que recibas; no tengas prisa por profetizar [...] Podemos dialogar con Dios. ‘Gracias, Padre. Ahora, a la luz de *esto*, ¿qué es lo que Tú quieres decirle?’”.³

3 Cooke, *Approaching the Heart of Prophecy*, 33; énfasis añadido.

Aunque Dios puede, a veces, dar una palabra desafian-
te, una corrección o una fuerte convicción, lo que com-
partamos debe edificar, exhortar (animar) y consolar a la
persona. Si sientes que Dios te está dando algo que no va
a edificar, animar o consolar a alguien, es importante que
consultes esa idea con otras personas en las que confíes
para que puedas buscar a Jesús en busca de más orienta-
ción. Si una palabra va dirigida a tu iglesia, es importan-
te que la sometas al liderazgo de la iglesia antes de decirla
públicamente.

Graham Cooke ofrece la siguiente reflexión crítica: “La
profecía reveladora, especialmente si incluye corrección o
dirección, necesita contar con la aprobación previa de los
líderes de la iglesia, porque todo lo que oímos del Señor ne-
cesita ser confirmado a través de todo el cuerpo de Cristo.
Los profetas no pueden dar palabras reveladoras con la mis-
ma libertad e inocencia con que dan palabras inspiradoras.”⁴

Un domingo por la noche, mientras la comunidad de fe
de Tierra Nueva permanecía de pie en círculo para nuestra
celebración semanal de la comunión, una mujer que era
una visita habitual y que previamente había compartido
palabras personales alentadoras con las personas, incluido
uno de nuestros pastores, comenzó a gritar: “¡Dios está lla-
mando a su pueblo a arrepentirse de sus pecados!”

Mientras gritaba esto una y otra vez, varias personas
que estaban cerca de ella se agitaron y se sintieron con-
fundidas. En la comunidad de Tierra Nueva hay muchas

4 Cooke, *Prophecy & Responsibility* (Vacaville, CA: Brilliant Books, 2009), 13.

personas en recuperación y algunas luchan con diversos grados de salud mental. Pude ver que su comportamiento estaba provocando que algunas de estas personas y otras más se alejaran de ella como si estuviera teniendo un colapso mental.

Me acerqué a ella y le pedí en voz baja que se apaciguara. Le cité las palabras de Pablo a los Corintios: “Dios no es Dios de confusión, sino de paz” (1Co 14:33). La mujer me dijo que cuando el Espíritu viene sobre ella con fuerza, pierde el control y tiene que hablar. Le dije que Pablo describe un orden para las reuniones, especialmente las profecías, y que “los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (1Co 14:32). Le expliqué que yo creía que Pablo estaba diciendo que cuando Dios nos habla, tenemos control sobre *lo que* decimos, *cuándo* lo decimos y *cómo* lo decimos.

Si bien Dios llama a su pueblo a arrepentirse de sus pecados, una verdadera palabra del corazón de Dios no requiere gritos ni dramatismo, que pueden hacer que muchas personas se sientan angustiadas y confundidas. Porque una palabra serena, llena del poder del Espíritu, es perfectamente capaz de realizar la obra de Dios. Lamentablemente, algunas personas (incluida la mujer que visitó Tierra Nueva ese domingo por la tarde) pueden no estar dispuestas a recibir esta sabia guía de las Escrituras.

Humildad

Cuando un mensaje que se supone que viene de Dios se transmite de forma cáustica o alienante, las personas

tienden a apartarse en lugar de abrirse a recibir esa palabra como un don de Dios. Por eso es importante que actuemos con humildad, reconociendo que a veces nos equivocaremos. Esta precaución debería guiar *cómo* compartimos y *qué* compartimos como palabra del corazón de Dios.

En Tierra Nueva, hemos aprendido a evitar el lenguaje fuerte, como “así dice el Señor” o “Jesús está diciendo esto ahora mismo”. En su lugar, ofrecemos lo que escuchamos con más cautela, ya que hemos descubierto que es más eficaz decir: “Mientras oraba, me vino este pensamiento. ¿Significa algo para ti?” O, “Tengo la sensación de que Dios está diciendo [...] ¿Se conecta de alguna manera contigo?” Como nos recuerda Pablo, debemos poner a prueba o examinar todas las profecías, *aferrándonos* a lo que es bueno y *absteniéndonos* de todo lo que no lo es (1Ts 5:20-21). Este proceso de discernimiento se aplica tanto a *lo que* compartimos como a *la forma* en que lo hacemos.

Mientras oraba sobre uno de nuestros proyectos ministeriales durante una temporada en la que no teníamos un líder, pensé en alguien que podría ser bueno en esa función. Le envié un correo electrónico diciéndole que había estado orando sobre ese proyecto y que me había venido a la mente su nombre. Luego le pregunté qué le parecía liderar ese proyecto. Pensé que era una manera buena y prudente de mencionar una posible invitación de Dios, pero la persona a la que escribí sintió que mi mensaje era manipulador, porque lo había enmarcado en el contexto de escuchar a Dios en oración. Ella sintió que yo le estaba diciendo que *Dios* le pedía que asumiera el liderazgo de

este proyecto, lo que la presionaba para que dijera que sí. Aunque resolvimos este malentendido, me enseñó la importancia de *cómo* compartimos y *qué* compartimos sobre las cosas que oímos cuando escuchamos el corazón de Dios para los demás.

Revelación, Interpretación, Aplicación

Cada vez que Dios comparte su corazón con nosotros, es siempre una invitación a una conversación continua. Puede que necesitemos profundizar mucho más en nuestra capacidad de escuchar antes de poder oír con claridad. Los tres niveles principales por los que tenemos que pasar son *revelación*, *interpretación* y *aplicación*. Vemos esto esbozado en la primera carta de Pablo a los Corintios:

Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han surgido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. *Pero a nosotros Dios nos las reveló por el Espíritu [...]* Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo sino el Espíritu que procede de Dios, *para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente*. De estas cosas estamos hablando, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, *interpretando lo espiritual* por medios espirituales. (1Co 2:9-10, 12-13; énfasis añadido).

Este pasaje subraya nuestra conexión con el Espíritu de Dios, no con una fuente incorpórea de poder. Cuando

oramos, estamos interactuando con nuestro amigo vivo, Jesús, que nos invita a una *conversación* continua con él. Por tanto, tendremos que profundizar para discernir lo que nos dice.

Como observa Graham Cooke: “Dios desea que exploremos y descubramos su diversidad y las distintas formas en que lo percibimos y nos relacionamos con Él [...] Él es deliberadamente difuso para atraernos a la exploración y el descubrimiento. Siempre es más grande que la experiencia que tengamos de Él”.⁵

El primer nivel de exploración, la *revelación*, se refiere a lo que el Espíritu Santo nos revela desde el corazón de Dios. Es nuestra primera toma de conciencia de lo que Dios está compartiendo con nosotros: una palabra, una imagen, un sentimiento, una visión, un sueño o una sensación que tenemos sobre algo. Este primer nivel de revelación marca el comienzo de la conversación.

Después de recibir una revelación del corazón de Dios, pasamos al segundo nivel de exploración y descubrimiento, que es la *interpretación*. Cuando recibimos algo de Dios, puede que sepamos para quién es, pero no sabemos lo que significa. En mi deseo de hacer las cosas bien o de que se me considere espiritual y sabio, a veces intento asignar un significado de inmediato, pero debo resistirme continuamente a esta tentación. Como señala Pablo: “de estas cosas estamos hablando, no con palabras enseñadas con sabiduría humana sino con las enseñadas por el Espíritu,

5 Cooke, *Prophecy & Responsibility*, 5.

interpretando lo espiritual” (1Co 2:13). Antes de asignar mi limitada comprensión humana a cualquier palabra, debo preguntar primero al Espíritu: “¿Qué significa esto? Enséñame a interpretar esta verdad espiritual”.

Esto nos lleva a nuestro tercer nivel de exploración, la *aplicación*, que se refiere a cómo debemos responder a la revelación que hemos recibido. Para discernir cómo aplicar lo que creemos haber oído, necesitamos mantenernos en comunicación con Jesús, preguntando: “¿Qué debo hacer con esto?” Después de que Dios nos revela lo que está diciendo y nos ayuda a entender lo que significa, nuestro siguiente paso es discernir el propósito de Dios. Dios puede estar dándonos una palabra de aliento o consuelo para edificarnos y que se implante en nuestros corazones. Nuestra respuesta es simplemente *confiar* en que lo que Dios nos dice es verdad. Quizás necesitemos meditar en la palabra para que, con el tiempo, produzca el fruto que Dios desea; o tal vez necesitemos renunciar a ciertas mentiras que hemos creído, que son contrarias a esta verdad que Dios ha revelado; o puede que Dios nos esté mostrando algo que requiera arrepentimiento por nuestra parte; o puede que Dios nos esté invitando a dar un paso en la fe de alguna manera.

Dios no mide

Mientras formaba parte de un equipo de oración en una conferencia en Carolina del Norte, se invitó a los participantes a inscribirse para recibir oración por sanidad interior, sanidad física y aliento profético del Señor. Cada

equipo de oración escuchaba a la persona que pedía oración, luego escuchaba al Espíritu Santo y después compartía las palabras o leía las Escrituras que Dios ponía en nuestros corazones.

Un pastor que se acercó a nuestro equipo de oración para pedir que oráramos por él parecía apesadumbrado y deprimido. Al mirarlo, tuve una vaga impresión sobre el béisbol. No sabía qué significaba esa sensación en el límite de mi percepción, así que me aventuré: “¿Juegas al béisbol?”

“No”, respondió.

“¿Te gusta el béisbol?”, le pregunté.

“La verdad es que no”.

Me preocupaba el hecho de no haber recibido este sentimiento por parte de Dios, así que compartí con aquel hombre que no sabía por qué, pero me hallé pensando en el béisbol mientras lo miraba.

Hice una pausa y reflexioné sobre el hecho de que las estadísticas del béisbol no se parecen a las de ningún otro deporte. “Puede que me equivoque”, dije, “pero creo que un gran promedio de bateo es de alrededor de .300, y un .400 es casi inalcanzable. Eso significa que alguien que batea menos del 30% de las veces se considera un buen bateador. En cualquier otro deporte o trabajo, si sólo haces lo que se supone que debes hacer el 30 por ciento de las veces, ¡te sustituirían por otro!”

Entonces sentí que el Espíritu Santo interpretaba para mí, y dije: “Me pregunto si tienes una manera de medirme, y si Dios quiere que sepas que esa no es la manera en que él te

mide. Al igual que el béisbol, lo que parecería pobre según algunas normas de medición es excepcional en el reino. Me pregunto si Dios quiere que sepas que no te mide como tú te mides, ni cómo te mide el mundo. Él se deleita en ti y te dice: ‘Eres un hijo amado’. Y, ‘Bien, buen siervo y fiel’”.

Mientras compartía, este hombre comenzó a llorar. Dios me había guiado a través de un proceso para que pudiera comprender mejor lo que había en su corazón, pero la revelación no llegó de golpe. Tuve que seguir escuchando para poder pasar a la interpretación y la aplicación.

Dios a menudo hará la interpretación y la aplicación a través de otras personas involucradas como parte del TODOS JUEGAN de Dios, para que no busquemos siempre a una sola persona, ¡que parece tener todos los dones! Porque los dones del Espíritu Santo se comparten en todo el Cuerpo, de modo que cada uno de nosotros puede desempeñar una función para edificar, animar y consolar a los demás con el amor de Dios, y cada uno de nosotros puede ser edificado, animado y consolado por ese amor.

Momento oportuno

La forma en que la palabra de Dios es revelada, interpretada y aplicada también se ve afectada por el momento oportuno de aplicación. Si bien podemos oír una palabra de Dios, puede que no sea para “este momento”. En la Biblia vemos una imagen de esto:

Porque como la lluvia y la nieve descenden del cielo y no vuelven allá sino después de haber saciado

la tierra y de haberla hecho germinar, producir y dar semilla al que siembra, y pan al que come, *así será mi Palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo cual la envié.* (Is 55:10-11; énfasis añadido)

Si bien es cierto que la lluvia penetra inmediatamente en el suelo y llega hasta las raíces, la nieve se acumula en las montañas durante el invierno y se derrite lentamente, proporcionando agua a los ríos y arroyos durante los meses de verano, cuando no llueve. La lluvia proporciona agua para *este momento* y la nieve proporciona agua para *más adelante*. Aquí, en el noroeste del Pacífico, lo que cae hoy en forma de nieve en las montañas no regará nuestro suelo hasta dentro de varios meses, o a veces años.

Del mismo modo, cuando Dios comparte su corazón con nosotros, a veces comparte algo para *este momento* (como la lluvia), pero otras veces comparte algo que es para *más adelante* (como la nieve). Cuando recibimos una revelación, es posible que tengamos que preguntarnos: “¿Es una palabra para *este momento*? ¿O es para *más adelante*?” Si no es para este momento, debemos preguntar por qué se revela ahora; y tenemos que preguntarle a Dios qué quiere que hagamos con ella por el momento. A veces, en lugar de compartir lo que oímos de Dios, tenemos que guardarlo y retenerlo, como hizo María, la madre de Jesús, cuando los pastores le hablaron del corazón de Dios acerca

de su hijo: porque ella “guardaba todas estas cosas, meditando en su corazón” (Lucas 2:19).

Como confirma Graham Cooke: “Algunas temporadas proféticas deben pasarse orando ante el trono con base en el aporte profético que has recibido. Orar con base en palabras proféticas en lugar de expresarlas en voz alta es igual de válido, poderoso y ungido”.⁶

Discernimiento

Esta dinámica de cooperación divino-humana para escuchar y compartir lo que Dios tiene en su corazón para otra persona diferencia la profecía de la adivinación. Cuando recibimos una palabra profética, es una invitación a una conversación más profunda con Dios. Antes de arriesgarnos a compartir lo que está en el corazón de Dios, tenemos que orar y discernir *qué* decir, *cómo* decirlo y *cuándo* compartirlo. Hablaremos más de este proceso de discernimiento en el capítulo 11, “Discerniendo el corazón de Dios”, pero para concluir este capítulo, quiero compartir la siguiente regla clave de discernimiento: *una palabra profética no es el final de la conversación con Jesús. Es el principio.*

Cuando oímos algo de parte de Dios, no debemos pensar, “Dios lo dijo y todo está arreglado ya”. Tampoco debemos pensar: “Mike dijo que esto era una palabra de Dios, y todo está arreglado ya”. *Cualquier* palabra profética es una invitación para que la persona que la recibe siga conversando con Jesús.

6 Cooke, *Prophecy & Responsibility*, 43.

Podríamos orar: “Jesús, Mike dijo que esto venía de ti. ¿Puedes confirmármelo? Si viene de ti, ¿puedes mostrarme lo que significa? ¿Qué debo hacer al respecto?” Incluso si una palabra viene de alguien que parece oír de parte Dios constantemente, la palabra es sólo el principio de la conversación. Como recuerda Pablo a la iglesia de Tesalónica, “examinadlo todo, retened lo bueno” (1 Tes 5:21).

En nuestra activación final, practicaremos cómo entablar una conversación de discernimiento con Jesús.

Activación

Tómate un momento para hacer una pausa y aquietarte. Respira lentamente. Enfocándote en tu oración de respiración, invita a Jesús a estar presente. Mientras sigues respirando, invita a Jesús a que te revele su presencia.

Espíritu Santo, Te invito a que me recuerdes a alguien a quien quieras bendecir.

Respira y permanece en quietud hasta que te venga a la mente un rostro o un nombre.

Jesús, te invito que me compartas, ¿qué hay en tu corazón por _____? ¿Qué quieres que _____ sepa?

Presta mucha atención a cualquier pensamiento que te venga: un nombre, un rostro, un pasaje de las Escrituras, una imagen, una palabra, una frase, un sentimiento o una sensación. A medida que te vengan esos pensamientos, anótalos todos. Luego, escoge uno o dos que te llamen la atención y entabla una conversación con Jesús.

Mientras hablas con Jesús, invita al Espíritu a revelarte *qué* parte de esta palabra compartir, *cómo* compartirla y *cuándo* compartirla.

A medida que el Espíritu te lo indique, arriésgate a acercarte a esta persona para compartir lo que Dios te ha confirmado, siguiendo las pautas descritas en este capítulo. O, si sientes que esta palabra es para más adelante,

llévala ante el trono de Cristo en oración, confiando en que el Espíritu te recordará que sigas orando hasta que sea el momento de pronunciarla.

También puedes hacer este ejercicio en un grupo pequeño. Mientras escuchas en nombre de una persona, asegúrate de seguir las pautas para compartir de forma sana y humilde. Es importante que sea un espacio seguro. Permítanse equivocarse. Date permiso para equivocarte.



Discerniendo el corazón de Dios

Toda nuestra experiencia está estructurada y las estructuras que utilizamos son producto de nuestras experiencias pasadas; no podemos tener una experiencia “pura” que no se vea afectada por las estructuras de nuestras propias personalidades y mentes, que a su vez son producto de vivir en una determinada cultura. ¿Cómo podemos estar seguros de que nuestras “experiencias de Dios” son realmente “de Dios” y no “de nosotros mismos”?

—WILLIAM A. BARRY & WILLIAM J. CONNELLY,

THE PRACTICE OF SPIRITUAL DIRECTION

La voz del Buen Pastor

Una de las preguntas más frecuentes que me hacen las personas cuando hablo de oír la voz de Dios es: “¿Cómo sé

que estoy oyendo a Dios y no tan sólo a mí mismo?”. Esta es una pregunta muy importante. Jesús reconoce la complejidad de discernir lo que oímos cuando compara la voz del Buen Pastor con las voces de extraños:

De cierto, de cierto les digo que el que no entra al redil de las ovejas por la puerta sino que sube por otra parte, ese es ladrón y asaltante. Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. A él le abre el portero, y las ovejas oyen su voz. A sus ovejas las llama por nombre y las conduce afuera. Y cuando saca fuera a todas las suyas va delante de ellas; y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Pero al extraño jamás seguirán; más bien, huirán de él porque no conocen la voz de los extraños [...] . El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn 10:1-5, 10).

Aunque Jesús afirma rotundamente que sus ovejas “oyen su voz” y le siguen porque “conocen su voz”, señala que hay otras voces en juego, pues sus ovejas no seguirán a un extraño “porque no conocen la voz de los extraños” (Jn 10:5). Los otros actores que menciona son un ladrón que sube por el muro (10:1), lobos que vienen a dispersar (10:12) y un ladrón que viene a robar, matar y destruir (10:10).

En esta parábola, Jesús está hablando a sus oyentes sobre la naturaleza de las ovejas, que llegan a asociar el sonido de la voz del pastor con ciertos beneficios. Saben quién

las alimenta, quién las protege y quién se ocupa de sus necesidades. Las ovejas distinguen la voz de su cuidador de las otras voces porque han llegado a confiar en el pastor, que siempre les habla. Como conocen su voz, lo siguen. Pero las ovejas no seguirán la voz de un extraño, porque no han llegado a conocerlo ni a confiar en él. Por el contrario, las ovejas huirán del extraño (10:5).

Al relacionar esta parábola con nuestra acción de oír la voz de Dios, nos enfrentamos a un reto, pues hemos pasado mucho tiempo en lugares distintos al pasto que cuida el Buen Pastor. Como resultado, tenemos muchas voces en la cabeza que *no* son la voz de Jesús, y sin embargo no las discernimos como *extrañas*, porque estamos demasiado familiarizados con ellas. Estas incluyen voces de vergüenza y condena, temor y ansiedad, ira, resentimiento y orgullo. Incluyen las voces que utilizamos para defendernos o promovernos. De hecho, a menudo hemos seguido estas voces y ya las asociamos con ciertos beneficios. Aunque nos resulten familiares, han venido como ladrones y salteadores a robarnos, a matar y destruir. Sin embargo, Jesús, el Buen Pastor, quiere que sigamos su voz para conducirnos a una vida libre y abundante (10:10).

Identificando voces en competencia: el mundo y la carne

Me encontré con este reto de conocer la voz del Buen Pastor una vez que oré con una mujer a la que se le había diagnosticado trastorno bipolar. Al final de nuestro tiempo, ella tuvo un hermoso y significativo encuentro con Jesús en su

imaginación, y Jesús le habló cosas que ella necesitaba escuchar. Cuando terminó su encuentro con Jesús, abrió los ojos y dijo: “No deberías decirles a los locos que oigan voces”.

Sonreí y le dije: “No estás loca, y yo también oigo voces”. Luego procedí a explicarle que nuestro reto es discernir a *cuáles* voces debemos dar nuestra atención.

Podemos comenzar nuestra vida con Dios rindiéndonos a Jesús, pero a menudo no somos conscientes del llamado radical y contracultural de su reino y de sus valores, que han de formar parte de nuestro discipulado continuo y de nuestra transformación cada vez más a la semejanza de Jesús. Sin esta obra transformadora, podemos acabar simplemente añadiendo a Jesús a todos los demás valores de los “reinos de este mundo”, que son todas las cosas con las que hemos crecido creyendo, bautizando así con un barniz cristiano muchas formas de pensar “no al estilo de Jesús”. Estos valores y formas de pensar “mundanos” provienen de nuestros sistemas familiares, culturas, experiencias e incluso culturas eclesiales, y todas estas voces que compiten entre sí pueden matizar lo que creemos “oír” cuando escuchamos el corazón de Dios.

Junto con todas estas voces del mundo, nos topamos con lo que la Biblia llama “la carne”. En la carta de Pablo a los Gálatas, nos dice que “el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne” (Ga 5:17). Si bien he oído que la “carne” se define generalmente como nuestra naturaleza pecaminosa y nuestra propensión al pecado, he llegado a pensar que la carne son todas las formas en que hemos aprendido a sobrevivir sin confiar en Jesús.

La carne incluye todas nuestras estrategias de supervivencia, mecanismos de defensa, adicciones y comportamientos pecaminosos. Y la carne incluye todas las formas en que buscamos satisfacer nuestras necesidades de seguridad, significado y aceptación en lugar de recibirlas de Dios. Muchos, entre ellos el psicólogo David Benner, describen esto como *el falso yo*, cuando dice: “Todo lo que es falso en nosotros surge de nuestra creencia de que nuestra felicidad más profunda vendrá de vivir la vida a nuestra manera, no a la manera de Dios”.¹ Esta creencia está tan arraigada en nosotros que a menudo vivimos desde este yo sin ser conscientes de que estamos escuchando tantas voces que compiten en nuestras cabezas.

En la carta de Pablo a los Efesios, escribe a los que siguen a Cristo “que en cuanto a la anterior manera de vivir [nos despojemos] del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos, y que [seamos] renovados en el espíritu de [nuestra] mente, y [nos vistamos] del nuevo hombre, el cual, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4:22-24).

La descripción que hace Pablo de “vestirse” de un “nuevo hombre” me recuerda a mi amigo Mark, que dejó una vida de ateísmo y encarcelamiento para seguir a Jesús. Cuando Mark trató de “despojarse” de su antigua vida, se encontró con que tenía que cuestionar cada pensamiento, creencia, decisión, valor y acción que había tenido. Pero al “vestirse” de su nuevo yo en Cristo, se dio cuenta de que la

1 David Benner, *The Gift of Being Yourself: The Sacred Call to Self-Discovery* (Downers Grove, IL, IVP, 2004), 69.

voz de Dios era la única voz sosegada en su cabeza, y podía confiar en que estaba escuchando a Dios aun cuando lo que oía era lo *contrario* de lo que le resultaba natural.

Esto pone de relieve la importancia de ser más conscientes de nosotros mismos para poder distinguir la voz de Dios de todas las voces contrarias que hay en nuestro interior. Ya hemos explorado cómo nuestras experiencias de dolor, vergüenza, quebrantamiento y pecado pueden distorsionar lo que oímos de Dios.² También hemos hablado de cómo nuestras teologías tóxicas e ideologías políticas, económicas, raciales y otras ideologías mundanas nos han dado imágenes falsas o incompletas de Dios, que no reflejan lo que Jesús revela sobre el Padre.

Identificando la voz del enemigo

Regresemos ahora a los Evangelios, que pueden ayudarnos a revelar nuestras imágenes incompletas de Dios en contraste con la forma en que Jesús habla de su Padre.

En Mateo 16, Jesús viaja con sus discípulos y les hace una pregunta esencial sobre su identidad: “¿Quién dicen que soy yo?”

Respondió Simón Pedro y dijo: “¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!”. Entonces Jesús respondió y le dijo: “Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16:16-17).

2 Véase capítulo 4, “Teología del corazón,” y el capítulo 6, “La sanidad del corazón y el perdón.”

En otras palabras, Pedro ha recibido una revelación del Padre sobre Jesús. ¡Todos anhelamos un encuentro tan hermoso y poderoso con Dios! Unos versículos más adelante, Jesús da la interpretación de la revelación de Pedro, explicando que ser Mesías implicará la traición, el sufrimiento y la muerte a manos de los líderes religiosos y políticos, y luego la resurrección. Luego, como lo describe Mateo:

Tomando aparte a Jesús, Pedro lo reprendió: “¡No lo permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá”. Pero volviéndose [Jesús], dijo a Pedro: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres piedra de tropiezo; porque no estás pensando en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mt 16:22-23).

Habiendo oído directamente de Dios acerca de la identidad de Jesús, Pedro puede sentirse seguro de estar más informado que los demás discípulos. Entonces toma la revelación de Dios sobre Jesús y le pone un filtro cultural, político y religioso para poder *interpretar* lo que *significa* la revelación. La cultura histórica, nacional y religiosa de Pedro ya tenía ideas muy claras sobre quién sería el Mesías y lo que haría: ¡un líder militar victorioso que expulsaría a los romanos de Israel y haría grande de nuevo al pueblo de Dios! Este Mesías victorioso ciertamente no sufriría ni sería asesinado por los romanos, porque el Mesías restablecería a Israel como el más grande de todos los reinos terrenales (*cf.* Hch 1:6).

¡Sin embargo, Jesús reprende a Pedro e identifica la fuente de su interpretación como Satanás! ¿Cómo puede Pedro recibir una revelación masiva del Padre en el cielo en un minuto y al minuto siguiente recibir una interpretación del infierno? ¿Cómo puede Satanás ser identificado como la fuente de esta nueva revelación? ¿Está Pedro practicando brujería? Jesús explica que Pedro tiene la mente puesta *en las cosas de los hombres*. En otras palabras, su mente está puesta en su interpretación religiosa, cultural, política e histórica de las promesas de Dios, en lugar de la revelación del corazón de Dios en Jesús y el escándalo de un Mesías crucificado (*cf.* 1Co 1:22).

Es fácil cruzarnos los brazos y juzgar a Pedro por equivocarse de tal forma. ¡Siempre podemos notarlo en los demás! Sin embargo, cada uno de nosotros puede oír tanto al cielo como al infierno. Cada uno de nosotros puede escuchar a Dios Padre y también a las cosas del mundo. Nuestras creencias sobre Dios y el Reino de Dios chocan con nuestros valores terrenales y nuestras estrategias carnales, lo que dificulta discernir la voz de Dios de todas las demás voces que compiten en nuestra cabeza y distorsiona, sobre todo, la manera en que interpretamos lo que oímos. Al igual que Pedro, podemos acertar en la revelación y equivocarnos en la interpretación.

Trazando una ruta para el discernimiento continuo

Con tantas voces que compiten entre sí, ¿cómo podemos saber que lo que oímos viene del corazón de Dios y no de un extraño, del mundo, de la carne o del enemigo?

Como mencioné anteriormente en el capítulo 7, mi amiga Libby divide la tarea de discernir la voz de Dios en tres recipientes principales.³ Ella explica que si escuchas: “te amo”, “quiero estar contigo” o “te aprecio tanto”, puedes recibirlo sin más. Y si oyes algo que te avergüenza, te acusa o te destroza, puedes desecharlo o al menos apartarlo para procesarlo más tarde, “porque algo está deformando lo que oyes”. Para todo lo que está en medio, “querrás hablar un poco más con Jesús y con los demás”.⁴

En las siguientes secciones, exploraremos varias preguntas que pueden guiar nuestro discernimiento mientras dialogamos con Jesús y con los demás sobre las cosas que colocamos en el área “central”, donde ponemos “todo lo que está en medio”.

Escuchando la voz de Jesús: el centro de nuestro discernimiento

El escritor del evangelio de Juan dice en su primera epístola (escrita en su vejez, mucho después de que Jesús fuera crucificado y resucitado):

Amados, no crean a todo espíritu, sino *prueben* los espíritus para ver si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido al mundo. *En esto ustedes conocen el Espíritu de Dios*: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios. Y

3 Véase capítulo 8, “Un corazón más grande de lo que imaginas”.

4 Conversación personal, 15 de Diciembre, 2022.

todo espíritu que no confiesa a Jesús, *no es* de Dios.
(1Jn 4:1-3; énfasis añadido)

Mi amigo Chris Walker, en su enseñanza sobre cómo discernir la obra del Espíritu Santo, lo dice así: “El Espíritu Santo tiene un enfoque único en Jesucristo como la verdad y traerá gloria sólo a Jesús”.⁵

Esto apunta a nuestra primera pregunta de discernimiento, que es:

¿Lo que oímos nos orienta hacia Jesús y le da gloria?

Esta es una pregunta importante, pero puede que no sepamos inmediatamente si una palabra que oímos da gloria a Jesús o no. Si no lo sabemos, podemos hacer más preguntas, como: “¿Me lleva lo que estoy oyendo a una mayor dependencia de Jesús?” Si nos lleva al egoísmo, a la deshonestidad o a confiar en nuestras propias capacidades, sabremos que *no* estamos oyendo la voz del Buen Pastor.

Cuando las personas hablan de discernir la voz de Dios, a menudo se preguntan: “¿Lo que estoy oyendo es coherente con la Biblia?” Desafortunadamente, a lo largo de la historia hemos justificado todo tipo de atrocidades a través de las Escrituras: incluyendo el genocidio, la esclavitud, los sistemas de supremacía y control, el racismo, la subyugación de la mujer, las Cruzadas, muchas guerras, etcétera.

5 Chris Walker, “Explore the Four Questions of Discernment,” March 27, 2020; November 30, 2021. Accedido en línea: <https://www.primi.org/four-discernment-tests/>

Así que esta pregunta es demasiado general. Otros podrían preguntar: “¿Es coherente lo que estoy oyendo con el *carácter de Dios* revelado en la Biblia?” Pero las personas pueden pretender hablar en nombre de Dios y luego declarar cosas terribles basadas en interpretaciones violentas del Antiguo Testamento que contradicen el corazón de Dios, que se revela sólo en Jesús.⁶

Puesto que sólo Jesús vino a revelar el corazón de su Padre, nuestra principal herramienta para discernir la voz del Buen Pastor debe ser el Buen Pastor mismo. Por eso, nuestra segunda pregunta centra nuestra mirada específicamente en Jesús:

¿Es coherente lo que oímos con el carácter de Dios revelado en Jesús?

En otras palabras, ¿se parece a Jesús, suena como Jesús y se siente como el Jesús de los Evangelios? Como observa Rich Villodas, pastor de una iglesia multiétnica de Queens (con más de setenta y cinco países representados): “Los cristianos podemos leer la Biblia todos los días y seguir teniendo el corazón firmemente en contra de los caminos del Reino de Dios. A menos que leamos las Escrituras a través de la lente de Cristo crucificado, con las demás personas, nuestra exégesis está peligrosamente sujeta a preferencias personales y lealtades políticas”.⁷

6 Véase Juan 1:18: “Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer”.

7 Rich Villodas, “@richvillodas,” Instagram, May 19, 2022. Accedido en línea: <https://www.instagram.com/p/Cdsvz2aOf13/> May 18, 2022.

El Jesús de los Evangelios revela que “Dios está por nosotros y no contra nosotros” (Ro 8:31). Y a Jesús se le llama “amigo de pecadores” (Mt 11:19) ya que a lo largo de los Evangelios come con “pecadores” y llama a los recaudadores de impuestos y a los fanáticos -e incluso a los que acaban traicionándole- para que le sigan.⁸ Jesús rompe las reglas religiosas para sanar y liberar a los que Dios considera marginados y malditos.⁹ En las Bienaventuranzas, Jesús invierte las reglas sobre lo que significa ser bendecido (Mt 5:3-12). Y en la parábola del hijo pródigo, Jesús nos revela el corazón amoroso y perdonador de Dios, el Padre (Lc 15:11-32). Cuando Dios nos hable a través de su hijo, el Buen Pastor, sonará como la voz de Jesús.

Mi amigo Chris Hoke me decía a menudo: “Si sueña demasiado bueno para ser verdad, probablemente es Jesús”. Si bien puede que esta ocurrencia no sea una herramienta lo suficientemente aguda para nuestro discernimiento, puede ayudarnos a reorientar nuestro punto de referencia hacia el Jesús de los Evangelios, que está lleno de gracia, verdad y compasión, especialmente si nuestros filtros anteriores incluían imágenes de un Dios enfadado, castigador o decepcionado. Esa voz enloquecida y decepcionada es el *acusador de los hermanos y hermanas* del libro del Apocalipsis (Ap 12:10), que nos juzga y condena día y noche, aquel a quien Jesús describe como el ladrón que viene a robar, matar y destruir (Jn 10:10).

8 Véase, por ejemplo, su llamado a Leví, un recaudador de impuestos (Lucas 5:27-32).

9 Por poner sólo algunos ejemplos, cura a un leproso (Lucas 5:12-16) y a un parálítico (Lucas 5:17-26); perdona a una mujer pecadora (Lucas 7:36-50); libera a un endemoniado (Lucas 8:26-39).

Y, sin embargo, el discernimiento es muy importante aquí porque, si bien Jesús es mejor de lo que nos han dicho, es posible que tenga cosas difíciles que decirnos. Está lleno de gracia *y verdad*. Lo vemos en los evangelios, especialmente con los líderes religiosos y, a veces, con sus discípulos. Es posible que el Amor necesite enfrentarse a nosotros y denunciar todo lo que se opone a ese Amor. Henri Nouwen reconoce este desafío cuando dice: “Sí, Dios es un Dios exigente, el amor de Dios es un amor persistente y cuando Dios nos exige mucho, es por amor divino.”¹⁰

A veces nos resulta difícil abrirnos camino a través del atolladero de nuestras imágenes contrapuestas de Dios. Podemos pensar que son *puntos ciegos* precisamente porque no podemos verlos. Esto nos lleva a la importancia de sintonizar nuestros corazones con el amor de Dios para que seamos capaces de discernir los filtros que pueden distorsionar la voz de Dios.

He leído que los cajeros de banco aprenden a identificar el dinero falso, no examinando todos los tipos de billetes falsos, sino manipulando la moneda verdadera una y otra vez, de modo que cuando llega la falsa, pueden percibir que algo anda mal. El Jesús de los Evangelios es nuestra moneda verdadera. Cuanto más tiempo pasemos con él, más conscientes seremos cuando oigamos algo falso.

10 Henri Nouwen with Michael J. Christensen and Rebecca J. Laird, *Spiritual Direction: Wisdom for the Long Walk of Faith* (New York: Harper Collins, 2006), 20-21.

Escuchando al Espíritu Santo

En Romanos 8:16, Pablo nos dice que “el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”. Cuando Dios *da testimonio a nuestro espíritu*, sentimos un *sí* interior cuando nuestro espíritu está en *resonancia* con lo que dice el Espíritu Santo. Esto nos lleva a nuestra tercera pregunta:

¿Testifica el Espíritu Santo a nuestro corazón que lo que estamos oyendo es la verdad?

Mi amigo Aaron White, que vive y ejerce su ministerio en el barrio Downtown Eastside (DTES) de Vancouver (Columbia Británica),¹¹ impartió una enseñanza sobre profecía. Después de que alguien preguntara: “¿Cómo puedes saber si es Dios quien habla?” otra persona respondió, “Me gusta darle la vuelta a la pregunta. *¿Cómo sabes que la voz de un ser querido te está hablando? ¿Cómo lo describirías?*”¹²

Nuestro *sí* interior está conectado a una relación de amor. Hemos conocido la voz del Buen Pastor, que nos ama y nos cuida. Jesús nos anima: “mis ovejas conocen mi voz” (cf. Jn 10:4). Podemos escuchar a nuestro corazón cuando sentimos: *sí, ésa es la voz de mi Buen Pastor*. Así pues, el discernimiento no consiste tanto en seguir una *fórmula* como en crecer en *familiaridad* con Jesús.

11 El DTES es una zona de diez manzanas cuadradas con el mayor nivel de personas sin hogar y consumo de drogas intravenosas per cápita de Norteamérica.

12 Aaron White, January 2020. Facebook. Accedido en línea: <https://www.facebook.com/aaron.white.56808995>

Aun así, podríamos temer que sólo nos estemos oyendo hablar a nosotros mismos. Leanne Payne aborda esta preocupación en *Listening Prayer* [*Oración que escucha*]: “Aunque esa precaución en particular tiene validez [...] ¿por qué tenemos miedo de saber lo que “sólo yo” sé, lo que nuestros corazones pueden decir desde lo más profundo? En poco tiempo, serás capaz de discernir la diferencia entre [...] la sabiduría que ya te ha sido dada y la palabra que Dios te habla de nuevo. Ambas son importantes y necesarias.”¹³

Discerniendo nuestros ídolos

Sin embargo, las Escrituras nos advierten que no confieemos en nuestro corazón, algo que Payne reconoce cuando dice que “esa precaución en particular tiene validez.” Nuestra voz interior puede nublarse, por lo que el verdadero discernimiento del corazón implicará examinar nuestros *ídolos*. El profeta Ezequiel describe este proceso de la siguiente manera:

Entonces vinieron a mí algunos de los ancianos de Israel y se sentaron delante de mí. Y vino a mí la palabra del Señor: “Hijo de hombre, estos hombres han erigido sus ídolos en su corazón, y han puesto delante de su rostro lo que los hace caer en iniquidad. ¿Me dejaré yo consultar por ellos? Por tanto, diles: ‘Así dice el Señor Dios: “Cualquier hombre de la casa de

13 Leanne Payne, *Listening Prayer: Learning to Hear God's Voice and Keep a Prayer Journal* (Grand Rapids: Baker Books, 1994), 158.

Israel *que erija sus ídolos en su corazón*, y que ponga delante de su rostro lo que lo hace caer en iniquidad, y después venga al profeta, Yo, el Señor, le responderé entonces de acuerdo con la multitud de sus ídolos [...]” (Ez 14:1-4; énfasis añadido)

Todos tenemos ídolos en nuestros corazones, cosas que buscamos aparte de Dios para sentirnos seguros, significativos o aceptados, y para tener poder, control o por supervivencia. Nuestros ídolos pueden incluir relaciones, validación de los demás, dinero, poder, política, raza, sexo, seguridad, provisión y todos nuestros temores en torno a estas cosas. Tim Keller, presidente y cofundador de Redeemer City to City, señala que “Un ídolo es cualquier cosa que miras y dices, en el fondo de tu corazón: ‘Si tengo eso, entonces sentiré que mi vida tiene significado, sabré entonces que tengo valor y me sentiré importante y seguro’”.¹⁴

Corremos tras los ídolos y los servimos, invirtiendo tiempo, energía y dinero para conseguirlos, y luego luchamos por ellos y hacemos sacrificios para conservarlos. Dondequiera que estemos en el espectro político, todos luchamos por ciertos derechos *individuales*. Y podemos identificar a un ídolo por la forma en que reaccionamos cuando ese derecho se ve amenazado o anulado. Jesús dijo que no podemos amar a Dios y al dinero (Lc 16:13), ¡y nuestros intentos continuos de explicar esta afirmación

14 Tim Keller, “@timkellernyc,” Instagram, January 2, 2022. Accedido en línea: <https://www.instagram.com/p/CYPwqDHLfDR/>

son un buen indicador de que Él está exponiendo esto como un ídolo!

Los ídolos pueden dificultarnos el discernimiento del corazón de Dios, porque comenzamos a recurrir a ellos para que nos digan lo que es verdad sobre el mundo, sobre nosotros mismos y *sobre Dios*. Cuando creemos en nuestro corazón que ciertas cosas son valiosas, importantes y correctas, podemos comenzar a creer que Dios siente lo mismo que nosotros: que Dios aprueba nuestros valores, política, economía y cultura.

Bob Ekblad identifica un ídolo como cualquier cosa que ponemos en lugar del Padre, cualquier cosa en la que confiamos para que “lleve la voz cantante”. A menudo “cristianizamos” estos ídolos, creando a Dios como una imagen de nuestras propias necesidades y deseos, de nuestra cultura y nación. Como dice Tim Keller: “Si Dios nunca está en desacuerdo contigo, puede que estés adorando una versión idealizada de ti mismo”.¹⁵ ¡Eso sería un ídolo!

Dios le dice a Ezequiel (Ez 14:1-9) que los líderes han acogido ídolos en sus corazones, lo cual afecta lo que creen que están escuchando de Dios. El Señor dice que cuando las personas con tales ídolos vengán a consultar al Señor, la respuesta que recibirán será *conforme a su idolatría* (14:4). En otras palabras, la persona que busca una palabra de Dios escuchará un reflejo de la idolatría en sus corazones en lugar de una palabra de verdad proveniente del corazón de Dios.

15 Keller, Instagram, Accedido en línea: 28 de marzo, 2021.

Discerniendo con otras personas

Mis ídolos internos ponen de relieve mi necesidad de escuchar y discernir el corazón de Dios en comunidad, preguntando a las personas en las que confiamos si lo que oímos parece ser de Jesús. Como nos advierte Leann Payne: “Si no escuchamos a Dios junto con el pueblo de Dios, ponemos en peligro nuestra escucha privada[...] . Nuestros hermanos y hermanas están dotados por el Espíritu de maneras que nosotros no lo estamos. Su manera de hablar y escuchar a Dios mejora la nuestra, añadiendo dimensiones de sabiduría y conocimiento que no adquiriríamos de otro modo”.¹⁶ Esta perspectiva apunta a nuestra cuarta pregunta de discernimiento:

¿Qué opinan de lo que oímos las personas en las que confiamos que oyen el corazón de Dios?

Dios nos creó para depender unos de otros y trabajar juntos por su reino. Como escribe Pablo en su primera carta a los Corintios: “*en parte* conocemos, y *en parte* profetizamos” (1Co 13:9; énfasis añadido). Dios comparte los dones del Espíritu Santo con todo el cuerpo, de modo que nadie recibirá *todos* los dones o los *mismos* dones, y nos necesitaremos unos a otros. Pablo instruye a la iglesia de Corinto a: “que dos o tres profetas hablen, y los demás juzguen” (1Co 14:29). De este modo, la comunidad depende los unos de los otros para edificar todo el cuerpo de Cristo.

¹⁶ Leanne Payne, *Listening Prayer: Learning to Hear God's Voice and Keep a Prayer Journal* (Grand Rapids: Baker Books, 1994), 23.

Escuchar la voz de Dios es más saludable cuando se hace en comunidad, y no a solas.

Me reúno regularmente con varios hombres para hablar de lo que Dios está haciendo en nuestras vidas. Mientras nos escuchamos unos a otros y escuchamos al Espíritu, nos hacemos preguntas que nos ayudan a clarificar lo que Dios nos está diciendo. Recientemente, un amigo me preguntó qué sentía que Dios me estaba diciendo y le dije que sentía que Dios me estaba desafiando a crear más espacio para estar en quietud y escucharle. Tras un breve silencio, mi amigo se preguntó si yo estaba siendo demasiado duro conmigo mismo. Luego mencionó todas las formas en las que yo ya estaba creando espacio y reflexionó que, fuera lo que fuera lo que Dios estaba diciendo, no creía que se tratara de *esforzarse* más.

Más tarde, reflexioné en mi diario:

Sentí profundamente la palabra, “estás siendo demasiado duro contigo mismo”, como una gracia y un regalo: la palabra de Jesús para mí. A menudo soy duro conmigo mismo por no estar a la altura de alguna norma. Siempre tengo que estar trabajando en algo o desempeñándome mejor, haciendo más para recibir lo que Dios tiene, ser más disciplinado. Siento que esta palabra también se extiende a mi trabajo y a mis relaciones, a todos los lugares en los que no siento que sea suficiente y necesito esforzarme más.

El desempeño sigue siendo un filtro profundamente arraigado en mí, y aunque soy más consciente de cómo funciona en mí, sigo necesitando a personas en las que confío para que me ayuden a discernir lo que Dios puede estar diciéndome.

Discerniendo nuestro fruto: siendo como Jesús

Habiendo hablado del *sí interior* y de la realidad de que podemos tener muchos puntos ciegos interiores, también tenemos que reconocer que nuestra acción de escuchar en comunidad tiene sus propios puntos ciegos culturales y teológicos, especialmente si nuestra comunidad es homogénea, formada por personas que en su mayoría son como nosotros. Resulta muy fácil escuchar la voz de Dios dentro de burbujas socioeconómicas, raciales y culturales. Ya nos hemos preguntado si lo que escuchamos se parece, suena y se siente como Jesús. También tenemos que preguntarnos si lo que estamos escuchando nos lleva a *parecernos* más a Jesús o menos. Después de comprobar el *sí interior* de nuestros corazones, también tenemos que comprobar el *sí exterior* de nuestra comunidad haciendo esta quinta pregunta de discernimiento:

¿Hará esto que nos parezcamos más a Jesús o menos?

A medida que prestemos atención a Dios y miremos a Jesús crucificado y resucitado, Dios nos irá transformando poco a poco en la imagen de Jesús. Pablo lo describe de la siguiente manera: “Pero todos nosotros, con el rostro

descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo *transformados en la misma imagen* de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu” (2Co 3:18; énfasis añadido).

Podemos plantear esa pregunta de discernimiento de una manera un poco diferente, preguntando:

¿Cómo nos transformará lo que oímos en la imagen de Cristo?

Esa transformación implica crecimiento y cambio, lo que a menudo resulta difícil y doloroso. El autor de Hebreos nos dice que Jesús mismo fue perfeccionado por el sufrimiento (*cf.* Heb 2:10), y Pablo nos dice que debemos tener la misma manera de pensar que hay en Cristo Jesús (*cf.* Fil 2:5). La imagen de Jesús que contemplamos es la del Salvador crucificado. Jesús resucitado es representado como el Cordero que fue inmolado (*cf.* Ap 5:6). Es mucho lo que nos perdemos del corazón de Dios hasta que nos encontramos en un lugar de lucha. A medida que crecemos en una mayor dependencia de Dios, su amor nos llamará a afrontar nuestros temores y nos sacará de nuestra zona de confort, ayudándonos a aprender a soportar las cosas difíciles “con paciencia y gozo” (Col 1:11). Esto puede implicar “participar en sus padecimientos” (Fil 3:10), porque el objetivo es que “crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza: Cristo” (Ef 4:15). El Espíritu Santo está comprometido con nuestra transformación, y la lucha y el

sufrimiento son a menudo el principal crisol que nos hace más semejantes a Jesús.

Por último, Jesús advirtió que conoceríamos a los falsos profetas por sus *frutos* (cf. Mt 7:15-17). Así que nuestra última pregunta de discernimiento es:

¿Qué tipo de fruto producirá esto en nuestras vidas?

Esta pregunta incluye el impacto que lo que estamos escuchando tendrá en los demás miembros de la comunidad. Para afinar esta pregunta, podríamos preguntarnos si lo que estamos percibiendo producirá el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio, en nosotros y en nuestra comunidad. El libro de Santiago agrega: “En cambio, la sabiduría que desciende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera” (Stg 3:17). Si vemos evidencia de estas cosas, podemos confiar en que lo que escuchamos producirá *buenos frutos* en nosotros y en nuestra comunidad.

El discernimiento en la práctica

Cuando tratamos de escuchar lo que está en el corazón de Dios, es importante tener muchos puntos de discernimiento, porque podemos acertar en un área y estar completamente equivocados en otras. Pedro acertó en la revelación de que Jesús era el “Mesías, Hijo de Dios”, pero se equivocó completamente en la interpretación de lo que

eso significaba, porque lo filtró a través del filtro religioso y judeo-nacionalista de su tiempo. Lo que oímos puede sonarnos a Jesús, ¡pero puede que tengamos una idea sesgada de cómo es Jesús! O podemos sentir un sí interior, pero estar llenos de filtros distorsionadores e idolatrías. Podemos abrirnos a escuchar con los demás, pero nuestra comunidad puede estar funcionando en una cámara de eco con sus propios puntos ciegos.

A medida que crezcamos en discernimiento dentro de nuestras comunidades, tendremos que seguir renunciando a nuestras ideologías e idolatrías, discerniendo lo que es del imperio mundano y lo que es verdaderamente del reino de Dios, pidiendo al Espíritu Santo que nos revele nuestros puntos ciegos y filtros distorsionadores.

Para ayudar a establecer un contexto concreto para el proceso de discernimiento que he esbozado en este capítulo, he tomado un “caso de prueba” de mi propia vida en relación con una comunicación que recibí de Dios.

La mayoría de las cosas que escucho cuando entablo conversaciones cotidianas con Jesús e interactúo con las Escrituras son palabras de aliento y consuelo o desafíos para mi propio crecimiento, que no los hago pasar por las preguntas de discernimiento que esbocé más arriba. Pero las palabras que he recibido que parecen más grandes o que tienen que ver con cambios en la vida, definitivamente van al “recipiente del medio”, el cual dejo a un lado para seguir conversando con Dios y con los demás. Recuerda que la regla más importante del discernimiento es que cualquier palabra de Jesús no es el final de la conversación,

sino el *principio*. En el siguiente caso de prueba, analizaré lo que oí utilizando cada una de las seis preguntas de discernimiento mencionadas anteriormente.

Un caso de prueba para discernimiento

Mientras estaba sentado en la mesa de la cocina leyendo una tarde de invierno, me vino un pensamiento “de la nada”, completamente desconectado de todo lo que había estado pensando, leyendo u orando. El pensamiento, que surgió clara e insistentemente, era que había llegado el momento de dejar mi trabajo en Tierra Nueva y dedicarme a un ministerio independiente de oración, enseñanza y mentoría relacionado con la dirección espiritual.

Sospeché que este pensamiento “salido de la nada” provenía del Espíritu Santo, ya que se ha convertido en un aspecto familiar de la comunicación de Dios en los últimos años. Sin embargo, este pensamiento estaba relacionado con un gran cambio en mi vida, así que lo puse en mi “recipiente” para seguir conversando con Dios y con otras personas.

¿Lo que oigo me orienta hacia Jesús y le da gloria?

Mientras reflexionaba en esta pregunta, consideré cómo esta nueva vocación podría orientarme hacia Jesús y darle gloria *más* que si continuaba fielmente mi trabajo con Tierra Nueva. Noté que el cambio ciertamente me llevaría a una mayor dependencia de Jesús, porque no me gustan los cambios; me gusta la estabilidad. Dejar mi trabajo en

Tierra Nueva después de trece años me exigiría confiar en que realmente estaba oyendo hablar a Jesús. Para seguir esta palabra, tendría que mantener mis ojos constantemente fijos en Jesús para ver lo que Él estaba haciendo. Sentí una fuerte convicción de que ésta era su idea, no la mía. Así que pasé a la segunda pregunta.

¿Es coherente lo que oigo con el carácter de Dios revelado en Jesús?

Me tomé un momento para reflexionar sobre Jesús tal como lo describen los Evangelios. Lo noté llamando a Simón y a su hermano Andrés para que dejaran la red que estaban echando al mar y lo siguieran (Mt 4:18-20). Y luego vi que llamaba a Santiago y a Juan para que dejaran la red que estaban remendando con su padre y le siguieran (Mt 4:21-22). Vi que llamaba a Leví para que dejara su trabajo de recaudador de impuestos y diera un paso de fe para seguirlo (Mr 2:14). Al ver a Jesús llamando a sus discípulos en los Evangelios, percibí que podía estar llamándome a mí también a un nuevo lugar de confianza y dependencia de Él. Pero también sentí que podía seguir amando y sirviendo a Jesús quedándome y siguiéndolo en mi trabajo en Tierra Nueva.

Al dar un paso atrás para considerar el panorama más amplio, sentí que el Espíritu me guiaba a revisar mis diarios más o menos del año anterior. Cuando empecé a leer esas palabras, visiones y sueños que había sentido que venían de Dios, pero que no sabía cómo interpretar en ese

momento, encontré un hilo común que los conectaba entre sí y con esta palabra más reciente sobre una temporada de transición.

Esta conexión me llevó a la tercera pregunta de discernimiento.

¿Testifica el Espíritu Santo a mi corazón que lo que estoy oyendo es la verdad?

Cuando empecé a establecer conexiones entre tantas palabras aparentemente inconexas a lo largo de los años anteriores, mi *sí* interior resonó con más fuerza. Al mismo tiempo, dar un paso hacia el cambio no es algo natural para mí, por lo que era consciente de que estaba saliendo de mi zona de confort. No era lo que me resultaba natural.

Nunca había pensado seriamente en la dirección espiritual, aunque sí vagamente en buscar formación en esa área. Pero el hecho de que este pensamiento me hubiera surgido “de la nada” sugería que no me lo estaba inventando yo solo. Esto hizo que mi *sí* interior resonara aún con más fuerza.

¿Qué opinan de lo que oigo las personas en las que confío que oyen el corazón de Dios?

Más tarde, mientras reflexionaba sobre esta palabra con Susan, me recordó que yo no soy soñador por naturaleza, y sin embargo ella podía ver que yo estaba *soñando con Dios* acerca de esta nueva aventura. Cuando llevé este

pensamiento a las personas que apoyaban mi trabajo en Tierra Nueva, todos me animaron y confirmaron la dirección en la que sentía que Jesús me llamaba, así como mis dones particulares para este nuevo trabajo.

Entonces recibí una confirmación particularmente convincente de nuestra amiga, Rita, en quien confío que es una persona que oye de parte de Dios. Después de compartir lo que yo sentía que estaba oyendo, ella sonrió y luego dijo: “Jesús ya me dijo todo eso”.

Sorprendido, le pregunté: “¿Qué te dijo Jesús?”

“Me dijo: ‘He invitado a Mike a dejar Tierra Nueva y dedicarse a la dirección espiritual’”.

Con esa confirmación final, sentí paz para seguir adelante con el proceso de dejar Tierra Nueva y entrar en este nuevo ministerio de dirección espiritual. A lo largo de esa transición, he dedicado espacio para reflexionar sobre las dos últimas preguntas de discernimiento.

¿Hará esto que me parezca más a Jesús o menos?

Entre dejar mi función en Tierra Nueva y comenzar los Ministerios Emaús del Noroeste, los meses de transición estuvieron marcados por una entrega más profunda a Jesús y una mayor conciencia de las áreas de mi vida que todavía no he entregado. A lo largo de esta temporada, luché con mi sentido de identidad que está vinculado a lo que hago y cómo creo que la gente me percibe. Esta temporada también reveló más de mi quebrantamiento, así como más de mi condición de ser amado. En esto, he sentido a Dios

cultivando la tierra de mi alma y llevándome a una intimidad más profunda con Jesús.

¿Qué tipo de fruto producirá esto en mi vida?

Dado que a menudo necesitamos que otras personas nos ayuden a ver los frutos que crecen lentamente en nuestras vidas, le pregunté a Susan si podía identificar algún fruto que esta temporada haya producido en mi vida. Ella notó que me he vuelto más libre y menos agobiado al pasar tiempo soñando con Dios. También ha notado que nos estamos asociando más. ¡Ambos pensamos que es un buen fruto!

Activación

Tómate un momento para practicar el discernimiento de algo que sientas que has escuchado de Dios. Puedes leer tu diario y encontrar uno de los ejercicios de un capítulo anterior, en el que te has encontrado con Jesús o has recibido una comunicación del corazón de Dios. En este ejercicio, estás buscando algo del “recipiente del medio”, que requiere más conversación con Dios y con otras personas.

Mientras reflexionas sobre esta palabra que sientes que Dios te ha dicho, considera cada una de las siguientes preguntas de discernimiento y respóndelas en tu diario y en conversación con otras personas.

¿Lo que oyes te orienta hacia Jesús y le da gloria?

¿Es coherente lo que oyes con el carácter de Dios revelado en Jesús?

¿Testifica el Espíritu Santo a tu corazón que lo que estás oyendo es la verdad?

¿Qué opinan de lo que oyes las personas en las que confías que oyen el corazón de Dios?

¿Hará esto que te parezcas más a Jesús o menos? ¿Qué tipo de fruto producirá esto en tu vida?



Oyendo el corazón de Dios por el mundo

Justicia profética

*¿No consiste, más bien, el ayuno que yo escogí,
en desatar las ligaduras de impiedad, en soltar
las ataduras del yugo, en dejar libres a los
quebrantados y en romper todo yugo? ¿No consiste
en compartir tu pan con el hambriento y en llevar
a tu casa a los pobres sin hogar? ¿No consiste en
cubrir a tu prójimo cuando lo veas al desnudo,
y en no esconderte de quien tu propia carne?*

— ISAÍAS 58:6-7

Hace varios años, durante la segunda administración de Obama, yo estaba hablando en una conferencia sobre el Espíritu Santo, y compartí acerca de lo que Dios estaba haciendo en mi trabajo con Tierra Nueva entre los que han

sido impactados por la inmigración, el encarcelamiento y la adicción. Después de mi conferencia, se me acercó un hombre mayor que se sintió ofendido por mi referencia a la justicia social como parte de la obra del Espíritu Santo. Consideraba que el término “justicia social” formaba parte de la agenda partidista progresista y, por tanto, no tenía cabida en la enseñanza de la Biblia. Esta interacción pone de relieve cómo, cuando hablamos del Espíritu Santo y de escuchar el corazón de Dios, podemos centrarnos en la *profecía personal*, o el don de profecía, y pasar por alto la *profecía social*, que incluye el llamado a hablar y trabajar por el corazón de Dios por la justicia.

Cuando tratamos de escuchar el corazón de Dios por el mundo, no tenemos que leer mucho en la Biblia antes de toparnos con la particular preocupación de Dios por los pobres, los oprimidos, los huérfanos, las viudas, los extranjeros, los forasteros y los excluidos; aquellos que, como dice el teólogo Howard Thurman: “están de espaldas contra la pared”¹. La *predisposición* de Dios por los pobres está grabada en la Ley y ratificada en los profetas.

A menudo espiritualizamos las enseñanzas y el ministerio de Jesús, como si su principal objetivo fuera salvarnos y llevarnos al cielo. Pero Jesús mismo habla en términos muy concretos de cómo sería establecer su reino justo en la tierra.

En *A Farewell to Mars: An Evangelical Pastor's Journey Toward the Biblical Gospel of Peace*, Brian Zahnd habla del

1 Howard Thurman, *Jesus and the Disinherited* (Boston: Beacon Press, 1976), 1.

reto que supone creer en Jesús cuando se trata de su teología política:

Nuestra experiencia personal con el Reino de Dios (incluido el perdón) es nuestra experiencia personal de salvación, pero el Reino de Dios es mucho más grande que nuestra experiencia personal del mismo[...] . Una vez que observas que Jesús tiene su propia agenda política, su propia visión para ordenar la sociedad humana, sus propios criterios para juzgar a las naciones, entonces es imposible entregar tu corazón a la política partidista basada en el poder, en ganar a toda costa, que reclama nuestra lealtad.²

Esto lo vemos cuando Jesús esboza sus criterios proféticos para el juicio final en Mateo 25, que parecen no decir nada sobre hacer la oración del pecador para poder entrar en el cielo:

Entonces dirá [el Señor] también a los de su izquierda: “Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; fui forastero, y no me recibieron; estuve desnudo, y no me vistieron; enfermo y en la cárcel, y no me visitaron”.

2 Brain Zahnd, *A Farewell to Mars: An Evangelical Pastor's Journey Toward the Biblical Gospel of Peace* (Colorado Springs: David C. Cook, 2014), 154–55.

Entonces les responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?”.

Entonces les responderá diciendo: “De cierto les digo, que en cuanto no lo hicieron a uno de estos más pequeños, tampoco lo hicieron a mí”. (Mt 25:41–46).

En mi propia jornada de fe, a menudo he pasado por alto o me he perdido completamente estas porciones de las Escrituras que elevan a los oprimidos porque no hablan directamente de mi lucha personal; o las he evitado por culpa y vergüenza, y por temor al costo.

Cuando Jesús declara: “¿Qué difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!” (Mr 10:23), está reconociendo que muchos de los que buscan seguirle se han beneficiado de los sistemas del mundo que han oprimido a otros. Sin embargo, es muy fácil que nuestros filtros familiares y culturales nos impidan escuchar lo que Dios nos dice en la Biblia —y nos ha estado diciendo todo el tiempo— sobre la justicia y la equidad para *todos*. Cuando nos encontramos con este costoso llamado a seguir el camino de Jesús, podemos tener la tentación de cerrar nuestros oídos y endurecer nuestros corazones para no tener que escuchar lo que está en el corazón de Dios.

Mi camino hacia el corazón de Dios por la justicia

Antes de esa conferencia, en 2007, cuando me enteré de que mi puesto de pastor asociado en una iglesia presbiteriana

convencional de Seattle estaba siendo reducido, varios amigos me sugirieron que me pusiera en contacto con Bob Ekblad porque estaba explorando la intersección de la justicia social con la obra de empoderamiento del Espíritu Santo. Así que, un miércoles lluvioso por la tarde, me dirigí al norte, a Burlington, donde Bob y su esposa, Gracie, compartieron su experiencia, que comenzó con su trabajo entre los *campesinos* pobres de la región montañosa del centro de Honduras a principios de los años ochenta, hasta llegar al estado de Washington en 1994, donde pusieron en marcha Tierra Nueva del Norte, un ministerio entre la comunidad de trabajadores agrícolas inmigrantes, y Bob se convirtió en capellán de la cárcel del condado de Skagit. Mientras Bob y Gracie acompañaban a las personas que estaban en sistemas opresivos y adicciones, me contaron que se sintieron completamente abrumados por la necesidad y clamaron a Dios: “¿Existe un evangelio que tenga el poder de *salvar*?”. Al borde del agotamiento, se preguntaban si habría un evangelio que marcara la diferencia en *esta* vida y no sólo en la siguiente.

Mientras seguían clamando a Dios por un evangelio que pudiera salvar a los adictos y reclusos a los que acompañaban a través de Tierra Nueva, Bob y Gracie asistieron a una conferencia en la Toronto Airport Christian Fellowship (Fraternidad Cristiana del Aeropuerto de Toronto). Al final de una de las sesiones, Bob esperó en una fila de personas para recibir oración. Un joven de Inglaterra se acercó a Bob y comenzó a orar, luego tocó ligeramente con sus dedos el pecho de Bob y le dijo: “Te veo en una habitación

con sillas de plástico azules y hombres con overoles rojos”, (una descripción exacta del salón de la cárcel del condado de Skagit donde Bob dirigía los estudios bíblicos), “y oigo al Padre decir: ‘Me encanta cómo amas a mis presos’”.

Escuchar “proféticamente” que estos presos eran vistos y amados por Dios abrió el corazón de Bob, y el joven continuó diciendo que Dios derramaría su Espíritu Santo con un poder fresco y le daría a Bob una nueva visión de las Escrituras que haría arder los corazones de estos queridos presos con palabras proféticas y sanidad. Cuando Bob y Gracie recordaron este encuentro, compartieron cómo ésta era la *buena noticia* que habían estado buscando: un evangelio que combinaba el poder profético del Espíritu Santo con el corazón de Dios por la justicia social.

Al escuchar su historia, me di cuenta de que había pasado muchos años en una obediencia seca, sin experimentar el verdadero corazón de Dios para mí ni la bondad de su presencia. En medio de mi transición para dejar de ser pastor en una iglesia presbiteriana tradicional, me sentí sediento del derramamiento del Espíritu Santo que podía ver que estaba empoderando a Bob y Gracie.

Sintiendo la invitación a venir y ver, mi esposa y yo asistimos a una clase impartida por Bob titulada “Éxodo y liberación”, que él ofrecía a través del Seminario de los Pueblos de Tierra Nueva. Mientras Bob guiaba nuestra clase a través de Éxodo 1, reveló cómo Dios se alinea con los oprimidos y los más vulnerables en lugar de hacerlo con los que tienen el poder (el Imperio y sus sistemas de opresión). También destacó cómo Dios bendijo a las parteras

hebreas por su resistencia a las órdenes del Imperio, que les ordenaba matar a todos los niños hebreos varones. Cuando se trata de oprimir a las personas, ¡Dios no es un Dios de “la ley y el orden”!

En Éxodo 2, Bob llamó nuestra atención sobre la palabra hebrea *ra'ah*, que aparece a menudo y puede traducirse como “ver”. A lo largo del Éxodo, esa capacidad de ver que implica *ra'ah* conduce a acciones de resistencia y liberación. Por ejemplo, la madre de Moisés “*viendo* que era hermoso, lo escondió por tres meses” (Ex 2:2). La hija del Faraón “*vio* la cestilla entre los juncos y mandó [...] que la trajera” (2:5). Cuando abrió la cestilla, “*vio* al niño [...] Le tuvo compasión” (2:6). Luego, el joven Moisés “*vio* a un egipcio golpeando a un hebreo y [...] mató al egipcio” (2:11-12). Y “Dios *miró* [el sufrimiento de] los israelitas y los tuvo en cuenta” (2:25).

Este tema de *ver* continúa en Éxodo 3. En el desierto, mientras cuidaba las ovejas, Moisés *ve* la zarza ardiente y dice: “Me acercaré ahora para *ver*” (3:3). Cuando Moisés se detiene para *ver* por qué arde la zarza pero no se consume, se encuentra con Dios, que le habla de la preocupación que ha estado ardiendo en el corazón de Moisés desde que era un niño: “Y el Señor dijo: ‘Ciertamente he *visto* la aflicción de mi pueblo” (3:7), y “además he *visto* la opresión con que los egipcios los oprimen” (3:9). Como resultado de todo este *ver*, Dios declara: “Ahora pues, ven y te enviaré a Faraón, para que saques a mi pueblo, a los Israelitas, de Egipto” (3:10).

Ver la opresión y la injusticia es el primer paso para conectarnos con el corazón de Dios para la justicia profética (la profecía social), que es una preocupación central del Antiguo Testamento y también del ministerio de Jesús. En esta tradición profética, el papel principal del profeta es *decir* la palabra del Señor (la verdad del corazón de Dios) a los poderosos que oprimen a los pobres y vulnerables.

Los que hemos crecido en la iglesia y la sociedad dominantes a menudo pasamos por alto estos pasajes de la Biblia, o tendemos a pensar que *nosotros* somos los oprimidos. Aunque todos hemos experimentado sufrimiento, penurias y traumas (y Dios quiere encontrarnos en esos lugares y traernos sanidad), la realidad es que, para muchos de nosotros, *nuestro* lugar en el sistema tiene más en común con los egipcios, que se beneficiaron de las políticas del Faraón, que con los hebreos oprimidos y marginados. Pero cuando leemos la Biblia únicamente para nuestros devocionales personales y en nuestras burbujas culturales, es muy difícil *ver* esto. Moisés tuvo que caer de su posición de poder y privilegio antes de poder *ver*. Y yo tuve que dejar mi iglesia dominante de clase media y venir a Tierra Nueva antes de poder empezar a *ver*.

En el Capítulo 10, “Escuchando el corazón de Dios en favor de los demás: colaboración y profecía”, analizamos tres niveles de exploración profética: *revelación*, *interpretación* y *aplicación*. Bob Ekblad identifica estos niveles con tres acciones: “*ver*, *juzgar* y *actuar*”. Dice que este “acercamiento estructurado al estudio bíblico contextual [...] comenzó en América Latina en la década de 1960 y se ha

extendido por todo el mundo, sobre todo en las comunidades católicas romanas”.³

El acto de *ver* es el punto de partida, donde Dios se comunica por primera vez con nosotros.

Durante la clase de Bob sobre el Éxodo, nos guio a través de un ejercicio sobre un lugar de encuentro, estableciendo una conexión entre nuestra comunicación con el Espíritu Santo y el corazón de Dios para la liberación de justicia social.

Mientras me imaginaba encontrándome con Jesús en uno de mis lugares favoritos (un arroyo en lo alto de las montañas Cascade, al este de mi casa), sentí que me esforzaba para *hacer* que algo sucediera. En medio de esta lucha, Bob preguntó: “Jesús, si hay un lugar en el que quieres encontrarlos aparte del que ellos han elegido, ¿los llevarías allí ahora?”. Inmediatamente, me vi en un enorme basurero, donde innumerables personas rebuscaban entre los desperdicios. Bob continuó: “Si Jesús te lleva a un nuevo lugar, pregunta: ‘¿Por qué aquí?’”

Así que pregunté: “¿Por qué *aquí*, Jesús?”

Oí: “Quiero que *veas*”.

Este ejercicio me lanzó a un mundo de *nuevas formas de ver*, y mientras seguía la senda de mi liberación espiritual en curso, Dios me trajo a esta comunidad para que pudiera empezar a ver cómo la profecía personal podía combinarse con la profecía de la justicia social para proclamar el corazón de Dios en cuanto a la *salvación* de los pobres y

3 Bob Ekblad, *Guerrilla Gospel: Reading the Bible for Liberation in the Power of the Spirit* (Burlington, WA: The People’s Seminary Press, 2018), 59.

marginados. Estudiando la Biblia con Bob, aprendí que la palabra griega *sozo*, que se traduce como “salvar”, también significa rescatar, sanar, liberar, transformar. Esta forma más amplia de comprender la salvación era una buena noticia que podía marcar la diferencia en *esta vida* y no sólo en la próxima. Empecé a *ver* cómo las buenas nuevas de la salvación de Cristo tenían el poder de rescatar, sanar, liberar y transformar a quienes habían pasado gran parte de sus vidas “de espaldas a la pared.”⁴

Diciendo la verdad a los poderosos

Al escuchar el corazón de Dios, inevitablemente oiremos el clamor de los excluidos y los oprimidos, de la viuda y el huérfano, y empezaremos a sentir dolor juntamente con Dios por la justicia y la rectitud (en hebreo y griego, estas dos palabras son las mismas). A lo largo del Antiguo Testamento y durante la época de Jesús, el papel del profeta era pronunciar la palabra del Señor para desafiar a los dirigentes políticos y religiosos de Israel en relación con su opresión y exclusión de los pobres y los marginados.

Si bien los profetas llamaban a la gente a arrepentirse del pecado personal, se preocupaban más por los sistemas de opresión, y se enfrentaban a las personas que se beneficiaban de esos sistemas. Isaías nos da un ejemplo:

¡Ay de los que emiten decretos inicuos y publican edictos opresivos! Privan de sus derechos a los

4 Howard Thurman, *Jesus and the Disinherited* (Boston: Beacon Press, 1976), 1.

pobres, y no les hacen justicia a los oprimidos de mi pueblo; hacen de las viudas su presa y saquean a los huérfanos (Is 10:1-2, NVI).

En los reinos de Israel y Judá, profetas como Isaías fueron llamados por Dios para hablar y desafiar al liderazgo “ungido”. Estos profetas eran la encarnación humana del corazón de Dios, e intervenían en los asuntos políticos y religiosos de la nación denunciando las injusticias.

Al mismo tiempo, había “profetas de la corte” que formaban parte de la administración gobernante en las cortes de los reyes. En el Antiguo Testamento se les suele llamar “falsos profetas” porque sólo decían a los reyes lo que querían oír, apoyando sus políticas egoístas y sus idolatrías, diciendo “Paz, paz, cuando en realidad no hay paz” (Jer 6:14; 8:11; Ez 13:10, 16). Estos profetas de la corte eran esencialmente “sumisos”.

Pero los profetas de Yahvé eran alborotadores políticos, rechazados y perseguidos porque “la palabra del Señor” que escuchaban y pronunciaban a menudo desafiaba a los poderes gobernantes, exponiendo los sistemas de opresión y criticando a quienes se beneficiaban de ellos. Los profetas de Yahvé no profetizaban según la política del grupo gobernante y no se sentían cómodos en los tribunales del rey. Aunque leemos estos textos proféticos como la palabra inspirada de Dios y los tenemos en alta estima, a menudo olvidamos que los profetas fueron despreciados y rechazados por la cultura religiosa y política dominante porque desafiaban el statu quo.

La tradición profética del Nuevo Testamento comienza con el último de los profetas del antiguo pacto, Juan el Bautista, que fue arrestado y ejecutado por hablar claro, y luego presenta a Jesús, que es *el Profeta*. Aunque Jesús abordó el pecado y el quebrantamiento con compasión, habló directamente de los problemas de injusticia dentro de la sociedad judía, desafiando a los líderes religiosos por no conocer el corazón de Dios para el pueblo de Israel: “Pero ¡ay de ustedes, Fariseos! Porque pagan el diezmo de la menta y la ruda y toda clase de hortaliza, y sin embargo pasan por alto la justicia y el amor de Dios; pero esto es lo que debían haber practicado sin descuidar lo otro” (Lc 11:42).

Jesús dirige su crítica profética a los líderes *religiosos* del pueblo de Dios, porque tergiversaban el corazón de Dios mediante un legalismo duro e hipocresía. Aunque Jesús no critica explícitamente a Roma (los opresores políticos de su tiempo), su teología política de un nuevo reino con un nuevo rey amenazaba claramente al Imperio Romano, ya que el Estado conspiró con los dirigentes judíos para que Jesús fuera ejecutado.

En el evangelio de Marcos, nos enteramos de que, después de que Jesús sanara al hombre de la mano seca en el día de reposo, “los Fariseos salieron, enseguida comenzaron a tramar con los Herodianos en contra de Jesús, [conspirando] cómo lo podrían destruir” (Mr 3:6). Los fariseos eran líderes religiosos y los herodianos eran políticos seculares. En el Evangelio de Lucas, después de que los soldados de Herodes se burlaran y maltrataran a Jesús, nos enteramos de que: “Aquel mismo día Herodes y Pilato se

hicieron amigos, pues antes habían estado enemistados el uno con el otro” (Lc 23:12).

La crítica profética de Jesús nos llama a seguirle, advirtiéndonos de que correremos la misma suerte:

“Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados serán cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de mí. Regocíjense y alégrense porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de ustedes” (Mt 5:10-12).

Este pasaje no se refiere a la persecución simplemente por lo que *creemos* acerca de Jesús (por ejemplo, Hijo de Dios, Salvador, etc.), sino por proclamar proféticamente un reino diferente y a Jesús como el nuevo rey que desafiará los valores y sistemas de los imperios y las estructuras religiosas, al igual que los profetas que nos precedieron.

En *Sinners in the Hands of a Loving God* [*Pecadores en manos de un Dios amoroso*], Brian Zahnd señala:

La contención de Dios con el imperio es uno de los temas principales de la Biblia. Desde Egipto y Asiria hasta Babilonia y Roma, los profetas critican constantemente al imperio como un desafío directo a la soberanía de Dios. Esta tradición profética de crítica al imperio alcanza su cúspide en el libro del

Apocalipsis [...] Juan quiere que sus lectores, a los que teme que se estén deslizando hacia una complacencia complaciente con Roma, recuerden que Roma no es mala sólo cuando persigue a los cristianos, sino que Roma siempre es mala por su idolatría y su injusticia.⁵

¿Cuál es el lado de Dios?

Quienes intentan proclamar a la iglesia, al gobierno, a la nación y al mundo lo que está en el corazón de Dios con respecto a la justicia no deben estar adscritos a ningún partido, como si un partido en particular representara la agenda de Dios en la tierra. Jesús no está del lado de los líderes religiosos (fariseos o saduceos), ni de los políticos (herodianos o romanos), y no habla en nombre de la derecha o de la izquierda. Más bien, Jesús *revela* el corazón de Dios más claramente cuando se solidariza *con* los pobres y los oprimidos.

El pastor Rich Villodas guía a su iglesia a través del proceso de elegir un bando: “La iglesia no debe encontrarse en el centro de un mundo político de izquierda/derecha. La iglesia debe ser una especie de su propia clase, confundiendo la izquierda, la derecha y el llamado centro, y encontrando su identidad en el “centro” de la vida de Dios”.⁶

Bob me dice a menudo que uno de los mayores peligros de nuestro tiempo es la alineación de los movimientos

5 Brian Zahnd, *Sinners in the Hands of a Loving God* (New York: Waterbrook, 2017), 156–57.

6 Rich Villodas, Instagram post, February 8, 2023, énfasis añadido. Accedido en línea: <https://www.instagram.com/p/CoaJKIZOwwJ/>

proféticos con los movimientos políticos, que luego afirman que lo que sea que esté haciendo su bando político es la encarnación del reino de Dios. Considera extremadamente peligrosa la implementación de alguna ley o agenda como encarnación del reino, ya que la tradición profética no es ni liberal ni conservadora. Destaca que “parte del papel profético actual debería incluir criticar la confabulación cristiana con los poderes políticos de ambos lados”.

En los Estados Unidos, el actual ambiente político y religioso no deja lugar a la crítica ni al desacuerdo en ninguno de los bandos. Los republicanos evangélicos y “carismáticos proféticos” declararon que Donald Trump era el elegido de Dios, que devolverá a la nación a sus “fundamentos bíblicos”. O apoyas a Trump y a su agenda o te pintan como un socialista ateo que odia a los Estados Unidos. Los demócratas y los progresistas a menudo exaltan una “consciencia” (“*wokeness*” en inglés) en relación con cuestiones de justicia social, imponiendo un moralismo igualmente pesado que te “cancela o anula” si no estás de acuerdo con todos los aspectos de su visión. Ninguna de las partes deja espacio para cuestionar o discrepar de las distintas partes de sus programas. Tienes que aceptarlo todo, o te expulsan y te cancelan o anulan.

Sin embargo, ¡no hay ningún partido político que represente el reino de Dios o exprese el corazón de Dios! Por lo tanto, no hay partido puro, ni voto limpio. Durante las elecciones de 2016, uno de mis amigos conservadores “proféticos” me envió un artículo de la revista *Charisma* que decía que había un principado demoníaco detrás del

partido demócrata. Le respondí diciendo: “¡Claro que lo hay! Pero te engañas a ti mismo si crees que no hay uno detrás del partido republicano también”.

Brian Zahnd cuestiona la idea de que algún partido político pueda representar a Jesús, argumentando que “esto plantea la pregunta de por qué los cristianos se preocupan tanto por saber cuál de los dos bandos tiene más representantes en el Congreso, cuando todo el sistema es incapaz de poner en práctica lo que Jesús enseñó” sobre la no violencia y el amor al enemigo.⁷

Bob Ekblad asume este reto y nos anima a “pensar las cosas de forma distinta a la del mundo y las diversas culturas y maneras de educarnos que nos han moldeado, y que nos han dado filtros idolátricos. Queremos llamar a la iglesia a salir de Babilonia y dar testimonio de una realidad alternativa. Tenemos que reflexionar sobre nuestra forma de pensar. ¿De dónde proceden nuestros valores? Necesitamos informarnos desde arriba e informarnos con precisión desde abajo”.⁸

Muchas voces proféticas de la iglesia pueden ser de gran ayuda hoy. Voces proféticas como el Dr. Jemar Tisby, Kristin Kobes Du Mez, Brian Zahnd, y Shane Claiborne hablan de la confabulación de la iglesia occidental con la visión del sueño americano llamado “nacionalismo cristiano”.⁹ Craig Greenfield, activista neozelandés y fundador

7 Zahnd, *Farewell to Mars*, 108.

8 Bob Ekblad, “Prophetic Discernment & Response: the Politics of God vs. Human,” The Peoples Seminary, May 31, 2021.

9 Para más información sobre este tema, véase Greg Boyd, *Myth of a Christian Nation*, Brian Zahnd, *Postcards from Babylon: The Church in American Exile*, and William Stringfellow, *An Ethic for Christians & Other Aliens in a Strange Land*.

de “Alongsiders International”, un movimiento juvenil de base que trabaja en 21 países, habla proféticamente del corazón de Dios por los pobres y los desamparados cuando dice: “Si tu cristianismo no se planta firmemente en el campo de los oprimidos, tu cristianismo está estorbando el camino de Dios”.¹⁰

Voces proféticas afroamericanas, como James Baldwin, Howard Thurman, James Cone, el Dr. Jemar Tisby, el Dr. Esau McCaulley, Bryan Stevenson, Brenda Salter-McNeil, Michelle Alexander, Isabel Wilkerson, Dante Stewart y muchos otros han expresado el corazón afligido de Dios en nombre de la actual experiencia afroamericana de racismo sistémico y supremacía blanca en la aplicación de la ley, las sentencias y el encarcelamiento, los servicios sociales, la educación, el empleo, la vivienda y todos los aspectos de la vida.

¿Cómo podemos responder?

Hay tantas personas en tantos lugares clamando por justicia en el mundo: refugiados e inmigrantes, personas atrapadas en el tráfico sexual y la esclavitud, personas que siguen sufriendo el racismo y la supremacía de la raza blanca, indigentes, adictos y enfermos mentales, personas atrapadas en la cadena que va de los hogares de acogida a la cárcel, personas que esperan justicia en un sistema de “justicia” sesgado, y muchos más. Si queremos *oír* el corazón de Dios

¹⁰ Craig Greenfield, “@craigasauros,” Instagram post, October 8, 2021. Accedido en línea: <https://www.instagram.com/p/CuygzfEBzNn/>.

para los que claman por justicia, es fácil que nos sintamos abrumados por todo lo que *vemos*.

Si queremos oír la plenitud del corazón de Dios, tenemos que salir de nuestras burbujas culturales y relacionarnos con personas que son diferentes a nosotros: privilegiados y pobres, personas marginadas y regulares, personas de color y blancas. Bob señala que el profeta es “el testigo de primera línea” de la opresión y nos anima a “hablar directamente de lo que vemos siempre que sea posible. Necesitamos informarnos estando en relación con quienes viven en la Lucha”.¹¹

Si nuestras vidas han estado en gran medida libres de opresión, necesitamos pedir al Señor que nos dé ojos para ver a los que están siendo oprimidos a nuestro alrededor. Y luego tenemos que orar para que Dios nos guíe hacia *personas de paz* (cf. Mt 10:11; Lc 10:6), que puedan acompañarnos a las comunidades que luchan por nuestra liberación mutua. Cuando tengamos relaciones costosas con quienes están “con la espalda contra la pared”¹² podremos escuchar y discernir cómo nos invita Dios a *responder* a lo que vemos.

Al principio de mi tiempo con Tierra Nueva, cuando Dios me estaba dando nuevos ojos para ver, conocí a Ramón, un expandillero latino. Un día Ramón vino en busca de oración y nuestro capellán de pandillas me invitó a orar con ellos. Ramón me contó sobre la violencia y el

11 Bob Ekblad, “Prophetic Discernment & Response: the Politics of God vs. Human,” The Peoples Seminary, May 31, 2021.

12 Howard Thurman, *Jesus and the Disinherited*, 1.

trauma que había experimentado de niño y que lo llevaron a las calles, y cómo su mejor amigo había muerto en sus brazos en un tiroteo. Habló de cómo, mientras estaba en la cárcel, Dios lo llevó a perdonar a los que habían matado a su amigo. Mientras escuchaba a este joven dolido, mi corazón se rompió, y mis prejuicios fueron rápidamente superados por la compasión. Dios me dio una nueva mentalidad sobre aquellos que estaban involucrados en pandillas y cumpliendo tiempo en la cárcel. Aunque en nuestro caminar juntos pastoreé a Ramón en la fe cristiana, él me enseñó mucho más acerca de seguir a Jesús mientras demostraba un corazón que estaba dispuesto a hacer el duro trabajo de perdonar a aquellos que le habían hecho daño y amar a sus enemigos. Ramón es una *persona de paz* que me ayudó a ver.

Por eso, aunque empezamos por *ver*, también tenemos que discernir *lo que* vemos y cómo nos invita Dios a *responder* a lo que vemos. Porque *ver* no conduce necesariamente a *discernir* cómo responder con el corazón de Dios. Moisés *vio* la injusticia del egipcio que golpeaba al hebreo, pero *respondió* de una manera que no formaba parte de la intención de Dios. En lugar de esperar a discernir cómo Dios le invitaba a *responder*, se enfureció y mató al egipcio. Cuando buscamos el corazón de Dios en cuestiones de justicia, tenemos que *esperar* a escuchar cómo nos invita a *ver*, *juzgar* y luego *actuar*.

En medio de todo lo que vemos, puede ser difícil discernir cómo responder, porque rápidamente podemos sentirnos abrumados. Por eso, cuando empiezo a

sentirme inmovilizado, suelo orar: “Jesús, ¿qué es lo que aflige tu corazón que quieres que yo vea? ¿Y cómo me invitas a responder?”

He descubierto que cuando Dios me muestra una cosa de su corazón, no me siento tan abrumado. Además, *nunca* me invita a responder siendo un profeta de sillón, opinando sobre todos los temas desde mi púlpito de Facebook de forma que me cueste muy poco. Porque siempre que escuchamos el corazón de Dios para el mundo y discernimos cómo se nos invita a responder, es probable que la invitación sea muy costosa, porque estamos siguiendo el camino de Jesús, que nos enseñó que “no hay un amor más grande que el dar la vida por los amigos” (Jn 15:13, NTV).

Activación

Tómate un momento para aquietarte, enfocándote en tu respiración. Si te sientes agitado, presta atención al lugar de tu cuerpo donde lo sientes. Pon tu mano allí y respira lentamente, invitando a la presencia de Jesús en ese lugar.

Oración de respiración

Jesús, llévame más profundo en tu corazón de justicia.

Ejercicio del lugar de encuentro

Este también es un ejercicio importante que debe realizarse en nuestra comunidad de fe, para que escuchemos el corazón de Dios por la misión y la justicia, y no simplemente reaccionemos al último tema).

Después de pasar varios minutos en la oración de respiración, invita a Jesús a que te lleve a un lugar donde quiera encontrarse contigo. Si te sorprende este lugar de encuentro, pregúntale: *¿por qué aquí?*

Ahora invita a Jesús a que te muestre algo en tu comunidad o nación que entristezca el corazón de Dios.

Cuando veas este dolor, pregunta: *¿Por qué te aflige? ¿Cómo quieres que responda?*¹³ *¿Hay alguna persona de paz que pueda acompañarme?*

13 Adapted from Eden & Brad Jersak, *Rivers From Eden: 40 Days of Intimate Conversation with God* (Abbotsford, BC: Fresh Wind Press, 2004), 85.

Puedes concluir este ejercicio con la siguiente oración:

Señor, muéstrame cómo puedo ir más allá de leer y hablar sobre esto y pasar a la acción para marcar la diferencia con los que sufren [...] Ayúdame a renunciar a mis ingeniosas razones para resistirme a Tus caminos y a entrar en la libertad y la aventura de la obediencia.¹⁴

14 Lectio 365 app, “Love in Practice” devocional de la mañana, 27 de Mayo, 2021.



Hacia adelante



Obstáculos para escuchar el corazón de Dios

*Ciertamente el Señor está en este
lugar y yo no lo sabía.*

—GÉNESIS 28:16

En el libro *Sonship* [*Filiación*], James Jordan declara que el 100% del amor del Padre se derrama sobre nosotros, y luego se pregunta: *¿por qué no lo experimentamos más?* Continúa observando cómo “hay bloqueos en nuestro interior que impiden que esa realidad se convierta en nuestra vida”,¹ pues esos obstáculos nos impiden experimentar la plenitud del amor de Dios. Entonces Jordan sugiere que si el “amor mismo de Dios nos transforma”,² tal vez “la clave del crecimiento espiritual” sea, como dice el autor de

1 James Jordan, *Sonship: A Journey Into the Father's Heart*, (Taupo, New Zealand: Tree of Life Media, 2012), 42.

2 James Jordan, *Sonship*, 42.

la carta a los Hebreos, que nos “despojemos también de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve” (Heb 12:1), para que podamos hacer espacio para recibir el derramamiento constante del amor de Dios. Así como todos tenemos barreras para *recibir* la plenitud del amor de Dios, también tenemos obstáculos en nuestro interior que nos impiden *escuchar* el corazón de Dios.

Obstáculos mentales

Nuestros obstáculos mentales están influenciados y moldeados por muchas cosas, pero hay mensajes que muchas veces nos repetimos y que obstaculizan nuestro crecimiento espiritual, como por ejemplo: Dios *no* habla, o Dios *no me* habla.

Estas mentalidades se forman en una etapa temprana de nuestras vidas por nuestras experiencias y por las personas que tienen autoridad en nuestras vidas. Influyen en lo que creemos, en cómo lo vivimos y en el fruto que podemos gozar y experimentar. En el capítulo 4, “Teología del corazón”, hablé de la manera en que las *mentiras proyectadas* y las *mentiras de supervivencia*³ han sido reforzadas con tanta frecuencia que empiezan a *parecernos* verdaderas, y por eso pueden influir en nuestra forma de vivir. Estos mensajes engañosos son como raíces en nuestra mente, que producen el fruto de nuestras creencias sobre nosotros mismos, sobre Dios y sobre el mundo que nos rodea.

3 Véase Michael Dye and Patricia Fancher, *The Genesis Process* (1998/2007), 40–45.

Las *mentiras proyectadas* son los mensajes que nos dijeron personas con autoridad en nuestras vidas, como: “Eres tonto”, “Nunca llegarás a nada”, “Eres víctima” o “Dios no habla”.

Las *mentiras de supervivencia* son los mensajes con los que hemos llegado a estar de acuerdo para dar sentido a nuestras experiencias negativas, que pueden incluir: “Siempre me rechazarán”, “Nunca me sale nada bien”, “No puedo confiar en nadie” o “Dios no *me* habla”.

Para ayudar a contrarrestar estas mentiras, veamos lo que la Biblia tiene que decir acerca de cómo nuestras mentes pueden ser *transformadas* por las Escrituras.

Renovando tu mente

En la carta de Pablo a los Romanos, nos dice que no somos transformados esforzándonos por cambiar, sino *renovando* nuestras mentes mediante “el culto racional”:

Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable (agradable) a Dios, que es el culto racional de ustedes. Y no se adapten (no se conformen) a este mundo, sino *transfórmense mediante la renovación de su mente*, para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno y aceptable (agradable) y perfecto. (Rom 12:1-2; énfasis añadido)

Cuando nuestras mentes se renuevan al contemplar la misericordia de Dios sin límites, seremos transformados y nuestras vidas darán nuevos frutos. Podemos renovar nuestras mentes ofreciéndonos plenamente a Dios, renunciando a todas nuestras ideas limitadas sobre el modo en que Dios actúa y se comunica con nosotros. Además, Pablo dice que no debemos adaptarnos a la forma del mundo, pues éste tiene ideas aún más limitadas o sesgadas sobre quién es Dios y cómo actúa en el mundo. Más bien, podemos renovar nuestra mente meditando en las promesas de Dios y en la verdad de su Palabra.⁴

Fortalezas mentales

En la segunda carta de Pablo a los Corintios, describe nuestras mentalidades profundamente arraigadas como “fortalezas”:

Las armas con las que luchamos no son las de este mundo, sino las poderosas armas de Dios, capaces de destruir fortalezas y de desbaratar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y de llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. (2Co 10:4-5)

Una fortaleza es cualquier creencia, argumento o forma de pensar que tiene un *fuerte control* sobre nosotros: “toda fantasía engañosa que se opone a Dios y [...] toda

4 Para repasar las promesas de las Escrituras sobre cómo nos habla Dios, véase el capítulo 7, “Tu corazón ya escucha”.

actitud que se levanta en desafío del verdadero conocimiento de Dios” (*The Passion Translation*). Estas fortalezas incluyen todas las “barreras” que hemos “erigido contra la verdad de Dios” (*The Message*).

Necesitamos reconocer estas fortalezas e invitar al Espíritu Santo a escudriñarnos y revelar estos obstáculos a la luz de Jesús, que es la Verdad. Una vez que hemos reconocido estas falsas creencias ante Cristo, podemos invitar al Espíritu Santo a que nos revele la verdad sobre Dios. Este proceso puede implicar la confesión y el arrepentimiento de las falsas creencias, por lo que necesitaremos el acompañamiento y la oración de otras personas mientras buscamos ser liberados de estas fortalezas.

Para dar un ejemplo de mi propia historia, he luchado durante mucho tiempo con una *mentira de supervivencia* que a menudo ha filtrado falsamente lo que creo que Dios me está diciendo.

Durante más de nueve años, me he reunido con varios hombres como parte de un grupo de recuperación. Cuando empezamos a trabajar en nuestras áreas personales de recuperación,⁵ me encontré con algunas mentiras proyectadas y de supervivencia que estaban afectando a mi sentido de identidad.

Cuando nos invitaron a elegir la mentira que nos parecía más fuerte, dije: “No tengo lo que se necesita”. Después de decir esta mentira en voz alta, se nos invitó a cada uno a calificar la fuerza de esta creencia en una escala del uno

5 Para más información sobre Genesis Process, véase Michael Dye, *The Genesis Process for Change Groups* (2012).

al diez. Esta mentira me pareció un siete. Luego se nos invitó a entrar en la presencia de Dios y a decirle la mentira. Después de enfocarme en Jesús en ese espacio tranquilo, sentí que entraba en una especie de sala del trono, con Dios Padre sentado en el trono frente a mí, Jesús sentado a su derecha y el Espíritu Santo de pie a mi lado.

Después de decir esta mentira en voz alta: “No tengo lo que se necesita”, comencé a reír. Porque enseguida me di cuenta: “¡Por supuesto, no tengo lo que se necesita! ¡Solo tú, Dios, tienes lo que se necesita!”

Entonces sentí que Dios me decía: “La mentira no es, ‘no tienes lo que se necesita’, sino la creencia en tu propia *autosuficiencia*. Yo no te creé para que fueras autosuficiente. Te creé para que dependieras de mí y de los demás. El enemigo ha tomado esta verdad y le ha atribuido vergüenza”.

“¿Cuál es la verdad?”, pregunté.

Tres pasajes bíblicos vinieron a mi mente: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4:13); “Hijo mío, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo” (de la historia del hijo pródigo en Lucas 15:31); “el que no negó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos, ¿cómo no nos dará también junto con Él todas las cosas?” (Ro 8:32).

Dios me había dado tres verdades para contrarrestar esta mentira de supervivencia sobre mi propia autosuficiencia: *todo lo puedo en Él; todo lo que es suyo es mío; Él generosamente me da todas las cosas*.

Sigo aferrándome a estas verdades bíblicas cada vez que se levanta la mentira de mi autosuficiencia. Con el

tiempo, estas verdades están renovando mi mente y transformando mi vida.

Selah

Tómate un momento para reflexionar sobre una falsa creencia que pueda estar impidiéndote escuchar el corazón de Dios. En la activación al final de este capítulo, volveremos a esta fortaleza y la traeremos a la luz de Jesús, invitando al Espíritu Santo a darte verdades de las Escrituras que puedan contrarrestar esta mentira proyectada o de supervivencia.

Obstáculos teológicos

Tu forma de pensar sobre cómo Dios te habla (o no) también está relacionada con la tradición teológica o la cultura tácita de la iglesia que ha dado forma a tu fe. Algunas tradiciones teológicas utilizan argumentos no tanto de las Escrituras sino del deseo de explicar la falta de experiencia, como “el Espíritu Santo no está activo hoy” o “Dios sólo nos habla a través de la Biblia”.

Por ejemplo, el pastor principal de la iglesia Presbiteriana a la que asistía cuando tenía veinte años solía decir que “el Espíritu Santo es el socio silencioso en la Trinidad, cuyo trabajo es señalarnos a Jesús y ayudarnos a entender la Biblia”. Funcionalmente, esto convertía a la Trinidad en una relación entre el Padre, el Hijo y la Santa *Biblia*. Aunque se hacía referencia al Espíritu Santo en las oraciones, el Espíritu Santo no parecía *hacer* mucho. Con

Jesús, la iglesia y la Biblia, ¿por qué íbamos a necesitar nada más?

Esta teología se conoce como *cesacionismo*, que enseña que todos los dones espirituales, como la profecía y la sanidad, *cesaron* en cuanto se reunieron los libros de la Biblia. Dios ya había hablado a través de Jesús y la Biblia, así que cualquier otra cosa era sospechosa.

Así pues, pasé mis primeros años de fe esforzándome por comprender la Biblia a través de mi intelecto y por vivir rectamente mediante todos los esfuerzos que hacía. Si bien tenía la vaga sensación de que Dios se comunicaba conmigo en contadas ocasiones, en general era sordo a su voz. Mis oraciones eran como dejar mensajes en un buzón de voz divino, sin la esperanza de que me devolviera la llamada o de que pudiera tener una conversación real con Jesús. Me parecía, como dice Pablo en una carta a Timoteo, que tenía “apariencia de piedad, pero habiendo negado su poder” (2Ti 3:5). Y, lamentablemente, mi teología parecía *apagar el Espíritu* (1Ts 5:19).

Jack Deere, profesor del Seminario Teológico de Dallas, describe su alejamiento de la tradición teológica *dispensacionalista* en *Surprised by the Power of the Spirit: Discovering How God Speaks and Heals Today* [*Sorprendido por el poder del Espíritu: Descubriendo cómo Dios habla y sana hoy*]. El dispensacionalismo, que surgió a finales del siglo XIX, separa la actividad de Dios en el mundo en siete dispensaciones históricas.⁶ Aunque esta interpretación de

6 El número de dispensas varía normalmente de tres a ocho. A continuación se presenta un esquema típico de siete dispensaciones: 1) *Inocencia*: Desde Adán antes de

la obra de Dios a través del Espíritu es menos restrictiva que el cesacionismo, los comentarios de Deere sugieren lo estrechamente entrelazados que están:

Sin embargo, esta ausencia de milagros neotestamentarios en mi experiencia no me molestaba, porque pensaba que Dios era quien había iniciado el cambio. Confiaba en poder demostrar mediante las Escrituras, la teología y el testimonio de la historia de la iglesia que Dios había retirado los dones sobrenaturales del Espíritu Santo. También estaba seguro de que ya Dios no nos hablaba más que a través de su Palabra escrita.⁷

Tras encontrarse con un respetado líder cristiano que creía en la liberación de espíritus malignos y en la sanidad, Deere dio un nuevo vistazo a sus propios argumentos bíblicos y “descubrió que sus argumentos contra los dones milagrosos se basaban más en prejuicios y en la falta de experiencia personal que en la Biblia. Tan pronto como (él) se convirtió en un buscador en lugar de ser un

la caída del hombre; termina con la expulsión del Jardín del Edén. 2) *Consciencia*: Desde la Caída hasta el Diluvio Universal. 3) *Gobierno humano*: Después del Diluvio Universal, la humanidad es responsable de promulgar la pena de muerte; termina con la dispersión en la Torre de Babel. 4) *Promesa*: De Abraham a Moisés; termina con la negativa a entrar en Canaán y los cuarenta años de incredulidad en el desierto. 5) *Ley*: Desde Moisés hasta la crucifixión de Jesucristo; termina con la dispersión de Israel en el año 70 d.C. 6) *Gracia*: Desde la cruz hasta el rapto de la iglesia, que es visto por algunos grupos en 1 Tesalonicenses y Apocalipsis. Al rapto le sigue la ira de Dios, que constituye la Gran Tribulación. 7) *Reino Milenial*: Un reinado de mil años de Cristo en la tierra (Ap 20:1-6), centrado en Jerusalén, que termina con el juicio de Dios sobre la rebelión final.

7 Jack Deere, *Surprised by the Power of the Holy Spirit* (Grand Rapids: Zondervan, 1993), 14.

escéptico, el Espíritu Santo se reveló de maneras nuevas y sorprendentes”.⁸

Cuando las estructuras teológicas que conforman nuestras creencias limitan nuestra comprensión de cómo Dios puede hablar u obrar en el mundo, cerraremos nuestros oídos a la voz de Dios, y no esperaremos que el Espíritu se comunique con nosotros de ninguna manera.

Falta de expectación

Todos estos obstáculos mentales y teológicos erosionan nuestra *expectación* sobre si Dios se comunica con nosotros. Brad Jersak describe la expectación como “confianza genuina en que Dios se moverá (incluso poderosamente), pero la palabra se centra en mi apertura, acogida y gratitud a Dios, específicamente como un Padre bueno con buenos dones, sin exigir un resultado concreto (aunque soy libre de hacer peticiones específicas)”.⁹ Este enfoque de la fe con las manos y el corazón abiertos—nuestra creencia unida a la expectación—es una puerta esencial que tenemos que atravesar si queremos ver, oír y recibir de parte de Dios.

Pero cuando no esperamos que Dios hable, extrañaremos escuchar su voz suave y apacible cuando llega a nosotros en medio de nuestras vidas ruidosas y distraídas. Si bien es cierto que Dios no está a nuestra entera disposición, yo me pasé veintiún años esperando que Dios *no* me hablara, ni me guiara, ni me sanara, ni me liberara, y

8 Jack Deere, *Surprised by the Power of the Holy Spirit*, back cover.

9 Conversación por correo electrónico con Bradley Jersak, Junio 3, 2022.

así seguí sin ser consciente de su presencia permanente en mi vida.

Casi al final de aquella larga y seca temporada, dirigía un estudio bíblico sobre Efesios en un instituto. Después de leer la oración de Pablo por sus lectores, para que “los ojos de su corazón les sean iluminados, para que [ellos] sepan [...] cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” (Ef 1:18-19), uno de los estudiantes preguntó: “¿Dónde está el poder?”

Mi teología y mi experiencia no me daban una respuesta, así que dije: “No lo sé. Tal vez sea el perdón. Eso es muy poderoso.”

Nunca había escuchado ninguna enseñanza ni había tenido ninguna experiencia que me llevara a *esperar* que Dios obrara con poder, y por eso no podía transmitir a este alumno lo que yo mismo no había recibido.

Si no confiamos sinceramente en que el Dios que se nos revela en Jesús a través de las Escrituras puede hablar-nos hoy, ¡nos perderemos de oír su voz! Aunque la vida de seguimiento de Jesús no consiste en perseguir experiencias, la Biblia promete más de lo que estamos experimentando: que Dios está hablando y nosotros podemos oír. Si queremos conocer por experiencia al Dios de amor y el poder del Espíritu Santo, ¡debemos *esperar* que Dios salga a nuestro encuentro y nos hable!

Obstáculos experienciales

Lamentablemente, lo que muchas personas han experimentado no ha sido el amor de Dios, sino dolorosas heridas

en iglesias que hablan mucho de oír la voz de Dios y del poder del Espíritu Santo. En algunas iglesias las personas pueden sentirse presionadas a tener ciertas experiencias como prueba de fuego para saber si forman parte de los que tienen el Espíritu, mientras que en otras las personas pueden experimentar hostilidad en respuesta a preguntas sinceras.

En tales culturas eclesiológicas, puede que se diga a las personas que cada palabra que proviene de un líder o grupo de líderes en particular es “del Señor”, y cualquier cuestionamiento se recibe con vergüenza o rechazo. Estos líderes “proféticos” a menudo carecen de humildad y se presentan como infalibles, sin rendición de cuentas, corrección o arrepentimiento cuando las profecías que dan de parte del Señor no se cumplen. Estas iglesias parecen enfatizar el poder o el rendimiento en lugar del amor, contrariamente a la amonestación de Pablo en 1 Corintios 13:2. En lugar de edificar, animar y consolar (*cf.* 1Co 14:3), las personas experimentan diversos grados de lo que podría llamarse abuso espiritual.

Ese liderazgo tóxico erige obstáculos dolorosos en nuestros corazones, un trastorno de estrés postraumático espiritual que nos impide estar abiertos a escuchar la voz de amor y compasión de Dios. Cuando intentamos distanciarnos de estas experiencias tóxicas y enseñanzas dolorosas, podemos acabar rechazando la verdad revelada en Jesús, que es que Dios anhela estar presente, escucharnos y compartir su corazón con nosotros.

Bob Ekblad describe cómo estaba en un culto de avivamiento cuando tenía ocho años y el ministro comenzó a

decir los pecados de las personas desde el frente, declarando públicamente que Dios le estaba revelando estas cosas. Bob se retrajo, temeroso de que Dios lo expusiera de esa manera delante de todos.

Años más tarde, mientras buscaba escuchar la voz de Dios y ser fortalecido por el Espíritu Santo, Bob reconoció que llevaba una herida y un juicio en su corazón. Durante muchos años, se había distanciado de todo lo relacionado con el Espíritu Santo debido a sus primeras experiencias, y este obstáculo le estaba impidiendo tener una relación vivificante con Dios. Una vez que perdonó a los que le habían hecho daño y abandonó sus juicios contra ellos, empezó a recibir más de lo que Dios quería comunicarle.

Obstáculos relacionales

Obviamente, si no tenemos una relación viva con Dios, probablemente no estamos tratando de escuchar su voz. Y, sin embargo, ¡Dios nos busca en Cristo mucho antes de que entablemos una relación con él! Como dice Juan: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó *primero*” (1Jn 4:10; énfasis añadido). Cuando Dios empieza a atraernos, se está comunicando con nosotros, aunque no nos demos cuenta.

Mi esposa y yo tenemos una amiga que no ha tenido ninguna experiencia eclesial ni ha estado expuesta al cristianismo en su vida, y una vez nos habló de todos esos encuentros sobrenaturales no solicitados que estaba teniendo, en los que la invadía el amor, la paz y una profunda sensación de conexión con las personas que la rodeaban.

Ella no entendía lo que estaba pasando, y esto nos llevó a hablar de cómo Dios puede hablarnos. Aunque ella no buscaba a Dios, Él le hablaba a su corazón a través de esos encuentros.

Obstáculos por el pecado

También podemos descalificarnos a nosotros mismos para escuchar a Dios si creemos que primero debemos cumplir ciertas condiciones. Podríamos creer que Dios sólo nos hablará *cuando* hayamos ordenado nuestras vidas, o *una vez que* hayamos alcanzado un determinado nivel de santidad y obediencia, o *si* hemos orado y ayunado, o *cuando* estemos llenos de fe. Si bien siempre se nos invita a un mayor crecimiento en nuestra vida de fe, Dios nos busca *antes* de que le conozcamos, cuando aún nos oponíamos a sus caminos.

Al principio, me dijeron que mi pecado me *separa* de Dios, haciendo que Dios se haga oídos sordos en cuanto a mí. Esta idea se basa en algunos pasajes de las Escrituras, como: “Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado” (Sal 66:18), junto con, “Pero las iniquidades de ustedes han hecho separación entre ustedes y su Dios, y los pecados le han hecho esconder su rostro para no escucharlos” (Is 59:2). Sin embargo, la teología construida sobre unos pocos versículos ignora la narrativa abrumadora de toda la Biblia, que es que Dios se *acerc*a a los pecadores. Jesús pasó tanto tiempo con personas consideradas pecadoras que le llamaron burlescamente “amigo de los pecadores” (Lc 7:34), ¡un título que se ha convertido en una insignia de honor!

Ciertamente, nuestro pecado puede convertirse en un obstáculo, pues cuando nos movemos *hacia* el pecado, nos estamos *alejando* de Dios y buscando nuestra propia voluntad. O cuando elegimos no confiar en Él, esa postura puede impedirnos acercarnos a Él. O cuando nuestros corazones están puestos en el pecado, podemos ignorar lo que Dios nos está diciendo. Aunque nuestro pecado puede bloquearnos, nuestro pecado nunca bloquea el amor de Dios, porque Dios siempre nos busca, nos habla y nos llama.

Los privados de libertad de la cárcel del condado de Skagit me han ayudado a entender que su pecado no es un obstáculo para el amor de Dios o para que Dios les hable, incluso en medio de su encarcelamiento por un comportamiento delictivo que a menudo no han admitido plenamente. Durante un estudio bíblico nocturno, un joven contó lo mucho que escuchaba a Dios mientras estaba en la cárcel, ya que oraba más y leía la Biblia todo el tiempo, algo que no hacía cuando estaba en las calles. Otro recluso dijo: “Quizá por eso te arrestan tanto. Este es el único lugar donde Dios puede llamar tu atención”. Todos se rieron.

No importa lo que hayamos hecho, nunca seremos descalificados para escuchar la voz de Jesús, el Buen Pastor. Dios nos ama como sus hijos e hijas amados y quiere compartir lo que hay en su corazón con nosotros, por lo que se asociará con nosotros para romper todos los obstáculos, eliminar las falsas formas de pensar, perdonar todos los pecados y sanar todas las heridas que nos impiden recibir su amor. Recuerda, ¡tu pecado nunca podrá separar a *Dios* de *ti*!

Como suele decir mi amigo: “*Si suena demasiado bueno para ser verdad, probablemente es Jesús*”. Esta perspectiva puede ayudar a abrir nuestros corazones para recibir las *cosas buenas* que nuestro amado Buen Pastor quiere decirnos.

Obstáculos espirituales

Resentimiento y amargura

Cuando nuestra voluntad se inclina hacia el pecado, podemos impedir que nuestro corazón escuche a Dios porque no *queremos* conocer su corazón. Pero cuando “nos acercamos a Dios”, Santiago promete que “él se acercará a [nosotros]” (Stg 4:8). Al acercarnos a Dios, puede que necesitemos pedir perdón por algo o perdonar a alguien, y esto nos incluye a nosotros mismos.

En Tierra Nueva, siempre teníamos bautismos de verano en el río Skagit. Para prepararlos, me reunía con las personas y les explicaba una versión de los “siete pasos hacia la libertad en Cristo” del libro *The Bondage Breaker [El quebrantador de ataduras]* de Neil Anderson.

Un verano, un compañero ministro de oración y yo nos sentamos con una joven, que había estado muy involucrada en una pandilla local y se había hecho mucho daño a sí misma y a otras personas. Mientras la guiábamos en la confesión de sus pecados, empezó a hablar de las cosas de una manera muy general, diciendo: “Hice daño a mucha gente”. Impulsado por el Espíritu, le dije: “No es importante para nosotros conocer los detalles de tu pecado, pero

cuanto más detallada seas sobre lo que has hecho, más libertad y limpieza experimentarás”. Estuvo de acuerdo y comenzó a confesar con más detalle; luego pidió perdón por herir a otros, y después se perdonó a sí misma y perdonó a los que la habían ofendido.

Entonces pronuncié las palabras de perdón y limpieza de 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad (iniquidad)”. Concluí diciéndole que estaba perdonada en el nombre de Jesús. En ese momento, sentí un corriente de electricidad recorriendo mi cuerpo y ella experimentó la misma sensación de la presencia de Dios moviéndose a través de ella. Esta experiencia de confesión y de perdonar a los demás la condujo a una nueva etapa de profundización en su relación con Dios.

Temor

Cuando tenemos temor de oír lo que Dios podría decirnos o si tenemos temor de lo que pensamos que Dios podría pedirnos que hagamos, podemos alejarnos, porque no confiamos en que Dios sea verdaderamente bueno. O podemos tener temor de que Dios nos diga que abandonemos una relación, un trabajo o una parte de nuestra identidad porque se ha convertido en un ídolo. Cuando tenemos miedo de escuchar a Dios de esta manera, cerramos nuestros corazones y construimos un muro para protegernos.

Durante mis años veinte, tenía temor de que, si me rendía a Dios, me pidiera hacer algo que temía: que lo dejara todo y me fuera a África, o que me pusiera de pie en

un restaurante para predicar el Evangelio a desconocidos. Estos temores hicieron que mantuviera a Dios a distancia durante mucho tiempo.

Otras veces, he establecido parámetros con Dios, diciéndole que sólo hablaré de ciertas cosas, pero que otras áreas están fuera de mis límites porque tengo temor de lo que me pedirá. Pero cuando intento que Dios me hable de ciertas áreas mientras restringe otras, sólo oigo silencio. Para mantener abiertas nuestras líneas de comunicación, debo confesar las áreas de temor o control en mi corazón y rendirme a su gracia, bondad y amor. Esto puede llamarme a dar un paso adelante en obediencia para hacer lo que podría tener miedo de hacer.

El silencio de Dios

A veces, el silencio de Dios no tiene que ver con ningún obstáculo concreto en nuestro interior. Dios puede guardar silencio para fortalecer nuestra fe, de modo que “[confiemos] en el Señor con todo [nuestro] corazón, y no [nos apoyemos] en [nuestro] propio entendimiento” (Pro 3:5). A veces, Dios calla para que aprendamos a ser pacientes y a esperar su momento. En *The Deeply Formed Life* [*La vida formada desde lo profundo*], Rich Villodas sugiere que “nos hagamos amigos del silencio”, pues “en el fondo de la oración silenciosa está el compromiso de establecer una relación con Dios basada en la amistad y no en la exigencia”.¹⁰

10 Rich Villodas, *The Deeply Formed Life* (Waterbrook, 2020), 22–23.

Después de que Dios me comunicara muy claramente que había llegado el momento de dejar mi puesto en Tierra Nueva, donde había estado más de trece años, entré en una larga temporada de espera silenciosa. Aunque tenía una idea general de lo que vendría después, no conocía ninguno de los detalles. A menudo sentía la tentación de ponerme manos a la obra para preparar lo siguiente, y a veces temía que Dios no me dijera qué seguía, sobre todo cuando las personas empezaban a preguntarme qué iba a hacer. Pero seguía sintiendo que Dios me invitaba a permanecer en el Salmo 62:1: “En Dios solamente espera en silencio mi alma”. Esperar en Dios en un lugar de silencio ha seguido siendo mi modo principal de avanzar, porque “lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn 3:6).

El obstáculo es el camino

Cuando mi amigo Zach estaba atravesando su proceso de recuperación, a menudo se enfrentaba a retos personales, temores abrumadores y obstáculos legales. Una parte de él quería evitar el duro trabajo interior o enfrentarse a las consecuencias de su pasado. Pero cada vez que se encontraba con un obstáculo, en lugar de quejarse y evitarlo, me decía: “Lo que está en el camino *es* el camino”.

Sabía que parte de su adicción consistía en crear una falsa comodidad para evitar los retos, el dolor y el trabajo duro, para encontrar un camino más fácil, para buscar la comodidad. Así que parte de su recuperación incluía

enfrentarse a los obstáculos y encontrar el camino *a través de ellos*, en lugar de *rodearlos*.

Si bien es posible que hayamos identificado muchos obstáculos que nos impiden oír la voz de Dios, esos obstáculos no son problemas que tengamos que sortear o apartar para poder oír a Dios. Cada obstáculo es un lugar para interactuar con Jesús y escuchar lo que tiene que decirnos. Cada obstáculo puede revelar cómo Dios *ya* se está comunicando con nosotros. Lo que está en el camino *es* el camino.

Activación

Tómate un tiempo para enfocar tu atención en Jesús. Mientras te aquietas, agradece a Dios su presencia contigo.

Respira, *Espíritu Santo*.

Exhala, *acojo tu verdad*.

Mientras te enfocas en tu oración de respiración, invita a Jesús a responder a una de las siguientes preguntas:

¿Qué es lo que me impide escuchar tu corazón?

¿Hay alguna falsa creencia que me bloquea de tu amor?

¿Me estoy aferrando a alguna amargura o resentimiento? ¿Necesito perdonar a alguien?

¿Hay algún temor que quieras traer a la luz de tu bondad y amor?

¿Hay algún obstáculo “en el camino” que pueda recibir como “el camino” a seguir?

Respira, *Espíritu Santo*.

Exhala, *acojo tu verdad*.



Tentaciones al escuchar el corazón de Dios

Y acercándose el tentador, le dijo: “Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan”.

Pero Jesús le respondió: “Escrito está: ‘No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’”. Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, y lo puso sobre el pináculo del templo y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, lázate abajo, pues escrito está: ‘A sus ángeles te encomendará’, y: ‘En las manos te llevarán, no sea que tu pie tropiece en piedra’”. Jesús le contestó: “También está escrito: ‘No tentarás (no pondrás a prueba) al Señor tu Dios’”.

— MATEO 4:3-7

A sí como todos tenemos obstáculos que pueden impedirnos escuchar el corazón de Dios, también tenemos tentaciones que pueden desviarnos del camino.

En este capítulo, exploraré la tentación fundamental de intentar construir nuestra identidad en torno a nuestras experiencias de Dios. La mayoría (si no todas) las demás tentaciones surgen de este intento de construir nuestra identidad en torno a cómo experimentamos a Dios o qué dones recibimos a través del Espíritu. Sin embargo, si basamos nuestro sentido del valor en *cómo* Dios se comunica con nosotros, o *cuáles* dones recibimos del Espíritu Santo, entonces cualquier desafío al que nos enfrentemos, o dones que no recibamos, o momentos en los que experimentemos el silencio de Dios parecerán exponer grietas en nuestro sentido de autoestima.

Si bien siempre podemos tratar de cultivar una mayor conciencia y cooperación con los dones del Espíritu, como cuando “[avivamos] el fuego del don de Dios que hay en [nosotros] por la imposición de... manos” (2Ti 1:6), tenemos que recordar que no son dones que merezcamos por nuestros méritos o por lo que hayamos hecho, sino que nos los da *gratuitamente* nuestro Creador bondadoso y amoroso. Nuestra invitación es simplemente a recibir estos dones con humildad y agradecimiento. Podríamos responder como David cuando reflexionó sobre su inmerecido llamado a ser rey: “¿Quién soy yo, oh Señor Dios, y qué es mi casa para que me hayas traído hasta aquí? [...] no hay nadie como Tú, ni hay Dios fuera de Ti, conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos” (2S 7:18, 22).

Cuando Jesús estuvo en el desierto durante cuarenta días, fue tentado a convertir las piedras en pan, a saltar del templo y a inclinarse y adorar al tentador. Sin embargo,

cada una de estas tentaciones *externas* surge de una tentación más fundamental, que intenta hacer que Jesús *no* confíe en lo que Dios ha dicho sobre su identidad.

Antes de estas tentaciones en el desierto, el Padre habló a Jesús en su bautismo, diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido” (Mt 3:17). Podríamos reformular esta frase diciendo: “Este hijo mío es tan amado que *no tiene que hacer nada* para demostrar su valía ante mí, su padre”. En ese momento de la vida de Jesús, no había sanado a nadie, expulsado a ningún demonio, ayunado durante cuarenta días, llamado a discípulos, enseñado a multitudes de personas, resucitado a nadie de entre los muertos o desafiado a los líderes religiosos. ¡No había *hecho* nada!

Si nos fijamos en estas dos primeras tentaciones, podemos ver cómo el Acusador ataca la identidad de Jesús como el “Hijo amado”, pues el Acusador sugiere que el amor de Dios es condicional al decir: “*Si* eres Hijo de Dios [...]”, entonces, “¡demuéstralo! ¡Actúa (por algo que ya es de Él)! ¡Haz algo que sólo el Hijo de Dios podría hacer! ¡Convierte una piedra en pan! ¡Tírate de la montaña para que los ángeles tengan que salvarte!” Estas tentaciones ponen de relieve nuestro deseo de hacer algo para validar nuestra identidad. Además, en la tentación del Acusador, éste omite una palabra esencial sobre la identidad de Jesús: *amado*. Ser amado incondicionalmente es el fundamento de la identidad de Jesús, y por eso su respuesta al Acusador es permanecer anclado en la relación fundamental de amor que comparte con su padre: *confío en las palabras de Dios*,

no en el pan, para sostenerme. Confío en que mi padre cuidará de mí; no necesito ponerlo a prueba.

En el libro de los Hechos, Lucas cuenta la historia de Simón el mago, que pretendía formar su identidad en torno a cómo *actuaba* y lo que podía *hacer*:

Hacía tiempo que cierto hombre llamado Simón, estaba ejerciendo la magia en la ciudad y asombrando a la gente de Samaria, pretendiendo *ser un gran personaje; y todos*, desde el menor hasta el mayor, *le prestaban atención*, y decían: “*Este es el que se llama el Gran Poder de Dios*”. Y le prestaban atención porque por mucho tiempo los había asombrado con sus artes mágicas (Hch 8:9–11; énfasis añadido).

Lucas describe a Simón como alguien que construyó su identidad como “un gran personaje” mediante el uso de la magia. La magia consiste en manipular lo sobrenatural para obtener poder y control personal. Simón comienza llamándose a sí mismo, “un gran personaje”, pero luego la gente comienza a describirlo como “el Gran Poder de Dios”. A medida que su reputación crece, consigue aún más “atención” al “asombrar” a más y más personas.

Siempre que hablamos de “oír” a Dios o de ejercitar los dones del Espíritu, podemos pasar fácilmente de pensar que *Dios* está hablando a pensar que Dios está hablando *a través de nosotros*. Cuando empezamos a pensar que somos grandes personajes, o que las personas se asombran de lo que hacemos o que nos buscan para poder escuchar lo que

Dios podría estar diciendo, necesitamos recordar que sólo estamos recibiendo un don de Dios. Somos, como dijo un pastor, “sólo el burro en el que cabalgó Jesús”.

Continuando con el relato de Lucas en Hechos, observamos que cuando Felipe llega a la ciudad, Simón pierde de repente a su público, pues las personas empiezan a prestar atención a lo que Dios está haciendo a través de Felipe:

Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba las buenas nuevas del reino de Dios y el nombre de Cristo Jesús, se bautizaban, tanto hombres como mujeres. Y aún Simón mismo creyó; y después de bautizarse, continuó con Felipe, y estaba atónito al ver las señales y los grandes milagros que se hacían. (Hch 8:12-13)

Ahora nadie presta atención a Simón ni lo llaman “el Gran Poder de Dios”. De hecho, “aún Simón” empieza a prestar atención a Felipe, y finalmente llega a la fe en Jesús y se bautiza. Empieza a andar cerca de Felipe porque ahora está “atónito” por las señales y los grandes milagros que Felipe hace en el nombre de Jesús.

Sin embargo, a medida que avanza la narrativa, Lucas revela lo que sucede en el corazón de Simón:

Los apóstoles que estaban en Jerusalén, al oír que Samaria había recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan, los cuales descendieron y oraron por los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo. Porque aún no había descendido

sobre ninguno de ellos el Espíritu Santo; solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibieron el Espíritu Santo.

Cuando Simón vio que por medio de la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: “Denme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo.”

Entonces Pedro le dijo: “¡Tu dinero perezca contigo, porque has pensado obtener por dinero el don de Dios! Tú no tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepíentete, pues, de esta tu maldad y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque veo que estás destinado a hiel de amargura y a cadenas de maldad”. (Hch 8:14-23)

Lucas deja claro que Simón quiere recibir el Espíritu Santo para poder tener también “*este poder*”. Primero la atención se desplazó de Simón a Felipe (y a Jesús), y ahora que se desplaza a los apóstoles, Simón ve una oportunidad de volver al centro de atención ofreciendo dinero por el don para poder restaurar su identidad como un “gran personaje” porque puede usar el poder de Dios. Pedro reprende el amargo quebrantamiento del corazón de Simón, utilizando la palabra “maldad” (raíz hebrea que significa *torcer*).

Aunque la mayoría de nosotros no ha utilizado la magia negra para forjarse un nombre, todos podemos caer en la

tentación de *utilizar* el Espíritu Santo para construir nuestra identidad como alguien que oye la voz de Dios u opera con determinados dones. Para evitar desviarnos como Simón, debemos preguntarnos continuamente: *¿Cuál es la raíz de nuestra identidad? ¿De dónde sacamos nuestro sentido de valor y valía?*

Reflexionando sobre estas preguntas, podemos alertarnos y ajustar nuestra forma de pensar, pues como nos advierte Archer Torrey, fundador de la Abadía de Jesús en Corea del Sur:

Si piensas en el Espíritu Santo [...] como una mera influencia o poder, entonces tu pensamiento será constantemente: “¿Cómo puedo apoderarme del Espíritu Santo y usarlo?”. Pero si piensas bíblicamente en Él, como una Persona de majestad y gloria divinas, tu pensamiento será: “¿Cómo puede el Espíritu Santo *apoderarse de mí y usarme?*”.¹

Cuando tratamos de utilizar el Espíritu Santo para construir una identidad, nuestro sentido del yo sólo será tan bueno como nuestra última actuación. Así que, si no oímos a Dios, si estamos en un tiempo o temporada de silencio, si no tenemos una palabra para alguien que nos pregunta, si no podemos actuar, podemos pensar que Dios nos ha abandonado, que se está conteniendo, que hemos hecho algo mal. En cambio, necesitamos regresar a nuestra

1 R. A. Torrey, *The Person and Work of the Holy Spirit*, (Grand Rapids: Zondervan, 1910, 1974), 4.

identidad esencial como hijos e hijas amados de nuestro Padre, antes de haber hecho algo, incluso si no hemos “producido” nada.

Al principio de la versión cinematográfica de 2021 del clásico de ciencia ficción de Frank Herbert, *Dune*, el Duque Leto Atreides habla con su hijo, Paul, sobre asumir un papel de liderazgo que su hijo no desea. Leto dice: “Un gran hombre no busca liderar. Es llamado a ello; y él responde. *Y si tu respuesta es no, seguirás siendo lo único que necesito que seas: mi hijo.*” La primera vez que vi esta película, me sentí profundamente conmovido, me volví hacia mi amigo y le susurré en voz alta: “¡Eso es el evangelio!”

Cuando nos desconectamos del hecho de saber que *ya somos y siempre seremos amados* por Dios, podemos olvidar rápidamente que todo lo que oímos y recibimos es un don inmerecido, que nos ha sido concedido gratuita y misericordiosamente por el Dios que nos ama y desea asociarse con nosotros. Sólo nuestra identidad como hijas e hijos amados puede liberarnos de construir nuestra identidad en torno a nuestro rendimiento. Porque aunque nunca oigamos hablar a Dios, o no podamos hacer milagros asombrosos, e incluso cuando nuestra respuesta sea negativa, seguiremos siendo lo que Dios quiere que seamos: sus hijas e hijos amados.

La tentación de compararnos

Cuando empezamos a creer que Dios nos habla, podemos darnos cuenta de que hay heridas y quebrantamiento en nuestro interior. Al igual que Simón el mago, podemos

caer en la tentación de compararnos a nosotros mismos o nuestros dones con los de los demás, como si el don que recibimos y lo que los demás piensan de él determinara nuestro valor. Pablo aborda estas cuestiones en su carta a la iglesia de Corinto:

Pues el cuerpo no es un solo miembro sino muchos. Si el pie dijera: “Porque no soy mano, no soy parte del cuerpo”, no por eso deja de ser parte del cuerpo. Y si el oído dijera: “Porque no soy ojo, no soy parte del cuerpo,” no por eso deja de ser parte del cuerpo. (1Co 12:14-16)

Cuando observamos un don (o la falta de un don) y nos comparamos con los demás, podemos caer en la tentación de pensar que los que están al frente, o los que hacen “ministerio cristiano”, o los que escuchan palabras para ser compartidas con otras personas, son *más* dotados que nadie. Tales comparaciones engendran envidia, que puede hacernos sentir excluidos y disminuidos en lugar de amados y apreciados tal como somos.

En mis primeros años en Tierra Nueva, el Seminario del Pueblo organizaba clases de fin de semana. Nuestras sesiones de los viernes por la tarde terminaban con un culto nocturno y oración, cuando nuestro personal iba de dos en dos y oraba por las personas, ofreciendo lo que sentíamos que escuchábamos del corazón de Dios. Yo siempre esperaba con impaciencia esas veladas, porque me encanta

asociarme con Dios, y me sentía afirmado y valioso cada vez que recibía palabras de Dios para los demás.

Un viernes, un pastor invitado recibió palabras muy detalladas y significativas mientras oraba por las personas. Mientras yo intentaba orar por los demás, no dejaba de mirar la larga fila de personas que esperaban para recibir oración por parte de él y de nuestro jefe de equipo, y me sentí celoso. En mis celos, sentí la tentación de comparar y envidiar el “don” que este pastor había recibido. También sentí la tentación de juzgarlo y distanciarme de él. Como me sentía menos dotado que este invitado, mis oraciones no produjeron mucho fruto, y esto no hizo más que reforzar mi sentimiento de animosidad y de estar menos dotado. La semana siguiente me llevó algún tiempo procesar esto con nuestro jefe de equipo para empezar a ver lo que estaba pasando en mí.

En la carta de Pablo a los Corintios, también habla de la tentación de sentirse orgulloso o “mejor que” los demás:

El ojo no puede decirle a la mano: “No te necesito”;
ni tampoco la cabeza a los pies: “No los necesito”.
(1Co 12:21)

Cuando Dios nos habla, podemos caer en la tentación de pensar: “Yo escucho de parte de Dios y eso me hace especial”. En Corinto, este orgullo se volvió condescendiente y excluyente. Lamentablemente, este tipo de orgullo puede conducir a una cultura profética que hiera y excluye

a las personas que no están escuchando a Dios en la forma en que ésta es exaltada.

Al hablar de los dones concedidos a la iglesia de Roma, Pablo ofrece la siguiente corrección:

[...] cada uno de ustedes no piense de sí mismo más de lo que debe pensar, sino que piense con buen juicio, según la medida de fe que Dios ha distribuido a cada uno. Pues así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo en Cristo e individualmente miembros los unos de los otros. Pero teniendo diferentes dones, según la gracia que nos sido dada [...] (Ro 12:3-6a)

La tentación de añadir algo a una palabra

Cuando recibimos una comunicación de parte de Dios para nosotros o para otros, es posible que no recibamos todo el mensaje. Como nos dice Pablo: “*En parte* conocemos, y *en parte* profetizamos” (1Co 13:9; énfasis añadido).

Puede que recibamos una sola frase, o que recibamos una impresión, o que sólo tengamos una vaga sensación o sentimiento. Aunque siempre se nos invita a pedir más a Dios, a menudo no recibimos un mensaje completo, por lo que podemos caer en la tentación de *añadir más*.

Esta tentación de añadir algo a lo que Dios está diciendo es común, así que trato de recordar lo que le escuché a alguien sugerir: “Cuando Dios deja de hablar, tú también deberías hacerlo”.

Por poner un ejemplo de mi propia historia, estaba comiendo con un amigo que se estaba recuperando de una enfermedad y me ofrecí a orar por él. Mientras oraba, sentí una energía eléctrica familiar que he llegado a reconocer como el Espíritu Santo diciéndome que está haciendo o comunicando algo. Al experimentar esta comunicación eléctrica, la interpreté como una confirmación de que mi amigo sería sanado, y entonces le pregunté si se sentía diferente. Me respondió: “No”.

En mi afán por ver a Dios actuar y ser parte de su sanidad, le dije a mi amigo que creía que estaría sano al final del día. Mientras pronunciaba estas palabras, sentía que algo no iba del todo bien, pero no estaba seguro de si me sentía incómodo por dar un paso de fe o por ofrecer una interpretación que no procedía de Dios.

Cuando volví a ver a mi amigo al día siguiente, no había experimentado ninguna sanidad ni mejoría, y me di cuenta de que había añadido mi propia interpretación debido a mi impaciencia por su sanidad y mi deseo de formar parte de ella. Más tarde pude hablar con él y pedirle disculpas por haber *añadido* algo a lo que Dios estaba haciendo.

Esta experiencia me enseñó que necesito preguntar al Espíritu Santo sobre lo que estoy experimentando *antes* de hablar, y nunca debo añadir nada a lo que él está diciendo.

Cuando añadimos algo a lo que Dios está diciendo o haciendo, podemos tergiversar a Dios, lo que puede tener un impacto negativo en la fe de las personas. Ya sea que la raíz sea el orgullo, el ego o el juicio, esta tentación de añadir algo a la revelación de Dios proviene de la carne.

Como pregunta Pablo en su carta a los Gálatas: “Habiendo comenzado por el Espíritu, *¿van a terminar ahora por la carne?*” (Ga 3:3). Esta pregunta ha sido un recordatorio útil cuando oro por otras personas.

La tentación de esforzarse por una palabra

Cuando oramos esperando que Dios nos hable, es fácil que empecemos a esforzarnos por oír. Aunque el Espíritu Santo nos impulsa a *pedir, buscar y llamar*, el esfuerzo proviene de nuestro orgullo y ego, y de nuestra necesidad de actuar. Cuando estamos orando por alguien, podríamos sentirnos impacientes por esperar una palabra del Señor. O puede que nos avergüence admitir: “En este momento no oigo nada”. En los ejemplos que compartí de mi propia historia anteriormente, esforzarnos por oír puede bloquear nuestra capacidad de oír (como cuando estaba resentido con el pastor invitado), y puede llevarnos a decir algo que no es de Dios (como con mi amigo enfermo).

Cuando nos esforzamos por conseguir una palabra, estamos pidiendo a Dios que nos dé poder para no sentirnos fracasados o pensamos que tenemos un don menor que el de otra persona. El Acusador tienta a Jesús para que salte de lo alto del templo, a fin de que las personas vean a los ángeles de Dios y se asombren y convenzan de que él es el Hijo de Dios (Mt 4:5-7). De manera similar, aunque queramos que los demás tengan una experiencia de Dios que los anime, consuele o edifique, podemos esforzarnos por conseguirlo como Simón el mago para aumentar nuestro propio ego. He aprendido que cuando me encuentro esforzándome por

conseguir una palabra, necesito examinar las grietas en los cimientos de mi identidad y dedicar tiempo a recordar mi bautismo y centrarme en la verdad de que soy el hijo amado de Dios, *y eso es lo único que Dios necesita que sea.*

Conociendo tus debilidades

Cuando el Acusador viene a tentarnos, a menudo comienza preguntando: “¿De veras Dios les ha dicho [...]?” (Gn 3:1). Al hacer esta pregunta, el enemigo *tergiversa* (recordemos que en hebreo, esta es la raíz de *maldad*) la verdad sobre la identidad que se nos ha dado (en el relato del Génesis, Adán y Eva ya son *como Dios*; Gn 1:26-27) en algo que está ligado a nuestro rendimiento (como le dice la serpiente a Eva: “Pues Dios sabe que el día que de él coman, se les abrirán los ojos, *y ustedes serán como Dios*, conociendo el bien y del mal”; Gn 3:5).

Sin embargo, Jesús es nuestro precursor, “que ha sido tentado en todo como nosotros” (Heb 4:15), y “por cuanto él mismo fue tentado en el sufrimiento, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb 2:18). Las tentaciones que Jesús superó en el desierto lo prepararon para su ministerio, pues no hay ministerio ni don sin tentaciones. Sin embargo, Jesús, habiendo resistido y siendo cimentado en su identidad de *hijo amado* de Dios, “regresó a Galilea en el poder del Espíritu” (Lc 4:14).

A medida que crecemos en la capacidad de escuchar el latido del corazón de Dios, necesitamos ser conscientes de las debilidades en la base de nuestra identidad como hijos

o hijas amados de Dios, “para que Satanás no tome ventaja sobre nosotros, pues no ignoramos sus planes” (2Co 2:11).

Ignacio de Loyola dedicó tiempo a observar su propio corazón y mente, y desarrolló reglas para *discernir* entre el movimiento del Espíritu Santo y “el enemigo de la naturaleza humana”. En sus 14 Reglas ofrece una instrucción útil para las tentaciones de las que hemos estado hablando en este capítulo:

Así como un capitán y caudillo de campo, asentando su campamento, y observando las fuerzas o defensas de una fortaleza, la ataca por el lado más débil, de la misma manera el enemigo de la naturaleza humana, merodeando, observa por turno todas nuestras virtudes, teologales, cardinales y morales; y allí donde nos encuentra más débiles y más necesitados para nuestra salvación eterna, allí nos ataca y pretende apoderarse de nosotros.²

El enemigo conoce nuestras fortalezas y debilidades incluso mejor que nosotros mismos, y su plan es seguir atacándonos en nuestras áreas más débiles. Hasta que no fortalezcamos estas áreas a través de la confesión y la sanidad, y las edifiquemos sobre la verdad fundamental del amor incondicional y la gracia de Dios por nosotros, el enemigo continuará tentándonos y buscando erosionar nuestra identidad como hijo o hija amada de Dios.

2 Timothy M. Gallagher, *The Discernment of Spirits: An Ignatian Guide for Everyday Living* (New York: Crossroad Publishing Company, 2005), 174.

Activación

Reserva un tiempo para estar a solas escuchando a Dios. Busca un lugar tranquilo y lleva contigo un diario. Cuando estés preparado, empieza concentrándote en tu respiración.

Respira, *Espíritu Santo*.

Exhala, *acojo tu verdad*.

Mientras respiras, invita al Espíritu Santo a revelar un área débil en tu identidad que necesita ser fortalecida por el amor incondicional de Dios. A medida que sigues escuchando, reflexiona en tu diario sobre las siguientes preguntas del libro *Soul Care* [*Cuidado del alma*] de Rob Reimer:

“Llena el espacio en blanco: El tema relacionado con mi valor depende de _____. ¿Qué sientes cuando estás parado sobre esta base defectuosa? ¿Qué te dices a ti mismo?”³

¿Está relacionada esta debilidad con la tentación de compararme con los demás? ¿Está relacionada esta debilidad con mi ego o mi orgullo? ¿Proviene de un lugar de vulnerabilidad o vergüenza? “Luego pídele al Espíritu Santo un pasaje de las Escrituras para reemplazar cada mentira”.⁴

3 Dr. Rob Reimer, *Soul Care: 7 Transformational Principles for a Healthy Soul*, (Franklin, TN, Carpenter's Son Publishing, 2016) 71.

4 Dr. Rob Reimer, *Soul Care*, 71.

Exhala, *Espíritu Santo*.

Respira, *acojo tu verdad*.

Recibe la verdad que Dios trae e invita al Espíritu a arraigar tu identidad en el amor de Dios.

Lléname de nuevo, Espíritu Santo.



Profundizando nuestro deseo por el corazón de Dios

*Cuanto más decimos “sí” a las cosas que Él dice,
más familiar y preciosa se vuelve Su voz.*

—PETE GREIG¹

A medida que nos acercamos al final de esta jornada en busca de escuchar el corazón de Dios, la invitación es siempre a profundizar. Siempre hay más profundidad de la que podríamos imaginar, por lo que es importante seguir cultivando el espacio para crecer en nuestra capacidad de pedir y escuchar, buscar y anhelar, llamar y responder.

¹ Pete Greig, *How to Hear God: A Simple Guide for Normal People* (Grand Rapids: Zondervan, 2022), 235.

Pidan, busquen, llamen

Pedir

En los evangelios, cuando Jesús comienza a contar parábolas, los discípulos le preguntan qué significan y se preguntan por qué enseña a través de ellas. Jesús responde crípticamente: “A ustedes les ha sido dado el misterio del reino de Dios’, les decía, ‘pero los que están afuera reciben todo en parábolas; para que viendo, vean pero no perciban, y oyendo, oigan pero no entiendan” (Mr 4:11-12).

Los discípulos parecen distinguirse de “los que están afuera” porque han seguido el llamado de Jesús, y debido a que lo están siguiendo, se sienten llevados a *preguntarle* sobre las parábolas. *Pedir o preguntar* parece estar en el primer plano de muchos encuentros con Jesús, porque Él quiere crecer en la relación con los que le siguen. De hecho, Jesús nos alienta así: “Pidan, y se [les] dará; busquen, y hallar[án] ; llamen, y se [les] abrirá” (Mt 7:7). Para *pedir*, debemos establecer contacto con nuestros deseos y luego debemos darlos a conocer. Aunque nuestro “Padre sabe lo que [necesitamos] antes que lo pida[mos]” (Mt 6:8), los versículos siguientes de este pasaje nos invitan a cultivar una relación de conversación con Dios a través de la oración (6:9-13). En el evangelio de Marcos, Jesús pregunta al ciego Bartimeo: “¿*Qué* deseas que *haga* por ti?” (Mr 10:51; énfasis añadido). Aunque parece obvio que Bartimeo quiere ver, se le invita a *expresar* su anhelo en presencia de Jesús.

Si no sentimos que hay mucha vida en nuestra relación con Dios, orar puede parecer vacío y seco, como si

estuviéramos hablando con el techo. En un espacio así, cuando al momento de pedir nos hemos quedado esperando en silencio, puede ser difícil esperar con expectación, y puede que al final queramos dejar de pedir del todo. Sin embargo, Jesús nos invita a *pedir* y, cuando no recibimos respuesta, nos anima a *buscar*.

Buscar

Cuando *buscamos*, hacemos un espacio intencional para *ir tras* algo. ¿Vamos más allá de pedir y buscar las promesas de Dios? La invitación es a profundizar en nuestra conversación con Dios.

Por poner un ejemplo de mi propia experiencia, he vivido temporadas en las que he reservado intencionadamente un espacio para prestarle a Dios mi atención, y aun así me he sentido desconectado de Él. Siempre que noto un profundo deseo de conectarme con Dios, trato de expresarlo en la oración. Eso es lo que *pido*. Además, mientras permanezco con ese anhelo, a veces me siento impulsado a leer los salmos. Esto se convierte en una forma de *buscar*.

Al orar el Salmo 42: “Como el ciervo anhela las corrientes de agua, así suspira por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente” (Sal 42:1–2), me identifico con el anhelo de Dios del salmista. Al orar el Salmo 63: “Oh Dios, Tú eres mi Dios; te buscaré con afán. Mi alma tiene ser de Ti, mi carne te anhela cual tierra seca y árida donde no hay agua” (Sal 63:1), escucho mi búsqueda desesperada tal como se expresa en la oración del salmista.

A medida que el anhelo de mi corazón se hace eco en estos salmos, sus oraciones se convierten en mi oración, su búsqueda se convierte en mi búsqueda, y sus palabras expresan el deseo de mi corazón. Con el tiempo, he pasado a un espacio más íntimo con Dios, en el que empiezo a sentir su presencia y a oír su voz de manera fresca.

Aunque podemos experimentar largos periodos de anhelo y espera en silencio, la invitación a *buscar* a Dios, y no sólo a *pedir* que responda a nuestras oraciones, requiere otro nivel de intencionalidad por nuestra parte. Puede que sea necesario hacer un retiro, o pasar varias horas intencionalmente alejados de las distracciones, desconectados de los medios de comunicación o de otras formas de consuelo. Puede que necesitemos leer más o establecer prácticas regulares que nos permitan escuchar. *Buscar* también puede implicar escuchar y aprender de los demás, que pueden reflexionar y ayudarnos a replantear las historias que nos contamos a nosotros mismos.

Llamar

La invitación a *llamar* a la puerta nos lleva a menudo a un lugar de lucha con Dios, donde expresamos nuestras quejas. Lo vemos en la película *El Apóstol*, cuando Sonny Dewey (interpretado por Robert Duval) le grita a Dios: “¡Voy a gritarte, porque estoy enojado contigo! Dame una señal o algo!”.² Jesús abre la puerta a este tipo de interacciones osadas con Dios en su parábola del amigo que llama

2 Robert Duvall, *The Apostle* (1997). Accedido en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=q5v5DOEF45E>.

a medianoche (Lc 11:5-8) y en la parábola de la viuda que defiende su caso ante el juez injusto (Lc 18:1-8). En ambos casos, es la insistencia en *llamar*, e incluso el fastidio, lo que produce la respuesta deseada. Aunque tanto el vecino despierto como el juez injusto están simplemente desesperados por que la persona que les molesta *se vaya*, Jesús parece sugerir que si llamar insistentemente puede obtener la respuesta deseada de personas tan difíciles y resistentes, ¿cuánto más *recompensará* nuestro generoso Padre a quienes lo buscan insistentemente?

Cuando estamos luchando con Dios, puede ser útil que otros llamen en nuestro nombre, escuchando con nosotros y por nosotros. En mi propio caminar, tengo grupos de personas que oran regularmente por mí y conmigo. Compartimos las cosas con las que estamos luchando y luego escuchamos a Dios juntos en torno a las preguntas que nos hacemos.

Si anhelas fervientemente tener una relación más profunda con Jesús, la invitación es a seguir pidiendo, buscando y llamando.

Desear ardentemente

Pablo nos anima a seguir nuestro deseo de tener más del corazón de Dios en su primera carta a los Corintios: “Procuren alcanzar el amor; pero también *deseen ardentemente* los dones espirituales, sobre todo que profeticen” (1Co 14:1). Anteriormente, al enseñar sobre los dones espirituales, Pablo dice que el Espíritu “distribuyendo individualmente a cada uno *según su voluntad*” (12:11). Luego

entra en gran detalle sobre la importancia de no comparar nuestros dones con los de los demás y de no pensar que somos mejores o peores que nadie (12:14-30). Esta enseñanza parece sugerir que debemos estar felices con lo que se nos ha dado, porque es un don. Pero luego Pablo nos alienta a “desear ardientemente los mejores dones” (12:31; véase también 14:1, citado anteriormente).

“Desear ardientemente” (*zeloute*) literalmente significa “arder de celo, esforzarse, poner el corazón en ello”.³ De esta raíz griega proceden las palabras apasionadas “celoso” y “zelote”. Esto sugiere que no deberíamos ser complacientes o apáticos a la hora de pedir, buscar y desear. Más bien, ¡deberíamos arder de deseo!

Regularmente deseo y pido al Espíritu Santo más: más palabras de conocimiento y dones de sanidad, mayor sabiduría para guiar, una visión profética más profunda y un discernimiento más claro, porque anhelo que las personas sepan que Dios las ve y las ama, y anhelo que experimenten la irrupción tangible del buen reino de Dios en sus vidas.

El Espíritu Santo nos concede estos “mejores dones” para edificar el cuerpo de Cristo demostrando el poder y la bondad de Dios “para el bien común” (1Co 12:7), para que nuestra fe “no descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1Co 2:5). Nuestro anhelo de estos dones no debería ser tener experiencias “de Dios” más interesantes, sino poder ser portadores de la bondad de Dios a las personas que nos rodean. Así pues, “deseemos

3 Definición de Thayer, accedido en línea: <https://www.studylight.org/lexicons/eng/greek/2206.html>

ardientemente” formar parte del movimiento de Jesús, ¡que está animado por el poder y el amor de Dios!

Durante la temporada en la que estaba en transición hacia una nueva vocación, le pedí ardientemente a Jesús *más* de los dones espirituales. Como estoy en un espacio que me permite escuchar a líderes y al Espíritu Santo, he seguido pidiendo a Dios un mayor discernimiento para que pueda crecer en la comprensión de cómo el Espíritu Santo se está moviendo dentro de mí y de los demás.

Poco después de pedir un mayor discernimiento, estaba en una cena de despedida y, mientras oraban por mí, alguien preguntó: “Siento que el Señor quiere darte el don del discernimiento. ¿Qué te parece?” Antes de inclinar la cabeza para recibir la oración por este don, les expliqué que acababa de buscar al Señor para que me concediera ese don. A medida que avanzo en esta nueva temporada, sigo pidiendo, buscando, llamando y deseando ardientemente más.

Estar quietos

Al tratar de cultivar un corazón inclinado a oír la voz de Dios, tendremos que hacernos amigos del silencio y de la humildad de la espera. Aunque pidamos, busquemos, llamemos y deseemos ardientemente más del Espíritu, es posible que experimentemos el silencio de Dios. Sin embargo, no estamos solos, pues como escribe el salmista: “En Dios solamente espera en silencio mi alma” (Sal 62:1).

En estas ocasiones, nuestra invitación es a confiar en la bondad y el amor de Dios mientras esperamos en silencio,

teniendo fe en que Dios está con nosotros y que, con el tiempo, recibiremos lo que necesitamos. Como nos recuerda Rich Villodas en *The Deeply Formed Life* [*La vida formada desde lo profundo*], “No es exagerado decir que nuestra capacidad para estar en silencio con alguien depende en gran medida de nuestro nivel de intimidad o familiaridad con esa persona”.⁴ Practicar la presencia de Dios en épocas de sequía o desolación no consiste en sentir o escuchar a Dios, sino en reconocer la realidad de que Dios siempre está con nosotros, nunca nos abandonará y, por tanto, podemos confiar en que Dios está con nosotros aquí y ahora, aunque no percibamos su presencia. *Decidimos* descansar en la verdad de que Dios está con nosotros y, como el padre de la parábola del hijo pródigo, viene corriendo a abrazarnos y a recogerlos en sus brazos para darnos “las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2:7).

En lugar de pensar que el silencio de Dios significa que hemos hecho algo mal o que algo anda mal en nosotros, el silencio nos invita a acampar en este lugar seco y aparentemente desolado, confiando en que somos amados y no estamos solos, esperando con las manos abiertas hasta que el Señor se mueva.

Richard Rohr ilustra la tensión de la espera silenciosa con las manos abiertas describiendo la conversación de un maestro zen con un joven discípulo:

4 Rich Villodas, *The Deeply Formed Life: Five Transformative Values to Root Us in the Way of Jesus* (Colorado Springs: Waterbrook, 2020), 23.

El discípulo pregunta: “¿Hay algo que pueda hacer para ilustrarme a mí mismo?”

El maestro responde: “Tan poco como lo que puedes hacer para que salga el sol por la mañana”.

Exasperado, el discípulo pregunta: “Entonces, ¿para qué sirven los ejercicios espirituales que prescribes?”

“Para asegurarme de que no estás dormido cuando empiece a salir el sol”.⁵

El objetivo de cualquier práctica espiritual no es lograr algún resultado medible, sino mantener un espacio de expectativa y esperanza, en el que permanezcamos presentes con Dios, independientemente de lo que sintamos o de lo que ocurra (o no ocurra). Si mantenemos este espacio con expectativa y esperanza pero sin exigencia, si anhelamos y cedemos, no estaremos dormidos cuando empiece a salir el sol.

Cultivando intimidad con Dios

En *Mansions of the Heart* [*Las mansiones del corazón*], Thomas Ashbrook ofrece la siguiente reflexión sobre el “Castillo interior” de Teresa de Ávila: “(Dios) ama a tu verdadero yo, *no a la persona que desearías ser*. Si buscas Su amor *ahí*, te lo perderás. No podemos conocer realmente

5 Richard Rohr, *Everything Belongs: The Gift of Contemplative Prayer* (New York: Crossroad, 2003), 60.

el amor de Dios por nosotros hasta que conozcamos a quien ama Él”.⁶

Como he escrito a lo largo de este libro, la invitación a escuchar el corazón de Dios nos llevará más profundamente a nuestro propio corazón. Esto es intimidad, donde el descubrimiento de quiénes somos (amados y quebrantados, santificados y pecadores) es que somos plenamente conocidos y profundamente amados. Es un lugar de, tal vez, dolorosa vulnerabilidad y, sin embargo, de creciente confianza. En este lugar donde conocemos y somos conocidos, podemos aventurarnos más profundamente en el conocimiento de nosotros mismos y empezar a creer en nuestra verdadera identidad como hijas e hijos amados de Dios.

Padre, llévame más profundamente en tu amor.

Para cultivar la intimidad con Dios, también necesitamos cultivar la intimidad con los demás, porque nuestros mundos interior y exterior se influyen mutuamente. Como escribe Juan: “Nadie ha visto jamás a Dios; pero *si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece entre nosotros, y entre nosotros su amor se ha manifestado plenamente*” (1Jn 4:12, NVI; énfasis añadido). En otras palabras, descubrimos el amor de Dios cuando amamos a los demás y somos amados por ellos.

En los versículos anteriores, Juan nos desafía observando: “*Si* decimos que tenemos comunión [intimidad] con Él, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos

⁶ R. Thomas Ashbrook, *Mansions of the Heart: Exploring the Seven Stages of Spiritual Growth* (San Francisco: Jossey-Boss, 2009), 157; énfasis añadido.

la verdad. Pero *si* andamos en la luz, tenemos comunión [intimidad] los unos con los otros” (1Jn 1:6-7). Este pasaje bíblico sugiere que caminar en la luz incluye sacar a la luz nuestras tinieblas juntamente con otras personas. Todos necesitamos tener personas con quienes podamos ser transparentes acerca de nuestro pecado y quebrantamiento, y de quienes podamos recibir las buenas nuevas de que “la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado” (1Jn 1:7^b). “Dios ama a *tu verdadero yo*, no a la persona que deseas ser”.⁷ Cuando caminamos en la luz y compartimos este tipo de intimidad vulnerable con los demás, también creceremos en intimidad con Dios.

Las Escrituras

En *Working the Angles: The Shape of Pastoral Integrity* [Obrar con los ángeles: La forma de la integridad pastoral], Eugene Peterson reflexiona sobre la vocación pastoral y observa: “No conozco ninguna otra profesión en la que sea tan fácil fingir como en la nuestra”.⁸ Continúa hablando de cómo los pastores pueden hacer todas las cosas que la iglesia les exige (predicar, enseñar, administrar) y, sin embargo, estar completamente desconectados de prestar atención a sus almas a través de la oración, la lectura profunda de las Escrituras y la dirección espiritual. Esta obra interior nos arraiga y nos fundamenta en la realidad vivida de nuestra condición de amados, y cuando la descuidamos,

7 Ashbrook, *Mansions of the Heart*, 157.

8 Eugene Peterson, *Working the Angles: The Shape of Pastoral Integrity* (Grand Rapids: Eerdmans, 1987), 6

nuestra “obra ya no es moldeada por Dios”.⁹ Esta negligencia no se limita a los pastores, porque todos podemos encontrarnos siguiendo los procedimientos, incluso cuando éstos ya no alimentan nuestro corazón. Cuando esto sucede, nuestras vidas, corazones y oídos dejan de ser moldeados por Dios.

A medida que crecemos en la capacidad de escuchar del corazón de Dios, necesitamos permanecer arraigados y cimentados en los dones, herramientas, ritmos y disciplinas que Dios ya nos ha dado para que podamos conocerle, discernir su corazón y reconocer su voz.

Las Escrituras son el principal testimonio de nuestra fe, pues revelan las verdades fundamentales sobre quién es Dios y cómo ha sido entendido a lo largo de la historia. En lugar de considerar las Escrituras como una obligación monótona y árida, podemos leerla a través de Jesús, la Palabra Viviente, como “viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos” (Heb 4:12).

En *The Voice of Jesus [La voz de Jesús]*, Gordon T. Smith conecta nuestra capacidad para conocer “el testimonio interno del Espíritu” (una de nuestras preguntas de discernimiento) con el estudio de las Escrituras. Escribe:

No podemos desarrollar nuestra capacidad intuitiva para reconocer el testimonio interno [la voz de Dios] a menos que seamos mujeres y hombres que están inmersos en las Escrituras, de modo que los

9 Peterson, *Working the Angles*, 5.

contornos de nuestros corazones y mentes estén ordenados y capacitados por la Palabra [...] el testimonio interno del Espíritu es el complemento necesario de las Escrituras, sin el cual la Biblia no es más que un libro antiguo. Pero entonces se deduce que no podemos conocer el testimonio interno a menos que conozcamos el testimonio escrito.¹⁰

Oración

Otra práctica que nos moldea a medida que profundizamos en nuestra capacidad de escuchar es el “testimonio interno” que nos llega a través de la oración. En la oración, nos comunicamos y crecemos en intimidad con Dios, prestándole toda nuestra atención mientras hablamos y escuchamos. En *The Voice of Jesus*, Gordon Smith observa: “No reconoceremos la voz de Jesús a menos que establezcamos el patrón de escuchar al Espíritu en nuestras oraciones. Aprendemos a escuchar en la oración. Entonces, con el tiempo, toda nuestra vida estará marcada por nuestra capacidad de escuchar”.¹¹ La oración es el lugar donde damos a Dios la mayor parte de nuestra atención y es, por esta razón, el lugar principal donde crecemos en la capacidad de escuchar la voz de Dios. La oración es el lugar donde Jesús sigue extendiendo su invitación: *Diles que los amo y que quiero pasar tiempo con ellos.*

10 Gordon T. Smith, *The Voice of Jesus* (Downers Grove: InterVarsity, 2003), 31.

11 Smith, *Voice of Jesus*, 26.

Adoración

La adoración no es sólo cantar, sino llevar todo nuestro amor, adoración, gratitud y la plenitud de nuestro ser pecador y quebrantado intencionadamente a la presencia de Jesús. Beth Moore, autora y profesora de Biblia, dice que utiliza la palabra “enfoque” para describir la adoración, argumentando que “cualquier cosa que hagamos con el enfoque puesto deliberadamente en Dios, es adoración. Cantar, orar, leer la Biblia, pero también caminar, sentarse, guardar silencio, reír, cocinar, festejar, recrearse, bailar, enfermar, morir: siempre centrados en Dios, siempre agradecidos”.¹²

Si bien es esencial ampliar nuestra perspectiva de lo que constituye la adoración de esta manera, he descubierto que la alabanza y la adoración musical abren un espacio para mí en el que “[me acerco] a Dios y él se acercará a [mí]” (Stg 4:8) y se produce un intercambio de amor, dando y recibiendo, adorando y siendo adorado. Aquí siento de manera única la presencia de Dios cuando ofrezco mi corazón en comunión con el suyo.

Vemos una imagen íntima del total enfoque en Jesús que se produce en el relato de Lucas sobre la mujer que interrumpe a Jesús mientras cena con un líder religioso, para ungirle con un frasco de perfume de alabastro (Lc 7:36-50). Lucas identifica a la mujer como “pecadora” (7:37), posiblemente una prostituta. Trae el frasco de perfume caro, posiblemente un instrumento de su oficio, y empieza

12 Beth Moore, Instagram post (October 9, 2021). Accedido en línea: <https://www.instagram.com/bethmoorelpm>

a derramarlo sobre los pies de Jesús mientras los besa y los limpia con su larga cabellera. Mientras llora por el quebrantamiento de su vida y su aceptación radical por parte de Jesús, es juzgada por los demás en la sala, pero ella no se da cuenta, porque está completamente absorta en Jesús. Al recibir la adoración radical de esta mujer, Jesús la compara con el líder religioso, señalando que “sus pecados, que son muchos, han sido perdonados, porque amó mucho”. (7:47). En la adoración, cultivamos la intimidad con Dios, enfocando nuestra atención en Jesús, y aquí es donde nos familiarizamos cada vez más con su voz.

Rendición

La vida de seguimiento de Jesús estará marcada por la rendición, pues seguimos a Aquel “el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló Él mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:6-8). Pablo señala que, al igual que Jesús se *despojó* y se *humilló* Él mismo, nosotros debemos tener “esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús” (Fil 2:5).

En el Evangelio de Juan, Jesús declara que “el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre” (Jn 5:19, 30). Y Jesús declara más tarde: “no hago nada por mi cuenta, sino que hablo estas cosas como el Padre me enseñó” (Jn 8:28). Jesús demuestra tangiblemente esta vida de plena rendición o entrega al Padre cuando

ora en el huerto de Getsemaní, la víspera de su crucifixión: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22:42).

A menudo *iniciamos* una conversación con Dios queriendo conocer su voluntad para poder decidir si queremos o no rendirnos a ella. Pero en la carta de Pablo a los Romanos, invierte ese acercamiento:

Por tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca [rinda] su cuerpo como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. (Ro 12:1-2)

En primer lugar, nos rendimos como un acto de adoración para poder desprendernos de las mentalidades mundanas y de nuestras propias voluntades egoístas. Para discernir la voluntad de Dios, debemos cultivar corazones que estén dispuestos a decir *sí* a Dios *antes* de haber escuchado lo que Dios tiene que decir. El autor de devocionales y teólogo A. W. Tozer señala que: “Muchas de nuestras dificultades en la vida cristiana se deben a que no queremos tomar a Dios tal como Él es y ajustar nuestras vidas conforme a eso. Insistimos en modificar a Dios y en adaptarlo a nuestra imagen”.¹³

13 A. W. Tozer, *The Pursuit of God* (Camp Hill, PA: Christian Publications, 1982), 101.

Soy dolorosamente consciente de mis propias áreas de resistencia y temor, donde no confío en la bondad de Dios, donde quiero que Dios sólo me diga lo que quiero oír. Mi crecimiento se produce cuando pongo en práctica decir sí al Espíritu Santo tan pronto como me despierto por la mañana. Estoy fortaleciendo este músculo de rendición confiada. Aunque puede que todavía me apoye en mi propio entendimiento y no siempre confío en Dios, esta práctica de decir sí al Espíritu Santo está haciendo más profundo el espacio en mi corazón, de modo que estoy preparado para responder cuando escucho a Dios hablar.

Práctica

Las Activaciones a lo largo de este libro te han dado varias oportunidades para practicar lo que significa escuchar del corazón de Dios. Te invito a que vuelvas a estos ejercicios mientras sigues haciéndole preguntas a Dios, lees las Escrituras en compañía del Espíritu Santo y escribes en tu diario lo que va saliendo a la superficie. Mientras practicas escuchar a Dios a través de las Escrituras, invita al Espíritu a que te revele lo que Dios quiere que sepas sobre Dios, sobre ti mismo y sobre tu prójimo. También te animo a que busques a otras personas que quieran crecer en escuchar el corazón de Dios para que puedan practicar juntos, apoyarse mutuamente y discernir juntos.¹⁴

14 Para conocer los recursos que pueden ayudar a facilitar estos grupos, consulte Eden and Brad Jersak, *Rivers From Eden: 40 Days of Intimate Conversation with God* (Abbotsford, BC: Fresh Wind Press, 2004); Lorie Martin, *Invited: Simple Prayer Exercises for Solitude and Community* (Abbotsford, BC: Fresh Wind Press, 2010).

Correr riesgos

Si bien puede ser emocionante escuchar el corazón de Dios y recibir la comunicación del Espíritu Santo, Dios no nos habla simplemente porque quiere ser escuchado. Como declara el profeta Isaías: “Así será mi palabra que sale de mi boca, no volverá a mí vacía sin haber realizado lo que deseo” (Is 55:11). El hablar de Dios es siempre creativo y *performativo*, y su finalidad es suscitar vida y luz. La misión del Espíritu Santo es que el reino de Dios venga a la tierra como lo es en el cielo (Mt 6:10).

Durante mi tiempo en Tierra Nueva, cada semana, al final de nuestra liturgia de comunión, orábamos para que el Espíritu Santo “nos llene con el poder y el amor de tu vida eterna, para que podamos llevarte a un mundo quebrantado y hambriento”. El Espíritu nos llena de poder y amor para que podamos ser testigos de Jesús en el mundo (Hch 1:8). Cuando oímos la voz de Dios y escuchamos su corazón, somos *conducidos por el Espíritu al mundo*.

En *Soul Care [Cuidado del alma]*, Rob Reimer escribe sobre el crecimiento con Dios y nos desafía con la siguiente verdad: “Tu siguiente nivel con Dios se encuentra más allá de los límites de tu experiencia actual. La única manera de llegar allí es *arriesgar más* de aquello con lo que te sientes cómodo”.¹⁵

Como comentamos en el capítulo 10, “Escuchando el corazón de Dios en favor de los demás”, Dios nos invita a colaborar con Jesús en la búsqueda de sus ovejas perdidas,

15 Rob Reimer, *Soul Care: 7 Transformational Principles for a Healthy Soul* (Franklin, TN: Carpenter’s Son, 2016), 204.

proclamando su corazón de amor por ellas mientras las libera del dominio de las tinieblas y proclama la buena noticia a los pobres y la liberación a los cautivos. ¡Esta inspiradora y hermosa misión de Jesús es *nuestra* misión!

Estamos rodeados todo el día de personas desesperadas que no tienen a nadie que escuche a Dios por ellos. ¿Cómo van a conocer el corazón de Dios hacia ellos si no estamos escuchando y dispuestos a correr el riesgo de compartir todo lo que oímos? Si queremos crecer en la capacidad de escuchar el corazón de Dios, necesitamos arriesgarnos a *hacer* su voluntad y *compartir* humildemente lo que dice.

Ser llenos

Como he dicho anteriormente, antes de que hayamos dicho “sí” a Dios, Dios ya nos estaba buscando y hablando con nosotros. Siempre hay más. Como declara Leanne Payne en *Listening Prayer [Oración que escucha]*: “Todos aquellos que desean sinceramente abrir sus corazones para ver y oír a Dios tienen que *pedir y recibir* todo lo que les ha hecho falta en su iniciación en Cristo.”¹⁶ Eso adicional incluye lo que Dios quiere hacer en nosotros a través del Espíritu Santo.

Recibimos el Espíritu Santo cuando nacemos de nuevo a una nueva vida (Jn 3:3) y el Padre y el Hijo establecen su morada en nosotros (Jn 14:23). Como templos del Espíritu Santo (1Co 6:19), la presencia del Espíritu de

¹⁶ Leanne Payne, *Listening Prayer: Learning to Hear God's Voice and Keep a Prayer Journal* (Grand Rapids: Hamewith, 1994), 144, énfasis añadido.

Dios habita *en nosotros*, hablándonos, guiándonos, enseñándonos, convenciéndonos y transformándonos. Todo esto es la obra interna del Espíritu Santo.

Después de su resurrección, Jesús dijo a los discípulos que “no salieran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre: ‘La cual,’ les dijo, ‘oyeron de mí; porque Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días’” (Hch 1:4-5). Es decir, el Espíritu Santo *sobre nosotros* para los demás. Para ser “bautizados con el Espíritu Santo”, simplemente tenemos que *pedir* el Espíritu Santo y anhelar *ardientemente* que el Espíritu Santo caiga *sobre nosotros* para que podamos ser sobrenaturalmente empoderados para derramar el amor de Dios sobre los demás.

Como promete Jesús en el Evangelio de Lucas: “¿Cuánto *más* su Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lc 11:13; énfasis añadido).

Activación

Planifica un lugar y un momento para estar con Dios, a solas o con otros. Mientras esperas ese momento, invita a que surjan en ti el deseo, la esperanza y la expectación. Cuando llegue el momento, empieza orando y esperando en el Espíritu. Haz una pausa y deja espacio después de cada exhalación.

Respira, *Espíritu Santo*.

Exhala, *estoy sediento*.

Respira, *Espíritu Santo*.

Exhala, *ven y lléname*.

Respira, *Espíritu Santo*,

Exhala, *fluye a través de mí hacia los demás*.

Respira, *Espíritu Santo*,

Exhala, *pido tu bautismo*.

*“Padre, por este bautismo de tu Espíritu, que seguirá brotando de mi interior y fluyendo a través de mí, te doy gracias de antemano.”*¹⁷

Al igual que en la liturgia de comunión de Tierra Nueva, oramos en este momento:

Espíritu Santo, llénanos de nuevo con el poder y el amor de tu vida infinita para que podamos llevarte a

17 Payne, *Listening Prayer*, 236-237.

un mundo hambriento y quebrantado. Muéstranos, Espíritu Santo, adónde quieres que vayamos y qué quieres que hagamos con tu poder y tu amor.

Epílogo: La casa del corazón revisitada

*La oración que precede a todas las oraciones
es: “Que sea el verdadero Yo quien hable.
Que sea el verdadero Tú a quien hablo”.*

— C. S. LEWIS, *LETTERS TO MALCOLM:
CHIEFLY ON PRAYER*

Recientemente, he estado reflexionando sobre cómo Jesús, a quien llamaban burlescamente el “amigo de pecadores”, pasaba la mayor parte de su tiempo con los marginados, los recaudadores de impuestos, los quebrantados e impuros y los que se vendían o eran vendidos por otros. Tocaba a estos excluidos y se dejaba tocar por ellos.

Compartía la mesa con ellos. Se “desvió de su camino” para cruzar un lago en medio de una tormenta mortal para poder acercarse al endemoniado, que había sido expulsado, desprovisto de sus ropas y encadenado entre los muertos (cf. Mr 4:35 – 5:20).

Estas imágenes de Jesús haciéndose amigo de aquellos que fueron rechazados y marginados me han hecho pensar en todas las partes de mí mismo que excluí, expulsé, reprimí, encadené y traté de manejar para que no perturbaran mi vida y me alejaran de la posibilidad de tener un sentido de *pertenencia*. Sé que mi yo enfadado, impaciente, temeroso, complaciente, pasivo-agresivo y controlador nunca será aceptado por los demás. Entonces, ¿cómo puedo aceptar la parte orgullosa, condescendiente, juzgadora, moralista, prejuiciosa, débil y rebelde de mí mismo que intento ocultar desesperadamente?

The Gift of Being Yourself (El don de ser uno mismo), de David Benner, ha sido una guía útil en mi camino por aprender a acoger *todas* las partes quebrantadas, heridas y amadas de mí mismo en el amplio abrazo de la misericordia y la gracia de Dios. Benner escribe:

Si sólo conociera a mi yo fuerte y competente y nunca fuera capaz de acoger a mi yo débil o inseguro, me vería obligado a vivir una mentira. Tendría que fingir que soy fuerte y competente, no simplemente que tengo partes fuertes y competentes o que puedo ser fuerte y competente en determinadas circunstancias. Si me negara a enfrentarme a mi yo engañoso,

viviría una ilusión con respecto a mi propia integridad [...] Tenemos que estar dispuestos a *acoger* estas partes ignoradas como *miembros de pleno derecho de la familia*, permitiéndoles poco a poco ser suavizadas y sanadas por el amor e *integradas en la persona plena en la que nos estamos convirtiendo*.¹

A medida que avanzo hacia esta lenta integración, siento esperanza y resistencia. ¿Debería realmente aceptar mis partes excluidas y *pecaminosas*? ¿No nos enseñan las Escrituras que debemos “[crucificar] la carne con sus pasiones y deseos” (Ga 5:24) y “despojarnos [de nuestro] viejo hombre” (Ef 4:22)? ¿No se supone que debemos “vestirnos del nuevo hombre, el cual se va renovando [...] a la imagen de Aquél que lo creó” (Col 3:10), y así ser “transformados en la misma imagen” de Jesús (2Co 3:18)? Y, sin embargo, Benner percibe que “la autotransformación siempre va precedida de la autoaceptación. Y el yo que debes aceptar es el *yo que real y verdaderamente eres* antes de tus proyectos de superación personal.”²

La voz temerosa dentro de mí teme que Benner esté defendiendo alguna forma de gracia barata, excusando mi pecado o liberándome del costoso y doloroso proceso de “[hacer] morir todo lo terrenal que hay en [mí]” (Col 3:5). Pero luego Benner continúa: “Solamente después de que conozcamos y aceptemos genuinamente *todo* lo que

1 David G. Benner, *The Gift of Being Yourself: The Sacred Call to Self-Discovery* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2015), 50–51; énfasis añadido.

2 Benner, *Gift of Being Yourself*, 53; énfasis añadido.

encontramos dentro de nuestro propio yo, podremos comenzar a desarrollar *discernimiento* para saber *qué debe ser crucificado y qué debe acogerse* como parte importante de uno mismo”.³

Al sentarme con todas estas partes no deseadas de mí mismo en la presencia de Jesús, he sentido que el Espíritu me invitaba a pensar en ellas como pecadores marginados, recaudadores de impuestos en complicidad con el Imperio, endemoniados desterrados y traidores leprosos. Durante mucho tiempo he aislado a estos excluidos y los he llamado “inmundos”. Mientras nombraba en oración a estos marginados en presencia de Jesús, me encontré regresando a la profunda cámara subterránea de la Casa de mi Corazón, en la habitación redonda tallada en piedra. Quizás recuerdes que esta habitación tenía muchas puertas, pero hasta este momento solo se ha abierto una: la puerta de la habitación llamada “Fingir”.⁴

Mientras pronunciaba en oración estos nombres excluidos, todas las puertas de la cámara se abrieron de golpe. Mirando fijamente todas estas entradas oscuras, comencé a orar: “Jesús, amigo de pecadores, sé que con gusto te sientas a la mesa con los marginados y pones tus manos sobre los inmundos, por eso te pido que vengas y te sientes aquí conmigo. Doy la bienvenida a todas estas partes débiles y pecaminosas de mí mismo a la mesa de tu presencia. Este es el yo débil, pecador y enemigo que amaste de tal manera

3 Benner, *Gift of Being Yourself*, 54–55, énfasis añadido.

4 Véase el capítulo 2, “Invitación a la intimidad”.

que diste tu vida. Jesús, Hijo del Dios Altísimo, esta es mi ofrenda. Te doy la bienvenida para que habites entre ellos”.

Selah

Mientras espero en silencio muchas mañanas, regreso a esta profunda cámara de piedra con Jesús, y él continúa invitándome a seguir acogiendo todas estas partes de mí en su presencia para mi sanidad y mi transformación continua.

“Solo en Dios espera en silencio mi alma” (Sal 62:1)

En lugar de apresurarme a hacer que algo suceda cuando me siento y espero a Dios en silencio, me recuerdo a mí mismo que me tomó seis meses entrar a la Casa de mi Corazón. Y luego me llevó muchos meses bajar las largas escaleras hasta la cámara de piedra, y varios meses antes de que se abriera la primera puerta. En toda esta espera, Jesús no parece tener prisa.

A medida que profundizo en la intimidad con Dios, aprendo a ser paciente mientras apoyo mi cabeza en su pecho y escucho atentamente los latidos de su corazón. Mientras espero, Jesús acoge lo más profundo de mi corazón en la presencia de su amor. Con el tiempo, he empezado a ver mi yo marginado como amigo de Jesús. En esta mesa de bienvenida y sentido de pertenencia, estoy llegando a saber realmente que “Dios mostró su amor para [mí] en que *siendo [yo] aún [pecador]*, Cristo murió por [mí]” (Romanos 5:6, énfasis añadido). Y a medida que acepto cada vez más mi quebrantamiento en la presencia de Jesús,

el Espíritu me revela más y más la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios por mí. Este es el Padre llevándome más profundamente en su amor.

Mientras oras por ti mismo, apoyándote en el pecho de Jesús y escuchando los latidos del corazón de Dios, confío en que llegarás a comprender más y más “el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento”:

[...] les conceda ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior para que Cristo habite en sus corazones por medio de la fe de modo que, siendo arraigados y fundamentados en amor [del Padre], ustedes puedan ser plenamente capaces de comprender, junto con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y de *conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento* [...] (Ef 3:16-19)

Activación

Como parte de mi oración matutina, he adaptado “The Welcoming Prayer”⁵ del Padre Thomas Keating, como puerta de entrada a la cámara de piedra de la casa de mi corazón, donde espero encontrarme con Jesús.

Mientras me siento en silencio, enfoco mi atención en Jesús, agradeciendo a Dios por su presencia siempre conmigo. Mientras oras, tómate un tiempo para respirar lentamente entre cada línea.

Bienvenido, bienvenido, bienvenido Jesús.

Doy la bienvenida a cada parte quebrantada, excluida, débil y escondida de mí mismo en tu presencia, Jesús, porque sé que estás aquí para mi sanidad.

Renuncio a todos mis intentos de adquirir poder y control, y confío en tu amor.

Renuncio a todos mis intentos de adquirir afecto, pertenencia, consuelo y placer, y confío en tu amor.

Renuncio a todos mis intentos de adquirir validación, aprobación, estima y significado, y confío en tu amor.

5 Josefina U. Fernandez, “Practicing the Welcoming Prayer” (October 14, 2016).
Accedido en línea: <http://www.prayingfromtheheart.org/?m=201610>

Renuncio a todos mis intentos de adquirir seguridad, supervivencia y protección, y confío en tu amor.

Renuncio a todos mis intentos de cambiar, gestionar o arreglar cualquier situación, circunstancia o persona (nómbralos), incluyéndome a mí, incluyéndote a ti, Dios.

Y acojo tu amor, Padre, tu presencia, Jesús, tu obra poderosa dentro de mí, Espíritu Santo.

Es momento de — ESCUCHAR — el corazón de Dios

En *Escuchando el Corazón de Dios*, Michael Neelley explora la relación íntima que los creyentes pueden desarrollar con Dios a través de la oración y la reflexión profunda en su fe. Neelley anima a los lectores a abrirse a escuchar la voz de Dios en su vida cotidiana, no como una experiencia reservada para cristianos maduros, sino como un diálogo personal y continuo con Dios.

Dividido en tres partes: *Hacia adentro*, *Hacia arriba* y *Hacia adelante*, el libro guía al lector en un proceso de autoexploración, descubrimiento espiritual y sanación. Neelley enfatiza la importancia de liberarse de expectativas rígidas, de permitir que Dios hable y actúe libremente en el corazón del creyente. Cada capítulo incluye un acápite titulado “Activación”, el cual provee ejercicios de oración que buscan ayudar al lector a profundizar en su relación con Dios y a experimentar su amor de una manera totalmente transformadora.

Este peregrinaje espiritual es descrito como una aventura de autoconocimiento y crecimiento, en la que el creyente se encuentra con sus propias debilidades y sombras, pero también con el amor incondicional de Dios que invita a una vida de fe renovada.



piclatinoamerica.org